La persuasión femenina

Meg Wolitzer

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

Meg Wolitzer

La persuasión femenina

Traducción
Laura Vidal

ALBA

Este libro está dedicado a
Rosellen Brown
Nora Ephron
Mary Gordon
Barbara Grossman
Reine Kidder
Susan Kress
Hilma Wolitzer
Ilene Young
sin las cuales…

Primera parte. Las fuertes

Uno

Greer Kadetsky conoció a Faith Frank en octubre de 2006 en la Universidad de Ryland, donde Faith había ido a dictar la conferencia conmemorativa «Edmund y Wilhelmina Ryland»; y aunque aquella noche la capilla estaba atestada de estudiantes, algunos de ellos con la boca llena de observaciones de lo más desinhibidas, resultó asombroso, pero cierto, que, de todas las personas que había allí, fuera Greer la que interesara a Faith. Greer, entonces estudiante de primer año de una universidad mediocre en el sur de Connecticut, era tímida de una manera selectiva y feroz. Contestar preguntas era algo que hacía con facilidad, dar su opinión le resultaba casi imposible. «Lo cual es absurdo, porque estoy llena de opiniones. Soy una piñata de opiniones», le había dicho a Cory durante una de las sesiones nocturnas de Skype que hacían desde que la universidad los había separado. Siempre había sido una estudiante incansable y una lectora constante, pero incapaz de hablar con la franqueza y la libertad con que lo hacían otros. Durante la mayor parte de su vida eso no había importado, pero ahora sí.

Entonces ¿qué vio en ella Faith Frank? Quizá, pensó Greer, la posibilidad de una audacia apenas sugerida por el mechón azul eléctrico que le recorría en zigzag una por lo demás corriente melena color marrón mueble. Pero muchas chicas universitarias se teñían mechones de los colores de las golosinas congeladas y centrifugadas que vendían en las ferias. Quizá era simplemente que Faith, una persona de influencia y con cierta fama, que a sus sesenta y tres años llevaba décadas viajando por el país hablando con fervor de vidas de mujeres, se compadeció de Greer, de dieciocho años, que aquella noche estaba sofocada y poco elocuente. O quizá Faith es que era siempre generosa y atenta cuando se encontraba en compañía de jóvenes que se sentían incómodas en el mundo.

Greer no sabía en realidad por qué se había interesado Faith por ella. Pero lo que sí terminó sabiendo a ciencia cierta es que conocer a Faith Frank fue el emocionante principio de todo. Para el feo final todavía tenía que pasar mucho tiempo.

Cuando apareció Faith, Greer llevaba siete semanas en la universidad. Gran parte de ese tiempo, un doloroso preámbulo, lo había vivido absorta en su propia infelicidad, prácticamente custodiándola. Su primera noche de viernes en Ryland, de los pasillos de la residencia estudiantil llegaba el rugido de una vida social colectiva incipiente como un generador situado en algún punto de las profundidades del edificio. La promoción de 2010

empezaba la universidad en un momento de supuesta afirmación de lo unisex, un tiempo de estrellas de fútbol femenino y de condones guardados con tranquilidad en el interior de un bolso, su forma circular pegada al envoltorio igual que la inscripción de una lápida. En el tercer piso de Woolley Hall, mientras todos se preparaban para salir, Greer, que no tenía más planes que quedarse allí y leer a Kafka para el seminario de literatura de primer año, miraba. Miró a las chicas ponerse pendientes con las cabezas ladeadas y los hombros levantados, y a los chicos aerografiarse con un espray corporal llamado Stadium, cuyo aroma era mitad pino mitad salsa de carne. A continuación, sobreestimulados, todos abandonaron la residencia y se dispersaron por el campus en dirección a distintas fiestas más o menos oscuras en las que vibraban bajos sonidos eléctricos a cual más atronador.

Woolley era viejo y decrépito, uno de los edificios originales del campus, y las paredes de la habitación de Greer, tal y como se las describió a Cory el día que llegó, tenían el inquietante color de los audífonos. Después del éxodo, aquella noche solo quedó en la residencia una colección de almas perdidas que nadie reclamaba. Había un chico iraní con aspecto de ser muy muy desgraciado, las pestañas apelmazadas en pequeñas explosiones de lágrimas. Estaba sentado en un rincón del cuarto de estar del primer piso con el ordenador en el regazo, mirándolo con tristeza. Cuando Greer entró –su dormitorio, uno de los pocos individuales, le resultaba demasiado deprimente para pasarse la velada metida en él y había sido incapaz de concentrarse en el libro–, se sorprendió al comprobar que se limitaba a mirar el salvapantallas, una fotografía de sus padres y su hermana, que le sonreían desde muy lejos. La imagen familiar recorría la pantalla del ordenador y rebotaba con suavidad en uno de los lados antes de retroceder despacio.

¿Cuánto tiempo se quedaría viendo rebotar a su familia?, se preguntó Greer, y aunque no echaba de menos a sus padres en absoluto –seguía enfadada con ellos por lo que le habían hecho, a resultas de lo cual había terminado en Ryland– sintió lástima de aquel chico. Estaba lejos de su casa, en otro continente, en un lugar que quizá alguien le había dicho por error que era una universidad americana de primera fila, un centro de aprendizaje y descubrimiento, poco menos que una Escuela de Atenas ubicada en la costa este de Estados Unidos. Una vez lograda la no pequeña hazaña de llegar hasta allí, ahora se encontraba solo y cayendo en la cuenta de que aquel lugar no era tan maravilloso. Y, además de eso, echaba de menos a los suyos. Greer sabía lo que era echar de menos a alguien porque extrañaba a Cory de manera tan continua e intensa que el sentimiento era como un bajo atronador vibrando a través de su cuerpo. Y Cory estaba solo a 180 kilómetros, en Princeton, no al otro lado del mundo.

La solidaridad de Greer continuaba acumulándose y expandiéndose cuando apareció en el umbral de la sala común una chica muy pálida que se llevó una mano al estómago y preguntó:

–¿Tenéis algo para la diarrea?

–No, lo siento –dijo Greer, y el chico se limitó a negar con la cabeza.

La chica aceptó sus respuestas con una resignación sombría y a continuación, a falta de otra cosa que hacer, se sentó también. Por las paredes porosas llegó un olor a mantequilla y a antioxidante E-319, agradable pero poco adecuado para levantar los ánimos a nadie. Momentos después le siguió el origen del olor, un enorme cubo de plástico lleno de palomitas que llevaba una chica en albornoz y zapatillas.

–Son de las que venden en los cines, con mantequilla –les dijo a modo de incentivo añadido mientras les tendía el cubo.

«Al parecer –pensó Greer–, estos van a ser mis acompañantes, esta noche y quizá todos los fines de semana.» No tenía sentido; no eran como ella y, sin embargo, estaba con ellos, era uno de ellos. Así que se llenó la mano de palomitas, tan húmedas que tuvo la sensación de haber metido los dedos en sopa y se dispuso a sentarse y tratar de entablar conversación; podían contarse cosas de ellos, de lo desvalidos que se sentían. Se quedaría en el cuarto de estar, a pesar de que Cory antes la había animado a salir aquella noche, a ir a una fiesta, a alguna actividad que hubiera en el campus. «Tiene que haber algo –le había dicho–. Algún plan de última hora. Siempre lo hay.» Era el primer fin de semana de Greer en la universidad y Cory pensaba que tenía que hacer un esfuerzo.

Pero esta había dicho que no, que no quería hacer ningún esfuerzo, que prefería vivir la experiencia a su manera. Durante la semana sería una superestudiante metida en un cubículo de la biblioteca con la cabeza inclinada sobre un libro igual que un joyero con una lente de aumento. Los libros eran un antidepresivo, un poderoso inhibidor selectivo de la recaptación de serotonina. Greer siempre había sido de esas chicas en calcetines con los pies doblados debajo del cuerpo, la boca un poco entreabierta en un estado de concentración maravillado, drogado casi. Las palabras escritas bailaban encadenadas para ella generando imágenes tan nítidas como la familia saltarina del chico iraní. Había aprendido a leer antes del jardín de infancia, cuando empezó a sospechar que no interesaba demasiado a sus padres. Luego había perseverado, leyendo con esfuerzo cuentos infantiles con su predecible antropomorfismo hasta llegar al formalismo extraño y hermoso del siglo XIX, entrando y saliendo de historias de guerras sangrientas, debates sobre Dios y sobre la ausencia de Dios. Lo que más la conmovía, a veces incluso de forma física, eran las novelas. En una ocasión leyó *Anna Karénina* de un largo tirón y terminó con los ojos cansados e inyectados en sangre y tuvo que echarse en la cama con un trapo sobre los ojos como si también ella fuera una heroína literaria

del pasado. Las novelas la habían acompañado durante su infancia, ese período de prolongado aislamiento, y era probable que siguieran haciéndolo durante lo que fuera que la esperaba en la vida adulta. Por muy mal que le fueran las cosas en Ryland, sabía que al menos allí podría leer, porque era la universidad, y leer era lo que se hacía.

Pero aquella noche los libros no seducían, así que permanecieron intactos, ignorados. Aquella noche en la universidad había que ir de fiesta o quedarse en la anodina sala común de una residencia, sin libros y fustigándose. La amargura, Greer lo sabía, aguzaba los sentidos. A diferencia de la mera infelicidad, la amargura tenía un sabor concreto. Aquella experiencia amarga se la guardaría para sí. Sus padres no la verían; ni siquiera Cory Pinto, que estaba en Princeton. Cory y ella habían crecido juntos y llevaban enamorados y entrelazados desde el año anterior. Y aunque habían jurado que durante los cuatro años de universidad hablarían constantemente por Skype –ahora con la herramienta de vídeo incluso podían verse– y pedirían coches prestados para visitarse el uno al otro al menos una vez al mes, aquella noche la pasarían separados. Cory se había puesto uno de sus jerséis buenos para ir a una fiesta. Greer lo había visto antes en su versión Skype, pegado a la cámara del ordenador, todo poros y nariz y frente protuberante.

«Intenta divertirte», le había dicho Cory con voz algo entrecortada debido a la mala configuración del sistema. Luego se volvió y le levantó un dedo a John Steers, su compañero de habitación, fuera del objetivo, como diciéndole: «Dame dos segundos, tengo que hacer esto».

Greer se había apresurado a colgar porque no quería ser vista como «esto», la pareja emocionalmente dependiente. Y ahora estaba sentada en la sala común de Woolley metiendo y sacando la mano de un cubo de palomitas y mirando carteles pegados a las paredes con blue-tack sobre la maniobra de Heimlich y audiciones para bandas independientes y un almuerzo campestre para estudiantes cristianos en la explanada oeste lloviera o no. Una chica pasó por delante de la puerta y a continuación entró; más tarde admitiría que lo había hecho más por amabilidad que por interés. Tenía aspecto de chico esbelto y sexi, de complexión perfecta, con una estética Juana de Arco que sugería que era lesbiana. Observó aquella reunión bien iluminada de personas perdidas, frunció el ceño con deliberación y a continuación anunció:

–Voy a pasarme por algunas fiestas, por si alguien se apunta.

El chico negó con la cabeza y regresó a la imagen en su pantalla. La chica de las palomitas siguió comiendo y la chica con problemas intestinales debatía con alguien por su teléfono móvil si debía ir o no al consultorio médico.

–La parte buena es que podrían ayudarme –decía–. La mala es que no tengo ni idea de dónde están. –Pausa–. No, no puedo llamar a seguridad

para que me acompañen. –Otra pausa–. Y además, creo que igual son solo nervios.

Greer miró a la chica con aspecto de chico y asintió con la cabeza y la chica le devolvió el gesto mientras se subía el cuello de la chaqueta. Una vez en el vestíbulo en penumbra, empujaron las gruesas puertas cortafuegos. Hasta que Greer no estuvo fuera, expuesta al viento, y notó cómo este le arrugaba el fino tejido de su camisa, no recordó que iba sin jersey. Pero estaba segura de que no debía interrumpir aquel momento para preguntar si podía subir corriendo al tercer piso a cogerlo.

–He pensado que podíamos probar cosas distintas –dijo la chica, que se presentó como Zee Eisenstat, de Scarsdale, Nueva York–. Será como una degustación de vida universitaria.

–Exacto –dijo Greer, como si aquel hubiera sido su plan también.

Zee la llevó a la Spanish House, un edificio exento de tablillas situado al final del campus. Cuando entraron, un chico que estaba en la puerta dijo: «Buenas noches, señoritas»* y les ofreció unos vasos de lo que llamó falsa sangría, aunque Greer estuvo debatiendo brevemente con otra chica de la residencia sobre la posibilidad de que la falsa sangría pudiera no ser falsa.

–¿Licor secreto?** –preguntó Greer en un susurro y la chica la miró con intensidad y dijo:

–Inteligente.***

Inteligente. Durante años ser la inteligente había bastado. Al principio solo había significado que sabías contestar las preguntas que te hacían los profesores. El mundo entero parecía estar basado en datos y eso le había resultado un alivio a Greer, capaz de recabar datos con la misma facilidad que un mago saca monedas de cada oreja que encuentra. Los datos aparecían ante sus ojos y no tenía más que convertirlos en palabras, y de ese modo había pasado a ser considerada la más lista de la clase.

Más tarde, cuando hizo falta algo más que datos, las cosas se pusieron mucho más difíciles. Tener que expresar en público sus opiniones, por ejemplo, su esencia, la sustancia concreta que se agitaba en su interior y la hacía ser quien era agotaba y asustaba a Greer, y en eso pensaba mientras Zee y ella se dirigían a su siguiente destino social, el Lamb Art Studio. Cómo se había enterado Zee, estudiante de primer año, de aquellas fiestas no estaba claro; el boletín semanal de Ryland no las mencionaba.

En el estudio olía mucho a trementina, que casi servía de acelerador sexual porque los estudiantes de bellas artes, todos de clase alta, parecían atraídos los unos por los otros. Formaban grupos de dos y tres, con cuerpos delgados, pantalones salpicados de pintura, manos tatuadas con henna, lóbulos dilatados y ojos más brillantes de lo habitual. En el centro de la habitación con suelo de madera blanca, una chica era transportada a hombros de un tipo y gritaba: «¡BENNET, PARA! ¡ME VOY A CAER Y ME

VOY A MATAR Y MIS PADRES VAN A LLEVAR A JUICIO ESE CULO TUYO DE ARTISTA!». El tal Bennet la transportaba en círculos tambaleantes porque aún era lo bastante joven y fuerte a lo dios Atlas para sostenerla así y porque la chica era aún lo bastante ligera para ser llevada en brazos.

Los estudiantes de bellas artes solo estaban interesados en ellos mismos. Era como si Greer y Zee se hubieran topado con una subcultura en un claro del bosque. No paraban de hablar de «la mirada masculina», aunque al principio Greer oía «la meada masculina», hasta que al final comprendió. Se marcharon al poco de llegar y, una vez fuera, se les unió casi de inmediato otra estudiante de primer año que se pegó a ellas tranquilamente y sin pedir permiso. Dijo que se llamaba Chloe Shanahan y parecía aspirar a un cierto grado de *sex appeal* de centro comercial, con zapatos de tacón alto, vaqueros Hollister y una colección de delgadas pulseras de plata elástica. Había terminado en el estudio de arte por equivocación, les dijo; en realidad estaba buscando la Theta Gamma Psi.

–¿Una fraternidad? –dijo Zee–. ¿Por qué? Son asquerosas.

Chloe se encogió de hombros.

–Al parecer tienen un barril de cerveza y música alta. Es lo que me apetece esta noche.

Zee miró a Greer. ¿Quería ir a una fiesta en una fraternidad? No le apetecía nada, pero tampoco quería estar sola, así que era posible que sí le apeteciera. Imaginó a Cory apoyado contra una pared en una fiesta en ese preciso instante, riéndose de alguna cosa. Vio a un grupo de gente levantando la vista hacia él –era la persona más alta de la habitación– y riendo también.

Greer, Zee y Chloe formaban un trío improbable, pero Greer había oído que eso era algo típico de la vida social en las primeras semanas de universidad. Personas que no tenían nada en común se unían breve y emocionalmente igual que los miembros de un jurado o los supervivientes de un accidente de avión. Chloe las llevó al otro lado de la explanada oeste y a continuación rodearon la mole de la biblioteca Metzger, que estaba iluminada y desoladamente vacía como un supermercado abierto veinticuatro horas en plena noche.

En la página web de Ryland había imágenes de estudiantes con gafas protectoras simulando usar un soplete en un laboratorio o descifrar una pizarra blanca llena de operaciones matemáticas, pero el resto de las fotografías eran sociales, cursis: una tarde de patinaje sobre hielo en un estanque helado, el clásico plano de «jóvenes con árbol», con estudiantes charlando a la sombra de un ancho roble. En toda la universidad había un único árbol de ese tipo y había sido fotografiado hasta la extenuación. A la luz del día, los estudiantes corrían a clase por los senderos del poco elegante campus, a veces todavía en pijama, como miembros de una familia de amables osos sacada de un cuento infantil.

Cuando caía la noche, sin embargo, la universidad se hacía adulta. Y en aquella en concreto, el destino de las tres chicas era una casa de fraternidad grande y carcomida con un ruido ensordecedor. Los folletos la llamaban Greek Life, vida griega. Greer se imaginó chateando más tarde con Cory y diciéndole: «Vida griega, pero ¿qué coño? ¿Y Aristóteles? ¿Y el baclava?». Pero de pronto ese comentario travieso, de la clase que solían intercambiar Cory y ella y que tanto los divertían, le pareció irrelevante porque Cory no estaba allí, ni siquiera estaba cerca y ella estaba cruzando un ancho umbral en compañía de dos chicas elegidas al azar, al encuentro de olores nocivos y también tentadores y también, de manera indirecta, al encuentro de Faith Frank.

La bebida de la noche se llamaba «chute Ryland» y era del color rosa del ponche de frutas, pero enseguida tuvo un efecto potente y narcótico en Greer, que pesaba cuarenta y nueve kilos y no había cenado más que unos tristes montículos del bufé de ensaladas. Por lo común le gustaba la agradable energía que da estar lúcida, pero ahora sabía que la lucidez solo la conduciría de vuelta a la infelicidad, así que apuró su primer y dulcísimo chute Ryland de un vaso de plástico con una protuberancia en el fondo y se colocó en la fila para un segundo. Las bebidas, unidas a las que ya se había tomado en la Spanish House, hicieron su efecto.

Pronto estuvo bailando con las dos otras chicas en un círculo, como si buscara complacer a un jeque. Zee era una bailarina excelente, balanceaba las caderas y ponía los hombros a trabajar mientras movía el resto del cuerpo con estudiado minimalismo. A su lado, Chloe, dibujaba formas con las manos y sus múltiples pulseras tintineaban. Greer bailaba a su aire y con una desinhibición inusual en ella. Cuando estuvieron exhaustas, se dejaron caer en un sofá bulboso de cuero negro que olía un poco a lenguado frito. Greer cerró los ojos mientras una irritante canción hip-hop de Belicouso empezaba a subir de volumen:

> Por qué me censuras
> si sabes de mi tortura…

–Me encanta esta canción –dijo Chloe cuando Greer se disponía a decir: «Odio esta canción». Se interrumpió, no queriendo objetar los gustos musicales de Chloe. Entonces esta empezó a cantar. «… mi tortuu…ra», dijo con la voz dulce y segura de un niño en un coro infantil.

Mientras todo esto ocurría, Darren Tinzler bajaba por la ancha y majestuosa escalera. Todavía no había sido identificado como Darren Tinzler, aún no había cobrado trascendencia, no era más que otro chico de fraternidad delante de una vidriera color amatista en el rellano de la escalera, de pecho ancho, pelo largo y ojos grandes ocultos debajo de una gorra de béisbol puesta al revés. Estudió la habitación y, después de

pensárselo, se dirigió hacia las tres chicas y su concentración de feminidad. Chloe intentó ponerse de pie igual que una sirenita subiendo a la superficie del mar, pero no consiguió ni siquiera sentarse recta. Zee, cuando Tinzler volvió dubitativo su atención hacia ella, cerró los ojos y levantó una mano, como dándole silenciosamente con la puerta en las narices.

Lo que dejaba a Greer, quien, por supuesto, tampoco estaba libre. Cory y ella eran inseparables y, aunque no lo hubieran sido, sabía que era demasiado callada y formal para alguien como aquel chico de fraternidad, aunque era atractiva de una manera muy específica, menuda y compacta y resuelta igual que una ardilla voladora. Tenía el pelo liso y negro brillante; el toque de color se lo había añadido en casa con un producto comprado en la droguería en decimoprimer curso. Lo había hecho en el lavabo del cuarto de baño del piso de arriba, tiñendo de azul la pila, la alfombrilla y la cortina de ducha hasta que la habitación terminó pareciendo el plató de una película gore que se desarrolla en otro planeta.

Había supuesto que el mechón de pelo sería una novedad temporal. Pero entonces Cory y ella empezaron a salir en el último curso y a él le gustaba tocar aquel inesperado retazo de color, así que Greer se lo había dejado. Cuando empezaron a salir y Cory se la quedaba mirando, Greer solía bajar la cabeza de forma instintiva y apartaba la vista. Entonces él decía: «No apartes la vista. Vuelve a mí. Vuelve».

Ahora Darren Tinzler le dio la vuelta a su gorra y se la tocó como si fuera una chistera. Y debido a esos poderosos chutes Ryland, que habían relajado mucho a Greer, esta se puso de pie y se llevó las manos a las caderas, como sujetándose unas faldas para hacer reverencia, e inclinó la cabeza.

–Cuantísimo honor –murmuró para sí.

–¿Qué has dicho? –dijo Darren–. Oye, peliazul, estás completamente cocida.

–No es verdad. Solo tengo un hervor.

Darren la miró con curiosidad y luego la condujo hasta un rincón, donde apoyaron las bebidas encima de una pila desordenada de juegos de mesa combados e ignorados durante mucho tiempo: Hundir la flota, Risk, el Trivial Pursuit de *Star Wars*, el Trivial Pursuit de *Padres forzosos*.

–Estos juegos los rescatarían de La Gran Inundación de las Fraternidades de 1987, ¿no? –preguntó Greer.

Darren la miró.

–¿Qué? –dijo por fin, como irritado.

–Nada.

Greer le contó que vivía en Woolley Hall y Darren dijo:

–Te acompaño en el sentimiento. Es un sitio deprimente.

–Sí que lo es –dijo Greer–. Y las paredes son de color audífono, ¿a que sí? –Recordó que Cory se había reído cuando se lo contó y le había dicho:

«Te quiero». En cambio, Darren se limitó a mirarla de nuevo con irritación. A Greer incluso le pareció detectar asco en su expresión. Pero ahora sonreía, así que quizá se lo había imaginado. El semblante humano tenía demasiadas posibilidades, que se sucedían unas a las otras como en un acelerado pase de diapositivas–. La verdad es que no estoy muy contenta –confesó–. De hecho, no tenía que estar en Ryland. Fue todo una gran equivocación, pero ya está hecho y ahora no tiene arreglo.

–¿En serio? –preguntó Darren–. ¿Se supone que tenías que estar en otra universidad?

–Sí, en una mucho mejor.

–¿Ah, sí? ¿Cuál?

–Yale.

Darren se rió.

–Muy graciosa.

–Es verdad –dijo Greer. Y añadió, con tono de indignación–: Me admitieron.

–Claro que sí.

–Pues sí, pero no salió bien y sería demasiado complicado explicarlo. Así que aquí estoy.

–Aquí estás –dijo Darren. En un gesto confianzudo, frotó el cuello de la camisa de Greer entre dos dedos y esta se sorprendió y no supo qué hacer, porque no le parecía bien. La otra mano de Darren subió por su camisa, palpándola, y Greer se quedó un momento paralizada por la conmoción mientras él encontraba la convexidad de su pecho y lo rodeaba sin dejar de mirarla a los ojos, sin parpadear, mirándola solo.

Greer se apartó con brusquedad y dijo:

–¿Qué haces?

Pero él siguió y le dio un apretón fuerte y doloroso en el pecho, pellizcándole la carne. Cuando Greer se apartó del todo, le cogió la muñeca y la acercó a él diciendo:

–¿Cómo que qué hago? Si eres tú las que se está insinuando, con esa patraña de que te han admitido en Yale.

–Suéltame –dijo Greer, pero Darren no lo hizo.

–Aquí nadie te va a querer follar, Peliazul –siguió diciendo–. Como no sea por compasión. Deberías dar gracias por haberme gustado dos segundos. No te des tantos aires, tampoco estás tan buena.

Luego le soltó la muñeca y la empujó, como si hubiera sido ella la del comportamiento agresivo. Greer estaba colorada y tenía la boca seca como un estropajo. Se sentía engullida una vez más por la ya familiar sensación de ser incapaz de decir lo que sentía. La habitación la estaba devorando… La habitación y también la fiesta, la universidad y la velada.

Nadie pareció haberse dado cuenta de lo ocurrido, o, al menos, a nadie le sorprendió. La escena se había producido a la vista de todos; un tío que

metía la mano por la camisa de una chica, la agarraba con fuerza y luego la apartaba. Greer era tan invisible como Ícaro ahogándose en una esquina del cuadro de Brueghel que habían estudiado el primer día de clase. Aquello era la universidad y estaba en una fiesta universitaria. Un grupo se había puesto a jugar a poner la cola al burro mientras varias personas coreaban de forma monótona: «Vamos, Kyla, vamos Kyla» a una chica con los ojos vendados y una cola de papel en la mano avanzando a pasitos inseguros. En un rincón, un chico vomitaba en silencio dentro un sombrero de media copa. Greer pensó en ir corriendo al consultorio médico, donde podría echarse en una camilla junto a otra camilla en la que quizá estaba en aquel momento la chica de Woolley con diarrea, después de empezar las dos la universidad con tan mal pie.

Pero Greer no necesitaba ir al médico; solo salir de aquel edificio. Oyó la risa suave de Darren repiquetear a su espalda mientras avanzaba deprisa entre la gente. Cruzó el porche con un columpio mal engrasado en el que había abrazadas dos personas y luego el césped del campus que, lo notaba en los tacones de las botas, conservaba aún la esponjosidad del verano pero ya empezaba a secarse en los bordes.

Nunca la habían tocado así, pensó mientras caminaba a paso rápido y temblón. En la fría oscuridad de la noche, sola consigo misma en aquel lugar nuevo, trató de descifrar lo ocurrido. Sí, claro, en ocasiones chicos y hombres le habían dicho cosas explícitas, como lo hacían con todas las mujeres, en todas partes. Cuando tenía solo once años unos ciclistas que frecuentaban la tienda KwikStop en Macopee le murmuraron alguna cosa. Era un día de verano y Greer había ido a comprarse su barra de helado favorita, una Klondike Choco Taco, y un hombre con una barba como las de los ZZ Top se había acercado a ella, había mirado de arriba abajo su cuerpo enfundado en unos pantalones cortos y una camisetita sin mangas y había emitido su veredicto: «Bonita, no tienes tetas».

Greer no tenía manera de defenderse de ZZ Top, no tenía posibilidad de decir algo cortante, de frenarlo o de simplemente insultarlo. Se había quedado callada, sin chistar y sin defenderse. No era una de esas chicas que parecía haber por todas partes, con las manos en jarras, esas chicas que algunos libros y películas describían como «explosivas» o, más tarde, «duras».

También en la universidad había chicas así, seguras de sí mismas en plan «que te den» y convencidas de su lugar en el mundo. Cada vez que se topaban con resistencia en forma de sexismo descarado o de grosería de tipo más general, bien la atajaban, bien se limitaban a poner los ojos en blanco y a actuar como si se tratara de algo demasiado estúpido como para prestarle atención. No perdían el tiempo pensando en personas como Darren Tinzler.

En el césped del campus había grupos caminando en el aire vivificante

después de salir de fiestas que empezaban a decaer, o dirigiéndose a otras, más íntimas, que empezaban en ese momento. Era plena noche; había bajado la temperatura y, sin jersey, Greer tenía frío. Cuando llegó a Woolley, la chica de las palomitas estaba dormida en el cuarto de estar abrazada al cubo de plástico gigante que ahora contenía solo un puñado de rosetas de maíz sin reventar amontonadas en el fondo como una congregación de mariquitas.

–Alguien me ha hecho algo –le susurró Greer a la chica inconsciente.

Durante los días siguientes repetiría versiones de esta información a varias personas conscientes, al principio porque seguía afectándola, pero después porque le resultaba insultante.

–Fue como si se sintiera con derecho a hacer lo que quisiera –le dijo por teléfono a Cory con una suerte de asombro indignado–. Le daba igual cómo me sintiera yo. Se creía con derecho y punto.

–Ojalá pudiera estar contigo ahora mismo –dijo Cory.

Zee le dijo que debería denunciarlo.

–Deberían saberlo en administración. Es asalto, ¿sabes?

–Pero yo había bebido –dijo Greer–. Esa es la cosa.

–¿Y? Razón de más para que no intentara nada. –Cuando Greer no contestó, Zee dijo–: A ver, Greer, que esto es intolerable. Un escándalo, de hecho.

–Igual es algo que se hace en Ryland. En Princeton no pasaría, no lo creo.

–Pero ¿estás de coña? Eso no es así en absoluto.

Zee era activista de una forma innata, refrescante. Había empezado siendo niña con los derechos de los animales; poco después se hizo vegetariana y, con el tiempo, lo que sentía por los animales se extendió a las personas y añadió a su activismo los derechos de la mujer, los derechos de los LGTB, la guerra con sus inevitables mareas de refugiados y, más tarde, el cambio climático, que te hacía imaginar animales futuros, personas futuras, todos ellos amenazados y boqueantes, sin esperanza ya.

Pero Greer aún no había desarrollado una vida interior de activismo; tan solo sentía asco y renuencia al imaginarse poniendo una queja y teniendo que ir sola a la oficina de la decana Harkavy en Masterson Hall con una carpeta en el regazo a redactar una declaración sobre Darren Tinzler en su caligrafía pulquérrima de niña buena. Seguía haciendo unas letras redondas, gordas y juveniles, lo que creaba una desconexión entre lo que escribía y la manera en que lo escribía. ¿Quién iba a tomarla en serio? Pensó en cómo los informes de abusos sexuales omitían el nombre de las víctimas. Aunque nadie lo dijera, la idea de que te habían hecho *algo* parecía convertirte en sospechosa y sacaba tu cuerpo, que por lo general vivía en la oscuridad, bajo la ropa, fuera, a la luz. Si alguien se enteraba, serías para siempre alguien cuyo cuerpo había sido violado, quebrantado.

También alguien con un cuerpo vívido e imaginable. Comparado con algo así, lo que le había pasado era una insignificancia. Y entonces Greer pensaba en sus pechos, que también podían describirse de esa manera. Insignificantes. Esa era la palabra que la resumía.

–No lo sé –le dijo a Zee, consciente de estar dando una sensación de vaguedad que le resultaba familiar. En ocasiones decía «No lo sé» incluso cuando sí lo sabía. Lo que quería decir era que se encontraba más cómoda en la imprecisión que fuera de ella.

A medida que el episodio con Darren Tinzler fue quedando atrás se hizo menos real, hasta terminar reducido a una anécdota que Greer deconstruyó más de una vez con unas cuantas chicas de su residencia, mientras hacían corro en el baño común con los pequeños cubos de plástico para los artículos de aseo que sus madres les habían comprado antes de ir a la universidad y que les daban aspecto de coalición de niños jugando en un arenero. Para entonces todas sabían que debían mantenerse lejos de Darren Tinzler, y el tema terminó por agotarse, y por agotar a las personas que pensaban en él. No fue violación, había señalado Greer; ni siquiera había estado cerca. A aquellas alturas ya se antojaba mucho menos grave que lo que, al parecer, estaba ocurriendo en otras universidades: los jugadores de rugby que daban Rohypnol a chicas, los informes policiales, la indignación.

Pero durante las dos semanas siguientes media docena de alumnas de Ryland tuvieron sus propios encuentros con Darren Tinzler. Al principio ni siquiera sabían su nombre; era descrito solo como un varón que llevaba una gorra de béisbol y tenía «ojos de carpa», como dijo alguien. Una noche en el comedor, sentado con sus amigos, Darren estuvo un rato largo mirando tan tranquilo a una estudiante de segundo curso; la miró a través de la habitación concurrida mientras se llevaba a la boca una cucharada de algo bajo en grasas. Otra noche, en la sala de lectura de la biblioteca, encorvado sobre una de las mesas color mantequilla se dedicó a mirar a una alumna absorta en *Principios de microeconomía*, de Mankiw.

Y entonces, cuando la chica se levantaba para hablar con una amiga o para recoger su plato o servirse un zumo de arándanos supuestamente curativo de enfermedades del tracto urinario de esas espitas de flujo maravilloso e infinito que definen la vida universitaria, o quizá solo para estirarse un poco con un *cric crac* de las articulaciones, él también se levantaba y se dirigía hacia ella con determinación, asegurándose de que terminaban uno al lado del otro.

Cuando estaban juntos en un rincón o escondidos detrás de una pared o, en cualquier caso, lejos de las miradas ajenas, empezaba una conversación. Y entonces interpretaba la buena educación o la amabilidad o incluso una vaga receptividad de la chica como interés, y es posible que en ocasiones lo fuera. Pero siempre lo convertía en algo físico, en una

mano dentro de la camisa o en la entrepierna o, incluso, en una ocasión, en un dedo que entró y salió de una boca. Y si la chica lo rechazaba, se enfadaba y le apretaba la mano tan fuerte que la hacía gritar y acto seguido la atraía hacia sí y le decía algo del tipo: «No me digas que estás escandalizada. Venga ya, joder, si eres una putita».

En todos los casos la chica se apartó diciendo: «Déjame», o simplemente se fue diciendo: «Puto pervertido». O no dijo nada y más tarde le contó a su compañera de cuarto lo que había pasado, o quizá no se lo contó a nadie, puede que por la noche hiciera una encuesta entre sus amigas y les preguntara: «No voy vestida como una puta, ¿verdad?» y ellas formaran piña con ella y le dijeran: «Para nada, Emily, vas fenomenal. Me encanta tu estilo, es muy libre».

Pero entonces una noche en Havermeyer, que seguía conociéndose como la residencia «nueva» aunque había sido construida en 1980 y era un edificio de estilo soviético y dispar en medio del despliegue de arquitectura ecléctica que definía el campus de Ryland, una estudiante de segundo año llamada Ariel Diski volvió muy tarde a su habitación y se encontró a un chico esperando en la difunta cabina de teléfono del pasillo de la cuarta planta. En la pequeña e inútil cabina ya no había ningún teléfono, solo una colección de agujeros llenos de chicle allí donde había sido arrancado el aparato y un asiento de madera. El chico abrió la puerta de acordeón con un chirrido y fue hacia la chica, la hizo detenerse, habló con ella, incluso dijo alguna cosa que la divirtió. Pero pronto la tocó de forma grosera y la empujó hacia su habitación; la chica se zafó y entonces el chico se puso furioso y la sujetó por las trabillas de pantalón.

Pero Ariel Diski había aprendido *krav maga* en el instituto con un profesor de gimnasia israelí y le asestó a Darren un golpe de codo perfectamente ejecutado en el centro del pecho. Darren rebuznó de dolor, se abrieron puertas por todo el pasillo y apareció gente a medio vestir y con el pelo revuelto, y, por último, los de seguridad, con sus walkie talkies que chisporroteaban y murmuraban. Y aunque para entonces Darren Tinzler se había ido, fue fácil encontrarlo y retenerlo en Theta Gamma Pi, donde simulaba estar inmerso en una partida contra sí mismo del Trivial Pursuit de *Star Wars*.

Pronto las otras chicas se presentaron ante la policía y, aunque al principio la universidad trató de evitar que el asunto se hiciese público, una vez presionada, la dirección accedió a formar un comité disciplinario. Se hizo en un laboratorio de biología en la luz pálida y destilada de una tarde de viernes, cuando todos pensaban ya en el fin de semana. Greer, cuando le llegó el turno de hablar, se puso de pie ante una mesa negra brillante con mecheros Bunsen y medio susurró lo que Darren Tinzler le había dicho y hecho aquella noche en la fiesta. Después se convenció de que testificar le había dado fiebre. Una fiebre violenta y altísima. Era

posible que incluso amarilla.

Darren no llevaba su habitual gorra de béisbol; su pelo plano y claro parecía un redondel de hierba atrapado y dejado morir debajo de una piscina hinchable. Para terminar, leyó una declaración: «Solo quiero decir que yo, Darren Scott Tinzler, de la promoción de 2007, estudiante de ciencias de la comunicación de Kissimmee, Florida, al parecer no sé interpretar señales del sexo opuesto. Ahora mismo estoy muy avergonzado y pido perdón por mis repetidas malinterpretaciones del lenguaje corporal».

Al cabo de una hora se comunicó la decisión. La directora del comité disciplinario, una vicedecana joven, anunció que a Darren se le permitiría permanecer en el campus si accedía a hacer tres sesiones con la terapeuta del comportamiento y trabajadora social Melanie Stapp, cuya página web decía que era especialista en control de impulsos. Una ilustración mostraba un hombre fumando un pitillo y una mujer con expresión infeliz comiéndose un dónut.

En el campus hubo un clamor fuerte, pero difuso:

–Esto es misoginia en acción –dijo una estudiante de último año una noche en que estaban todas sentadas en la sala común de Woolley.

–Y me parece increíble que la directora del comité no mostrara ninguna solidaridad con las víctimas –dijo una de segundo año.

–Seguro que es una de esas mujeres que odian a las mujeres –dijo Zee–. Una zorra.

Y se puso a cantar su propia versión de la canción de un musical que les gustaba a sus padres:

–Mujeres… mujeres que odian a las mujeres… son las más zorras… del mundo entero…

Greer dijo:

–¡Qué horror! No deberías decir «zorra».

Zee dijo:

–Zorra. –Y todas rieron–. ¡Venga ya! –prosiguió Zee–. Puedo decir lo que quiero. A eso se llama tener agencia.

–Tampoco deberías decir «agencia» –dijo Greer–. Es todavía peor.

Greer y Zee participaron en largas conversaciones sobre Darren con otras personas en el comedor; se quedaron hasta que los trabajadores de la cocina las echaron. La furia es difícil de mantener en el tiempo, y a pesar de estas conversaciones y del muy bien argumentado editorial de una estudiante de último año en el *Ryland Clarion*, dos de las chicas implicadas dijeron que no querían seguir hablando del caso.

Pero Greer continuaba pensando en Darren. Lo que recordaba no era el encuentro en sí, eso había desaparecido y dejado solo un rastro de recuerdo, pero no se quitaba de la cabeza lo injusto que era que se tolerara su presencia en la universidad. «Injusto»: la palabra sonaba a queja de niña

pequeña gritada con amargura a un progenitor.

–Lo siento, pero ya no quiero pensar más en él –dijo Ariel Diski una mañana en el sindicato de estudiantes después de que Greer intentara abordarla–. Estoy superliada –dijo– y ese tío no es más que un capullo.

–Ya lo sé –dijo Greer–, pero igual podemos hacer algo más. Mi amiga Zee lo cree.

–Mira, ya sé que esto te importa mucho –dijo Ariel–, y no te ofendas, pero quiero entrar en la facultad de derecho y no puedo estresarme. Lo siento, Greer, lo dejo.

Aquella noche Zee, Greer y Chloe se reunieron en la habitación de Zee para pintarse las uñas de los pies del color verde terroso de los pantalones militares. La habitación desprendía un olor a fermento químico que las hacía sentirse un poco mareadas y un poco intrépidas.

–Podrías ir a la Alianza de Mujeres –propuso Zee–. Igual te pueden aconsejar.

–O no. Mi compañera de cuarto fue a una de sus reuniones –dijo Chloe–. Dijo que lo único que hacen es vender *brownies* contra la mutilación genital.

Ryland no era un lugar muy político, así que te conformabas con lo que había. De vez en cuando y de forma inesperada surgía una oleada de protestas. Unos años después de empezar la sonada guerra de Irak, en ocasiones se veía a Zee y a dos estudiantes de segundo año en los escalones del Metzger con un megáfono y repartiendo hojas volanderas. Luego hubo una serie de protestas por parte de la pequeña pero bien organizada Asociación de Estudiantes Negros. El grupo contra el cambio climático se había convertido en una presencia persistente y Zee también estaba en él. «El cielo se caía –repetían a todo el mundo–, el cielo ardiente y furioso.»

–Una vez, cuando era pequeña, hice y vendí camisetas para recaudar dinero contra el maltrato animal en Scarsdale –dijo Zee–. Estoy pensando que igual podíamos hacer camisetas con la cara de Darren Tinzler y regalarlas. Y debajo de la cara podríamos poner la palabra «Indeseable».

Se hizo un fondo y se compraron cincuenta camisetas baratas por Internet a un mayorista en liquidación, y Greer, Zee y Chloe se quedaron hasta tarde en el sótano de Woolley rodeadas de bicicletas y del resoplido de las lavadoras y del rumor del agua de los inodoros circulando por las cañerías del techo planchando calcomanías de la cara de Darren en tela sintética porque era más barato que llevarlas a estampar. Para las cuatro de la mañana, Greer conservaba fuerza en el brazo mientras pasaba la plancha caliente y puntiaguda una y otra vez por la palidez desabrida de Darren: la gorra de béisbol muy calada, los ojos separados inusualmente abiertos. «Tiene cara de estúpido –pensó–, pero bajo la superficie hay un instinto animal, astuto.»

Poco después, Chloe se rindió. Se puso de pie, estiró los brazos y dijo:

–Quiero mi cama.

De manera que unas horas más tarde solo Greer y Zee se sentaron bostezando en la entrada bien iluminada del comedor y trataron de convencer a la gente de que cogiera una camiseta.

«¡Camisetas gratis!», anunciaron a todo el mundo, pero solo consiguieron colocar cinco. Fue una desilusión, un triste fracaso. Aun así, Greer y Zee se ponían las suyas siempre que podían. Claro que la tela se encogió un poco con los lavados y la cara de Darren Tinzler se estiró y distorsionó como si hubiera puesto la cabeza en una fotocopiadora.

Las dos llevaban las camisetas la noche en que Faith Frank fue a dar una charla.

Zee había visto el anuncio de la conferencia en el boletín semanal y estaba emocionada.

–Siempre me ha encantado –le dijo a Greer. Se habían hecho amigas de forma exprés después de pasar la noche trabajando en las camisetas, conspirando, hablando, haciendo libre asociación de ideas–. Ya sé que representa un tipo de feminismo trasnochado –dijo Zee–, centrado en problemas que afectan sobre todo a mujeres privilegiadas. Soy muy consciente. Pero ¿sabes qué? Ha hecho mucho bien y creo que es increíble. Además, tiene una cosa muy buena –continuó–. Que a pesar de ser tan famosa, icónica, también parece muy accesible. Tenemos que ir a verla, Greer. Tienes que hablar con ella, contarle lo que ha pasado. Cuéntaselo. Ella sabrá qué hacer.

A Greer la avergonzaba saber tan poco sobre Faith Frank, aunque la noche anterior a la conferencia se puso al día con una sesión intensiva de Google. Buscar información en línea la reconfortaba; puede que el mundo estuviera descontrolado, pero todavía había respuestas que se podían encontrar con facilidad. Pero, si bien Google le proporcionó una biografía y un contexto, no le sirvió para hacerse una idea de cómo una persona como Faith se había convertido en quien era.

Greer leyó que, a principios de la década de 1970, Faith Frank había sido una de las fundadoras de la revista *Bloomer,* llamada así por Amelia Bloomer, la feminista y reformista social, editora del primer periódico para mujeres. *Bloomer* era considerada la hermana pequeña, más humilde y menos famosa de la revista *Ms.* Al principio había sido muy buena, no tan pulida ni refinada como *Ms.,* nunca demasiado bien diseñada, pero a menudo llena de columnas y artículos absorbentes y enjundiosos. Con los años, el número de lectores había caído mucho y la revista, en otro tiempo vista como un boletín escrito desde el frente, se volvió tan delgada como un manual de pequeño electrodoméstico.

Pero Faith, cuya fama había sido descrita como «un par de peldaños por debajo de Gloria Steinem», seguía siendo un personaje visible. A finales de la década de 1970 empezó a escribir libros para un público

amplio que se vendían bien, con mensajes enérgicos y alentadores de empoderamiento. Luego, en 1984, había tenido un gran éxito con su manifiesto *La persuasión femenina,* que, en esencia, imploraba a las mujeres que se dieran cuenta de que ser mujer es mucho más que llevar hombreras y hacerse la dura. La América de las grandes corporaciones había intentado que las mujeres se comportaran igual de mal que los hombres, decía Faith Frank, pero las mujeres no tenían por qué capitular. Podían ser fuertes y poderosas sin perder por ello su integridad y su sentido de la decencia.

Parecía que la gente quería oír ese mensaje, incluidas todas las mujeres que habían ido a trabajar a Wall Street y habían terminado siendo desgraciadas. Las mujeres podían salir a la calle, decía Frank, podían formar cooperativas o, al menos, podían desafiar la cultura establecida en sus empresas, Y, añadía, se podía persuadir a los hombres de que compensaran su dureza de largo arraigo con una nueva sensibilidad. El equilibrio, decía, lo es todo. El libro no había dejado de editarse, aunque cada nueva edición exigía una actualización considerable.

Puesto que Faith era equilibrada, elocuente y eficaz en las entrevistas, le habían dado una sección propia en el magacín nocturno de televisión *Recap*, de la PBS, donde hacía entrevistas; en ocasiones escogía hombres sexistas como invitados y estos, en su vanidad, parecían no tener ni idea de por qué habían sido seleccionados. Se presentaban en el plató, en ocasiones pavoneándose y haciendo comentarios objetables, y Faith los corregía con calma e ingenio o les bajaba los humos directamente.

Aunque las entrevistas eran populares, a mediados de la década de 1990 el programa se canceló. Faith siguió escribiendo libros, pero ya no se vendían bien. A lo largo de los años había publicado nuevas y modestas continuaciones de *La persuasión femenina.* (La más reciente, editada a finales de los noventa, se titulaba *La perfusión femenina.)* Al final dejó por completo de escribir libros.

En las fotografías más antiguas que encontró Greer, Faith Frank era una mujer alta y delgada con rizos largos y oscuros y aspecto conmovedoramente joven, desinhibido. En una se la veía manifestándose en Washington. En otra gesticulaba con energía en el plató de uno de esos programas de debate que solían emitirse a última hora de la noche, con los invitados en sillas giratorias blancas vestidos con pantalones de campana fumando sin parar y gritando. Faith se había enzarzado en un muy comentado debate en directo con el orgullosamente machista escritor de novelas Holt Rayburn. Este había intentado callarle la boca, pero Faith había seguido hablando con su estilo calmado y lógico y había terminado por ganar la discusión. Lo ocurrido llegó a los periódicos y terminó siendo la razón de que le ofrecieran un espacio propio en *Recap.* Otra fotografía la retrataba llevando a su hijo en brazos mientras leía un reportaje de una

revista por encima de la cabeza flácida del pequeño. Las fotografías avanzaban en el tiempo y Faith Frank conservaba versiones de su elegante y lustroso yo con cuarenta, cincuenta y sesenta años.

En casi todas llevaba unas botas altas de ante, sexis, su marca personal. Había entrevistas y semblanzas; una hacía referencia a su «sorprendente impaciencia». Al parecer, Faith se enfadaba con mucha facilidad, y no solo con escritores machistas. Era descrita como amable, pero humana, en ocasiones difícil, siempre generosa y estupenda. Pero para cuando fue a dar una charla a Ryland era vista como alguien del pasado, de quien a menudo se hablaba con admiración y con ese tono de voz especial reservado a muy pocos. Era como un reconfortante piloto luminoso que no se apaga nunca.

La capilla, cuando llegaron Greer y Zee aquella noche, solo se había llenado en dos terceras partes. El tiempo era inusualmente malo para el otoño, neviscaba y el olor y el ambiente eran de vestuario infantil, con suelos resbaladizos y sucios y gente intentando encontrar dónde dejar los abrigos mojados para terminar doblándolos y sosteniéndolos incómodamente pegados al cuerpo. Muchos de los estudiantes estaban allí porque sus profesores les habían dicho que la asistencia era obligatoria. «Es muy importante para muchas personas, incluida yo. Tenéis que ir», había dicho una profesora de sociología con tono un poco amenazador.

Se suponía que el acto tenía que empezar a las siete, pero al parecer el conductor de Faith se había perdido. El letrero a la entrada de Ryland era tan discreto que podía haber sido el anuncio de una consulta pediátrica de pueblo. A las siete y veinticinco llegó una ráfaga de actividad del otro lado de la capilla, seguida de un intenso frente de aire húmedo nocturno cuando se abrieron las puertas dobles e hicieron su entrada varias personas. Primero la presidenta de la universidad y a continuación la decana, seguidas de un par de personas más, todas agitadas, con abrigo y sombreros poco favorecedores. Luego, sin gorro y sorprendentemente reconocible, entró Faith Frank con unos pocos acompañantes, incluido el rector, y se detuvo para quitarse una bufanda color sangre de alrededor del cuello.

Greer miró la bufanda desenrollarse una y otra vez, una bufanda engañosa, larga como un río. Las mejillas de Faith estaban tan encendidas que parecía que las acababan de abofetear. El pelo era la misma mata de rizos castaños de las fotografías y, cuando se lo sacudió, cayeron copos de nieve con la misma delicadeza con la que se dispersan los átomos.

Igual que en sus fotos, a lo largo de los años, tenía un semblante llamativo y amable, con una nariz muy marcada y elegante. El efecto era de glamur, importancia, solemnidad y una curiosidad amistosa mientras miraba a su alrededor al aforo no completo, y Greer supuso que, dependiendo de su perspectiva, estaría viendo la capilla medio vacía o

medio llena.

Los recién llegados se apresuraron a sentarse en primera fila y a continuación la presidenta del colegio, embutida en la tapicería de un vestido floral, subió al estrado e hizo una presentación reverencial con la mano sobre el corazón. Por fin se levantó Faith Frank. Tenía sesenta y tres años y una presencia imponente, con un vestido de lana oscuro que le entallaba el torso largo y delgado; calzaba botas de ante, por supuesto. Estas en concreto eran color gris humo, aunque las tenía de todos los tonos y así hacía saber a todo el mundo que en otro tiempo había sido una sensación, una máquina sexual y que quizá aún lo era. Llevaba varios anillos en los dedos de ambas manos: estallidos gordezuelos y artísticos de gemas y plata. Parecía muy serena, en absoluto agitada, a pesar de que llegaba con retraso a su propia conferencia.

Lo primero que hizo, nada más subir al estrado, fue sonreír a todos y decir:

–Gracias por desafiar a la nieve. Tenéis mucho mérito.

Su voz al hablar era específica, sugerentemente gutural. Luego guardó silencio unos instantes y dio la impresión de que estaba pensando en lo que tenía que decir. No llevaba notas. Al parecer iba a improvisar, algo inconcebible para Greer, cuya intensa vida académica hasta el momento había consistido en un uso pleno y reconfortante de carpetas, separadores de colores y rotuladores fluorescentes que teñían su material de estudio de dos tonos de limonada: amarillo y rosa.

Greer nunca había conocido a nadie en Macopee que se pareciera a Faith Frank. Desde luego no sus astrosos e inútiles padres. Cory, a pesar de llevar poco en Princeton, estaba rodeado de personas que habían viajado mucho y llevado vidas en las que a menudo se habían encontrado en presencia de personajes cosmopolitas, formidables. Pero Greer nunca había estado en compañía de nadie así. Lo cierto es que ni siquiera lo consideraba una posibilidad. «Fue como si me abrieran la cabeza en dos», le explicaría a Cory el día siguiente.

En el estrado, Faith Frank dijo:

–Cada vez que hablo en universidades me encuentro con mujeres jóvenes que dicen: «No soy feminista, pero…». En realidad quieren decir: «No me defino como feminista, pero quiero igualdad salarial y una relación de igualdad con los hombres, y por supuesto quiero tener el mismo derecho al placer sexual. Quiero una vida justa y buena. No quiero perder oportunidades por ser mujer».

Más tarde Greer comprendería que el contenido de la charla de Faith había sido solo una parte del efecto general que tuvo en ella; en realidad hubo algo más que sus palabras. Fue importante el hecho de que las pronunciara ella, pensándolas, comunicándolas con tanto sentimiento a todos los presentes.

–Y siempre quiero contestarles –dijo Faith–. ¿Y qué crees que es el feminismo? ¿Cómo crees que vas a conseguir esas cosas si niegas un movimiento político que persigue obtener lo que tú quieres?

Se interrumpió un momento y todos reflexionaron sobre lo que había dicho, algunas mujeres sin duda pensando en su propio caso. La miraron dar un trago lento y deliberado de agua que resultó, se dio cuenta Greer, de lo más interesante.

–Para mí –continuó Faith–, el feminismo tiene dos aspectos. El primero es el individualismo, que consiste en que yo decido cómo es mi vida. No tengo que encajar en un estereotipo, ni hacer lo que me dice mi madre, ni adaptarme a la idea de otra persona sobre lo que es ser mujer. Pero hay un segundo aspecto, y aquí voy a usar una palabra anticuada, la «hermandad», que igual os chirría un poco y os hace poneros a buscar la salida de emergencia, pero aun así me voy a arriesgar.

Hubo risas; todos escuchaban; todos estaban con ella y querían que lo supiera.

–La hermanad –dijo Faith Frank– consiste en unirse a otras mujeres en una causa que permita a todas hacer las elecciones que quieran. Porque mientras las mujeres estén separadas las unas de las otras, relacionándose como en una competición, igual que en los juegos de niñas pequeñas donde solo una puede ser princesa, entonces serán muchas las que terminen constreñidas y limitadas por la idea que tiene la sociedad de lo que debería ser una mujer.

»Estoy aquí para deciros –dijo Faith– que la universidad es la experiencia más formativa que tendréis jamás como personas, unos años para leer y explorar y hacer amistades y equivocarse, pero también para pensar sobre cómo podéis desempeñar un papel social y político en la gran causa de la igualdad de la mujer. Cuando os graduéis, es probable que no queráis hacer lo que hice yo, irme a Las Vegas y trabajar de camarera en un club para huir de mis padres, Sylvia y Martin Frank. No os gustaría el uniforme con minifalda y volantes que tenía que llevar. O igual sí.

Hubo más risas, indulgentes, aprobatorias.

–Lo mío en Las Vegas es una historia real. Estaba desesperada por marcharme porque mis padres me habían obligado a vivir en casa durante la universidad. Querían asegurarse de que no perdía mi virginidad. Dios, aquello no fue nada divertido. –Más risas–. Y me alegra poder decir que desde entonces las cosas han cambiado. Es maravilloso que todas vosotras tengáis mucha más libertad de la que tuve yo. Pero la libertad en ocasiones puede venir acompañada de la sensación de que no necesitas a las otras mujeres. Y eso no es cierto.

Se detuvo de nuevo y miró la sala, recorriendo al público con la vista.

–Así que la próxima vez que digáis: «No soy feminista», recordad mis palabras. Y haced lo posible por uniros a la lucha, que continúa. –Hizo una

pausa–. Ah, y una última cosa. Por el camino, mientras peleáis por lo que importa, sin duda encontraréis oposición y eso puede ser en ocasiones triste y hasta desalentador. Lo cierto es que no todos van a estar de acuerdo con vosotras. No vais a gustar a todo el mundo. No todos os van a querer. Sí, habrá quien se ponga furioso, quien os odie incluso, y eso será difícil de aceptar. Pero sabed, por si os sirviera de consuelo, que si estáis ahí fuera haciendo algo que de verdad importa, yo sí os querré.

Les regaló una sonrisa breve y alentadora y ya estaba, había terminado. Greer cayó rendida, estaba deslumbrada, seducida, quería más de aquello y lo quería para siempre. Faith Frank había hecho aquel pequeño chiste sobre quererlas, pero mientras Greer la escuchaba lo que sentía le parecía algo muy cercano al amor. Greer conocía lo que era enamorarse, entendía que descubrir a Cory la había trastocado, había alterado sus células. Esto era igual, pero sin el deseo físico. La sensación no era sexual, pero la palabra «amor» parecía pertinente; un amor que polinizaba el aire alrededor de Faith Frank.

Sin duda lo habían sentido más personas, ¿verdad? E incluso si llevaban años sumidas en un estupor adolescente, mirándose en cada superficie reflectante, frunciendo el ceño ante su imagen mientras se explotaban una espinilla con un pequeño *chof* de leche verdosa contra el cristal y despotricaban con sus amigos sobre los gilipollas de su padres, o si habían sido obligadas a ir aquella noche a la capilla a pesar de ser la clase de personas que había descrito Faith Frank, que iban por ahí diciendo alegremente que no eran feministas, acababa de sonar dentro de ellas un gong esclarecedor. Que no dejaba de vibrar y daba la impresión de que nunca lo haría, porque allí estaba aquella persona nueva y formidable hablando con entusiasmo del lugar que les correspondía en un mundo inminente e inquietante. Haciéndolas querer ser más de lo que eran.

Faith dijo:

–Bueno, creo que me he quedado ya sin cosas que deciros. Así que me voy a callar para daros a vosotras la oportunidad de hablar. Muchas gracias por escucharme.

La sala rompió en aplausos agradecidos, tan estruendosos como si alguien hubiera dejado caer algo en una sartén de aceite hirviendo desde gran altura. Greer se puso a aplaudir enseguida «como una loca», tal y como le diría a Cory. Quería aplaudir más fuerte que el resto de las personas que había allí.

Alguien del fondo gritó: «¡FAITH, ERES LA MÁS GRANDE!» y otra persona: «¡LLEVAS UNAS BOTAS COJONUDAS!», lo que hizo reír a Faith Frank. Por supuesto, tenía una risa magnífica. Echó la cabeza atrás y abrió la boca dejando la garganta al descubierto como si fuera una foca lustrosa y elegante que se dispone a tragarse un pez.

La temperatura de la capilla había subido unos cuantos grados por el

calor humano y el entusiasmo, y el olor a humanidad y a abrigos mojados era más intenso. El ambiente estaba a punto de caramelo. Faith Frank miró al público y se levantaron manos.

Hubo una pregunta aburrida, predecible: «¿Tiene algún mensaje para los jóvenes de hoy?», y a continuación una cursi, en la que Frank tuvo que hacer una lista de sus invitados ideales a una cena. «Si pudiera invitar a quien quisieras –dijo la persona que hizo la pregunta–, sin restricciones ni de país ni de siglo, ¿a quién elegiría?» Greer recordaría más tarde que Frank había elegido a Amelia Bloomer, que daba nombre a su revista; a la cantante joven y guapa Opus, que había actuado hacía poco en el descanso de la Super Bowl; también a la pintora barroca italiana Artemisia Gentileschi; a la aviadora Bessie Coleman, que fue la primera mujer en sacarse la licencia de piloto; a Dorothy Parker; a las dos Hepburn, Audrey y Katharine, «porque me gusta su estilo»; y a los cuatro Beatles. Y, por último, «para animar la cosa, añadiría un par de antifeministas fervientes –dijo Frank–. Aunque es posible que tuviera la tentación de escupirles en la comida».

Todo pasó muy deprisa, porque Greer se distrajo pensando que de ser ella la que diera una cena, querría invitar por encima de todo a Faith Frank. De pronto la imaginó cómodamente instalada en la sala común del primer piso de Woolley con sus botas altas y elegantes tomándose un tazón de ramen instantáneo que le habrían preparado Greer y Zee en el microondas.

Un profesor decrépito del departamento de historia con un cutis que parecía papel de calco arrugado hizo una pregunta tan específica («Señora Frank, me he acordado de un estatuto poco conocido de los viejos y malos tiempos…») que solo podía interesarle a él. El público empezó a impacientarse y aburrirse; los asistentes se encorvaron sobre sus teléfonos, se pincharon y susurraron los unos a los otros o se pusieron directamente a charlar.

La decana atajó la pregunta diciendo:

–Quizá pueda hacerle la pregunta más tarde a la señora Frank, pero ahora creo que deberíamos pasar a otra, por cuestiones de tiempo. Vamos a por la última pregunta, y, por favor, que sea buena.

Greer levantó la mano, el brazo entero le temblaba un poco, pero la mantuvo en el aire, con audacia. No iba a hacer una pregunta como tal, solo una vaga aproximación a una. Sentía que tenía que establecer contacto con Faith Frank antes de que fuera demasiado tarde. Había pensado que bastaría con acudir allí esa noche y oír la conferencia que daría aquella mujer admirada y decidida, y quizá sentirse algo animada después de la asquerosa experiencia con Darren Tinzler, pero no podía permitir que se terminara ya la velada, no podía dejar que Faith se subiera al coche con chófer y cruzara las puertas de la universidad y se marchara

de allí.

Entonces, a su lado en el banco, Zee también levantó la mano. Por supuesto ella tenía una pregunta de verdad, una pregunta política; probablemente hasta tenía varias. Faith Frank hizo un gesto con la cabeza en dirección a ellas. Al principio no estaba claro a cuál de las dos se refería. Greer intentó leerle la mirada, la mirada femenina, pensó con embeleso. Pero entonces vio que parecía enfocada en ella, en ella, Greer, y miró interrogante a Zee para asegurarse de que su interpretación era correcta. Zee asintió brevemente con la cabeza como diciendo: «Sí. Es para ti». Zee incluso sonrió, quería que Greer tuviera su momento.

Así que Greer se puso de pie. Ser la única persona de pie era horrible, pero ¿qué podía hacer?

–Señora Frank. –La voz pareció el balido de un corderito en aquel lugar sacrosanto–. Hola.

–Hola.

–Quería preguntarle una cosa.

–Pues claro –murmuró una chica sentada cerca–. Para eso has levantado la mano.

Greer tomó aire y la ignoró.

–¿Qué se supone que tenemos que hacer? –preguntó.

A continuación se interrumpió, sin saber cómo seguir. Faith Frank esperó, paciente. Cuando saltó a la vista que Greer no iba a añadir nada, Faith dijo con amabilidad:

–¿Hacer respecto a qué exactamente?

–Respecto a cómo son las cosas –prosiguió Greer–. Respecto a lo que sentimos. Me refiero a cosas como misoginia, que parece estar en todas partes, como empapelando el mundo, no sé si me entiende. ¿Sigue siendo aceptable en el siglo XXI y por qué?

–Perdona, ¿puedes hablar más alto? –preguntó Faith, y esta petición humilló más a Greer, que en realidad no podía hablar más alto, ni siquiera en ese momento. Pensó que era posible que se desmayara; Zee la miró, preocupada.

Greer se asió al reborde de la madera curva del banco que tenía delante.

–¿Misoginia? –repitió, un poco más alto, pero con una entonación que añadía incertidumbre a la última sílaba. Odiaba cuando su voz se comportaba así. Había leído hacía poco algo sobre el fenómeno de las chicas que terminaban las frases con entonación creciente, como si no estuvieran seguras de si lo que decían era una afirmación o una pregunta. Terminal ascendente alta, lo llamaban. ¡No quiero hablar así!, pensó. Esa manera de hablar me hace parecer tonta. Pero era tentador convertir una afirmación en pregunta porque luego, para no tener que soportar la humillación de haberte equivocado, podías dar marchar atrás y decir que

solo preguntabas. Greer se recordó levantándose el borde de una falda imaginaria y haciéndole una reverencia a Darren Tinzler porque este se le había acercado, tocándose la gorra, y no se le había ocurrido nada mejor. Si eras mujer e insegura, al parecer en ocasiones terminabas las oraciones con entonación ascendente, y hasta podías levantarte también prendas de vestir inexistentes.

Fue con tiento, consciente de que, si hablaba demasiado rato sobre misoginia, la gente inclinaría la cabeza y empezaría a roncar. Cuando hablabas de un tema así tenías que darle un toque de color; tenías que ser un mensajero dinámico, eléctrico, como Faith Frank.

Porque, ella lo sabía, no todo estaba perdido. Era cierto que el movimiento feminista de la época de Faith Frank no había acabado de una vez por todas con el desprecio hacia las mujeres ni con la injusticia como la madre que pasa un pañuelo húmedo por la cabeza febril del mundo. Pero, a pesar de la tasa de las violaciones y de sexismo, a pesar de la mera reprimenda que se había dado a Darren Tinzler, a pesar de desigualdad salarial que persistía y del tristemente escaso número de mujeres en puestos de poder tanto en el mundo empresarial como en el gobierno y a pesar también de lo densamente poblada que estaba Internet con bloques de solidaridad y furia masculinas –el grito de los mosqueteros: «¡Los amigos antes que las tías!» o las descripciones descarnadamente elocuentes que hacían troles de descuartizamientos de periodistas y famosas–, en muchos sentidos el mundo ahora era mucho más hospitalario para la mujer.

Opus, esa hermosa cantante de voz espectacular y una de las invitadas a la cena imaginaria de Faith Frank, había triunfado recientemente con un himno titulado *Las fuertes*, que sonaba con frecuencia en el campus por altavoces apoyados en el antepecho de ventanas abiertas.

Y aquella obra de teatro tan divertida, en ocasiones un poco inquietante, *Periodicidad mensual,* en esencia una colección de gags sobre tener la regla, o sobre no tenerla, que seguía a unos personajes desde los doce años, durante la adolescencia y hasta la edad adulta, con embarazos deseados y no deseados, y terminaba con el revoltijo de hormonas y sofocos propio de la vida madura, había tenido una sólida andadura en los circuitos off-Broadway y ahora se representaba con producciones baratas por todo el país, en teatros locales y comunitarios. Bastaban cuatro sillas plegables y cuatro actrices. A las famosas les gustaba participar en producciones de Nueva York y Los Ángeles; actuar en esta obra, que había hecho ganar mucho dinero a sus autoras, dos íntimas amigas desde sexto curso, se había convertido en símbolo de estatus. Un perfil de las dramaturgas publicado en el *New York Times* decía: «A Sharon le vino la regla primero. A Maddy, una semana más tarde».

Luego estaban los muchos blogs feministas que habían surgido, aunque

Fem Fatale era, de lejos, el mejor y más conocido; se había creado en Seattle y abundaba en ensayos de corte personal, a menudo sarcásticos, que hablaban sin tapujos de actos sexuales y necesidades fisiológicas, y se autodefinía como «sexualmente positivo, mordazmente amable y provocador, pero, también, una lectura de lo más entretenida». Era un blog en apariencia intrépido y capaz de abordar cualquier tema sin importarle las consecuencias.

Greer llevaba todo el otoño leyendo *Fem Fatale*, a pesar de que las mujeres que lo escribían –una culturista, una estrella del porno y varias críticas culturales divertidas y mordaces– a veces la intimidaban con su atrevida seguridad. No eran mucho mayores que ella y ya tenían una voz. Se preguntaba cómo la habrían conseguido.

Greer respiró temblorosa y le preguntó a Faith:

–¿No sé si puede ver mi camiseta desde allí? Y la de mi amiga –añadió con magnanimidad–. Las llevamos porque en el transcurso del otoño ha habido un caso de asalto y acoso en el campus.

«En el transcurso del otoño», qué horror. Ya era bastante malo hablar como si estuviera preguntando, ahora también era una relamida. Aquello no se parecía en nada a la manera natural, confiada en que hablaba Faith Frank.

–Hubo un simulacro de comité disciplinario –añadió Greer–. La decisión a la que llegó fue una pantomima.

Enseguida oyó los primeros indicios de reacción en los bancos: alguien que aplaudía dudoso, otra persona que decía: «Esa será tu opinión», un suave silbido procedente de otro punto de la capilla.

–A la persona que compareció se le dijo que hiciera un poco de terapia –dijo Greer– y se le ha permitido seguir en la universidad, a pesar de haber asaltado a varias mujeres, incluida yo. –Necesitaba hacer una pausa–. La cara que llevamos en las camisetas es la suya. Aunque tampoco han funcionado. Nadie las quiso. Así que supongo que le estoy preguntado qué más podemos hacer. Cómo proceder.

Greer volvió a sentarse enseguida y Zee la abrazó un poco. Hubo un momento tenso, de reflexión, durante el cual toda la capilla pareció tratar de estar decidiendo si merecía o no la pena calentarse otra vez por aquel asunto, que ya había sido resuelto y estaba oficialmente zanjado. La mayoría de los presentes pareció decidir enseguida que no merecía la pena; era una noche entre semana, hacía un tiempo asqueroso, con lluvia y viento, y empezaba a hacerse tarde. Había que escribir un trabajo de entre tres y cinco páginas sobre *El príncipe* de Maquiavelo para uno de los seminarios de primer curso. Había que llamar a madres y padres. «Necesito más dinero», anunciarían sin andarse por las ramas hijos e hijas por teléfono a modo de saludo.

Detrás del atril, Faith Frank pareció por un instante hacerse más alta, y

a continuación se inclinó sobre él, apoyó los brazos cruzados y dijo con serenidad:

–Gracias por tu pregunta, sé que la has hecho de corazón.

Greer ni se movió ni respiró; a su lado, Zee estaba igual de quieta.

–No deja de asombrarme lo improvisado que es el sistema legal en los campus universitarios –dijo Faith–. Así que ¿qué deberíais hacer? No conozco las circunstancias particulares, pero sí sé que tú y tus amigas deberíais seguir intentando que se hable del tema.

Levantó la cabeza disponiéndose a añadir algo, pero entonces la decana se levantó y dijo:

–Me temo que se nos ha terminado el tiempo. Demos las gracias a nuestra invitada por esta velada mágica.

Hubo más aplausos y Faith Frank dio un paso atrás. La charla había terminado. Greer miró cómo la gente la rodeaba, entraba en su campo de visión para hablar con ella de tú a tú. Incluso los que antes habían parecido indiferentes, ahora estaban distintos. Estudiantes y profesores y administradores y vecinos rodearon a Faith Frank como el coro en una ópera, aunque Greer se mantuvo lejos, con Zee a su lado. Greer ya había tenido un diálogo en público con Faith Frank; le había resultado abrumador y se había quedado inconcluso y frustrado. Pero ya no tenía solución; cada vez había más gente rodeando a Faith.

–Dios, me encantaría saludarla, aunque fuera un segundo –dijo Zee–. Es que la tenemos ahí mismo. Pero hay demasiada gente y no sería más que otro momento grupi. Y no quiero eso.

–Yo tampoco.

–¿Te vuelves a Woolley?

–Sí, tengo que estudiar –dijo Greer.

–Siempre tienes que estudiar.

–Es verdad.

–Por lo menos la hemos oído y tú has conseguido decirle algo –dijo Zee–. Has estado muy bien. ¿Te apetece que pidamos una pizza? Graziano entrega hasta tarde.

–Sí, claro –dijo Greer.

La pizza sería el premio de consolación: dos chicas solas de noche con el suave consuelo de la masa caliente.

Metieron los brazos por las mangas de los abrigos y Zee se puso su gorro de lana y se enfundó las manos en dos grandes mitones color avena. Podía ponerse ropa de chico o de chica y conseguir que pareciera siempre una elección desenfadada y audaz. Caminaron juntas hacia la salida. Las personas que habían rodeado a Faith se dispersaban ahora en grupos separados, más pequeños, o solas. Greer se sentía extrañamente vacía e incluso un poco trágica. Era como si durante un instante hubiera estado chillando a hombros de Faith Frank para estrellarse después contra el duro

y frío suelo.

Ya en el vestíbulo, atisbó algo rojo oscuro, una cosa color sangre. Cayó en la cuenta de que era una bufanda, la bufanda de Faith, que ondeaba detrás de su dueña camino del lavabo de señoras; era Faith Frank en persona quien la transportaba allí. Qué irónico, pensó Greer, que para ir al lavabo Faith Frank tuviera que elegir entre un letrero de «Señoras» y «Caballeros». Que debiera someterse a esa categorización a aquellas alturas del siglo XXI.

–Mira –susurró.

–Vamos –dijo Zee–. Puedes terminar lo que empezaste. E intentar tener cada una nuestro momento con ella.

Dentro del cuarto de baño, con sus azulejos acústicamente sensibles color gris lechoso, solo había un cubículo ocupado. Zee y Greer se metieron en los de ambos lados, tratando de hacerse pasar por personas normales que hacían uso de un lavabo público. Greer se sentó y agachó la cabeza y, por debajo del tabique divisorio, vio la puntera de una bota de ante gris. Se quedó muy quieta y no hizo un solo ruido. Del otro lado de la pared cubierta de grafitis, con un mensaje inquietante arañado por una mano muy pequeña –«por favor que alguien me ayude a cortarme»–, hubo silencio y, a continuación, la previsible liberación. La hebra solitaria, la línea recta que iba de un orificio corporal a un agua quieta, el hecho prosaico de que Faith Frank, famosa feminista, hiciera pis.

Eran la vulnerabilidad y la verdad de las mujeres lo que se mostraba allí, y Faith tiró de la cadena y salió. Greer se incorporó. A través del espacio entre la puerta y el marco la miró ir hasta el espejo. Zee seguía en su cubículo. Era obvio que esperaba, dejando amablemente a Greer que la abordara primero. Greer reparó en que Faith se había apoyado un momento en el lavabo y había cerrado los ojos; a continuación suspiró. Greer sabía que se estaba tomando un segundo y que era probable que lo necesitara mucho. Aquella noche, todos habían querido algo de ella, y eso al final había tenido un efecto acumulativo. Ninguna persona es un pozo sin fondo, ni siquiera Faith Frank. Greer había estado decidida a abordarla sin más y terminar su conversación con ella, pero ahora dudó. No quería contribuir a su carga. Pero tampoco podía quedarse allí dentro para siempre, así que abrió la puerta y fue hasta el lavabo con una sonrisa tímida, intentando simular una actitud que pareciera lo contrario de exigente.

Faith miró a Greer reflejada en el espejo y dijo:

–Ah, hola. Me estabas haciendo una pregunta antes, ¿verdad? Justo cuando nos cortaron. Lo siento mucho.

Greer se limitó a mirarla. Faith se estaba disculpando por no terminar su conversación con ella, una desconocida, en la capilla. ¿Cómo consigues ser así?, pensó Greer, que a duras penas era capaz de gestionar sus propias

necesidades y, en cierta medida, las de Cory. Pero a Faith le salía de manera natural, llevaba haciéndolo mucho tiempo.

–Es muy amable por su parte –dijo Greer–. Lo que pasó es que… cuando me dijeron que hablara más alto, me resultó ¿difícil? Ya estoy otra vez con la dichosa entonación de pregunta. La verdad es que no sé cómo ser –confesó, y dejó de hablar.

Faith la miró con atención.

–Dime cómo te llamas.

–Greer Kadetsky.

–Muy bien, Greer. Nadie ha dicho que haya una única manera de ser. No la hay.

–Pero estaría bien ser capaz de decir lo que pienso, lo que creo, sin tener la sensación de que me va a dar un ictus.

–Sí, eso es verdad.

–Tuve un profesor que les decía a los chicos que usaran su voz interior. Me parece que yo debería usar la exterior.

–Es posible. Pero no te exijas tanto, no te castigues. Intenta conseguir lo que puedas, y lo que te importe, sin dejar de ser tú misma.

Greer se pasó deprisa la lengua por los labios resecos. Zee seguía en el cubículo, dejándole su tiempo con Faith. Pero podía salir en cualquier momento y Greer tendría que cederle la palabra.

–Me importa lo que pasó aquí –dijo–. Lo de ese engreído que nos decía cosas y nos tocaba. Testificamos, pero no sirvió de nada. No me siento cómoda en esta universidad –añadió–. No es sitio para mí. Sabía que no iba a serlo.

–Entonces ¿por qué viniste?

–Mis padres la cagaron con la solicitud de beca –dijo Greer, agitada–. Se portaron muy mal.

Faith no dejaba de mirarla.

–Entiendo. Así que eres callada, pero también estás furiosa –dijo–. Tiene que resultarte duro estar reafirmándote todo el tiempo. Pero lo haces porque necesitas encontrar un sentido a lo que haces, ¿es así? –Greer nunca lo había visto de aquella manera, pero en cuanto Faith lo dijo entendió que era así. Quería encontrar sentido. Esa había sido la pieza que faltaba en su vida, o una de ellas–. Me parece admirable –dijo Faith–. Te admiro.

Antes de que a Greer le diera siquiera tiempo a pensar en lo que se había dicho, Faith le cogió las manos como quisiera cantar con ella una canción infantil. Greer notó sus anillos, que se habían unido como nudillos de metal. Faith la miraba con atención, estudiándola.

–No quiero parecer desagradecida –dijo Greer–. Tengo beca completa, que sé que es muchísimo.

Empezó a preocuparle cuánto tiempo estarían cogidas de la mano; ¿se

suponía que ella era la que tenía que soltarse? Faith dijo:

–Mira, tienes derecho a estar enfadada si te sientes injustamente tratada. Te entiendo, créeme. Pero sí, una beca completa es muchísimo. La mayoría de las mujeres se gradúan con una deuda gigantesca y, puesto que cobran mucho menos que los hombres, terminan pagando durante mucho más tiempo, y eso las empobrece. Tú no vas a tener ese problema, no lo olvides, Greer.

–No lo haré –dijo Greer, y entonces, como si hubiera dicho la respuesta correcta, Faith le soltó las manos–. Pero este sitio –añadió–, y la manera en que se gestiona, es injusto. Después de la audiencia, la universidad más o menos dijo: «Muy bien, familia Tinzler de Kissimmee, Florida, estamos encantados de seguir cobrándoles para que su hijo estudie aquí. Y estaremos encantados de darle un título cuando termine, tal y como esperan. Así que ¡no pasa nada!».

–Entonces ¿lo que más te importa es la injusticia? –preguntó Faith.

–¿A usted no?

Faith pareció reflexionar sobre la pregunta y se disponía a contestar cuando se abrió la puerta del cubículo. Salió Zee, que sonrió y fue hasta el lavabo, donde se lavó las manos con el vigor de un cirujano. Greer se sintió decepcionada porque su rato a solas con Faith Frank se hubiera terminado, pero dio un galante paso atrás mientras Zee se secaba las manos y se situaba en el centro del cuarto de baño.

–Señora Frank –dijo Zee–, ha estado usted magnífica.

–Ay, muchas gracias. Eres muy amable.

Era probable que Faith Frank tuviera que irse a algún tipo de recepción organizada por el claustro de la universidad. Igual había miembros del mismo reunidos en el salón del presidente Beckerling en aquel preciso momento, dando vueltas sin saber qué hacer mientras esperaban a la invitada de honor. Pero Faith no parecía tener prisa. Se volvió hacia su propia imagen y la escrutó por unos instantes sin ese autodesprecio tan femenino contra el que había advertido una vez en un editorial del *New York Times* durante la Semana de la Moda.

–No, gracias a usted –insistió Zee–. Me ha dado mucho en qué pensar. Siempre la he admirado. Ya sé que sueno un poco como una acosadora, y no es mi intención. Cuando estaba en el colegio tuve que hacer un trabajo titulado «Mujeres que cambiaron las cosas». Yo quería hacerlo sobre usted, pero Rachel Cardozo se me adelantó, alfabéticamente, así que no pudo ser.

–Vaya, lo siento. ¿Y a quién elegiste, entonces? –preguntó Faith.

–A las Spice Girls –dijo Zee–. También eran geniales, a su manera.

–Desde luego que sí –dijo Faith, divertida.

–Siempre me he sentido identificada con usted –Zee siguió hablando con naturalidad– porque el activismo es algo que me sale de forma natural. Soy lesbiana, algo que también me sale de forma natural, y oírla hablar

esta noche de todo el trabajo que ha hecho con mujeres y de lo mucho que la han inspirado –dijo Zee– me ha hecho pensar una cosa: que no me extraña que me gusten las mujeres, ¡son maravillosas!

Alargó la mano y Faith se la estrechó.

–Te deseo mucha suerte –dijo Faith. Luego miró a Greer–: No tengo una única cosa que me importe –le dijo, volviendo al lugar exacto en el que habían dejado la conversación–. Y tú tampoco deberías tenerla –continuó–. Lo que te pasó con tus padres, fuera lo que fuera, Greer, no es irremediable. Deberías usar esa experiencia y encontrar la manera de sobreponerte a ella. Y en cuanto a lo que pasó aquí, a lo del asalto sexual…

–¿También a eso debería sobreponerme? –preguntó Greer, sorprendida. Pensó en lo que les había dicho Faith en la capilla sobre cómo podían desempeñar un papel en la gran causa de la igualdad de las mujeres. Por eso mismo había esperado que Faith le dijera: «Sigue, Greer Kadetsky. Nunca dejes de luchar. Ábrete camino a puñetazos si es necesario. Tú puedes».

–No –dijo Faith–. Me da la impresión de que ya has hecho lo que has podido. Has dejado clara tu posición. Si parece que estás acosando a ese chico, la gente empezará a ponerse de su lado. Y ese es un riesgo demasiado grande. –Se interrumpió un momento–. Además, ¿qué pasa con las otras mujeres afectadas? ¿Quieren que se vuelva a hablar del asunto?

–Dos de ellas han dejado claro que no –reconoció Greer. No había pensado demasiado sobre aquello, pero ahora recordó lo que había dicho Ariel Diski–. Solo quieren olvidarlo y seguir con su vida.

–Pues hay que respetar su opinión, ¿no crees? Mira, hay todo un mundo ahí fuera. Muchas cosas que ver, muchas cosas por las que enfadarse y llorar y tratar de arreglar fuera de los límites de este campus. Otras ciudades, otras comunidades. Date una vuelta. –Faith pareció ir a añadir algo, pero entonces entró alguien en el cuarto de baño. Era la decana, que las interrumpió irritantemente una vez más, diciendo:

–Cuando quieras, nos están esperando en la recepción.

–Un segundo, Suki –dijo Faith, y la decana se retiró.

Greer recordó cómo había suspirado Faith ante el espejo. Sin pensárselo dos veces, le dijo:

–Seguro que ahora le apetecería volverse al hotel en vez de ir a una recepción con profesores.

Faith le dijo a Greer:

–¿Tanto se me nota?

Greer pensó: «No, no se te nota tanto, pero yo me he dado cuenta».

–Cuando das conferencias –siguió Faith–, las recepciones son parte del trabajo. ¿Sabes cuántos rollitos de pavo he comido en los últimos años?

–¿Cuántos? –preguntó Greer, y al momento se sintió como una tonta.

Aquello no había sido una pregunta.

–Demasiados –dijo Faith–. Demasiados sandwichitos revenidos en proceso de putrefacción y demasiado jerez servido en copitas de cristal tallado que parecen salidas de una feria renacentista. Pero si estás en el circuito de charlas académicas es un gaje del oficio. En cualquier caso –añadió–, no tiene importancia. Vuestra decana es amiga mía de los viejos tiempos. Así que estará bien, porque podremos ponernos al día.

–¿Es amiga suya? Entonces ya lo entiendo. Me preguntaba por qué había venido a Ryland –dijo Greer, aunque empezaba a tener la sensación de que Faith Frank había ido allí solo para conocerla.

–Y en cuanto a ese joven –dijo Faith, y por un terrible instante Greer pensó que se refería a Zee y que Faith llevaba toda la noche pensando que la andrógina Zee era un hombre, un intruso en el cuarto de baño. Pero Faith no se refería a Zee. Estaba señalando la cara de Darren Tinzler en la camiseta de Greer y dijo–: Olvídate de él. Tienes otras muchas cosas que hacer.

–Estoy de acuerdo –intervino Zee.

–Ten nuevas experiencias –prosiguió Faith–. ¿Por qué no intentas usar tu voz exterior? A veces pienso que las personas más capaces del mundo son en realidad introvertidos que se enseñaron a sí mismos a ser extrovertidos.

Y entonces, como si se hubiera acordado de algo, Faith buscó en su bolso grande y flexible y sacó una gruesa cartera de la que extrajo una tarjeta de visita. Decía, en letras en relieve sobre una cartulina gruesa color crema:

Faith Frank

Debajo venía el cargo: «Editora» y a continuación su información de contacto en *Bloomer*. Greer aceptó la tarjeta y la sostuvo como si fuera un billete de lotería premiado. ¿Qué podía darle ella a cambio? Seguramente nada. Pero recibir aquella tarjeta era en sí mismo una recompensa y también una pequeña conmoción. Faith se había interesado por ella. Incluso había dicho que la admiraba. Y ahora le estaba dando permiso. Pero ¿permiso para hacer qué? La respuesta no era tan obvia.

Doce años más tarde, cuando Greer Kadetsky fuera famosa, el primer capítulo del libro que escribió describiría aquella escena ocurrida tiempo atrás en un baño de señoras. Bromearía sobre su yo juvenil por haberse emocionado tanto por tener aquel momento con Faith Frank, y por entusiasmarse cuando esta le dio su tarjeta.

En sí misma, la tarjeta era una suerte de premio abstracto, un recordatorio de que no debía seguir furiosa y callada. Faith, que unos minutos antes le había cogido de las manos, no le había ofrecido más que

amabilidad y consejos y una tarjeta de visita de aspecto caro. No le había dicho: «Cuéntame cómo te va, Greer», pero esta tenía la sensación de que nadie le había dado nunca tanto, a excepción de Cory.

«Es probable –pensó Greer– que Faith le dé ahora una tarjeta a Zee», lo que habría resultado lógico, puesto que Zee era la activista, la de los piquetes y los panfletos, la admiradora de Faith Frank de toda la vida. Entonces las dos amigas estarían empatadas. Podrían volver juntas a Woolley, comerse una pizza de Graziano, charlar sobre la velada y admirar sus sendas tarjetas.

Pero en lugar de darle una tarjeta a Zee, Faith cerró su cartera y la guardó en el bolso. De repente Greer deseó poder ver lo que había dentro. Un instinto infantil de alguna clase le hizo preguntarse qué habría en su interior. ¿Relámpagos? ¿Pan de oro? ¿Canela? ¿Las lágrimas de mil mujeres contenidas en una botellita azul?

Faith dijo:

–Bueno, la decana me espera. Y ya conocéis el dicho: «Nunca hagas esperar a una decana».

–Lao-Tzu –dijo Zee.

Faith Frank no pareció oírla. Abrió la puerta y señaló con un gesto las letras estarcidas del rótulo.

–Buenas noches, señoras –dijo.

Dos

El coche familiar de los Eisenstat era un Volvo elegante y cuadrado, con ligero aroma a aceite de motor. Como para subrayar aún más que el coche pertenecía a los padres de alguien, en el asiento trasero había un viejo número desplegado, combado y retieso de *Scientific American* y un paraguas plegable grueso y morado dentro de su funda. La madre y el padre de Zee, jueces ambos del distrito judicial número nueve del condado de Westchester, Nueva York, al parecer le habían dicho a su hija que sus amigos no podían, bajo ninguna circunstancia, conducir el Volvo. «No está asegurado nadie más –habían dicho–. Solo lo puedes llevar tú.» Pero Zee había ignorado esta advertencia y le había prestado el coche a Greer, que se había convertido en su mejor amiga de la universidad y que ahora, en una tarde de viernes del mes de febrero, lo conducía en dirección sur, como había hecho ya en dos ocasiones, para visitar a Cory en Princeton.

Pronto estuvo cruzando decidida el pulcro campus. Llevaba una mochila con deberes y, como resultado de ello, parecía una estudiante de Princeton, un pensamiento que llegó acompañado de una complicada carga de emociones. Momentos después, Cory estaba asomado a una ventana y saludándola como si fuera un príncipe en cautividad. Bajó corriendo las escaleras, abrió la puerta principal y Greer se pegó a su cuerpo demasiado alto y flaco como un árbol.

Cuando llegaron a la habitación de Cory, la puerta se abrió dejando ver un desorden más desmesuradamente caótico que de costumbre. Ropa, libros, deuvedés, botellas de cerveza vacías, palos de hockey, accesorios de audio, todo ello amontonado, vulnerable.

–¿Os han entrado a robar o qué? –preguntó Greer.

–Si entraron, no vieron las cosas caras de Steer. –Cory señaló los altavoces Klipsch, uno de los cuales hacía de superficie para varias botellas de cerveza. Cerca había una zapatilla solitaria Air Jordan 4 Thunder, demasiado pequeña para ser de Cory. Se tumbaron juntos en la cama de este, encima de ropa limpia sin doblar de la colada de aquella mañana que, cosa extraña, a pesar de las horas transcurridas conservaba calor vestigial de la secadora–. Steer siempre me deja ropa para las fiestas –dijo Cory–. Claro que no me sirve nada. Soy demasiado alto,

–¿Sigues sintiéndote inseguro? –preguntó Greer.

–¿Por ser tan alto?

–No, por estar Princeton.

–Bueno, siempre seré el chico de madre mujer de la limpieza y padre tapicero.

–Tiene que haber más gente así aquí –dijo Greer.

–Sí. Hay una chica de Harlem que vivió en un refugio. Y un chico que creció en una casa barco en China y ahora es profesor ayudante de cálculo multivariable. Pero sigue siendo incómodo a veces. La chica que me tocó en el amigo invisible, Clove Wilberson…

–¿Quién puede llamarse así?

–Pues ella. No se podía creer que nunca me hubiera puesto un chaqué. Es complicado. La gente es agradable, pero siempre corres el peligro de parecer un ignorante social. En ese sentido tienes mucha suerte de estar en Ryland.

Greer lo miró.

–¿Me lo dices en serio?

Que Cory fuera a Princeton y Greer a Ryland seguía siendo un tema de conversación espinoso. Y Greer seguía muy enfadada con sus padres, que tenían la culpa de aquello. Pero últimamente el ambiente le parecía distinto, tanto en la universidad como en su interior, ese pequeño mundo que lo acompaña a uno durante toda su vida y del que no se puede salir, de forma que hay que sacarle el máximo provecho. Greer se había dado cuenta, cuando era muy joven, de que, si uno miraba recto hacia delante, se veía el lateral de la nariz. Una vez lo supo, aquello empezó a preocuparla. A su nariz no le pasaba nada, pero siempre sería parte de su visión del mudo. Greer entendía que es difícil escapar de una misma y también de la manera que se siente una siendo una misma.

Cuando empezó la universidad se había sentido sola y furiosa y sin rumbo. Pero aquellos días el campus de Ryland se había vuelto un lugar más alegre y acogedor. En ocasiones las conversaciones, los actos, las clases e incluso los simples paseos con una amiga le resultaban emocionantes. Se preguntó qué se estaría perdiendo aquel fin de semana por estar en Princeton; estaba convencida de que algo se estaba perdiendo. Había dejado de amargarse y consumirse. Lo de quedarse desesperada en la sala común de Woolley se había terminado. Incluso el chico de Irán se había integrado, uniéndose al club de aeromodelismo espacial; los otros miembros, un grupo alegre y ecléctico, a menudo se pasaban por Woolley cargados con motores y madera de contrachapado para sacarlo de su habitación. Pasaba menos tiempo echando de menos a su familia en su país lejano y más en este mundo dinámico.

Greer sabía que era necesario encontrar la manera de hacer dinámico tu mundo. A veces no podías conseguirlo sola. Alguien tenía que ver algo en ti y hablarte como nadie antes lo había hecho. Faith Frank había tenido ese efecto en Greer, aunque, por supuesto, no era consciente. A Greer le parecía injusto que no lo supiera. Le parecía mal no contárselo.

A menudo pensaba en cómo aquella noche Faith le había prestado atención y se había mostrado paciente y amable e interesada y motivadora.

Tenía la fantasía frecuente y pomposa de escribirle y decirle: «Quiero que sepa que desde que estuvo aquí las cosas han cambiado para mí. No sé muy bien explicarlo, pero es la verdad. Soy distinta. Estoy comprometida. Estoy más receptiva, menos enfadada. De hecho (y por usar el término técnico), soy feliz».

–¿Por qué no le escribes? –le había preguntado Zee hacía poco–. Te dio su tarjeta. En ella viene su correo electrónico. Mándale una notita diciéndole algo.

–Sí, claro, eso es precisamente lo que quiere y necesita Faith Frank. Escribirse con una alumna de primer curso de una universidad de mierda que ni se acuerda de haber visitado.

–Igual le gusta saber que las cosas te van bien.

–No, no puedo escribirle –dijo Greer–. No se acordaría de mí y, en cualquier caso, sería abusar del privilegio de tener su correo electrónico.

–¡El privilegio de tener su correo electrónico! Pero qué cosas dices. No es un privilegio, Greer. Te dio su tarjeta y me parece fenomenal. Deberías usarla.

Pero Greer no llegó a escribir a Faith. De vez en cuando los profesores le prestaban atención, pero no era lo mismo. Uno de ellos, Donald Malick, fue su profesor en el seminario de literatura y le escribió una nota diciendo: «Ven a verme» en la última página del trabajo que hizo sobre Becky Sharp como antiheroína en *La feria de las vanidades*, de Thackeray. El programa del curso hacía un recorrido por tipos muy distintos de novelas, pero a Greer, esta en particular, le había encantado. Becky Sharp era horrible con su ambición indisimulada y, sin embargo, había que reconocer que tenía las cosas claras. Muchas personas parecían confusas respecto a sus deseos. No sabían lo que querían. Becky Sharp sí. Cuando le devolvieron el trabajo, Greer fue al despacho del profesor Malick, que era un batiburrillo de libros inclinados.

–Has hecho un trabajo muy bueno –le dijo el profesor–. El concepto de antihéroe o, en tu caso, de antiheroína no es algo que entienda todo el mundo de entrada.

–Lo que me pareció interesante es que nos gusta leer lo que le pasa, a pesar de no ser un personaje simpático –dijo Greer–. La simpatía se ha convertido estos días en un problema para las mujeres –añadió, dándose importancia. Había leído un artículo sobre el tema en *Bloomer*, a la que ahora estaba suscrita. Le habría gustado que la revista le resultara interesante más a menudo; quería que le encantara, por Faith.

–Tengo un libro dedicado a la figura del antihéroe –explicó el profesor Malick– y me gustaría prestártelo. –Empezó a tocar los lomos de los libros con el dedo; hacía un sonido rítmico, como de un xilófono mudo–. ¿Dónde estás, antihéroe? –preguntó–. Sal y da tu heroica cara. ¡Ah! Ya te tengo. –Sacó el libro y se lo dio a Greer diciendo–: Por tus trabajos, que al parecer

escribes tú misma, uno nunca deja de sorprenderse, veo que tienes buena cabeza. Así que he pensado que te apetecería una lectura adicional.

Pero era un hombre amargado, le olía el aliento a cebolleta y su estilo de dar clase y de escribir era difícil y ególatra y, la verdad, nada grato. Y aunque en ocasiones durante las clases Greer se dejaba arrastrar por imágenes de las novelas, pronto se encontraba arrastrada demasiado lejos, fuera por completo de la literatura hacia algo que no guardaba ninguna relación con ella. Como estar con Cory en la cama o haciendo algún plan con Chloe y Zee en el campus cualquier noche.

Greer leyó el libro del profesor porque era de esa clase de personas que cuando les dan un libro se sienten obligadas a leerlo. Por desgracia era obstinadamente académico y, cuando saltó hasta la página de agradecimientos, vio con cierta irritación que le daba las gracias a su mujer, Melanie, por «pasar a ordenador este largo manuscrito para el torpe e inútil de su marido sin quejarse en ningún momento». Añadía: «Melanie, eres una santa y el regalo de tu amor es una lección de humildad para mí». Greer terminó el libro, tal y como había dicho que haría, aburrida por aquel texto exasperante e indómito. No sabía qué decirle sobre él al profesor, de manera que no dijo nada y en cualquier caso dio igual, porque este nunca le pidió que se lo devolviera.

Últimamente Greer pasaba mucho tiempo con Zee y Chloe y también con Kevin Yang, un baterista coreano-americano que vivía en el piso de arriba, y su compañero de cuarto Dog, sobrenombre afectuoso que le había puesto su familia porque «perro» había sido su primera palabra. Dog era un individuo grande, atractivo y efusivo que usaba parka y a menudo decía: «Os quiero mucho, chicas» antes de abrazar a sus amigas en un arrebato de repentina emoción. Todos iban juntos a fiestas, aunque nunca volvieron a ninguna en una fraternidad. Viajaban en grupo, como niños dentro de un disfraz de camello. Hicieron senderismo por la nieve, cogieron un autobús interurbano para ir a una manifestación contra el cambio climático en Washington y se mandaban los unos a los otros vínculos de artículos sobre el medio ambiente, o la participación de Estados Unidos en guerras interminables o la violencia contra las mujeres o la amenaza a los derechos reproductivos.

Aquel semestre, Greer y Zee habían trabajado de voluntarias en la línea caliente para mujeres Cuéntanos, en el centro de Ryland. Pasaron largas veladas en el local que daba a la calle jugando a Boggle mientras esperaban a que sonara el teléfono. Cuando sonaba, de tanto en tanto, escuchaban historias de nebulosa tristeza y baja autoestima, y en ocasiones de una desesperación más concreta. Hablaban con dulzura, tal y como les habían enseñado y se quedaban al teléfono todo el tiempo necesario para, por último, conectar a quien hacía la llamada con la agencia de servicios sociales apropiada en cada caso. Una vez Zee tuvo que llamar a urgencias

por una chica que dijo haberse tragado un frasco entero de paracetamol después de romper con su novio.

Greer se hizo vegetariana, como Zee. Era fácil en la universidad, donde el tofu y el *tempeh* crecían en los árboles. Se sentaban juntas en el comedor con sus platos de proteínas color beis. Por la noche se quedaban despiertas hasta tarde en la habitación de una de las dos y mantenían conversaciones largas y profundas que, en el momento, les parecieron notables por su franqueza y su sentimiento, pero mucho más tarde se lo parecerían por lo jóvenes, inexpertas e ingenuas que habían sido.

–Dime qué es lo que te interesa sexualmente de los hombres –había dicho Zee una vez que estaban en su cuarto pasada la medianoche. Su compañera se había ido a alguna parte con su novio jugador de hockey y tenían el dormitorio para ellas solas. La mitad que ocupaba la compañera estaba cubierta de carteles de los hombres del hockey, fieros y fuertes, con las bocas llenas de goma. La mitad de Zee era una oda a la igualdad, a la justicia y, en concreto, a todo lo que tuviera que ver con animales o con mujeres.

Las palabras «hombres» y «mujeres», introducidas de manera desenfadada en las conversaciones, eran añadidos recientes a su vocabulario. Después de usarlas unas cuantas veces se hicieron menos extrañas, aunque durante toda su vida, «chica» seguiría siendo una posibilidad útil, una palabra duradera, que designaba un estado de seguridad que nunca se querría abandonar por completo.

–Es que no entiendo por qué las personas son tan diferentes las unas de las otras –siguió diciendo Zee–. Por qué quieren cosas tan distintas.

–Cuestión de genética, ¿no?

–No me refiero a por qué soy lesbiana. Me refiero a los sentimientos. ¿Lo que nos gusta o disgusta de otras personas es solo visual?

–No, no es solo visual. También está la parte emocional. Esa cita de Faulkner sobre que uno no ama *porque,* sino *a pesar de.*

–Sí, me encanta esa cita. ¡Estoy de broma! No la había oído en mi vida, por supuesto. Nunca he leído a Faulkner y probablemente nunca lo leeré. Pero ese sentimiento, ¿qué es lo que lo hace sexual? –preguntó Zee–. Lo que quiero decir es: objetivamente, ¿te gusta el pene? «El pene.» Suena de lo más oficial. Como si hubiera un único pene en el mundo. ¿Te puedo preguntar algo así o es demasiado íntimo y te estoy asustando?

–Me gusta Cory –contestó Greer y la respuesta sonó un poco demasiado fácil, remilgada y brusca. ¿Cómo explicarle a alguien por qué te gustaba lo que te gustaba? Todo era demasiado raro. Los gustos sexuales. Incluso los gustos a secas; que te encantara el caramelo y odiaras la menta. Ser una mujer heterosexual no significaba que tuvieras que sentirte atraída por, y mucho menos enamorarte de Cory Pinto, pero a Greer le ocurría. Así que quizá su respuesta no era mala. En el campus, los rollos de fin de semana

eran algo normal, una actividad incesante, como chatear, pero Greer ignoraba cómo sería acostarse con alguien que apenas conocía, alguien con quien no había crecido.

Y aquí estaba ahora con Cory en la cama de este, que era idéntica a la suya. Las dos tenían sábanas extralargas, una peculiaridad de la vida universitaria. Terminada esta, las sábanas recuperarían automáticamente su longitud habitual.

Se acercaron uno al otro para darse un largo beso y cuando él empezaba a levantarle la camisa y a tocarla oyeron una llave en la cerradura y se separaron. Entró Steers, el compañero de cuarto de Cory, con unos auriculares en las orejas que emitían un flujo delgado y distante de furia rítmica. Saludó a Greer con la cabeza sin quitárselos y a continuación se sentó a su mesa bajo el chorro de luz de su lámpara flexible perpetuamente encendida («Nunca la apaga –había dicho Cory–. Creo que es de la KGB y quiere hacerme confesar») y se puso a estudiar un capítulo de su libro de ingeniería. Así que Greer y Cory sacaron sus libros de sus mochilas y pronto la habitación pareció una sala de estudio. Cory estaba leyendo un grueso libro para su clase de econometría; Greer estaba leyendo *Tess de los d'Uberbille* y subrayando tanto que algunas páginas estaban marcadas enteras.

–¿Qué subrayas? –preguntó Cory, curioso.

–Cosas que me estimulan –dijo Greer resuelta.

Más tarde, cuando Steers volviera a salir de la habitación, sabía que volverían al beso en que se habían quedado y a un estímulo distinto, o quizá no tanto. El amor subyacía en todo lo que leía Greer: amor al lenguaje, amor por un personaje, amor por el acto de leer, igual que subyacía en todo lo que tenía que ver con Cory. Los libros habían salvado a Greer de niña y, más tarde, Cory la había vuelto a salvar. Por supuesto que los libros y Cory estaban relacionados entre sí.

Cuando se fuera Steers, a Greer le abrirían y desabotonarían los vaqueros de Abercrombie y le quitarían la camisa y el sujetador. Todo esto lo haría Cory, que nunca se cansaba de desnudarla. Le quitaba todo y, acto seguido, suspiraba y se tumbaba en la estrecha cama apoyado en los codos mientras la miraba de arriba abajo, y a Greer le gustaba tanto ese momento que se quedaba sin palabras.

No habría sido capaz de explicar nada de esto a Zee. Todas las personas, hombres o mujeres, eran unas inútiles cuando se trataba de los detalles de su propio cuerpo. El pene de Cory en ocasiones se desviaba a la izquierda. «Si fuera un artículo que hubieras comprado en una tienda –le había dicho este en una ocasión–, seguramente lo devolverías. Les dirías: "Está torcido. Parece… el cayado de un pastor. Quiero otro mejor".» «De eso nada», había dicho Greer. No lo habría devuelto porque era suyo. Porque era él. La conmovía que estuvieran hablando de algo sabiendo que

Cory preferiría morir antes de hablarlo con otra persona. Porque eso significaba que ella no era otra persona; que estaban unidos y eran indivisibles.

Antes de que eso ocurriera, durante el último año de instituto, Greer había vivido con una sensación cercana al aislamiento. Durante su infancia había llevado al colegio un estuche de vinilo color azul con el dibujo de un pitufo, como para demostrar que era igual al resto, aunque si alguien le hubiera pedido que nombrara un solo dato sobre los pitufos, habría tenido que reconocer que los desconocía todos. Los pitufos no le interesaban excepto como símbolo de aceptación social, algo que era consciente de no tener del todo.

A sus padres nunca les había preocupado demasiado encajar en la comunidad de su pequeña ciudad de Massachusetts. Vendían barritas proteínicas ComSell Nutricle e iban por las casas exponiendo su colección de delgadas mercancías en los cuartos de estar. El padre de Greer, Rob, también pintaba casas en Pioneer Valley, pero era descuidado, en ocasiones olvidaba latas de pintura en los porches de las casas; meses después podía aparecer un rodillo sucio en las azaleas. La madre de Greer, Laurel, era, en sus propias palabras, payasa de biblioteca. Actuaba en las salas infantiles de las bibliotecas del valle, aunque nunca había invitado a Greer a que fuera a verla actuar y Greer nunca había insistido en ir. Era mejor no haber visto la actuación, pensaría cuando creciera, pues le habría resultado doloroso ver a su madre poniéndose en evidencia maquillada de payaso y con una peluca roja.

Sus padres se habían conocido en la década de 1980, cuando los dos se unieron a una comunidad de personas que vivían en un autobús escolar reconvertido en la región noroeste del Pacífico. Todos los que iban en aquel autobús querían vivir de forma distinta de como siempre habían creído que tenían que vivir. Ninguno soportaba la idea de separarse del grupo y llevar una vida convencional, reglamentada. Rob Kadetsky había «subido a bordo», tal y como lo llamaban, después de graduarse como ingeniero en el Instituto Tecnológico de Rochester y no tener suerte con unos cuantos inventos relacionados con la energía solar que en un principio habían parecido prometedores. Laurel Blanken había subido a bordo después de dejar la Universidad de Barnard y tener miedo de decírselo a sus padres, a quienes todas las semanas, sin falta, enviaba postales falsas confiando en que no se fijaran en el matasellos:

> Queridos madre y padre:
>
> Mis clases van genial. ¡Mi compañera de cuarto tiene un gecko!
>
> Besos,
>
> LAUREL

En el autobús, Rob y Laurel se enamoraron enseguida. Siguieron a bordo

todo el tiempo que pudieron, aceptando empleos temporales, breves, duchándose en los YMCA y, en ocasiones, alimentándose de conservas sin calentar. Al principio su vida les parecía una liberación, pero al cabo de un tiempo no pudieron seguir pasando por alto las limitaciones de vivir en un autobús y llegaron a odiar despertarse por las mañanas con la mejilla arrugada de dormir con ella pegada a la palanca de emergencia de una ventana, o con una erupción en la pierna por el contacto con el vinilo de un asiento. Querían intimidad, y amor y sexo, y también un cuarto de baño.

La vida en el autobús se volvió insoportable, pero la vida normal también se lo parecía. Ante la disyuntiva entre una vida convencional y una alternativa, Rob y Laurel tiraron por la calle de en medio y se mudaron al este. La casa en un vecindario de clase trabajadora de Macopee, Massachusetts, comprada con el poco dinero familiar que tenía Laurel, se convirtió en un hogar no muy distinto del autobús escolar. Carecía de decoración, era algo incómoda y casi parecía moverse, no estar nunca bien anclada. Pero tenía cuartos de baño y agua corriente y no había multas pegadas al parabrisas.

Rob trató sin éxito de que las empresas se interesaran de nuevo por sus inventos, pintó casas, Laurel y él vendían barritas de proteínas, tuvieron a Greer y con el tiempo Laurel hacía de vez en cuando de payasa de biblioteca. A lo largo de los años tuvieron dificultades económicas y de otra clase, nunca supieron desenvolverse muy bien en el mundo y fumaban demasiada hierba, dejando que el olor viajara por la casa, aunque Greer esto lo supo de una manera brumosa, preliminar, de la misma manera en que los niños perciben y al mismo tiempo no perciben la vida sexual de sus padres.

Pero había más. Greer tenía la sensación, tan intensa como un rastro de humo, de que la vida que llevaba con sus padres no era normal, de que no estaba bien. Pero si le hablaba a alguien de ello, si alguien se enteraba, sería aún peor. No es que los servicios de protección de menores fueran a llevársela, eso no. Pero se suponía que las familias comían juntas, ¿no? Se suponía que los padres tenían que servir comida a sus hijos y preguntarles: «¿Qué tal el día?».

Los Kadetsky tenían una mesa de cocina, aunque a menudo estaba cubierta de cajas de barras de proteínas y de fajos de hojas de pedidos. Los padres de Greer no eran personas «sociales», decían cuando esta les preguntaba por qué no comían casi nunca en familia. «Además, a ti te gusta leer mientras comes», le había dicho su madre. Greer desde luego recordaba haberlo dicho, de lo que no estaba tan segura era de qué había sido primero: el comentario o el hecho en sí. En cualquier caso, a partir de entonces decidió que le gustaba leer mientras comía. Las dos acciones se volvieron inextricables. Lo normal era que Greer cocinara la cena para

todos; nada complicado, por lo común chile o sopa o pollo troceado y rebozado en copos de maíz. En algún momento sus padres entraban en la cocina, se servían un plato y se lo llevaban al piso de arriba. A veces Greer oía risas. Se quedaba, pudorosa, junto al horno con la cara encendida por el calor. Luego se servía comida y se sentaba sola a la mesa, o con las piernas cruzadas en la cama de su habitación, con un libro detrás del plato.

Todas aquellas lecturas arraigaron. Se convirtieron en una necesidad tan básica como cualquier otra. Perderse en una novela significaba no perderte en tu propia vida, en aquella casa llena de corrientes, desorganizada y bohemia que más parecía un autobús, en unos padres que no se interesaban por ti.

De noche se quedaba despierta leyendo a la luz de una linterna, su resplandor menguando rápidamente. Pero incluso cuando se estaba quedando sin luz, Greer leía hasta el último minuto, consumía un círculo amarilleante de historias y conceptos que la reconfortaban y la alentaban en su soledad, que se prolongaba año tras año.

Estaban a mitad de cuarto curso cuando apareció un chico nuevo en el colegio. Greer cayó en la cuenta de que lo había visto en su calle el fin de semana. Cory Pinto, un chico alto, delgado, de piel algo aceitunada, se había mudado a la casa al otro lado de la calle en diagonal. A los pocos días Greer comprendió que eran igual de inteligentes, pero que a él no le daba miedo expresarse. Los dos iban muy por delante del resto de los alumnos de su clase, que a menudo parecía que alguien les vendaba los ojos, les hacía dar unas vueltas y a continuación los ponía a estudiar.

Antes de llegar Cory, cada vez que la clase se dividía en grupos de lectura, la señorita Berger podía hacer poco por Greer, aparte de dejarla estar sola en el más avanzado, los Pumas. O, para ser exactos, el Puma. Pero de pronto Cory estaba con ella en el rincón y había dos Pumas, una pareja. A pocos metros oían a Kristin Vells, del grupo menos avanzado, los Koalas, un animal de aspecto extraño entorpecido por su grueso pelo y sus patas regordetas, tratando de leer una línea de su libro de nivel rojo, *El camino prodigioso*. «Billy quer-í-a ir al ro… al ro…», balbucía.

–Al rodeo –la interrumpía al final Nick Fuchs, impaciente–. Jolín, ¿no puedes ir más deprisa?

En el rincón, donde Greer se sentaba con aquel chico nuevo intenso y demasiado alto, los dos tenían lecturas color amarillo dorado tituladas *El camino de la imaginación* abiertas en el regazo. «Libro 5», decía en la parte superior en discreta letra Garamond. Los argumentos de las historias de *El camino de la imaginación* eran extraordinariamente aburridos, y en ese aburrimiento Greer se adiestró igual que se adiestra un soldado mediante la privación, sabedora de que un día le resultaría útil. Al parecer Cory Pinto pensaba igual, porque también toleraba y absorbía la historia verídica de Taryn, la Niña Recicladora de Toledo, Ohio, que, para cuando

estaba en tercer curso, ya había recogido más botellas que ningún otro niño, con lo que entraba en el *Libro Guinness de los Récords* y hasta era posible que salvara el mundo.

Cory Pinto era, por ser nuevo, una novedad, pero también algo más. Tenía una voz fuerte, sin llegar a ser molesta, distinta de las voces de otros chicos, algunas de las cuales eran a la vez fuertes y molestas, lo que llevó unas cuantas veces a la señorita Berger, de pie delante de la clase, a mirar a los chicos con severidad y a decirles:

–¡Usad vuestra voz interior!

La única voz que tenía Greer era interior. En los recreos se sentaba en el suelo, debajo de la pizarra, y comía Pringles de una lata en compañía de la otra asombrosamente callada niña de la clase, Elise Bostwick, que tenía una personalidad oscura y algo preocupante.

–¿Piensas alguna vez en envenenar a la profesora? –le preguntó a Greer un día como si tal cosa.

–No –dijo Greer.

–Ya. Yo tampoco –dijo Elise.

Pero a Cory, flaco como un palo, no le costaba trabajo hablar y era popular y seguro de sí mismo. Lo que empeoraba las cosas es que nunca parecía atento, siempre tenía un aire de soñadora despreocupación. Greer lo veía mientras esperaban el autobús en la calle Woburn cada mañana. A sus nueve años, parecía un espantapájaros amable, calladamente guapo. Lo veía incluso cuando bebía de la fuente del colegio, por la forma en que cerraba los ojos y colocaba la boca, adelantándose a la forma del flujo de agua antes de pulsar el botón metálico.

Greer, con sus camisitas acrílicas planchadas y su estuche color pitufo, se sentía empequeñecida respecto a él. No solo era listo, también era alegre e independiente. A menudo terminaban juntos, debido a su inteligencia y a las notas que sacaban en los exámenes, pero nunca hablaban, a no ser que no les quedara otro remedio. Greer no quería conocerlo y él tampoco quería conocerla a ella. Ni a su familia. Greer se avergonzaba muchísimo de sus padres y de su casa. La casa de los Pinto, sin embargo, era amplia y limpia, y la puerta de la nevera era un jardín vertical de boletines de notas, certificados y papeles con estrellas doradas de Cory, que Greer había visto porque una vez, el mes en que Cory se había mudado allí, habían tenido que hacer juntos un trabajo sobre las costumbres de los Navajo.

Aquella primera vez que entró en su casa se había fijado en lo ordenada que estaba y también, con tristeza, en el santuario dedicado a Cory en la nevera.

–Pareces Dios –le dijo.

–No digas eso. Mi madre se enfadará, es muy religiosa.

Una cosa más en la que se diferenciaban las familias. Los Kadetsky eran

ateos, «con a minúscula», decía siempre el padre de Greer, temeroso de que la deificación pudiera colarse por un matiz tipográfico.

Aquel día, cuando estaban haciendo el trabajo, la menuda y ajetreada madre de Cory, Benedita, entró en la cocina y les sirvió unos cuencos pequeños con *aletria*, un dulce portugués caliente que, cosa extraña, contenía fideos. La idea de la madre en la cocina, ocupándose de la comida que les iba a servir a su hijo y a su compañera de clase, de que dedicara tiempo a cocinarla e incluso a verlos comérsela, fue dolorosa para Greer. En ocasiones, desde el lado opuesto de la calle, miraba a la familia Pinto mientras se preparaban para cenar. Una vez se sentaban a la mesa solo veía las coronillas salir y entrar de su campo visual cuando las inclinaban para comer, y todo aquello la entristecía. La disparidad. La diferencia. La normalidad de aquella familia que vivía al otro lado de la calle comparada con la incómoda extrañeza de la suya propia. Más allá de eso, en aquel momento, el sabor de la *aletria* la sorprendió por lo delicioso y porque era la demostración de que, cuando una madre cocinaba, era capaz de hacer magia. La señora Pinto los miró comerse el dulce con aprobación, orgullosa de su habilidad y disfrutando del hecho de que lo estaban disfrutando. O al menos Cory lo hacía.

Saltaba a la vista lo mucho que quería a su hijo. A sus nueve años, en presencia de aquel indisimulado amor de madre, Greer se sintió desnuda por la ausencia de amor. Desnuda y, estaba convencida, patética. Es probable que la señora Pinto pensara en ella con tristeza y compasión: la niñita criada sin cariño que vivía al otro lado de la calle. Quizá por eso le había dado aquel plato de ambrosía; era lo menos que podía hacer. En cuanto Greer pensó esto, apartó el cuenco. Aún quedaban unas cucharadas, pero no quería comérselas. Enseguida terminaron el trabajo sobre los Navajo y Greer se fue a su casa, simulando indiferencia ante aquel chico y su familia. Pero algo nuevo había ocurrido. Había visto lo querido que era Cory; había visto que ser querido de aquella manera era posible en la vida real y no solo en las novelas.

Pasaron ocho años hasta que volvió a casa de los Pinto y, cuando lo hizo, no hubo *aletria;* ya no le apetecía, tampoco ansiaba de manera consciente tener «amor parental», como se había puesto de moda decir. Y es que por fin era una adolescente en todo el sentido de la palabra y sentirse separada de los padres formaba parte, tal y como le explicaría a Cory, de la descripción del cargo. No le importaba demasiado haber sido ignorada y haber crecido prácticamente sola. Hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a ello y lo había aceptado como su vida. Pero ahora en casa de los Pinto estaba Cory, un Cory distinto, adolescente, emocional y sexualmente atractivo, que no solo era tan inteligente como ella, sino que también era interesante, con cara seria, manos de dedos largos, pecho imberbe y una forma de ser con Greer que no se parecía en nada a cómo

había sido nadie con ella.

Para entonces, con diecisiete años, los dos estaban muy centrados en impulsar sus marcas individuales. Cory jugaba al baloncesto, lo habían fichado los Macopee Magpies, cuyo entrenador no lo presionaba para que fuera especialmente bueno, solo alto. Cuando no estaba en la cancha o matándose a estudiar, Greer lo había visto delante de la vieja máquina comecocos Ms Pac-Man de la pizzería Pie Land. Metía una moneda de veinticinco centavos detrás de otra en la ranura y, cuando la pantalla mugrienta y curva parpadeaba hasta encenderse, Cory se convertía también en el amo de aquel mundo, con su nombre en el primer puesto de una lista de jugadores que la dirección del Pie Land había pegado a la pared. La gente escribía sus puntuaciones y, al final de cada semana, se declaraba un campeón. PINTO estaba escrito con rotulador permanente de color verde.

Parecía injusto que dominara también aquel reino. Después de todo, la comecocos era un personaje femenino. Aunque lo cierto era que la señora Pac-Man, con su cabeza circular semejante a un sol y sus piernas enfundadas en botines rojos, carecía de aquellas partes que la habrían diferenciado de su contraparte masculino. No tenía pecho, ni mitad inferior del cuerpo donde portar los misterios sexuales que excitarían a Pac-Man, el cual no necesitaba llevar delante la palabra «señor».

En el instituto, Greer había ido algún fin de semana a Pie Land con dos o tres amigas, todas obedientes y encaminadas a ser buenas chicas, pero con una estética un poco alternativa, como para compensar. El mechón azul que Greer se había puesto en el pelo era como un neón que iluminaba sus delicados rasgos faciales. Quizá Cory Pinto se fijó en ella; quizá no. Pero Greer y las otras chicas sí se fijaron en él; es más, lo observaban desde un lado o desde detrás mientras jugaba. Las escápulas cambiaban de posición, la mandíbula se tensaba; su concentración era absoluta.

–¿Por qué le fascinará tanto ese juego? –preguntó Marisa Claypool.

–Igual lo ayuda a concentrarse –dijo Greer, aunque la pregunta en realidad debería haber sido: ¿por qué es tan fascinante Cory Pinto?

Miró con curiosidad cómo la globular señora comecocos seguía engullendo todo a su paso. ¿Importaba algo que el personaje fuera femenino? Greer trataba de no prestar demasiada atención a su feminidad; ya se ocuparía el mundo de hacerlo. Pero ahora tenía pecho –o «tetas», como le habían dicho a la puerta de Kwikstop–, además de una cintura delgada y una vagina que menstruaba a su manera secreta y brillante cada mes con ella como único testigo. Nadie más sabía lo que ocurría en tu interior; a nadie le interesaba.

Un día de principios de invierno de su último año de instituto, Greer Kadetsky, Cory Pinto y Kristin Vells se bajaron de un salto del autobús en la calle Woburn, en fila, como de costumbre, pero esta vez Kristin se fue

por su lado y Cory se colgó al hombro su enorme mochila, se volvió para mirar a Greer a la cara y le dijo:

–¿Te ha parecido justo el examen que nos ha puesto Vandenburg?

Al mirarlo de cerca, Greer reparó en un bigotillo color pastel que trazaba una suave incursión por encima del labio y en la huella con forma de media luna de una costra en el pómulo. Recordó que hacía no mucho había llevado allí una tirita, resultado de algún accidente doméstico propio de chicos haciendo el tonto.

–¿Cómo justo? –preguntó, confusa por el hecho de que le hubiera dirigido la palabra de repente y con tanta vehemencia.

–Pues todo lo de la potencia eléctrica, etcétera. No ha caído nada en el examen.

–Bueno, pero hemos aprendido algo extra –dijo Greer.

–No quiero aprender nada extra –dijo Cory, y Greer se dio cuenta de que la información innecesaria le pesaba. Era igual que los nadadores que se afeitan el cuerpo porque no quieren que nada interfiera en su proximidad con el agua.

Sin ninguna negociación previa, Cory la siguió por el camino de entrada a su casa.

–Quieres pasar –dijo Greer sin entonación. No era una pregunta, aunque no sabía muy bien por qué lo invitaba a entrar ni qué se encontrarían dentro. Pero en cuanto abrió la puerta detectó un aroma lejano que subía desde el sótano.

–Guau –dijo Cory, y se rió.

–Qué –dijo Greer sin entonación.

–Hierba de la buena, variedad parental –dijo Cory, y Greer se limitó a encogerse de hombros como si le diera igual.

El cannabis de sus padres era más fuerte que el que fumaban los *porretas* del instituto de Macopee. Rob y Laurel Kadetsky le compraban marihuana de calidad a un amigo granjero y a su mujer de Vermont. Algunas veces, siendo niña, Greer había ido allí con sus padres en coche. En una ocasión se había sentado en el sofá mientras John el granjero punteaba concienzudamente «Stairway to Heaven» en el banjo y cantaba en voz baja: «Ooh, it makes me wonder…». A su lado su mujer, Claudette, les enseñaba a Greer y a su madre unas muñecas de trapo hechas con pantis rellenos de calcetines y trozos de tela que se llamaban Noobies y estaba intentando vender. Las caras de las Noobies tenían la misma expresión vaga, ebria de las personas que se drogaban con el producto de gama alta de John el granjero.

Aquel día que Cory entró en su casa, la marihuana se convirtió en el primer tema de conversación. Había pasado bastante tiempo desde que Greer la olía durante el día y la irritó hacerlo precisamente la tarde en que llegaba a casa acompañada del blanco secreto de su envidia todos aquellos

años: Cory Pinto.

–Perdona, es que me hace gracia –había dicho Cory husmeando el aire–. Solo de estar aquí me voy a colocar. Pronto voy a necesitar Cheetos y M&M's, así que tenlos preparados.

–Cállate, y además ¿qué te hace tanta gracia?

–Venga, hombre. Tus padres son unos porreros y tú eres una chica buena y ambiciosa. Me parece divertido.

–Muchas gracias por tu descripción.

–No pretendía insultarte. Siempre te veo con folletos de universidades. También vas a mandar solicitudes a las de la Ivy League, ¿verdad? –Greer asintió con la cabeza–. Creo que somos los únicos del curso –dijo Cory–. Tú y yo.

–Sí –dio Greer ablandada–. Creo que sí.

Compartían una determinación que no se podía enseñar, tenía que formar parte de la neurología de una persona. Nadie sabía cómo una ambición tan concreta se metía en la sangre de una persona; era como una mosca que se cuela en una casa y ahí se queda.

Cuando apareció la madre de Greer, vestida con el cuello de payaso pero sin los zapatos ni la peluca, parecía solo consciente a medias.

–Ah –dijo Laurel–, no sabía que ibas a traer a alguien a casa. Hola, Cory. Bueno, me voy a una actuación. –Abrió la puerta–. Papá está abajo, con sus herramientas.

A veces Rob Kadetsky se entretenía en el sótano oyendo casetes de bandas de música de los ochenta en un walkman viejo y trabajando en algo que tuviera que ver con ondas electromagnéticas. Greer y Cory miraron a Laurel ir hasta su coche en la versión modificada del traje de payaso que se ponía para sus bolos ocasionales.

–¿A qué se dedicaba tu madre exactamente? –preguntó Cory.

–Adivina.

–Es contable.

–Ja, ja. Muy gracioso.

–A ver, he visto la ropa que lleva –dijo–. Así que tengo el concepto básico, pero, no está en un circo, ¿verdad? De esos con elefantes, domador y familia de trapecistas.

–Es payasa de biblioteca –dijo Greer.

–Ah. –Cory calló un momento–. No sabía que existiera ese trabajo.

–Y no existe. Pero ella se lo ha inventado. Fue idea suya.

–Bueno, pues es muy ingenioso. Y ¿qué hace exactamente una payasa de biblioteca?

–Va a bibliotecas vestida de payasa y supongo que les cuenta chistes a los niños y les lee o algo así.

–¿Es divertida?

–No lo sé. No lo creo.

–Pero es payasa –dijo Cory pensativo–. Creía que ser divertido era un requisito indispensable.

Durante todo el tiempo que Greer y Cory estuvieron juntos en la casa, el padre no subió del sótano. Se sentaron tensos en el cuarto de estar, en el viejo sofá de cuadros, y Cory jugó con un mechero que el padre o la madre de Greer se habían dejado allí, encendiéndolo con el pulgar y acercándolo a la mecha de una de las velitas blancas que había dentro de vasitos de cristal cubiertos de polvo en el antepecho de una ventana. A continuación daba la vuelta a la vela encendida y esperaba a que una lágrima de cera transparente cayera y aterrizara en el dorso de su mano para, de inmediato, volverse opaca.

–Alucinante –dijo.

–Pareces colocado. ¿Qué es alucinante?

–Cómo resiste la piel al contacto de la cera caliente durante un segundo. ¿Por qué aguanta? Si un coche te pasa por encima de un pie durante un segundo, ¿eso también se aguanta?

–No lo sé, pero, por favor, no intentes hacerlo en casa.

–Y si alguien te echa cera caliente, ¿te duele? Igual que uno no se puede hacerse cosquillas a sí mismo –dijo Cory–. ¿Será lo mismo?

–No tengo ni idea –dijo Greer–. Jamás había pensado en nada de eso.

Con un único gesto, Cory se levantó la camiseta dejando al descubierto su torso alargado. Cory y Greer eran los dos cerebros de la clase, pero allí Cory estaba siendo sobre todo un cuerpo, un «torso», qué palabra tan extraña. De esas que si las dices unas cuantas veces en voz alta se desintegran hasta no significar nada: torso torso torso.

Cory se tumbó de espaldas en la mesa baja de madera, que crujió bajo su peso. Las piernas le colgaban por el borde.

–Vas a romper la mesa de mis padres.

–Vamos, hazlo.

–Estás mal de la cabeza. No pienso echarte cera caliente en el estómago, Cory, no soy una dominatriz de esas de Internet.

–¿Cómo sabes que hay dominatrices en Internet? Te acabas de delatar.

–¿Cómo sabías que el plural era «dominatrices»?

–*Touché* –dijo Cory con una sonrisa de satisfacción.

–Cállate –dijo Greer. Era la segunda vez que le decía eso aquel día. «Cállate», les decían las chicas a los chicos, y a los chicos les encantaba.

–Venga, quiero saber qué sensación da –dijo Cory–. No vas a matarme, Greer.

Así que esta terminó inclinando una vela encendida sobre el estómago de Cory. Observó cómo la llama ablandaba la cera, que formó una perla de líquido transparente, y cómo el líquido tocaba la piel con un suave y pequeño *chof*. Cory contrajo los músculos del abdomen, enseñó los dientes y dijo:

–¡Joder!

–¿Estás bien? –preguntó Greer.

Cory asintió con la cabeza. La cera se había endurecido y había formado un óvalo blanco sobre la pequeña depresión del ombligo. Greer pensó que habían terminado, pero Cory no se incorporó y le pidió que lo hiciera otra vez. Greer no pensaba ya en si le iba a hacer daño; era obvio que iba a hacérselo, pero no demasiado. En lugar de ello pensaba en que la sensación de dominar a Cory Pinto era nueva, que la sensación de mandar en él, de ser su superior le gustaba bastante.

El sábado siguiente sus padres se fueron a la granja de Vermont y Cory se pasó por la tarde sin molestarse siquiera en poner la excusa de que tenían que estudiar o hablar de algo del instituto. No llevó ni libros ni cuadernos ni papel cuadriculado ni portátil. Más tarde, Greer apenas lograba recordar cómo habían pasado de hablar del instituto a lo que ocurrió a continuación. Pero después de un rato sentados en la mesa de la cocina, lo invitó a subir a ver su habitación. Al cabo de unos treinta segundos de mirar sus cosas –la colección de globos de nieve, el trofeo que le dieron cuando ganó el concurso de ortografía, los muchos, muchos libros, desde *Ana de las Tejas Verdes* y *Ana la de Avonlea* a *La noche*, de Elie Wiesel–, Cory dijo:

–Greer.

Y Greer dijo:

–¿Qué?

Y él dijo:

–Ya sabes qué.

Le sonrió de una manera nueva, traviesa, que la sorprendió y no la sorprendió al mismo tiempo, y luego le cogió la cara con las dos manos y la besó tan rápido que los dientes de ambos chocaron. En cuanto Greer sintió la punta de su lengua, lo oyó gemir, y el sonido la hizo sentir como si le estuvieran revolviendo los órganos con una cuchara. Luego Cory la cogió por los hombros y la guió hasta que estuvo tumbada de espaldas con él encima, los corazones de ambos compitiendo entre sí. Greer estaba tan excitada que no sabía qué hacer consigo misma.

–¿Así está bien? –le preguntó Cory, y Greer no supo qué contestar. ¿Cómo iba a estar «bien»? No existía una palabra para definir aquello. Cory le tocó los pechos debajo del sujetador y ambos guardaron silencio ante lo intenso de la sensación. Cuando le soltó el sujetador y le besó los pechos, Greer pensó que se iba a desmayar. «¿Puede uno desmayarse estando tumbado?», se preguntó. Al cabo de un rato, después de mucho tocarse, Cory le soltó los vaqueros haciendo tanto ruido que fue como un leño crepitando en la chimenea.

Luego sus dedos planearon de forma tántrica en el nanoespacio comprendido entre vaqueros y ropa anterior y, de pronto, se puso

inexplicable y extrañamente charlatán.

–Voy a hacer que te corras –le dijo en una voz desconocida–. Voy a hacer que quieras correrte. –Y preguntó, con voz algo insegura–: ¿Quieres?

–¿Por qué hablas así? –preguntó Greer, desconcertada.

–Digo lo que siento –dijo Cory, pero su aspecto ahora era de alguien a quien han pillado in fraganti.

Y aunque después de aquel día de vez en cuando, estando en la cama, Cory le hablaría de una forma extraña, similar, por lo general Greer no tardaba en conseguir que volviera a ser él mismo. Claro que ser ellos mismos no resultaba menos desconcertante. La libertad que eso suponía, la idea de que podías tener preferencias, que eran tuyas y que de ti dependía saber lo que eran, de ti y de la otra persona, la aterrorizaba.

La segunda vez que se acostaron, Cory susurró audaz:

–Entonces ¿dónde tienes el clítoris?

La palabra resultó casi alarmante dicha por Cory y referida a una parte del cuerpo de Greer.

–¿Cómo? –dijo esta, porque no se le ocurrió otra cosa. Necesitaba ganar tiempo.

–¿Dónde está exactamente? Enséñamelo. –La voz de Cory, una vez pasado el ataque de fanfarronería, se apagó.

–Está aquí –dijo Greer señalando de manera imprecisa y a su pesar. Lo cierto era que no lo sabía. Tenía diecisiete años y hasta el momento le había dado demasiada vergüenza estudiar su propia anatomía. Había tenido cientos de orgasmos sola en la cama, pero no era capaz de dibujar el mapa del lugar en que se originaban.

Aquella noche, después de que Cory se fuera a su casa al otro lado de la calle y Greer permaneciera sumida en el callado asombro de lo ocurrido entre ambos, entró en Internet y buscó en Google las palabras «clítoris» y «orgasmo», para enterarse y para que la próxima vez Cory se enterara también. «Si alguna vez quieres hacerte una idea exacta de quién eres –pensaría Greer años más tarde–, basta mirar todo lo que has buscado en Google durante las últimas veinticuatro horas. A la mayoría de las personas las consternaría verse con tanta claridad.»

Cory y ella pasaban ahora casi todo el tiempo juntos. Él le habló de sus padres, de cómo cuando era pequeño se había avergonzado de que hablaran con acento y tuvieran empleos no especializados. Greer le habló de ser hija única y tener unos padres a los que con frecuencia eras indiferente. «A mí nunca me serás indiferente», dijo Cory, y Greer comprendió que lo tenía de su lado y que no estaba sola. Estaban cada vez más unidos y su actividad sexual era una mezcla de placer agitado y doloroso fracaso. En ocasiones Cory le hacía daño sin querer y en ocasiones las manos y la boca de Greer se convertían en colibrís mal encaminados. No dejaban de intentarlo. Tenían discusiones mezquinas

sobre si eran o no compatibles.

–Igual no eres la persona adecuada para mí –le dijo Cory en una ocasión, con cautela.

–Muy bien. Pues igual deberías salir con Kristin Vells –dijo Greer–. Le puedes enseñar a leer. Seguro que te lo agradece.

–Créeme, no nos dedicaríamos a leer.

Greer le dio la espalda, disgustada, y se abrazó a sí misma mientras caía en la cuenta de que había visto esa clase de comportamiento en programas de televisión y en películas: la chica emocionalmente frágil cruzada de brazos en un gesto protector, quizá incluso estirándose las mangas del jersey. No entendía por qué se prestaba con tanta facilidad a asumir aquel rol femenino predeterminado. Pero entonces comprendió que en realidad le gustaba, porque así formaba parte de una larga cadena de mujeres que habían hecho lo mismo.

A veces bastaba con una distracción para que los dos volvieran a ser ellos mismos. Jugaban a uno de los videojuegos del hermano de Cory de tres años y medio, Alby, durante una hora o dos, o se intercambiaban mensajes de texto llenos de bromas privadas (era asombrosa la rapidez con que podían surgir las bromas privadas) y entonces los dos recordaban que eran compatibles.

–Todavía no sé si te quiero –le advirtió Greer una tarde en que estaban tranquilamente tumbados en la cama de ella con sus padres en el piso de abajo. Pero lo dijo solo porque sí lo sabía.

–No pasa nada –dijo Cory.

Pero sabían que aquello era amor, y también deseo, dos fuerzas que formaban una corriente caudalosa y circular. Entonces, una semana más tarde, Greer dijo:

–¿Te acuerdas de lo que te dije sobre estar enamorada? ¿Es demasiado tarde para cambiarlo?

–No es la respuesta a la pregunta de un examen.

–Vale. Pues entonces te quiero –dijo en voz baja, midiendo sus palabras–. Te quiero.

–Yo también te quiero –dijo Cory–. Estamos empatados.

La tarde siguiente en casa de ella, ahora oficialmente enamorados y empatados, tuvieron lo que se considera sexo de verdad. Fue un poco embarazoso y sin duda imperfecto –Cory estuvo un rato largo y tenso mordiendo la envoltura del condón–, pero con el tiempo, y de vez en cuando, sería perfecto. Para sus exploraciones usaban la casa de Greer; en la de los Pinto ni siquiera les estaba permitido estar en la habitación de Cory, así que se sentaban en el sofá del salón con sus fundas de plástico de cierre de cremallera y siempre había olor a comida haciéndose y la visita ocasional de alguna tía.

Lo que más le gustaba a Greer de casa de Cory era que a menudo Alby

estaba con ellos, revolcándose en el sofá. Alby era un añadido tardío a la familia Pinto, pues había nacido cuando Cory tenía catorce años. Sus envases abollados, vacíos de zumo estaban siempre desperdigados por el suelo del coche familiar junto con sus figurillas de acción tumbadas boca abajo o boca arriba, con los brazos doblados o rectos, congeladas en mitad de una patada o de un golpe de karate, esperando a que su dueño volviera al coche y las reanimara. Alby parecía un Cory en miniatura, divertido y nervioso y precoz y también, con toda probabilidad, muy listo; además quería a su hermano mayor y también parecía querer a Greer.

Alby a menudo llevaba consigo la caja de su tortuga y la sujetaba con la misma ternura que si fuera un cordero recién nacido. Unos meses antes la tortuga se había colado en el jardín de los Pinto y había estado largo rato tomando el sol en la maleza con aspecto de roca, o de un libro de leyes antiguo, polvorienta, marrón, dorada, verde. Pero Alby la había identificado y había dicho: «Esa tortuga es mía», reclamándola para sí y llamándola Slowly, es decir, despacio. «Porque las tortugas van despacio», le explicó a su familia.

A Alby no le costó determinar que la tortuga era macho.

–Las tortugas chico tienen ojos rojos –dijo, porque lo había leído en un libro de ciencia para niños, al haber aprendido a leer a los dos años y medio. Alby colocaba la caja de dos kilos de peso que contenía la tortuga en el sofá y a continuación colocaba sus diecisiete kilos encima de su hermano mayor, que lo sujetaba en su regazo. Alby le pedía a Greer que jugara con él a videojuegos; era un experto, con excelente coordinación manos-ojos. A menudo quería que mirara libros con él –los dos estaban obsesionados con los libros– y Greer pronto comprobó que estaban terminando colecciones enteras, turnándose para leer en voz alta. La preferida de Alby era la colección *Enciclopedia Brown,* que a Greer le había encantado de pequeña.

–¿Por qué se llama Bicho el hijo de los Mezquínez? –preguntó Alby, preocupado.

–Es una excelente pregunta.

–Igual fue el autor, Donald J. Sobol. Mezquínez ya es un nombre malo. Y con Bicho delante es peor. No me parece justo.

–Casi hasta te da lástima, aunque sea un matón –dijo Greer.

Alby buscó un hueco en su cuerpo para acurrucarse muy pegado a ella.

«Qué ingeniosas son las personas», pensó Greer, al recordar aquel momento mientras seguía acostada con Cory en su dormitorio estudiantil. El hermano pequeño de Cory había escarbado en el cuerpo de Greer y se había acurrucado contra ella, asegurándose de que, incluso cuando estuvieran separados, se acordaría de él y lo querría. Y ella seguía acurrucándose contra Cory y también, a distancia y metafóricamente, contra la figura espectral de Faith Frank, que había irrumpido en la nueva

vida de adulta de Greer y la había hecho desear algo. Escarbamos sin parar en busca de un camino oculto. Y lo hacemos de manera interesada, aunque no estemos dispuestos a reconocerlo. Al otro lado de la habitación, Steers tuvo la luz encendida toda la noche.

En el ecuador de la vida universitaria hubo un momento, imperceptible como tal, en que los temas de conversación pasaron de versar sobre clases, asignaturas, fiestas y simbolismo en la literatura a centrarse en el mundo laboral. Una vez esto ocurrió, el mercado laboral se impuso, y las clases y las asignaturas, las novelas y las discusiones académicas adquirieron un tufillo dulzón a pasado. El mercado laboral te hacía sentarte más recto y planificar, tratar de pensar en relaciones que habías cultivado en el pasado y en cómo podían ahora serte útiles. Todos pensaban y se preocupaban un poco por el largo plazo, esa carretera abstracta que se suponía podía conducir a la felicidad, antes de terminar en la muerte.

Los que se graduaban en ciencias, si no iban a solicitar el ingreso en Medicina, aspiraban a trabajar en un laboratorio, mientras que algunos de los graduados en humanidades pensaban dedicarse a la educación infantil o a las ventas. O, al igual que algunas personas que conocían y que ya se habían graduado, se imaginaban trabajando en el mundo editorial, contestando el teléfono con voz cantarina diciendo docenas de veces al día: «¡Despacho de Magda Stromberg, le habla Becca!», cuando en realidad querían ser Magda Stromberg y no Becca. Un número de ellos aceptaría empleos en campos que poseían un cierto peso solo por los nombres que tenían: marketing, negocios, finanzas.

Ninguno quería ser como algún que otro graduado de Ryland que se quedaba merodeando por el campus. Había uno que se había graduado tres años antes y trabajaba de camarero en un café del centro, el Main Bean, y al que encantaba dejar el libro que estuviera leyendo abierto, con la cubierta hacia arriba, cerca de los dispensadores de sirope y las jarras de leche caliente y tratar de llamar la atención de alguno de los estudiantes que estuvieran pidiendo. El estudiante cogía su café y le añadía bolsita tras bolsita de azúcar moreno buscando espabilarse para el trabajo que tenía que escribir aquella noche, mientras que el camarero ya no tenía que espabilarse para nada excepto para pasar un día más detrás de la barra. Resultaba desconcertante cómo un lugar que te había controlado de cerca durante cuatro años de pronto te liberaba como si tal cosa, dejaba de ser responsable de ti.

Greer había empezado a imaginar que se convertía en escritora, se veía escribiendo ensayos y artículos y quizá, con el tiempo, libros sobre temas muy feministas, aunque era probable que aquel fuera un trabajo que al principio hiciera a altas horas de la noche. Para poder dedicarse a escribir, tendría que empezar por ganar un sueldo. No podía llevar una vida como

la de sus padres. Pero si tenía un empleo de verdad y conseguía huir de la pobreza, entonces podría intentar sacar tiempo para escribir y quizá tuviera suerte.

Aunque Zee tenía sin duda más perfil de oenegé que Greer, esta en aquel momento sí se veía trabajando un tiempo en el departamento de comunicación de alguna organización «de las buenas». También se imaginaba escribiendo a Faith Frank para contárselo: «Mientras decido lo que hacer con mi vida, he conseguido un trabajo escribiendo el boletín interno de Comprometidos con el Planeta. Es muy probable que debido a la conversación que tuvimos en el cuarto de baño. Estoy tratando de hacer algo que tenga sentido, como me sugirió».

Pronto le dijo a Cory, sin que este le preguntara.

–Una oenegé. Ahí es donde me gustaría empezara a trabajar, y por las noches me dedicaría a escribir. ¿No te parece?

–Claro –estuvo de acuerdo Cory, aunque en realidad no sabía de qué estaba hablando. Ninguno de los dos lo sabía.

–La amiga de Chloe Shanahan trabaja para una organización que acerca el arte a personas con discapacidad. Tiene un hermano ciego –añadió Greer, y a continuación se sintió en la obligación de añadir–: Pero vamos, que habría trabajado allí aunque no lo tuviera.

–Pero es probable que no –dijo Cory.

–Cierto.

Daba la sensación de que a lo que terminabas dedicándote y terminabas siendo se llegaba por varios caminos posibles. Ser escritor tenía algo de imposibilidad fantasiosa, pero aun así, a Greer le gustaba imaginarlo. Cada vez se veía más escribiendo en su tiempo libre mientras trabajaba en un sitio bueno y honrado.

–En marketing no voy a trabajar –le dijo a Cory–. Ni en moda. Ni tampoco –añadió sin necesidad– de payasa de biblioteca.

Cory se había hecho amigo de dos chicos que había conocido en una clase sobre desarrollo económico en Princeton y, después de discutir enérgicamente durante el seminario sobre pobreza y de continuar la conversación fuera de clase, los tres empezaron a hablar de desarrollar una *app* de microfinanzas cuando terminaran la universidad. Tanto Lionel como Will provenían de familias adineradas que estaban considerando invertir en la aplicación de sus hijos. Los tres estaban ahora entusiasmados con la idea, llenos de planes.

–Creo que va a salir –le dijo Cory a Greer–. Me hace mucha ilusión, pero tenemos que gestionarlo bien. Hay por ahí mucha gente que usa palabras como «microfinanzas», «microcréditos», pero que en realidad se dedica a desvalijar a otros. Si funciona, esto puede ayudar mucho a propietarios de negocios pequeños. Pero el tipo de interés puede ser altísimo. Así que vamos a hacerlo de manera que sea bajo. No queremos

desvalijar a nadie. Además, las mujeres solicitan mucho este tipo de créditos –añadió, y aunque el comentario era una tímida concesión al feminismo, a Greer, a esta no le importó.

Greer imaginaba a Cory en mangas de camisa en una oficina pequeña de algún punto de Brooklyn, el teléfono sin parar de sonar con el tono de una caja registradora antigua y logrando que se aprobaran créditos. Pero sobre todo se lo imaginaba feliz. Al final de un día productivo, Cory volvería a casa procedente del mundo de las microfinanzas y ella del mundo de las oenegés. Hablarían de política y de los problemas de Greer con su libro, y beberían cerveza sentados en la escalera de incendios y, de cuando en cuando, también desde esa escalera de incendios verían fuegos artificiales, que aparecían a intervalos en los cielos de Nueva York sin ninguna razón especial excepto un entusiasmo general por la ciudad, por vivir en ella y ser joven y querer ver colores surcando sus cielos. Ya entrada la noche, mientras Cory durmiera, Greer seguiría despierta en la cama escribiendo en el portátil novelas y ensayos y notas para artículos que esperaba publicar. Ya había empezado a apuntar ideas en un cuaderno.

Cuando terminaran los estudios vivirían juntos en Brooklyn y confiarían en poder permitírselo; aquel era el plan de momento. Tendrían un apartamento pequeño con lo imprescindible. Greer veía una alfombra de yute en el suelo e imaginaba su textura poco amable y a continuación el frío suelo, unas pisadas más tarde, cuando fuera al cuarto de baño después de tener relaciones sexuales por la noche o antes de ir a trabajar por la mañana.

–A ninguno se nos da muy bien cocinar –apuntó Greer–. Cuando vivamos juntos no podremos comer solo de microondas.

–Aprenderemos –dijo Cory–. Aunque ¿vas a soportar que cocine carne y que convierta la casa en el museo de la carne?

–Sartenes distintas y buena ventilación –dijo Greer–. Eso ayudará. –El vegetarianismo era ya un estado permanente para ella y no quería abandonarlo nunca.

Las noches que no podía dormir, Greer pensaba en su futuro con Cory, cada detalle pulido y modesto. Imaginaba el pie del número cuarenta y siete de Cory asomando al final de la cama, los dos por fin durmiendo juntos cada noche y no en una cama pensada para un niño o para un estudiante universitario. Una cama en la que los dos cupieran bien, con amplitud.

Cada vez que veías una pareja joven que acababan de irse a vivir juntos, sabías que estaban pasando por algo importante. Todo ese amor, todo ese sexo, todo ese hojear catálogos en una búsqueda del tesoro en forma de ropa blanca, muebles y pequeños electrodomésticos diseñados expresamente para ellos. Los precios tenían que salirse un poco de su

presupuesto, pero en realidad y después de pensarlo, ¡qué va! «Podemos permitírnoslo –se decían el uno al otro–. Lo conseguiremos.» Los precios indicaban el gran paso que estaban dando, comprar esta mesa o silla o aquella batidora; pero, a diferencia del pasado, cuando los hombres dejaban la decoración del hogar y el equipamiento de las cocinas en manos de las mujeres, construir una vida en común se había convertido en una actividad conjunta. Podía hacerse en la cama incluso, bastaba consultar una página web o un catálogo, la nueva y absorbente literatura de la primera etapa de la vida adulta, el calor de dos cuerpos muy pegados en un festival de imaginación. Comprometerse a cosas reales, hechas de madera, metal y tela equivalía a concretar la imprecisión y la irrealidad del amor.

Por el momento Greer y Cory toleraban bien estar en universidades separadas. Tenían muchas clases y había habido unas elecciones emocionantes seguidas de un nuevo presidente; también se habían hecho alguna que otra visita de semana, aunque a veces Greer percibía pequeños fogonazos parciales de la vida que Cory llevaba y que no tenía nada que ver con ella, y eso la ponía nerviosa. Por ejemplo, Cory decía:

–Steers y Mackey y Clove Wilberson me están forzando a entrar en el equipo de Frisbee.

–¿Te están forzando físicamente?

–Sí. Me dicen que me rinda.

Le intrigaba Clove Wilberson, cuyo nombre surgía demasiado a menudo. Greer la buscó en Google y encontró un dosier completo en Internet, gran parte del cual tenía que ver con hockey sobre hierba, al que Clove había jugado en el colegio St. Paul y jugaba ahora en Princeton. Una fotografía suya, en plena carrera, dejaba ver huesos firmes bajo la piel de un rostro oval y el esfuerzo obvio que hacía circular su sangre. La coleta estaba suspendida en el aire. Tenía unos antebrazos envidiables. Desde luego era mucho más atractiva que Greer, quien estudió la fotografía y se preguntó en silencio: «Clove Wilberson, ¿te has acostado con mi novio?»

Pero esa era una pregunta cuya respuesta no quería en realidad conocer. Al principio Greer y Cory habían hecho como si separarse para ir a la universidad fuera algo natural, aunque todas las parejas que conocían, incluso las que estudiaban en el mismo centro, habían roto al cabo de un tiempo, habían ido cayendo una detrás de la otra como en una larga eliminatoria al estilo de Agatha Christie.

Era posible, pensaba Greer, que echarse de menos fuera lo que los ayudara a Cory y a ella a seguir juntos. Ella misma había tenido momentos de casi distanciamiento. Una noche de otoño del primer curso, durante una fiesta que daba alguien fuera del campus, había notado la mano de su amigo Kelvin Yang acariciándole el pelo. Habían estado cantando la canción «Hallelujah» con sus tres millones de versos, mientras Dog los

acompañaba al ukelele. Estaban sentados en una alfombra en una habitación en penumbra, berreando aquella canción que tenía mucho de canto fúnebre y hablaba del amor de juventud y de la facilidad con que se podían perder algunas cosas, y Kelvin, el baterista corpulento y macizo, estaba al lado de Greer. Esta le dejó acariciarle el pelo e incluso se recostó contra él, percibiendo su olor poco familiar con un distanciamiento casi cínico, decidiendo primero que le gustaba y, luego, reclinándose en su regazo. Él se había inclinado y le había dado un beso, dos, estampándolos aquí y allí de una manera que podría haber sido paternal pero que no lo era. Greer pensó en que su padre rara vez la había besado de niña y se preguntó si, por esa razón, se había convertido en una de esas mujeres que siempre necesitan tener a un hombre en un lugar prominente de su vida, que no saben estar sin él.

¿Era bueno necesitar tanto a Cory? ¿Qué diría Faith Frank al respecto? Todo el mundo parecía necesitar amor, lo reconociera o no. Greer era consciente de ello mientras dejaba que Kevin la besara, un poquito solo. No le gustaba cuando sus amigos hacían comentarios sobre lo longevo de su relación con Cory, como si se tratara de una proeza extraordinaria.

–Sois increíbles –decía Zee–. Yo nunca he tenido una relación que durara ni dos meses.

Cory era la única persona a la que quería ver Greer por las mañanas, no a compañeros de residencia arrastrando los pies, ni a una compañera de piso en un apartamentucho diminuto. La cultura de compartir piso florecía. Aquellos días las personas encontraban enseguida otras personas con quien vivir mediante páginas web y tablones de anuncios, y se mudaban y ponían su nombre a los cartones de leche en la nevera y se dejaban notas cada vez que a alguna no le gustaba algo que había hecho la otra. Una amiga de Greer que se había graduado el año anterior contaba la tensión con que había leído una nota que decía: «Ten la bondad de tirar los envases de sushi LA MISMA NOCHE que los compres. Al día siguiente huele como una fábrica de pescado, JODER».

El «ten la bondad» era mortal. Greer y Cory jamás escribirían «ten la bondad». Sus envases de sushi, que contendrían el atún y la anguila de Cory y el rollito uramaki de aguacate de Greer, irían a la basura o no, y si su pequeño apartamento fantasma olía a fábrica de pescado, que así fuera. El amor, con toda su turbiedad y sus malos olores, era una fábrica de pescado. Tenías que querer de verdad a una persona para vivir con ella en un espacio reducido.

«Falta poco –decía Cory–, falta poco», queriendo que el tiempo pasara, ese rasgo tan propio de la juventud. Más adelante, Greer lo sabía, cuando por fin vivieran juntos y no valoraran los pequeños detalles de una vida vivida de cerca en un caldo de ADN compartido, una vida de sábanas revueltas, de caos de días y noches, pensaría: «Más despacio, por favor».

Pero de momento, mientras seguían en la universidad, rumbo a lo que era suyo, ambos pensaban: «Más deprisa».

Tres

CORY SE LLAMÓ AL NACER DUARTE JR. Pero puesto que su nombre era extranjero y sus padres inmigrantes con acento, justo antes de mudarse desde Fall River, cuando tenía nueve años, había anunciado que se lo iba a cambiar. El nombre nuevo que había elegido no podía ser más americano. Cory era el protagonista de *Chico conoce el mundo*, la serie de televisión que Duarte Jr. había visto de manera obsesiva durante años. Cory era un nombre popular y reconfortante. Suplicó a sus padres que lo usaran, pero su padre se negó. «Yo también me llamo Duarte», dijo. Su madre también se resistió al principio, aunque luego cedió por lo mucho que quería a su hijo.

–¿Es importante para ti? –le preguntó, y cuando él asintió con la cabeza, dijo–: Vale.

Poco después de que se hubieran acostumbrado al nombre, Cory se dio cuenta de que llamarse como el personaje de una *sitcom* televisiva era ridículo. Pero Duarte Jr. Se había convertido en Cory para siempre jamás, un niño tan americano como los demás niños americanos del colegio. Y encajó bien en Macopee; era un chico sociable, inteligente, excepcionalmente alto. En Fall River había habido una comunidad portuguesa considerable. Aquí era distinto. La primera vez que Duarte padre y Benedita fueron al concurso de ciencias de su instituto, la madre se paró delante de un experimento sobre la condensación y preguntó en voz alta y sin complejos:

–¿Para qué sirve esta cosa?

Al día siguiente Cory oyó al chico del experimento sobre condensación decirle a otro, imitando el acento: «¿Para qué sirve esta cosa?», a lo que siguieron risitas disimuladas.

Aquello escoció a Cory; lo revolvió y le escoció, pero se esforzó en hacer como si no lo hubiera oído y consiguió desviar la atención de sus padres siendo inteligente y fuerte y divertido y capaz y sociable. Estas cualidades, demostradas con denuedo, eran el antídoto a ser visto como distinto. Hasta que no llegaba a casa del colegio, aflojaba las correas de la mochila y la dejaba caer en el suelo del recibidor, no dejaba de sentir que tenía que demostrar algo. Sabía que en su casa podía ser él mismo y que sería bien recibido por ello.

Su madre lo había querido desde que nació con una reverencia feroz, sin contenerse nunca, como hacía el padre, depositando besos en Cory como quien dispersa pétalos de rosa. Llegó un momento en que a Cory le pareció natural ser tratado así y supuso que, con el tiempo, una chica

también lo querría de esa forma. Estuvo convencido de ello durante su infancia e incluso durante un período atroz en que estaba tan delgado y desgarbado que parecía una de esas marionetas de madera de arte folk hechas a mano. Estuvo convencido incluso cuando empezó a formársele un bozo igual que una capa de moho encima del labio, mientras el resto de su cuerpo seguía siendo infantil, con el pecho cóncavo. Luego dejó de ser una marioneta para convertirse en uno de esos seres mitológicos combinación hombre y animal. Solo que en lugar de ser mitad hombre, mitad caballo, Cory era mitad hombre, mitad niño, atrapado sin remedio en un humillante estado intermedio.

Y aun así conservó su seguridad, al estar acostumbrado desde siempre a que sus padres lo alabaran y lo llamaran Genio número Uno o *Gênio Um.* Su hermano, Alby, era Genio número Dos o *Gênio Dois.* Ambos chicos habían sido bendecidos con talentos similares y lo único que tenían que hacer era seguir siendo brillantes y trabajadores. Nunca se les pedía que ayudaran en casa; eso era trabajo de mujeres. Todo lo que tenían que hacer era aprender y sobresalir en los estudios, y pronto recibirían adecuada recompensa por ello.

Un día de séptimo curso, en el transcurso de una visita a casa de unos familiares en Fall River para la comida de Navidad, el primo Sabio Pereira, al que llamaban Sab, que había sido amigo íntimo de Cory desde que eran muy pequeños, invitó a este a subir a su habitación. De las profundidades de su armario, Sab sacó orgulloso un número de una revista llamada *Coñorama.*

–¿De dónde la has sacado? –preguntó Cory, escandalizado, pero Sab se limitó a encogerse de hombros y a presumir de su acceso secreto al porno duro. Las mujeres de las fotografías eran flexibles, abiertas en sentido tanto literal como figurado.

–A esta me la voy a follar viva –dijo triunfal el primo Sab cuando se sentaron en la cama con las piernas cruzadas y la revista entre los dos, como si fuera una pequeña fogata de campamento–. Te juro que me voy a correr en su cara. Me va pedir que se lo vuelva a hacer una vez detrás de otra. Va a necesitar que se lo haga.

–Tienes trece años –se sintió obligado a señalar Cory.

Los dos chicos miraban el diorama porno de Sab cada vez que la familia de Cory iba de visita y, con el tiempo, las imágenes se fueron haciendo menos nuevas y menos escandalosas. Miraban fijamente las fotografías y las estudiaban con atención con su aplicación práctica en sus vidas futuras en mente. Un mes había una historieta en imágenes titulada «La pones caliente. ¡Mira cómo quema!» en la que una chica vertía cera caliente en el torso desnudo de un tipo. En otras ocasiones Cory y Sab leían juntos el escaso texto repartido entre las imágenes de *Coñorama*. El encargado de la sección de consejos prácticos, Harry el Duro, escribía:

> Aprende a localizar enseguida su clítoris. Pídele que te enseñe dónde está, ¡le gustará! Chicos, si conseguís que se corra, os estará muuuuuy agradecida, hará cualquier cosa por vosotros. Y cuando digo cualquier cosa ¡no estoy exagerando!

–¿Qué crees que significa «cualquier cosa»? –le preguntó Cory a Sab. Su primo se encogió de hombros. Ninguno de los dos tenía suficiente imaginación aún para pensar siquiera en lo que podía hacerte una chica, en los poderes que poseía y que querrías que desatara en tu cuerpo desnudo. Pero con el tiempo, a base de entrar en Internet para satisfacer sus necesidades pornográficas diarias, fueron aprendiendo. Los hombres de aquellas escenas gritaban cosas a las mujeres y las mujeres les contestaban también gritando. «¡Voy a hacer que te corras!», gritaban los hombres. «¡Sí! ¡Sí!», gritaban a su vez las mujeres. «¡Ya!»

Las chicas que Cory conocía del instituto no tenían ninguna de estas destrezas. Sí sabían, en cambio, caminar por la barra de equilibrio y teclear mensajes de texto a la velocidad de la luz. Con el tiempo salió con un par de ellas y las besó y tocó con furia, y, más tarde todavía, fue más lejos con dos chicas distintas, probando el lenguaje que había adquirido durante todas esas horas pasadas en compañía del porno.

En el último año de instituto muchos de los chicos de su clase jugaban a un juego llamado Puntúalas. Cory, muy guapo ya para entonces y por fin habitando su cuerpo como si de verdad fuera suyo y no alquilado de un antro de mala reputación, iba un día por el pasillo cuando Justin Kotlin le cogió el brazo y le dijo:

–Pinto, ¿juegas a Puntúalas?

Cory se volvió y vio una hilera de chicos apoyados contra la pared. Cada vez que se acercaba una chica, los chicos se apiñaban, cada uno le daba una puntuación y a continuación Brandon Monahan sumaba los números en su calculadora marca Texas Instruments y sacaba la media, que se apuntaba corriendo en un trozo de papel antes de enseñársela a todos. Kristin Vells sacó un 8 (le quitaron puntos por guarra) y Jessica Robbins, que era superreligiosa y llevaba jerséis sosos y zapatos negros con hebilla como los de los peregrinos del Mayflower, un 2.

–Vale –dijo Cory. Y entonces, a lo lejos, vio que Greer Kadetsky iba hacia ellos. Aunque estaban en las mismas clases avanzadas, en realidad llevaba años sin hablar con ella. Le había seguido la pista; unos cuantos días por semana trabajaba después de clase en el centro comercial en Skatefest, donde los empleados vestían unos uniformes feísimos y gorros a juego, pero nunca la había mirado con ojo crítico. Ahora lo hizo. Tenía una cara atractiva, aunque imperfecta, un toque de azul en el pelo castaño y vestía vaqueros y una camiseta de Aéropostale que le marcaba los pechos más bien pequeños. Pero ahora, por primera vez en años, se dio cuenta de

que la callada, aplicadísima Greer también era apetecible y dispuesta y seria y especial, y tal vez incluso un poco guapa. Aquella constatación después de tantos años casi lo sobresaltó.

6

Greer Kadetsky había sacado un 6. No; era una equivocación, pensó Cory; Greer no era un 6, esa era una nota demasiado baja, e incluso si era un 6, esa puntuación la haría sentir mal. No se lo pensó dos veces antes de quitarle el papel a Nick Fuchs, al que solían llamar Nick Foca cuando no Nick Pota.

–¿Qué haces, Pinto? –dijo Fuchs cuando Cory le dio la vuelta al cuaderno y convirtió el 6 en un 9.

Cory había rescatado a Greer de un momento de humillación pública, y ella ni siquiera lo estaba mirando. «Date la vuelta, Greer Kadetsky –quiso decir–. Date la vuelta y mira lo que he hecho por ti.»

Pero Greer tenía la estrecha espalda vuelta hacia la hilera de chicos y entonces sonó la campana y todos empezaron a dispersarse. Cory arrugó el trozo de papel en un puño y se marchó y justo entonces Nick le puso la zancadilla.

–Eres un mierda –le susurró mientras Cory caía al suelo y se arañaba la mejilla con el borde afilado de una taquilla con el metal descascarillado. Se le desprendió un pequeño colgajo de carne y supo que tendría que ir a ver a la enfermera y que su futuro inmediato incluiría una pomada cicatrizante. Pero no le dolía demasiado y en lo único que podía pensar era en que había rescatado y alabado a Greer y ahora lo habían herido y sin embargo ella seguía sin enterarse de nada. Aquella misma tarde, en el autobús, se sentó justo detrás de ella, y le estudió la parte de atrás de la cabeza mientras la herida vendada de la mejilla le dolía un poco. Era una cabeza con una forma muy bonita, se fijó. Desde luego no era una cabeza de 6.

Greer no tenía nada en común con las mujeres de *Coñorama* y todos esos sitios web, excepto que, bajo ese problema de vestuario tan característico de los últimos años de instituto, poseía un buen cuerpo, al parecer lleno de orificios, lo mismo que los cuerpos de todas las chicas. Si te concentrabas mucho en la idea de que las chicas tenían orificios debajo de la ropa, podías terminar un poco psicótico. Esos orificios daban a entender, con el espacio vacío que representaban, que podían llenarse, y que podías hacerlo tú. Cory había convertido un 6 en un 9; los dos números juntos daban 69, algo que solo de pensarlo le dio vergüenza, aunque de inmediato imaginó dos cabezas subiendo y bajando en una cama como dos boyas en el mar.

La sexualización intencional y elaborada de Greer Kadetsky aumentaba

día tras día. Solo habían pasado tres semanas desde que Greer sacara un 6 y Cory tropezara y se cortara la mejilla con la esquina de una taquilla, cuando este decidió que era el momento de establecer contacto con aquella chica que, para entonces, observaba de manera atenta y continua. Una tarde después de bajar del autobús se volvió hacia ella y dijo algo sin importancia sobre que el examen de física de Vandenburg había sido «injusto». Después siguió como si tal cosa a Greer por el camino de entrada de la casa de los Kadetsky y, a partir de ahí, empezó todo.

Su primo Sab notó el cambio casi enseguida, porque cada vez que los Pinto iban a Fall River, Cory rechazaba su invitación a ver porno. «¡Venga, hombre, no me seas ñoño y vente a ver coños!», le dijo Sab. Pero Cory ya no quería hacer aquello y Sab lo llamó maricón. Sab también había cambiado, se había vuelto mezquino y malhumorado y a saber a qué se dedicaba cuando salía con sus amigos. A consumir drogas duras. A hacer cosas oscuras. Cuando se veían, había silencios largos y fríos. Pero Cory ya estaba lejos de Sab; lo había dejado atrás, a él y a toda su familia.

–Cuando estéis los dos en la universidad voy a ir a visitaros –dijo Alby con cuatro años, una tarde en que Greer había ido a casa de los Pinto y estaban en el cuarto de estar–. Me llevaré mi saco de dormir de superhéroe y lo pondré en el suelo de vuestra habitación.

–Espera, ¿a cuál de los dos vas a visitar, Alby? –preguntó Cory con la mano en el pelo de Greer, acariciándole despacio la cabeza–. Porque igual Greer y yo no vamos a la misma universidad, aunque es lo que queremos. A ser posible una de la Ivy League –añadió con arrogancia despreocupada.

–Primero iré a ver a Greer y luego a ti –dijo Alby–. Y un día me visitaréis a mí en la universidad.

–Y entonces seré yo el que duerma en mi saco de superhéroe –dijo Cory.

–No –dijo Alby muy serio–. Eso no puede ser. Cuando yo vaya a la universidad tú tendrás… treinta y dos años. No vas a dormir en un saco. Tu mujer y tú querréis una cama.

–Sí, Cory –dijo Greer–. Tu mujer y tú querréis una cama.

–Tu mujer podría ser Greer –dijo Alby–, pero tiene que convertirse al catolicismo, como nosotros.

–¿Y tú qué sabes de conversiones? –preguntó Cory.

–Lo he leído en un libro.

–¿En cuál? ¿En *La conversión explicada a los niños?* Me das miedo, Alby. Ve más despacio, hermanito. No tienes que saberlo todo ya.

–Sí que tengo. Hazme una pregunta y te digo la respuesta.

–Vale –dijo Cory–. ¿Cuándo se extinguieron los dinosaurios?

Alby se dio una palmada en la frente.

–Esa es demasiado fácil –dijo–. Hace sesenta y cinco millones de años.

–Se le va a dar muy bien leer *El camino de la imaginación* –dijo Greer–.

Lo va a terminar en un periquete.

–Sí. Le va a dar una paliza a Taryn la niña recicladora.

–Para cuando Alby vaya al colegio –dijo Greer–, Taryn la niña recicladora estará sentada en el porche de su casa pensando en el momento cumbre de su vida, cuando era pequeña y entró en el *Libro Guinness de los Récords*.

–En realidad, lo más probable es que se haya muerto –dijo Cory–. Las sustancias tóxicas de todas las botellas que recogió le habrán dado cáncer y la habrán matado.

–¿Quién va a morir? Hazme otra pregunta –dijo Alby lleno de orgullosa excitación.

Cory pensó unos instantes.

–Vale –dijo, y sonrió a Greer–. Prueba con esta. Define el amor.

Alby se puso de pie en la superficie plástica del sofá, que crujió bajo sus pies. Llevaba una camiseta roja vieja y delgada de los Power Rangers, heredada de Cory y que ya le quedaba pequeña, con el dibujo y las letras estampadas raspadas y crípticas.

–El amor es cuando sientes ay, ay, me duele el corazón –dijo Alby–. O como cuando ves un perro y tienes que tocarle la cabeza. –Miró a Greer–. Igual que te está tocando Cory la cabeza ahora. –Cory detuvo el movimiento de su mano, que se quedó inmóvil en el pelo de Greer.

–Madre mía –dijo con voz queda, quitando la mano–. Eres como el dalái lama, colega. Me da miedo dejarte salir de casa. Igual unas personas te raptan y te llevan con ellas a su país para que puedas vivir en un palacio amurallado.

–Eso estaría bien –dijo Alby–. Que lo hagan si quieren.

Llevada por un impulso, Greer tocó la cabeza pequeña y suave de Alby. Cory miró a su novia acariciar a su hermano como si este fuera un cocker spaniel, de piel sedosa y ojos enormes.

Cory y Greer intentarían seguir juntos en la universidad; era lo que habían acordado y se sentían optimistas al respecto. En la mañana de verano en que la mayoría de las decisiones respecto a sus solicitudes estarían publicadas en línea a partir de las cinco de la tarde, volvieron a casa desde el instituto casi sin hablar. Las puertas hidráulicas del autobús escolar se abrieron y los dejaron salir con un sonido de succión al principio de la calle Woburn. Detrás de ellos, algo alejada, iba Kristin Vells. Kristin no iba a ir a la universidad, así que no habían hablado con ella ni una vez en todos aquellos años, y ella los creía tontos, cada uno a su manera. Kristin se fue a su casa, probablemente a fumar y echarse una siesta, y Cory y Greer bajaron a todo correr por Woburn hacia casa de los Kadetsky. No eran más que las tres y media. Estuvieron un rato haciendo tiempo en el cuarto de Greer sin que nadie los molestara.

–Pase lo que pase hoy, tú y yo seguimos juntos, ¿eh? –preguntó Cory–.

Y el año que viene lo mismo.

–Pues claro –Greer se interrumpió–. ¿Por qué? ¿Qué crees que va a pasar?

Cory se encogió de hombros.

–No sé. El problema es que en los comités de admisiones no nos conocen. No saben cómo somos de verdad. O que damos lo mejor de nosotros cuando estamos juntos.

Habían decidido que consultarían juntos en qué universidades los habían admitido, primero en casa de Greer, luego en la de Cory. A las cinco de la tarde empezó Greer; se sentó a la mesa de la cocina y entró en una página web detrás de la otra, por orden alfabético. Mientras metía la contraseña y esperaba, le temblaba un poco la mano. A continuación aparecía el batiburrillo de palabras: «Hemos recibido un número de solicitudes récord…». La conmoción del rechazo fue intensa: Harvard, no. Princeton, no.

–Joder, vaya mierda –dijo Greer, y Cory le cogió la mano.

–Es una locura la competencia que hay –murmuró–. Pero qué les den, Greer. Se equivocan.

–A esto te referías cuando decías que seguiríamos juntos, ¿verdad? –dijo Greer levantado un poco la voz–. Pensabas que no me iban a admitir y querías prepararme.

–Pues claro que no.

La decisión de Yale todavía esperaba, al final del alfabeto, pero Cory sentía lástima de Greer y estaba preocupado por él y no tenía demasiadas esperanzas en Yale si no la habían admitido en las otras. Greer pinchó con indiferencia el vínculo de Yale, metió su contraseña y de inmediato sonó la música, la canción de batalla de Yale: «¡Bulldog!, ¡Bulldog! ¡Guau guau, guau!». Los dos empezaron a chillar, luego Greer lloró y Cory la abrazó, aliviadísimo, y dijo:

–Buen trabajo, cadete espacial.

Entonces entraron en la cocina los padres de Greer, el padre buscando algo de comer y la madre sosteniendo su teléfono plegable con ambas manos y hablando por él de un nuevo pedido de barritas energéticas ComSell Nutricle, «las cuales –decía–, tenemos ahora también de plátano».

–¿Qué pasa? –preguntó Rob, y cuando Greer se lo explicó dijo–: ¡Mierda! ¿Ya son las cinco? Se nos había olvidado.

Cory quería gritar a los padres de Greer: «¿Cómo que se os había olvidado? ¿Estáis de coña? ¿Es que no os dais cuenta de la hija que tenéis? ¿Por qué no podéis mostraros más orgullosos? ¿Por qué no sois capaces de valorarla? Con lo fácil que es».

–Mamá, papá, me han admitido en Yale –dijo Greer–. Podéis leer la carta, la he dejado en el ordenador.

Acto seguido, Cory y Greer cruzaron corriendo la calle y subieron la

pendiente y de inmediato Cory presintió que en su casa pasaba algo raro. Sus padres sabían que aquel era el día en que se tomaban las decisiones. Habían seguido con muchísimo interés todo el proceso, pero ¿dónde se habían metido? Estaban mostrándose casi igual de indiferentes que los Kadetsky. Deberían haber estado esperándolo en la puerta, pensó. Pero entonces la madre apareció de repente y lo abrazó «igual que una lapa», insistiría Cory más tarde, exagerando. Era incomprensible cómo podía aquella mujer tan menuda haber dado a luz a aquel hijo alto y flaco como un poste, pues el padre de Cory era de estatura y complexión medianas. Su primogénito los había superado de todas las maneras posibles.

–¿Qué pasa? –dijo Cory, y desde el fondo de la casa se oyeron otras voces. Oyó a su hermano gritar: «¡Ya está aquí!», seguido del ruido de pisadas de sus zapatillas mientras corría por el piso de arriba y bajaba a saltos las escaleras con Slowly en la mano, llegando en el preciso instante en que la tía Maria entraba en el recibidor desde la cocina llevando un gran molde de aluminio con una tarta precocinada. Su padre los seguía con una segunda tarta. Cory estaba confuso. La primera tarta tenía una gruesa cobertura de glaseado azul y blanco y una hoguera hecha de velas. El aire de la habitación estaba impregnado de un claro olor a cumpleaños.

–Mira el dibujo –dijo la tía, y al principio ni Cory ni Greer comprendieron por qué estaba decorada la tarta con el dibujo de un animal.

–¿Una vaca? –preguntó Cory–. Pero ¿por qué? –Parecía una vaca de dibujos animados, pero no del todo, con cara pecosa y expresión enfadada. Nadie contestó y Cory dijo–: A ver, chicos. Sabéis que las respuestas salen ahora en línea, ¿verdad? Estas tartas son geniales, pero primero tengo que ver si me han admitido.

–Cory –dijo Alby gesticulando en el aire con la mano que sujetaba la tortuga, la cual movía las patas a modo de débil protesta–. ¿No lo pillas?

–No.

–Es un bulldog.

En cuanto Cory dijo dudoso: «¿Yale?», su padre le enseñó la segunda tarta. Tenía glaseado blanco y naranja con un animal de gran tamaño color óxido en el centro. Aunque también parecía un animal de granja, tanto Cory como Greer comprendieron que se suponía que era el tigre de Princeton.

–Te han admitido en las dos. ¡Beca completa! –dijo Alby como si de verdad comprendiera lo que significaba aquello.

Cory miró a su familia.

–Pero ¿cómo lo sabéis? Ni siquiera he entrado en Internet.

–Perdóname… –dijo Benedita–. He metido tu nombre de usuario y tu contraseña. Me los sé.

–Greer123 –dijo Alby, y Cory vio por el rabillo del ojo la expresión

complacida de Greer. Debería estar furioso con su madre por negarle aquel momento de justicia, pero no era así. Además, en aquel momento era feliz; su madre y su padre lo eran. Aquella noche la noticia llegaría a Fall River y a todo Portugal.

–Harvard te ha dicho que no –dijo Alby con despreocupación–. Pero ¿qué más da? ¿No?

La tarta carmesí, horneada además de las otras dos, por si acaso, seguía en la cocina y terminaría en la basura. Benedita se había pasado el día cocinando con la tía Maria, cuyo hijo, Sab, no iría a la universidad. De todos los primos, hacía tiempo que Cory y Alby eran considerados los mejores desde el punto de vista académico. Cory ya lo había demostrado y sin duda Alby seguiría sus pasos y, con toda probabilidad, lo superaría. El día que descubrieron que Alby sabía leer todavía gateaba; había estado mirando una caja de cereales Fruity Pebbles en la mesa de la cocina y, en medio del bullicio del desayuno, había empezado a susurrar para sí:

–Rojos, 40. Amarillos, 6, BHA para conservar el sabor.

Ahora Cory tendría que elegir entre Yale y Princeton. Entre un bulldog y un tigre: menudo dilema. Si iba a Yale, Greer y él estarían juntos. Así que en realidad no había ningún dilema. Iría a Yale. Sentados a la mesa de la cocina, Greer y Cory comieron trozos de tartas de distintos colores y sabor idéntico. Nadie comía jamás tarta precocinada por su sabor, solo para celebrar.

–Greer también ha entrado en Yale –le dijo Cory a su familia, y esta hizo exclamaciones educadas sobre su éxito.

–¿Con beca completa? –preguntó Alby.

–No me fijé, de lo contenta que estaba. –Greer se puso de pie–. Tengo que ir a casa a verlo.

–Te acompaño –dijo Cory.

De vuelta en casa de los Kadetsky, encontraron a los padres de Greer delante de la pantalla del ordenador.

–Mierda –dijo el padre cuando se acercaron–. No va a poder ser.

–¿De qué hablas? –dijo Greer.

–De la ayuda económica.

Suspiró con fuerza y negó con la cabeza. De pronto Cory lo entendió todo; la verdad se le reveló, espeluznante.

–¿Qué? –dijo Greer, sin comprender aún.

–No vamos a poder –dijo Rob–. Han sido muy tacaños, Greer.

–Pero ¿cómo puede ser? –preguntó esta.

Cory y ella leyeron el párrafo sobre «importe de la ayuda». El párrafo siguiente decía algo tipo: «Puesto que no nos ha proporcionado la información y la documentación requeridas…» y a continuación añadía que, sintiéndolo mucho, Yale solo podía ofrecerle una cantidad determinada y nada más. Se trataba de una ayuda simbólica. Al parecer

Rob, quien se había ofrecido a ocuparse de los formularios de solicitud de beca, no había terminado de cumplimentarlos. Había dejado en blanco las partes que parecían demasiado complicadas, o demasiado indiscretas. Se lo explicó a Greer con calma, pero con voz vacilante.

–Lo siento mucho, Greer –dijo–. No sabía que pasaría esto.

–¿No lo sabías?

–Pensé que se pondrían en contacto con nosotros, los de las ayudas económicas, y nos pedirían la información que faltaba. Rellené lo que pude, y luego me empecé a agobiar y me cabreé por la cantidad de preguntas que hacían, que no sabía contestar, y que tendría que haberme puesto a investigar, y supongo que no lo hice bien. –Se interrumpió y negó con la cabeza–. Eso es lo que hago –dijo–. Eso es lo que hago siempre.

Laurel cogió una carta que estaba en la mesa.

–Lo bueno es que hay otra. Otra universidad. Acabo de ir a por el correo. Ryland –dijo.

–¿Cómo?

–¡Te han admitido! Te ofrecen una beca estupenda. Alojamiento, manutención, incluso dinero para gastos. Me preocupaba que te disgustaras con lo de Yale, así que la he abierto. Problema resuelto.

–Sí, claro. Ryland –dijo Greer sarcástica–: la universidad que puse por si acaso. Porque me obligó mi orientador académico. Una universidad para tontos.

–Eso no es verdad. ¿Y no quieres ver la carta? Te han dado algo que se llama Beca Ryland a la Excelencia Académica. No tiene nada que ver con la situación económica de la familia, solo con las notas.

–Me da igual.

–Sé que estás disgustada –dijo Laurel–. Tu padre la ha cagado –añadió, dirigiendo a Rob una mirada dura, furiosa, y a continuación hizo un puchero y empezó a llorar.

–Laurel, pensaba que se pondrían en contacto conmigo y me pedirían la información que faltaba –repitió Rob, y fue hasta donde estaba su mujer y empezó a llorar también. El padre y la madre de Greer, aquellas personas desafortunadas, de aire un poco indómito, estaban llorando juntos y abrazándose, mientras Greer seguía sentada con Cory a la mesa con los puños cerrados. Cory pensó en que tus padres te traían al mundo y se suponía que tenías que vivir con ellos, o al menos cerca de ellos, hasta que llegaba el momento en que virabas hacia otra dirección. Para Greer, el viraje había llegado. Él lo estaba presenciando en directo. Le cogió las manos y se las abrió. Greer cedió, dejó que los dedos de Cory se entrelazaran con los suyos. Los padres de Cory habían rellenado los formularios de ayuda económica a la perfección, intimidados, con Cory guiándolos. Había dado órdenes a sus padres, les había dicho lo que tenían que poner en cada una de las casillas. Sus padres eran unos inocentes, pero

habían hecho lo correcto, mientras que los padres de Greer, que tenían más formación, no.

–Pero escucha –dijo entonces Laurel–. Hay que mirar hacia delante. Y esta beca de Ryland es genial. Te va a ir muy bien. Os va a ir muy bien a los dos. Sois demasiado inteligentes. ¿Sabéis a qué me recordáis? A dos cohetes gemelos.

Greer ni siquiera contestó. Miró a Cory y dijo:

–Igual puedo llamar a Yale.

Así que Cory y ella subieron a su cuarto a llamar. Primero la pusieron en espera y por fin la atendió una mujer acelerada. Greer empezó a explicarle apresurada su angustiosa situación, con Cory sentado a su lado en la cama. La voz de Greer era suave y poco clara, incluso en aquel momento de urgencia. Era algo que Cory nunca había entendido. Él era sin duda imperfecto –defensivo, en ocasiones condescendiente–, pero por lo menos era capaz de hablar sin ponerse nervioso y la voz le salía con facilidad.

–Esto… Los formularios no estaban… Me ha dicho mi padre… –la oyó decir. Quiso decirle: «¡Di lo que quieres decir! ¡Exprésate, chica!».

–Lo siento –interrumpió por fin la mujer–. Las ayudas económicas ya están adjudicadas.

–Vale, entiendo –se apresuró a decir Greer, y colgó el teléfono–. Igual pueden llamar mis padres –le dijo a Cory.

Así que bajaron y Greer abordó a sus padres y dijo:

–¿Podéis llamar uno de los dos a la oficina de Yale?

Su madre se limitó a mirarla nerviosa.

–Eso es cosa de tu padre –dijo–. Yo no sabría qué decir.

–¿No acabas de llamar tú? ¿Qué te han dicho?

–Han dicho que las ayudas ya están adjudicadas. Pero podrías probar –dijo Greer–. Eres un padre. Igual a ti te dicen otra cosa.

–No puedo –dijo el padre–. Toda esa burocracia no es para mí. –Miró impotente a Greer–. No me sentiría cómodo haciendo nada de eso –añadió. Y a continuación, para poner énfasis–: No puedo.

Así que no iban a intentar ayudarla, comprobó Cory con asombro. Estaba asistiendo a una representación en directo de la infancia de Greer y hacerlo le provocó una furia intensa, así como un deseo de proteger a Greer y de quererla aún más.

Greer aceptó la beca de Ryland y Cory eligió Princeton; ir a Yale habría supuesto un recordatorio constante y doloroso para Greer. Sus caminos divergían ahora de forma abrupta –el viraje no afectaba solo a Greer y a sus padres, también a Cory–, así que tendrían que esforzarse por mantenerse lo más unidos posible.

Su última noche juntos al final del verano, en la habitación de ella mientras una fuerte lluvia aporreaba los cristales, Greer lloró en brazos de

Cory. Hasta entonces no había llorado por la universidad, porque sus padres habían llorado aquel día en la cocina y había querido diferenciar su reacción de la suya; también había querido ser mejor que ellos, más fuerte. Pero ahora en la cama con Cory lloró.

–No quiero ser una de esas personas traumatizadas –dijo entre hipidos, evitando mirar a Cory.

–No lo eres. Estás perfectamente.

–¿Tú crees? Soy muy callada. Siempre soy la más callada.

–Y yo me enamoré de eso –dijo Cory con la boca pegada a la pequeña sección azul del pelo de Greer–. Pero eres más cosas.

–¿Estás seguro?

–Pues claro que lo estoy. Y los demás empezarán a darse cuenta también. Vas a ver.

La lluvia seguía cayendo y apenas se movieron, hasta que se hizo tarde y entonces se incorporaron entre pequeños gemidos y se separaron para terminar de recoger los dormitorios de su infancia, dedicarse a seleccionar lo que todavía les importaba –lo que superaría la criba porque seguía siendo parte de ellos– y lo que dejarían atrás para siempre. Greer empaquetó su colección de globos de nieve y sus novelas de Jane Austen, incluida *Mansfield Park*, que nunca le había gustado demasiado. Era como si los libros fueran una fila de peluches que hubieran adornado su habitación todos aquellos años, hasta ese punto la reconfortaban. Cory, que salía para Princeton por la mañana, dejó su hilera de figuritas cabezonas de jugadores de la NBA en un estante para que se las quedara Alby. Pero, después de dudarlo, cogió el estuche de *El señor de los anillos*. No era demasiado aficionado a la literatura, pero aquellos libros le encantaban y nunca dejarían de hacerlo. Muy pronto Alby querría leerlos, lo sabía, y también sabía que cuando eso ocurriera se los prestaría.

Al día siguiente, después de unos adioses tan ardientes y prolongados que parecían de la Segunda Guerra Mundial, Cory se marchó en el coche familiar lleno hasta los topes hacia Nueva Jersey; Greer se iría a Ryland dos días después. En Princeton pusieron a Cory a trabajar en la biblioteca Firestone, prestando libros en una sala enorme y lujosa.

Él y Greer hablaban por Skype por las noches y hacían el esfuerzo de viajar con frecuencia para visitarse el uno al otro. Él le contaba que se sentía intimidado por Princeton, pero le encantaba estar allí, y que jugaba al Ultimate Frisbee en los campos más verdes del planeta. No le contaba que le preocupaba serle fiel y, más en general, que iba a ser difícil respetar el pacto que habían hecho. Las chicas de Princeton coqueteaban con él todo el tiempo, chicas rubias WASP que habían crecido en casas con nombres, una flautista negra de Los Ángeles y una superdotada bohemia que vivía en Holanda aunque era estadounidense y se llamaba Chia.

Entonces un día en el comedor oyó a una chica decirle a otra:

–Hay una cosa que no sabes de mí. He salido en el *Libro Guinness de los Récords.*

Y la otra chica dijo:

–¿En serio? ¿Por qué?

–Pues recogí más botellas para reciclar que ningún otro niño. Me hice famosa en Toledo. Era una monstruita.

Cory se giró casi escupiendo pastel de fruta.

–¿Eres Taryn la niña recicladora? –preguntó, conmocionado–. ¡Leí sobre ti en el libro de lectura de cuarto curso!

Y la chica, que resultó ser guapísima, con pelo oscuro ondulado y ojos también oscuros, asintió con la cabeza y rió. Aquella noche por Skype Cory le pidió a Greer que adivinara a quién había conocido ese día.

–Adivina –le dijo, pero Greer no fue capaz, así que se lo contó. Omitió el detalle de que Taryn la niña recicladora de Toledo ahora era un cañón y que le había preguntado si quería tomarse algo con ella algún día. «En vaso de cristal, no de plástico», había dicho Taryn, dándole a las palabras un sugerente aire a lo James Bond.

Y luego estaba la amiga invisible de los regalos de Navidad, Clove Wilberson, que había crecido en Tuxedo Park, estado de Nueva York, en una mansión llamada Marbridge.

–Ostras, Cory Pinto, eres una monada y un bombón –le dijo un día Clove sin venir a cuento.

–¿Las dos cosas? –preguntó Cory, con modestia.

Tampoco le habló a Greer de que una noche Clove Wilberson se le acercó después de una fiesta y le dijo:

–Cory Pinto, me sacas como dos metros, así que no puedo hacerte lo que me gustaría.

–¿Y qué te gustaría?

Ella lo obligó a acercar su cara a la suya y le besó. Sus bocas se tocaron en un encuentro de superficies blandas.

–¿Te ha gustado, Cory Pinto? –le preguntó cuando se separaron; por algún motivo, le divertía llamarlo siempre por su nombre y apellido. Luego se apresuró a añadir–: No contestes. Sé que tienes novia. Te he visto con ella. Pero no pasa nada; no hace falta que pongas esa cara de susto.

–No estoy asustado –dijo Cory, pero casi de inmediato sintió el impulso de limpiarse la boca con la mano.

En ocasiones veía el cuarto de Clove desde abajo y cuando la luz estaba encendida imaginaba que subía y no decía nada, se limitaba a llevársela a la cama igual que se llevaba a Greer cuando iba a Princeton o cuando iba él a Ryland. Todo lo que le decía Clove Wilberson iba envuelto en un velo de provocación.

Y cada vez que se encontraba con Taryn la niña recicladora, esta le decía: «Entonces ¿cuándo nos tomamos algo en vaso de cristal, no de

plástico?».

¿Cómo resistiría cuatro años de universidad sin acostarse con nadie que no fuera Greer? Ahora que no la veía todos los días, lo excitaban chicas distintas todo el tiempo. Le habría gustado poder decirle: «¿Qué te parece si un día a la semana nos enrollamos con alguien de nuestros campus? Alguien que no nos importe, pero que satisfaga una frívola necesidad hormonal. Tú puedes enrollarte con ese amigo baterista; le gustas mucho, se le nota». Pero Greer se habría escandalizado, y Cory no podía hacerle daño.

De vuelta en Macopee para las vacaciones de primavera de su primer año de universidad, un día estaban en el Pie Land estudiando cuando de pronto Greer le tocó la cara a Cory, distraída. Su mano le acarició la mejilla y se detuvo por un instante en la cicatriz pequeña y pálida que tenía allí desde hace ya más de un año. Cory había imaginado que cuando fueran más mayores y estuvieran en la siguiente etapa de sus vidas, viviendo juntos en un apartamento en Greenpoint o Red Hook –¿o era Red Hook o Greenpoint?–, sería el momento de confesarle la hazaña modesta pero aguerrida de haberla salvado en una ocasión de la humillación de que un grupo de chicos del instituto le pusieran un 6 y que, como resultado, había terminado con una herida en la cara.

«Siempre supe que en realidad eras un nueve», había planeado decirle. Pero él ya era algo más mayor y había cambiado un poco; y últimamente Greer había empezado hablarle con una elocuencia algo atropellada de cómo trataban a las mujeres en el mundo. Comprendió lo arrogante que habría sonado una confesión así. La pequeña cicatriz, que se había hecho pequeña y blanca hasta casi resultar invisible, había sido una insignia al valor vinculada a una historia que había estado deseando contarle. Pero ahora supo que nunca lo haría.

Hacia el final de la carrera, Cory decidió que debía existir un libro titulado *Habla el alcohol* en el que las personas escribieran sobre todas las cosas que habían hecho estando borrachas. El problema era que tal vez no las recordaran cuando llegara el momento de ponerlas por escrito. Princeton estaba lleno de decisiones tomadas en el curso de borracheras. Cory se había enrollado dos veces con Clove Wilberson durante el segundo curso y de nuevo en el penúltimo. Había sido el alcohol, lo sabía, y cada vez que había ocurrido se había arrepentido y llenado de remordimientos. No podía culpar a Clove, pero una noche prácticamente se le había sentado en el regazo. Cory tenía las piernas tan largas que a menudo se le separaban al sentarse en una silla. Años más tarde, en el metro de Nueva York, las mujeres lo mirarían molestas y él no lo entendería hasta que una vez, durante la hora punta, una mujer lo miró de arriba abajo y le dijo: «Ya vale con el despatarre». Cory, humillado, cerró las piernas como si fueran

unas puertas automáticas.

Pero en una hamaca estilo Butterfly en una suite recargada durante el penúltimo año en Princeton, después de una cata de vodka ofrecida por un alumno de último año llamado Valentin Semenov, hijo de un oligarca de los de verdad, Cory se recostó y dejó que Clove se derramara encima de él igual que almíbar. «Ay, Dios», dijo cuando se atenuaron las luces y le abrió la bragueta. Que le abrieran la bragueta siempre lo asustaba un poco, en especial cuando la mano que tiraba de la cremallera no era de Greer. Greer, cuya ausencia era tan intensa como una presencia, y el valor de cuyo amor era incalculable, lo que quizá convertía a Cory en el oligarca más rico de todos.

«Lo siento –pensó–, lo siento de verdad», pero mientras lo pensaba no era el alcohol el que pensaba, sino el que, de hecho, hablaba; y su querida, valiosísima Greer, con su mechón azul y su cuerpo menudo y sexi y su creciente deseo de ser más extrovertida y aportar algo al mundo, cayó por una trampilla, lejos, muy lejos de él. Mientras tanto, Clove Wilberson esquivó con habilidad esa trampilla y se sentó a horcajadas de Cory en la silla de mariposa y, más tarde, en su cama. Cory por fin vio su habitación de la residencia, pero desde dentro, no desde la calle. Montones de escarapelas y trofeos de hockey sobre hierba. Montones de baratijas propias de una niña rica. Mientras estaban en la cama, los padres de Clove la llamaron dos veces y las dos veces contestó el teléfono. Le contó a Cory que tenía un caballo llamado Novio Perfecto, que correría en Saratoga ese verano.

–Apuesta por él; estoy segura de que va a ganar –le dijo con dulzura a Cory al oído.

Al día siguiente Cory le dijo:

–Escucha, Clove. No puedo volver a hacerlo.

–Ya lo sé.

No parecía disgustada y Cory pensó: «¿No he estado bien?». Pero sabía que era bueno en la cama. Era espontáneo y fuerte y enérgico. En gran parte gracias a Greer, sabía desenvolverse en la cama. Clove le sonrió y le dijo:

–No te preocupes, Cory Pinto.

Así que no se preocupó, pero volvió a ella en dos ocasiones a lo largo del curso, poniendo en marcha un patrón de vergüenza y absolución que le hacía desgraciado. Pero todas las veces el alcohol había tenido la culpa. Estar lejos de Greer permitía que sucedieran esa clase de cosas. Y hubo más cambios. Durante el otoño de la campaña presidencial, Greer y él se saltaron fines de semana que supuestamente tenían que pasar juntos y se fueron a hacer campaña cada uno por su lado. Greer a Pensilvania en un autobús de Ryland. Cory a Michigan en un autobús de Princeton. Clove viajaba en algún lugar del mismo autobús, pero Cory se sentó delante con

Lionel y al otro lado del pasillo de Will, sus dos futuros socios de la empresa de microfinanciación. Todos estaban sobreexcitados por la campaña y aguantaban despiertos todo el día y toda la noche como solo se puede hacer cuando se es así de joven.

Durante semanas después de las elecciones Cory estuvo eufórico; eufórico y aliviado y sin preocuparse del futuro.

–Oye, Cory, Will y yo queremos hablar contigo –dijo Lionel una noche mientras los tres cruzaban el campus a pie–. Nos hemos dado cuenta de que no podemos poner en marcha la compañía nada más terminar la universidad. Necesitaremos un año o dos. Para entonces tendremos más capital.

–La cosa es –dijo Will– que, debido a cómo está la economía, nuestros padres se han vuelto menos generosos.

–Así que deberíamos acordar que, nada más graduarnos, nos dedicaremos a ganar un montón de pasta para luego invertirla –dijo Lionel–. Como cuando se hace acopio de provisiones para el invierno. Will y yo vamos a intentar trabajar en finanzas o en consultoría. Tú deberías hacer lo mismo.

Al principio esta noticia deprimió a Cory y se negó a considerar la sugerencia de sus amigos. Pero mucho después, a medida que se acercaba la graduación, se fue sintiendo más cómodo con la idea de trabajar de consultor un año o dos, aunque no fuera lo planeado. Muchas personas de su entorno se iban a hacer consultores. Además de la banca y las escuelas de negocios, era uno de los caminos más fáciles. Las grandes empresas habían invadido los campus de las universidades más prestigiosas y muchos de los estudiantes se unían a ellas de buena gana.

Durante un período determinado del último año de Cory en la universidad, reclutadores de consultorías y firmas de capital riesgo desembarcaron en Princeton con sus trajes a medida. Eran muy distintos de los estudiantes, que llevaban mochila y ropas arrugadas, y de los miembros masculinos del claustro, con sus chaquetas color avena y sus pantalones de pana caídos que delataban lo escurrido de sus traseros de profesor titular; también de las profesoras con sus vestidos estilo mormón-bohemio desaliñados, terrosos y académicos, encaminándose a la (tal y como había señalado Greer) mucho menos frecuente titularidad de la recta final de sus vidas.

Después de la entrevista inicial, un hombre y una mujer de Armitage & Rist llevaron a Cory a cenar al centro de Princeton, a uno de esos restaurantes con aroma de antaño a los que llevaban los padres a sus hijos cuando los visitaban desde otras partes del país. Los consultores lo urgieron a que tomara un entrante; ¿creerían que estaba hambriento?, se preguntó Cory. ¿Lo verían como una Muestra A de Becario Macho Vagamente Étnico?

–Pide lo que quieras –dijo uno de los dos reclutadores, un hombre diez años mayor que Cory que llevaba un traje estiloso y estrechos botines Beagle. Su colega femenina, con pelo y piel de lo más acariciables, llevaba un traje de cuero rojo de corte ceñido, futurista.

–Nos va a encantar ver hasta dónde llegas –dijo la mujer mientras Cory comía.

Los dos se dedicaron a verlo comer más que a comer ellos. Pedir comida no equivalía a comérsela.

–Incluso si ya sabes que no quieres trabajar con nosotros –añadió el hombre–. Incluso si tienes varias ofertas, Cory, y estás considerando aceptar otra.

–No estoy haciendo eso –dijo Cory, pero como tenía la boca llena, lo que le salió fue: «Nostoiciedeso».

–El mundo está ahora mismo lleno de posibilidades –prosiguió el hombre–. Cambia a cada momento. Cuando veas el perfil de nuestra compañía, de todas las compañías, en realidad, te darás cuenta del momento tan bueno que estáis viviendo. Lo cierto es que me dais envidia, Cory. Por la cantidad de opciones que tenéis.

Pero ¿por qué usaba la segunda persona del plural? ¿Acaso porque Cory era un *milennial?* ¿O lo estaban metiendo otra vez en el saco de las minorías debido a su apellido? Durante su primer año de universidad alguien le había deslizado un panfleto debajo de la puerta invitándolo a una reunión de una de las organizaciones latinas del campus. «Se servirán chalupas», decía.

A la luz de las velas de la mesa de un rincón del restaurante, el hombre y la mujer de Armitage & Rist habían cortejado a Cory igual que dos amantes proponiendo un trío. Así que Cory comió salmón ahumado y salado servido sobre tostadas redondas y crujientes de pan negro y una tabla de una carne que parecía salida de Los Picapiedra, seguido de un ramequín de *crème brûlée* con una capa de caramelo quemado encima que, cuando lo rompías con la punta de la cuchara, te provocaba la misma satisfacción que si estuvieras excavando para poner los cimientos de la casa de tus sueños. Los reclutadores estuvieron de lo más obsequiosos, pero se olvidaron de mencionar muchos detalles. La compañía tenía oficinas en Nueva York, Londres, Fráncfort y Manila, dijeron, pero Cory subrayó que tenía que quedarse en Nueva York.

–De acuerdo –dijo la mujer.

De vuelta en la habitación de la residencia, entre pequeños eructos flatulentos de pescado y mostaza, Cory había hablado por Skype con Greer, que estaba en Ryland.

–Pues creo que me han convencido.

–¿En serio?

–Sip. Me echaron un montón de carnaza y lo consiguieron. Habrías

odiado lo que he comido. De hecho, toda la velada te habría repugnado. Pero tengo que reconocer que me lo he pasado bien. Es que, a ver, era tan ridículo que dos desconocidos de una «firma», hasta la palabra es rara, me hicieran la rosca como si yo fuera alguien. ¡Que el capitalismo me busque y piense que tengo algo que ofrecerle! Será solo durante un año o dos, como mucho, pero si te parece bien, Greer, creo que lo voy a hacer.

–Tal y como lo dices parece que estás hablando de una actividad peligrosa.

–Todo tiene sus riesgos.

–¿Cuál crees que es el riesgo aquí?

–Bueno, pues terminar convertido en un consultor cretino, mientras tú te conviertes en algo bueno.

–No sé por qué dices eso –dijo Greer–. Ni siquiera tengo trabajo aún.

–Pero lo tendrás.

–La verdad es que se me ha ocurrido un sitio interesante al que mandar mi currículo –dijo Greer con inesperada falsa modestia.

–Cuéntame.

–No. Todavía no. Seguramente no saldrá, y primero tengo que investigar. En cualquier caso –habló directamente a la cámara–, incluso si te conviertes en un cretino, e incluso si yo me convierto en esa santurrona que dices, lo estaremos haciendo el uno a la vista del otro, y el uno para el otro. Por fin. ¿No te parece que eso cuenta?

Cory no contestó enseguida. Greer lo miró con intensidad y Cory tuvo la sensación de que sabía todo lo que había hecho, lo bueno y lo vergonzoso. Durante un segundo casi deseó que la conexión de Skype se cortara, como en ocasiones ocurría en momentos importantes. Pero no fue así y Greer se limitó a sonreírle y a apoyar un dedo en la pantalla, en el lugar exacto donde calculaba que Cory tenía la boca.

Segunda parte. Cohetes gemelos

Cuatro

HABÍA IDO EN AUTOBÚS, MANTENIÉNDOSE DESPIERTA y con la espalda recta todo el camino para evitar dormirse sin querer y arrugarse la ropa y la cara, pero terminó con el mismo aspecto que imaginaba que tenían sus padres en el autobús escolar antes de nacer ella. Ahora necesitaba que su apariencia fuera tersa y responsable, propia de alguien contratado para trabajar en una modesta publicación feminista que ha vivido tiempos mejores. Alguien contratado para trabajar con Faith Frank.

Greer le había hablado de la entrevista a muy pocas personas, pero todavía menos sabían que *Bloomer* no le gustaba demasiado. Aunque había iniciado su andadura como una revista cañera y entretenida, pasados casi cuarenta años se había ablandado y le costaba competir con blogs como *Fem Fatale*, que habían abandonado los artículos autobiográficos y practicaban ahora una crítica radical del racismo, el sexismo, el capitalismo y la homofobia. Hacía poco *Fem Fatale* había publicado una caricatura de Amelia Bloomer con los bombachos a los que había dado nombre en los que estaban escritas las palabras «Revista Bloomer» y el bocadillo de diálogo decía: «Es hora de dar otra charla motivacional a un grupo de mujeres blancas heterosexuales». La plantilla de *Fem Fatale* era joven y en sus oficinas situadas en una antigua fábrica de caramelos en Seattle escribían y organizaban actividades sobre derechos *queer*, derechos de transexuales y justicia reproductiva. *Bloomer* también lo intentaba, pero, aunque la plantilla editorial era bastante diversa y la diversidad estaba entre los temas que abordaba con frecuencia, la revista tenía algo de solemnidad envarada. No había sabido dar el salto adelante. Incluso su página web era ligeramente granulosa y somnolienta.

Las oficinas de *Bloomer* estaban ahora en un pequeño edificio comercial en el área situada al norte de la Calle 34 y al oeste de la Octava Avenida. Cuando Greer llegó al estrecho rellano oyó el chirrido de un torno dental al otro lado de la puerta del doctor L. Ragni, médico estomatólogo. Cruzó el rellano y llamó al timbre de *Bloomer*, pero no abrió nadie, así que esperó. Tosió, como si fuera a servir para algo, y vio como alguien llamaba a la puerta del doctor L. Ragni y enseguida le abrían. Era un soleado día laborable de primavera en Nueva York y, por alguna razón, en *Bloomer* no había nadie para contestar al timbre.

Greer giró el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave. Entonces llamó con la mano, pero siguió sin aparecer nadie. Se sentía confusa, pero, sobre todo, la ausencia de respuesta le hizo darse cuenta de lo mucho que quería trabajar en aquel sitio y de que, si no lo conseguía, se sentiría muy

desilusionada. Tres años y medio atrás, en la luz gris del cuarto de baño de señoras, a Greer le había parecido que Faith Frank le estaba ofreciendo algo fuera de lo corriente, así que ahora estuvo un buen rato llamando a la puerta de aquella planta ocupada por consultas de dentistas y contables y *startups*. Sabía que había personas al otro lado de la puerta de *Bloomer;* las oía moverse y hablar. Era como cuando oyes ratones detrás de la pared pero no tienes manera de llegar hasta ellos.

El miércoles anterior, Greer había marcado, nerviosa, el número de la tarjeta de visita que le había dado Faith Frank y que había guardado en un compartimento de su cartera durante todos los años de universidad. En las ocasionales purgas que se producían en momentos de gran aburrimiento, la tarjeta siempre había sobrevivido. Cada vez que la veía se había acordado de la noche en que se la dieron y había experimentado una sensación muy concreta de entusiasmo e intensa alerta.

En las últimas semanas Greer había enviado su currículo a diversas oenegés, pero solo había hecho una entrevista en una organización que repartía suplementos nutricionales destinados a salvar vidas en países africanos en desarrollo. La entrevista, que se hizo por Skype, no fue bien. Greer no tenía formación para aquella clase de trabajo y el pediatra que la entrevistó tenía que irse continuamente, dejándola varios incómodos minutos seguidos delante de una pantalla vacía, mirando el cartel pegado a una pared de un niño que se moría en brazos de su madre.

Por fin, después de muchas conversaciones con compañeros de residencia sobre salir al mundo y escoger un campo profesional concreto, Greer decidió pedir trabajo en la revista de Faith Frank. Sería un empleo que serviría para algo y en el que podría usar su habilidad para escribir. Por el día le pagarían por ser, básicamente, feminista y por la noche podría dedicarse a escribir sus cosas. Zee estuvo de acuerdo en que merecía la pena intentarlo. «Es un trabajo que te pega. A mí es que se me da fatal todo lo que tenga que ver con la palabra escrita –añadió–. Lo que es una pena, porque trabajar para Faith Frank sería genial.»

Greer le había explicado a la persona que le cogió el teléfono en *Bloomer* cuándo y cómo había conocido a Faith Frank. Al día siguiente le devolvieron la llamada y la asistente le dijo: «Faith Frank se acuerda de ti». Aquellas palabras fueron sorprendentes. Greer no entendía cómo era posible que Faith Frank se acordara de ella después de tres años y medio, pero así era.

Ahora que nadie contestaba al timbre en *Bloomer,* todo empezó a parecerle una broma malintencionada y triste. Por fin, después de un rato demasiado largo, una mujer joven abrió la puerta con brusquedad, miró a Greer y dijo, de mala manera:

–¿Sí?

–Tengo una entrevista de trabajo con Faith Frank.

–Pues sí que es mala suerte.

–¿Perdón?

La mujer se limitó a girarse y a dirigirse al laberinto de despachos, pasada la recepción vacía. A lo lejos había dos mujeres muy juntas en su pasillo. Greer buscó a Faith, pero no la vio. Allí pasaba algo grave. La persona tan antipática que le había abierto la puerta, los corrillos de empleados, la atmósfera de pérdida, de preocupación y de conmoción. Entonces las dos mujeres se separaron y fue como cuando se abre un telón y entre las dos mitades Greer vio el plano directo de un pequeño despacho al final de un pasillo corto, con la puerta abierta. Dentro se abrazaban dos mujeres. Una le daba palmaditas en la espalda a la otra. La mujer que consolaba a la otra, Greer pudo verlo ahora, era Faith Frank. Era a la que todas las demás recurrían en aquel momento de tristeza.

–¿Se ha muerto alguien? –preguntó Greer a una mujer de mediana edad que estaba cerca de ella.

La mujer la miró sin alterarse.

–Sí. Amelia Bloomer –dijo. Cuando Greer siguió mirándola, sin comprender, la mujer le explicó–: Cerramos. Cormer Publishing nos cierra el grifo definitivamente. Feliz funeral a todas.

–Lo siento –fue todo lo que consiguió decir Greer. Su primer pensamiento, del que más tarde se avergonzaría, no fue lo que significaba aquello para la labor que hacía la revista, o para su plantilla, sino para ella.

Faith, que era la que llevaba más tiempo en *Bloomer,* mediaba ahora la sesentena y Greer sabía que el cariño que le profesaba la gente tenía que ver con la nostalgia del pasado más que con ninguna otra cosa. *Fem Fatale* sería un sitio mucho mejor en el que trabajar que *Bloomer,* aunque en el blog no pagaban.

Ahora Greer no tenía un empleo con Faith Frank y nunca lo tendría. Pero, mientras vivía la noticia ensimismada, reparó en que la oficina se había quedado en silencio. Estaba a punto de ocurrir algo. Faith se enderezó y miró a su alrededor, preparándose para hablar.

–Escuchad, amigos –fue lo primero que dijo. No «¡A ver, gente!», como habría hecho un profesor informal y exhausto. Tampoco «Oíd, chicos», la fórmula que últimamente se usaba para dirigirse a grupos de personas, claro que allí eran casi todas mujeres–. Estoy tristísima –dijo Faith–. Sé que lo estamos todos. Pero estamos tristes juntos. Hemos hecho mucho. Nos hemos manifestado juntos. Hemos celebrado juntos. Hemos luchado por la Enmienda de Igualdad de Derechos y por los derechos reproductivos y contra la violencia. Y aquí, en estas oficinas, hemos escrito sobre todas esas cosas. Y nos hemos juntado en nuestras casas y hemos hablado sobre lo divino y lo humano y comido brotes frescos. Grandes cantidades. De hecho, creo que los brotes se pusieron de moda gracias a nosotros. –Hubo

risas sentimentales–. A ver, algunas de las batallas las ganamos, otras fracasaron estrepitosamente (la ERA, sin ir más lejos), pero yo sé y vosotros lo sabéis que lo que hicimos fue importante. Y que lo sigue siendo. Somos parte de la historia, la historia de la lucha de las mujeres por la igualdad, aunque, por supuesto, eso no hace falta que os lo diga. Llevamos toda la vida haciendo esto y vamos a seguir haciéndolo. –Levantó la vista–. Por favor, no lloréis, porque como nos pongamos todas a llorar acabaremos disueltas en un charco de lágrimas como mujeres del siglo XVIII. –Algunas personas rieron entre lágrimas, lo que cambió un poquito el estado de ánimo general. A continuación, Faith dijo–: ¿Sabéis qué? Lo retiro. ¡Vamos a llorar todos! Así nos desahogamos antes de volver a salir ahí fuera.

Faith había estado igual que como cuando habló en Ryland: amable, inteligente, comprensiva con los sentimientos de los demás. En realidad no era una pensadora excepcional ni originalísima. Pero sabía usar su atractivo y su talento para motivar y, en ocasiones, consolar a otras mujeres. Greer no conseguiría un trabajo en *Bloomer* porque *Bloomer* había dejado de existir, y ni siquiera tendría ocasión de hacer una entrevista de trabajo con Faith Frank, algo que le habría hecho ilusión, con independencia del resultado.

–Esto se ha terminado y ahora toca separarnos –le dijo Faith a los presentes. Señaló lo que la rodeaba–. Pero esto –dijo– no se ha terminado y todos sabemos que no se terminará nunca. No nos vamos. Nos seguiremos viendo ahí fuera.

Las mujeres aplaudieron, y algunas lloraron y varias de ellas empezaron a hablar quitándose la palabra las unas a las otras y a hacerse fotos de grupo. Alguien descorchó una botella de champán y empezó a sonar música: El viejo éxito de Opus, «Las fuertes», un tema de lo más adecuado para la ocasión. Greer aprovechó para marcharse y, mientras se alejaba, oyó el comienzo de la canción:

> No creas que me puedes pisar
> porque tengo pies finos y calzo Louboutins
> somos las fuertes
> somos las gráciles
> somos las sutiles
> somos las sabias…

Greer se sentía congestionada por la desilusión y por algo más importante y distinto. Volvió al rellano; detrás de otras puertas brotaban sonidos propios de la vida cotidiana: el chirriar de un taladro dental, el zumbido de música electrónica, el gorjeo y murmullo de gente haciendo cosas. El mundo seguía girando mientras una revista feminista modesta, pero en otro tiempo importante, agonizaba y moría.

Cory estaba en un café en la esquina de la Calle 30 oeste esperándola, tal y como habían acordado. Greer no había sabido decirle a qué hora terminaría la entrevista, así que Cory había dicho: «No te preocupes. Te espero». Ahora estaba en un reservado del fondo con una sudadera naranja de Princeton y delante de un libro de economía abierto. Aquellos días una perilla y un bigote fino le enmarcaban la boca. Greer se sentó a su lado en silencio y, cuando Cory le abrió los brazos, se refugió en ellos.

–¿No ha ido bien? –le preguntó Cory.

–Han cerrado.

–Vaya. Qué mala suerte. Ven aquí, anda –dijo Cory, y Greer levantó la cara para que pudiera besarla en la boca, en las mejillas, en la nariz. Cory quería que Greer consiguiera lo que quería. Ni siquiera conocía a Faith Frank, aunque había escuchado a Greer hablar sin parar de ella después de la conferencia del primer año de universidad, y le había dado un curso en tiempo real sobre feminismo a medida que lo aprendía ella. Era igual a la manera en que Greer había aprendido de Cory sobre microfinanzas, o al menos sobre sus rudimentos. Y aquí estaba ahora, esperándola, mostrándole su comprensión–. Encontrarás otra cosa –dijo–. Y tendrán suerte de que trabajes para ellos.

–¿Quiénes?

–Quien sea.

–Es que no era tanto por el trabajo –dijo Greer al cabo de un momento–. Era también por ella y por todo lo que representa. Y por cómo se portó cuando la conocí. Faith Frank.

–Sí, ya lo sé. Mi rival.

Cory alargó la mano y jugó con las puntas del pelo de Greer, acariciándolas entre los dedos. Lo hacía algunas veces, se daba cuenta Greer, cuando no estaba seguro de cómo consolarla. Recordó cómo había jugado Darren Tinzler con el cuello de su camisa, no para consolarla, sino por placer e interés propios. A Cory le ponía nervioso verla infeliz, y Greer sabía que quería intervenir y hacer algo al respecto. Claro que también era cierto que le gustaba tocarla. Se acercó más a él y Cory le cubrió la cara con la palma de su enorme mano. Abarcaba su cabeza, la cara; a continuación su mano bajó al cuello y con el pulgar le acarició el hueco sobre la clavícula y Greer le besó en la mejilla. Los dos estaban algo sudados, pues habían viajado ese mismo día desde sus universidades en autobús y tren. Greer deseó estar en una bañera con Cory y se dio cuenta de que nunca se habían dado un baño juntos. Lo harían cuando vivieran juntos, cuando hubieran asimilado y resuelto todo aquello. Imaginó las largas piernas de Cory desplazando agua en la bañera.

–Hoy he sabido, lo he visto con bastante claridad, que quería conocerla –dijo Greer–. Y supongo que también quería que me conociera ella a mí. Ya sé que es fatuo, esa palabra que tanto le gusta al profesor Malick. –Se

interrumpió–. Igual le escribo una nota a Faith, una especie de carta de pésame. ¿Te parece bien?

–Me fío de tu criterio.

–Zee me decía siempre que debería escribirme con Faith Frank, pero eso es absurdo, claro. Al menos ahora tengo algo que decirle.

Aquella noche, Greer envió un correo electrónico a Faith:

> Estimada señora Frank:
>
> Esta tarde he ido a entrevistarme con usted y estaba allí cuando se ha despedido de todo el mundo. Oyéndola hablar, sentí que la conocía. Supongo que es algo que le pasa a todo el mundo. Gracias por todo lo que ha hecho durante décadas por las mujeres. Somos muy afortunadas de tenerla.
>
> Un saludo cordial.
>
> GREER KADETSKY

Greer empezó a mandar más currículos. El plan había sido que, después de la graduación, para la que faltaban un par de semanas, Cory y ella pasarían un mes en Macopee viviendo en sus respectivas casas antes de viajar a la ciudad para buscar un apartamento en Brooklyn. Pero Greer aún no tenía un trabajo esperándola. Empezó a preocuparse por lo que pasaría, incluso a asustarse un poco por la incertidumbre. Entonces un día Cory recibió también noticias decepcionantes. Armitage & Rist había cambiado su oferta y ahora querían que trabajara en sus oficinas de Manila. La propuesta venía acompañada de una subida salarial, pero se trataba de una noticia inesperada y a Cory le había dado miedo contársela a Greer.

–¿Conseguiremos estar juntos alguna vez? –preguntó esta.

–Sí.

–¿Y si les dices que no vas?

–Me quedo sin trabajo. Todos los trabajos de consultores para recién graduados ya están cogidos, y necesito ganar dinero. Es en lo que quedamos Lionel, Will y yo. Oye, me siento de pena –dijo–. Quería que tuviéramos nuestra casa, ya lo había imaginado todo. Hasta los cuadros en las paredes, joder. Y los cucharones de cocina.

–¿Cucharones? –dijo Greer–. De eso nunca hemos hablado. ¿Imaginabas cucharones?

–Sí –dijo Cory con cierta timidez.

La universidad terminó de manera fracturada, frenética, igual que había empezado. Greer y Zee empezaron a recoger sus habitaciones de la residencia y ninguna de las dos estaba contenta con lo que las esperaba fuera. Zee volvería a casa de sus padres en Scarsdale, donde viviría mientras se formaba como pasante en un despacho de abogados, algo que tanto su madre como su padre la habían «medio-obligado a hacer», según decía, porque no tenía ningún plan ni una habilidad especial. Le habría

gustado buscar un empleo remunerado como activista, quizá como trabajadora social, y había probado a sugerírselo a sus padres, pero estos se lo habían quitado de la cabeza. «Tómatelo en serio, piensa en el largo plazo –había dicho su madre–. Con trabajos así no vas a ganar dinero.»

La última noche, todos los alumnos de último año de Ryland cogieron autobuses que los llevaron a una playa sucia a una hora del campus, donde hicieron una hoguera y Don volvió a sacar el ukelele y se cantaron gran cantidad de canciones tristes, emotivas. Greer y su corro de amigos se sentaron muy juntos. Zee caminó en círculos por la arena diciendo:

–¿En serio que se ha terminado esto? Qué deprimente. Es como una excursión de fin de curso para enfermos terminales.

Greer volvió a casa de sus padres en Macopee para decidir qué hacía a continuación. Cory viajó en clase *business* a Manila con Cathay Pacific, tapado con un edredón de plumas y sorbiendo una copa de *shiraz* Shingleback McLaren mientras se atenuaban las luces de la cabina.

«Lo único que necesitas saber de mi nueva vida –le escribió a Greer en un mensaje de texto cuando aterrizó– es que en el avión me han dado un pijama.»

En Macopee, Greer encontró un trabajo a tiempo completo en Skatefest, el mismo sitio en que había trabajado a tiempo parcial durante el instituto. Pasaba los días entregando patines y las noches enviando currículos y cenando platos tristes, a menudo sola, con una novela delante. Al final no estaba tan enfadada con sus padres como antes, se dio cuenta –eran demasiado marginales, demasiado débiles–, pero su conexión con ellos le parecía imprecisa, como si necesitara recordarse quiénes eran exactamente esas dos personas. «Estar aquí es algo temporal –pensaba–. Una pausa antes de despegar. Es lo que pasa al terminar la universidad. Cualquier día de estos despegaré.»

Cory llamaba a veces desde Manila en mitad del día, cuando Greer estaba detrás del mostrador de alquiler de patines. Allí eran doce horas más que donde estaba Cory; vivían vidas opuestas en todos los sentidos.

–Me siento solo y te echo de menos cosa mala –dijo Cory.

–Yo también te echo de menos cosa mala. Me gusta lo de «cosa mala» –añadió Greer.

–Ahora mismo me gustaría estar en la cama contigo, cadete espacial –dijo Cory–. ¿Por qué no puedo hacerme pequeñito y colarme por los agujeros de tu teléfono?

–Igual sí que puedes. –Greer hizo una pausa y suspiró; Cory suspiró también–. Anoche tuve un sueño –dijo– en el que quedábamos «a medio camino». Que era una balsa en alta mar.

–¿Estaba bien? –preguntó Cory.

–Muy bien. Pero de repente, no sé por qué, aparecía mi madre vestida de payaso. Y cortaba un poco el rollo.

–Ya me lo imagino. Oye –dijo Cory al cabo de un segundo–, igual podíamos hacer algo sexi por teléfono.

Durante la universidad habían practicado sexo telefónico y por Skype; Greer siempre se sentía algo nerviosa, preocupada porque alguien los interceptara. «A la Agencia de Seguridad Nacional tus orgasmos no le interesan –había dicho Cory–. Créeme.» Claro que Greer era siempre más bien callada, incluso cuando tenían relaciones sexuales en persona. «Una monja y un ratón tuvieron una hija, que soy yo», le dijo a Cory en una ocasión después de acostarse en su cama de infancia.

Ahora dijo:

–¿Hacer algo sexi por teléfono? No puedo, Cory, estoy trabajando. Hay gente.

Sintió un cosquilleo en la nuca solo de pensarlo. A lo lejos, adolescentes y padres con niños pequeños daban vueltas por la pista de patinaje. El sonido que hacían era como el del mar, que le llegaba en oleadas de diferente intensidad a medida que los patinadores se acercaban y luego se alejaban. Pensó en Cory encima de ella, sus manos recorriéndola, autorizadas, bienvenidas. Su excitación la sacó del olor a pies y de la caja de cristal en la que rotaban perritos calientes con aspecto caramelizado.

–¿Tienes algo más importante que hacer, Kadetsky? –le preguntó Cory.

–Sí.

–¿El qué?

–Alquilar patines a cabezas rapadas.

–Ah.

–Pero me gustaría poder hacerlo –dijo Greer con tristeza–. De verdad que me encantaría.

–Ya lo sé.

Tristeza, excitación, luego tristeza otra vez; todo subía y bajaba igual que el sonido de los patines arañando el suelo de la pista. «¡No te sueltes!», pensó, tanto para ella como para Cory, mientras se imaginaba en la cama con él y pensaba en el esfuerzo conjunto que tienen que hacer las parejas para ser una pareja, para seguir siéndolo. «Si uno se suelta, entonces se acabó, se caen los dos. ¡No te sueltes!», pensó, imaginando el cuerpo de Cory y el suyo, mucho más pequeño, apretado contra él.

–Deberías dormirte –dijo por fin Greer–. Ahí es muy tarde.

–Tengo que revisar unos *pitch decks.*

–Me temo que no sé lo que es eso.

–Me temo que yo tampoco, pero hago como si lo supiera. Mañana por la mañana volamos a Bangkok para una reunión. Te echo de menos –repitió–. Imagíname con la camisa blanca y la corbata de pringado.

–Seguro que estás guapísimo –dijo Greer–. Imagíname a mí con el delantal naranja y la gorrita de Skatefest.

Y así estaban las cosas, con Cory en otro continente y Greer inclinada

sobre un mostrador pegajoso, lacado, de alquiler de patines. Por las tardes, después de trabajar, volvía en el viejo Toyota de sus padres por la autopista. A veces, durante aquel verano de parálisis, aparcaba en la calle Woburn y se bajaba a hablar con el hermano de Cory, Alby, que ya tenía ocho años y era guapo, de cabeza grande, y pasaba mucho tiempo fuera en su moto de juguete subiendo y bajando la cuesta de la entrada.

–Greer, cronométrame mientras doy la vuelta a la manzana –le dijo una tarde cuando esta volvió del trabajo en el coche de sus padres. La había estado esperando, se dio cuenta Greer, montando en círculos hasta que apareció el coche por la calle. Así que accedió a cronometrarlo con el reloj que tenía Alby para tal fin–. Quiero superar mi récord personal –dijo Alby–. Sabes lo que es, ¿no? Es el mejor tiempo que ha hecho una persona hasta el momento presente.

–No me puedo creer que hayas dicho «momento presente». Bueno, en realidad sí puedo.

–Me ha contado Miles Leggett que su padre dice que tengo síndrome de savant.

–Pues ese padre no tiene ni idea de lo que está diciendo.

–Algún día lo sabrá. Por ejemplo, cuando gane el premio Nobel.

Greer rió.

–Eres ambicioso, sí señor. ¿En qué disciplina lo vas a ganar?

–Ah –dijo Alby–. No sabía que necesitara una disciplina. ¿Tengo que decidirlo ahora?

Mientras lo escuchaba, Greer imaginaba cómo le contaría la conversación a Cory por Skype al día siguiente.

–No –dijo–. Desde luego que no tienes que decidirlo ahora. Venga, dale, que te cronometro.

–Vigila a Slowly también –dijo Alby, y entonces Greer vio a la tortuga en la hierba junto al camino de entrada.

–¿Preparado? –preguntó Greer, y Alby asintió con la cabeza–. Listos –dijo. Hizo una pausa y lo miró inclinar el cuerpo hacia delante–. ¡Ya!

Greer levantó el dedo del botón mientras Alby empezaba a bajar la cuesta; pronto se perdió de vista. La puerta principal de la casa de los Pinto se abrió y, al volverse, Greer vio a Benedita en el escalón de entrada buscando a su hijo. Siempre había cierta tensión entre Greer y ella.

–Le estoy cronometrando, señora Pinto –explicó Greer–. Está dando la vuelta a la manzana con la moto.

–Muy bien –dijo la madre acercándose a ella, y las dos se quedaron calladas, sin moverse, ambas de poca estatura y tan quietas como la tortuga a sus pies. Esperaron a Alby igual que esperan las mujeres de los marinos a que regresen del mar. El silencio pareció prolongarse demasiado y entonces, como si la barrera del sonido se hubiera roto de pronto, se oyó una rueda arañar el asfalto y las dos levantaron la vista a la vez y miraron

a Alby torcer por Woburn en dirección a ellas. Mientras esperaban a que se acercara, las dos adoptaron una actitud de felicidad inexplicable, compartida.

Alby pedaleó por la entrada en pendiente y terminó a los pies de Greer y de su madre. Estaba sin aliento, con la cara encendida y le temblaban los estrechos hombros.

–¿Qué tiempo he hecho? –le preguntó a Greer.

Fue entonces cuando esta se dio cuenta de que se había olvidado de parar el pequeño cronómetro plateado, que seguía teniendo en la palma de la mano.

Una noche de aquel verano, ya tarde, Greer estaba sentada en la cama con su ordenador cuando le entró un correo de un remitente que no reconoció: FF@scvc.com. Pinchó en él sin prestar atención, dando por hecho que era spam. Más tarde le diría a Cory: «¿Te imaginas que lo hubiera borrado sin contestarlo? Solo de pensarlo me da algo».

> Querida Greer:
>
> Me escribiste un mensaje muy amable hace un par de meses, en un momento muy triste para mí. Me temo que no te contesté; te pido disculpas. Te imaginarás la cantidad de mensajes que recibí entonces. Me estoy poniendo en contacto con un pequeño número de personas porque quiero formar un equipo para un proyecto nuevo e importante y, puesto que en su momento quisiste trabajar en *Bloomer,* me preguntaba si te interesaría venir a hacer una entrevista para esta otra cosa. Va a ser muy distinta, pero me temo que de momento tengo que ser algo misteriosa al respecto.
>
> Con cariño,
>
> FAITH FRANK

¡Con cariño! Aquello era nuevo para Greer. Nunca había visto a nadie firmar así un correo electrónico, y le pareció no solo maduro, sino algo más: profundo, sofisticado, culto. Quiso firmar así también su correo de respuesta a Faith, pero le dio miedo parecer una niña pequeña que se prueba el vestido de fiesta de su madre. Se puso a contestar enseguida, con un tic en el párpado:

> Querida Faith:
>
> Estaba aquí sentada mirando mis correos y de pronto apareció usted. Distinta dirección, la misma persona. Por supuesto que estoy MUY interesada en ese proyecto nuevo e importante, a pesar del misterio… o quizá incluso debido a ello. Por favor, dígame cómo concertar la entrevista.
>
> Muchas gracias por pensar en mí.
>
> Cordialmente,
>
> GREER KADETSKY

Más sorprendente aún fue cuando Faith Frank contestó de inmediato:

> Querida Greer:
>
> ¡Es estupendo! Mi asistente, Iffat Khan, se pondrá en contacto contigo mañana por la mañana.
>
> Afectuosamente,
>
> FAITH
>
> P. S. ¿Qué hacemos las dos despiertas a estas horas? Tal y como decía mi madre, ¡deberíamos darnos con una sartén en la cabeza a ver si así nos dormimos!

A lo que Greer contestó:

> Querida Faith:
>
> Tomo nota: tengo que comprarme una sartén. Lo de dormir ahora mismo es imposible. Estoy demasiado emocionada con la perspectiva del pne (proyecto nuevo e interesante). ¡Buenas noches!
>
> GREER

Tres días después volvía en autobús a Nueva York. Esta vez la dirección era un rascacielos acristalado del Midtown llamado Strode Building. En el vestíbulo le dieron a Greer una identificación y le sacaron una fotografía horrorosa en la que parecía que tenía hocico. Peor aún, tuvo que colgarse la foto del cuello y pasar por un torniquete que abrió las mandíbulas para franquearle el paso; y de ahí subir al piso veintiséis, donde el ascensor se abrió a un espacio tan diáfano y blanco y amplio que Greer no supo si estaba todavía en obras o si iba a ser siempre así. Era como una estación espacial flotante, un campo vacío con una compleja geometría de cubículos que se adivinaba en la distancia, todo blanco y sin un nombre institucional escrito en relieve en el mostrador de recepción, así que no sabía muy bien dónde estaba.

–He quedado con Faith Frank –le dijo a la recepcionista con suficiencia cordial, pero cuidadosamente modulada. La joven asintió con la cabeza, habló por el micrófono de unos auriculares y al momento apareció otra mujer joven, elegante, desenvuelta, con un pendiente en la nariz del tamaño de una semilla.

–Soy Iffat Khan –dijo la segunda mujer–. La asistente de Faith. Encantada de conocerte. Ven por aquí. Faith está con unas visitas.

Greer la siguió por un pasillo blanco que desembocaba, igual que un afluente, en un amplio despacho blanco. Detrás de una mesa blanca alargada hecha con una puerta reconvertida –reliquia de un edificio en el que se habían celebrado tiempo atrás reuniones secretas de sufragistas, como supo Greer en su primer día de trabajo– estaba Faith Frank y,

repartidos por la habitación, unos de pie y otros sentados, había varias mujeres de edades distintas y dos hombres.

Faith se levantó para recibirla. Por supuesto había envejecido unos años desde la noche en la capilla de Ryland y, de cerca, el cambio era leve pero perceptible; lo sobrellevaba bien. Faith seguía siendo una persona con dignidad y glamur, inteligencia, pómulos marcados, calidez y grandeza, todo lo cual resultaba, una vez más, emocionante. Faith le presentó a sus visitas, pero Greer apenas consiguió quedarse con los nombres y, en cualquier caso, enseguida se levantaron y se fueron, así que en realidad daba igual quiénes fueran. Si la contrataban, aprendería de inmediato cómo se llamaban.

–¿Has dormido algo desde que te escribí? –preguntó Faith.

–Sí, ¿y usted?

–No demasiado.

–Bueno, entonces me alegro de haberle traído esto –dijo Greer.

Metió la mano en su bolso y, con gesto teatral, sacó una sartén pequeña que había comprado en el Target de cerca de casa de sus padres y que había llevado a Nueva York por si surgía la ocasión de dársela a Faith, algo que imaginaba no ocurriría. Pero ahora se arriesgó. Faith pareció sorprendida, pero luego sonrió. De pronto tenían una broma privada.

–Muy bueno –dijo Faith–. Muy graciosa. La usaré para darme en la cabeza cuando no pueda dormir. Y cada vez que lo haga pensaré en ti, Greer. –Dejó la sartén en un lado de la mesa y dijo–: Vamos al grano antes de que entre alguien más con alguna urgencia.

Se sentaron juntas en un sofá blanco que daba al horizonte de la ciudad, a la jornada laboral. Era imposible mirar la ciudad desde lo alto sin pensar un momento en el 11 de septiembre, a pesar de que habían transcurrido ya nueve años. Cualquier vista panorámica de Manhattan parecía exigir un momento de silencio breve, noble. De las chimeneas salía vapor; luces parpadeaban; había movimiento en la retícula de calles. El instante de silencio ya no resultaba desagradable. Era tan solo un momento de seriedad nacido de algo terrible; pero ya independiente de ello.

Faith dio un sorbo de la taza de té que tenía delante. Cerca había latitas de té oolong, Earl Grey y jazmín y un infusor esférico tumbado por cuyos agujeros asomaban hojas usadas como asoma el pelo de las fosas nasales de un hombre mayor.

–Cuando cerró *Bloomer* –empezó a hablar Faith– estuve un tiempo aturdida, un poco deprimida incluso. Me fui a mi casa de vacaciones para reponerme. Y un día me llamó un viejo amigo. Nos conocemos desde hace décadas y, por decirlo de alguna manera, nuestras vidas han tomado rumbos distintos. Es Emmett Shrader, el inversor de capital riesgo. –Hizo una pausa–. Sabes quién es, ¿verdad?

Greer asintió con la cabeza, pero no estaba del todo segura; sabía más o

menos quién era Emmett Shrader, igual que en otro tiempo había sabido más o menos quién era Faith Frank, pero deseó poder buscar en aquel momento en Google al inversor de capital riesgo y multimillonario tal y como había hecho con Faith, y así estar informada para la entrevista.

–Me dijo que quería hacerme una oferta –dijo Faith–. Pensé que quería comprar *Bloomer* y darle así una segunda vida, repescarla. Pero me dijo que no, que lo sentía, pero que no era eso; que *Bloomer* ya no era viable en el mundo actual.

–¿Ni siquiera la versión web? –preguntó Greer–. Modernizada, claro. Lo digo sin ánimo de ofender –se apresuró a añadir–, pero la verdad es que he estado pensando en ello.

Faith negó con la cabeza.

–No. Dijo que admiraba nuestra labor de tantos años, nuestra determinación, pero que tenía planes más ambiciosos. Quiere presentar al mundo algunos de los ideales feministas de una forma novedosa. Así que esto es lo que va a pasar –prosiguió Faith–: su firma va a patrocinar una fundación de mujeres. Lo que vamos a hacer, sobre todo, es acercar a oradores y público. Queremos ocuparnos de los problemas más acuciantes a que se enfrentan hoy las mujeres. Vamos a organizar cumbres, charlas, congresos. Nos ofrece una financiación generosa. –Hizo una pausa–. Sé que nos van a criticar. Por ser Shrader quien es.

–No entiendo.

–Bueno –dijo Faith–, es quien es. No siempre ha hecho un buen uso de su dinero. Ha financiado algunos proyectos bastante cuestionables. Puedes leer sobre ello. Yo lo he hecho y no me ha gustado demasiado. Pero también ha sido muchas veces heroico con su dinero y parece sincero cuando dice que quiere que esto funcione. Es un riesgo. Pero ha prometido implicarse a fondo. Por supuesto las críticas no van a venir solo por ese lado. También estoy yo.

Greer quiso decir: «¿Quién podría querer criticarte a ti?» Pero sabía que existían esas personas; las había visto en blogs y, por supuesto, en la sección de comentarios de *Fem Fatale.*

–Hago lo que puedo –dijo Faith–. Lo hago por las mujeres. No todo el mundo está de acuerdo con cómo lo hago. Las mujeres en puestos de poder nunca están a salvo de críticas. El feminismo que yo he practicado es solo uno de los posibles. Hay muchos otros y eso es estupendo. Ahí fuera hay mujeres jóvenes apasionadas y radicales contando muchas cosas. Las aplaudo. Las necesitamos. Necesitamos que haya cuantas más mujeres sea posible luchando. Es algo que aprendí muy pronto de la gran Gloria Steinem: que el mundo es lo bastante grande para que coexistan en él muchas clases de feministas, personas que buscan subrayar distintos aspectos de la lucha por la igualdad. Dios sabe que las injusticias son infinitas y yo pienso usar todos los recursos a mi alcance para luchar de la

manera que sé.

–Y sin quitarse las botas… –intervino Greer llevada por un impulso. Entonces se acordó de que había pensado que trabajar en *Fem Fatale* sería más emocionante que trabajar para Faith Frank, pero comprendió que eso no era cierto.

Entonces Faith dijo:

–Hay otra faceta del proyecto de la que quería hablarte, Greer. Y es la razón por la que terminé aceptando la oferta, después de haberle dicho a Emmett que no. –Se acercó un poco más–. La cosa es así: a menudo –dijo– tendremos ocasión de poner en práctica un proyecto especial urgente que tendrá un efecto inmediato en las vidas de determinadas mujeres.

–Suena maravilloso –dijo Greer, aunque no lograba imaginar qué significaba aquello y solo le venía a la cabeza la estampa borrosa de una cola de mujeres fuertes bajo una lluvia de financiación. Quería estar en esa fila. A pesar de ser a menudo callada e insegura, quería dar la impresión de ser la elección adecuada e inevitable: Greer Kadetsky, la joven de mejillas encendidas que trabaja tan duro como esas mejillas sugieren.

«Voy a trabajar tanto, para ti, Faith Frank, joder», quiso poder decir.

–Eso ya hemos empezado a hacerlo. Hace poco conseguí que Emmett aportara fondos a una organización que se dedica a mejorar la salud y el bienestar de mujeres de color que viven en el sur rural. Por cierto, nos llamamos Loci.

–¿Perdón? –dijo Greer.

–Te entiendo, yo reaccioné igual. Pero te acabará gustando. Loci es el plural de *locus*. Porque hay múltiples problemas en los que centrarse, problemas que afectan a mujeres, y múltiples lugares en los que concentrar nuestras energías. No es el mejor nombre del mundo, pero se nos acababa el tiempo y no teníamos nada mejor. La gente ve la palabra, escrita L-O-C-I, y piensa: «Madre mía, ¿cómo se pronuncia esto en inglés? ¿Loqui? ¿Loci? ¿Losái?». Hay tres opciones y yo me inclino firmemente por la terminada en «ay».

–Entonces ¡yo también! –dijo Greer.

–Emmett quiere que termine de formar un equipo enseguida. Ya he traído a varias personas y han empezado a trabajar. Nos ha alquilado estas oficinas gigantescas. Dios, no se parecen en nada a los sitios a los que estoy acostumbrada. Ya viste las oficinas de *Bloomer*. Estoy acostumbrada a sitios donde se comparten las mesas y el ascensor se estropea cada dos por tres. Eso es lo que significa para mí la hermandad femenina. Pero aquí estamos a todo plan. ShraderCapital quiere tenernos cerca y ellos trabajan arriba, en el piso veintisiete. –Levantó la vista para ilustrar sus palabras y acto seguido entrelazó las manos y miró a Greer a los ojos–. Entonces ¿qué te parece? –preguntó.

–Me parece que suena maravilloso.

–¿Verdad que sí? ¿Encaja en tu plan maestro? –preguntó Faith.

–No estoy segura de tener uno.

–¿En serio? Pensaba que a tu edad todo el mundo lo tenía. El mío era alejarme lo más posible de mis padres.

Greer se puso nerviosa.

–Me gustaría trabajar aquí. Ese es mi plan. Y por la noche me gustaría escribir. Igual incluso podría ser escritora algún día. Pero de momento quiero un trabajo que me obligue a salir al mundo, supongo, y me ayude… a hacer cosas que signifiquen algo. Es lo que me dijo cuando la conocí. Pero bueno, creo que ese trabajo podría ser eso.

Faith asintió con seriedad.

–Muy bien. Voy a ser franca contigo, Greer. No te he llamado por tu intelecto. Sé que eres lista, tus notas son excelentes y la verdad es que tienes buen instinto de escritora y que por ese lado te va a ir muy bien. Pero ¿cuántos años tienes? ¿Veintidós? Cuando yo tenía veintidós años no sabía nada de nada y me marché a conocer mundo.

–A trabajar de camarera en Las Vegas –dijo Greer, haciendo memoria.

–Exacto. Pues te he llamado sobre todo porque me pareces prometedora. Y, oye, me has traído una sartén, lo que es muy ingenioso. Así que, si estás interesada, me gustaría que te incorporaras a mi equipo.

–Ay, Faith, gracias –dijo Greer ruborizándose–. Desde luego que estoy interesada.

–Empezarás por abajo, claro. Es muy posible que casi todo el trabajo te resulte aburrido y repetitivo.

–Lo dudo.

–Pues es verdad, tú hazme caso. Serás *booker*, te ocuparás de contactar conferenciantes. Con el tiempo irás participando en más cosas. De ti dependerá cuándo.

Greer apenas logró permanecer sentada mientras Faith le describía los detalles del puesto. Quería tumbarse en el suelo como un culturista y levantar el sofá blanco con Faith sentada en él. Solo para demostrarle que era capaz.

Dos semanas después, Zee ayudó a Greer a mudarse a un estudio en Prospect Heights, Brooklyn. No podría haberse permitido vivir en un sitio así si Emmett Shrader no hubiera sido inusualmente generoso con los salarios en Loci. El apartamento era una caja de zapatos mugrienta con lo imprescindible en un edificio pequeño y necesitaba una limpieza en profundidad que ni Greer ni Zee estaban dispuestas a hacer, pero también conservaba las molduras originales y los techos de estaño, así que lo había alquilado. A través de amigos, Greer había encontrado una cama, que ocupaba una parte del estudio en forma de ele; también compró un sofá pequeño, muy poco usado, que era también cama, por si un amigo se

quedaba a dormir, y lo encajó en un rincón al otro lado de la habitación. Adornaban las paredes, por el momento, solo algunas reproducciones de cuadros. Estaba la flor-guión-vagina de Georgia O'Keeffe. «No es el original, por si lo dudabas», le dijo a Cory cuando le hizo una visita guiada por Skype moviendo el portátil por la habitación.

Mientras Zee le montaba una silla de IKEA, Greer prosiguió la visita fuera, con el teléfono, esta vez solo en formato audio, y le describió el mercado que había a poca distancia caminando, Grand Army Plaza, el parque y la Biblioteca Pública de Brooklyn con sus grandes puertas doradas. Cerca, dijo, estaban el Brooklyn Museum y también el jardín botánico, y repartidos por las avenidas Washington y Franklin había emporios de hamburguesas («Que yo no pienso pisar, pero tú sí, dentro de poco»), oficinas de cambio y paradas de taxi.

A última hora de aquella tarde, con todo desempaquetado y organizado lo suficiente para poder funcionar, Greer y Zee se sentaron en los escalones de entrada.

–Me encanta tu calle –no dejaba de decir Zee mientras empezaba a hacer frío para estar fuera.

–A mí también –dijo Greer–. Pero se me hace rarísimo. –Miró a Zee–. ¿Tú vas a estar bien en Scarsdale? ¿No te encontrarás sola?

–Me las arreglaré. Una de las cosas buenas es la nevera que hace hielo. Y el asiento del inodoro que se calienta y todo eso.

–Vente aquí conmigo siempre que quieras –dijo Greer–. Lo digo en serio. No hace falta ni que avises, te voy a dar una llave.

–Gracias.

–De verdad que te estoy muy agradecida –dijo Greer–. Hoy habría sido todo mucho más duro. Instalarme. Lo que te quiero decir es que eres la mejor, Zee. Siempre lo eres. Quería decírtelo. –Notó que había posibilidad de lágrimas causadas por una mezcla de dos cosas. Amistad; miedo.

–No tiene importancia –dijo Zee. Siguieron sentadas un ratito, pues ninguna de las dos quería que el día terminara–. Bueno, tengo que coger el metro para volver. La jueza Wendy ha dicho que esta noche iba a hacer lasaña y que se requería mi presencia en la mesa. Y además, seguro que te apetece quedarte sola.

Greer quiso decir: «No te vayas todavía». No había sido su intención vivir sola. No podía dejar de pensar en que Cory tenía que haber estado allí. Dos jóvenes de veintipocos años que se van a vivir juntos de esa manera tan esperanzadora. Zee se marchó, y más tarde, sintiéndose sola pero también ilusionada, Greer compró comida para llevar en un sitio a varias manzanas de distancia llamado Yum Cottage Thai. «Este será mi restaurante habitual –pensó, y entonces cayó en la cuenta–: Tengo un restaurante habitual.» Greer comió fideos fritos tailandeses con verduras de pie delante del fregadero de la pequeña cocina con un automatismo

eficiente y primario. Chasqueó los labios ruidosamente, porque estaba sola y podía hacerlo, y se limpió aceite naranja y restos de polvo de cacahuetes de la cara con el antebrazo.

Más tarde, cuando se preparaba para irse a la cama, del apartamento del piso de arriba llegaron golpes y chasquidos, y el ruido de algo siendo arrastrado. No tenía ni idea de qué eran aquellos ruidos, pero imaginó que de haber vivido allí Cory estarían hablando de ello. «Es como si estuvieran jugando a los bolos», diría ella, y juntos en la cama imaginarían una situación en la que los vecinos de arriba tuvieran una bolera en su casa. «¿Cómo se llama su equipo?», preguntaría Greer. Y a Cory enseguida se le ocurriría algo tipo «Los gentrificados». Y luego, por supuesto, Greer y Cory tendrían su particular sesión de ruidos privados.

Faltaban tres días para que empezara a trabajar. Cuando la contrataron en Loci, Cory le había preguntado:

–¿Te has informado bien sobre ShraderCapital y sobre el propio Shrader?

–Hasta cierto punto –dijo Greer.

–Deberías leer cosas. Es lo que haría cualquiera.

Greer vio que había mucho publicado sobre Emmett Shrader; parte se centraba en compañías moralmente dudosas en las que había participado, parte en su filantropía. Puesto que Greer no sabía nada sobre capital riesgo –o CR como se lo llamaba a veces– ni sobre la clase de negocios que hacían los multimillonarios, no entendió gran cosa, excepto que tenía un historial ambivalente, algo que parecía ser lo habitual. Pero a Faith le gustaba Shrader; se había referido a él como un «viejo amigo» y eso obviamente quería decir algo.

La noche anterior de que Greer empezara a trabajar, Zee fue hasta Brooklyn a tomar una copa. Ella también trabajaba al día siguiente, pues había entrado de pasante en el despacho de abogados Schenck, DeVillers. Bebieron cerveza y masticaron habas con wasabi encaramadas a unas banquetas inestables en una luz tenue, almibarada.

–Lo has conseguido –dijo Zee–. Recuerda el momento. Fotografíalo en tu memoria.

–¿Qué momento?

–El momento antes de que todo empiece. El momento antes de que empiece… ya sabes, tu vida.

–No sé si esto va a ser mi vida. Igual ni siquiera se me da bien.

–Aprenderás a hacerlo bien. Se te dan bien muchas cosas, Greer. Escribir. La literatura. El amor.

–Nunca se me habría ocurrido considerar el amor una destreza.

–Eres increíblemente competente –dijo Zee–. Joder, te ha contratado la fabulosa fundación de Faith Frank, valga la aliteración. Me descubro ante ti.

–Lo mismo te digo –dijo Greer–. Gracias a ti conocí a Faith Frank. Tú me llevaste a aquella conferencia. Lo más seguro es que me hubiera quedado en mi habitación con mis apuntes. Y nada de esto estaría pasando. –Hizo una pausa–. Me haces hacer un montón de cosas. O por lo menos me haces ver las cosas de manera distinta.

–Uf…

–Pero bueno, nuestra amistad se la tenemos que agradecer a Ryland. Les legaremos todo nuestro dinero.

–No les vamos a dejar un centavo –dijo Zee–. Cada vez que veo la revista de antiguos alumnos es cómo ¿de verdad quiero leer esto? Simplicius Simplicísimus, promoción de 1981, en la actualidad trabaja en planificación estratégica.

–Con su mujer, Mari Tonta –dijo Greer.

–Pero de ti sí podrían escribir –dijo Zee–. Greer Kadetsky, promoción de 2010, en la actualidad trabaja con Faith Frank.

–La verdad es que suena bien –dijo Greer. Y entonces cayó en la cuenta de que solo estaban hablando de ella y dijo–: Tú también encontrarás algo, Zee. Estoy segura.

–Escucha –dijo Zee en voz más baja–. Tengo una cosa.

Buscó en el bolsillo de la chaqueta y Greer supuso que iba a sacar un regalo pequeño, sentimental, con un envoltorio bonito. Dentro habría alguna clase de amuleto que Greer podría llevar encima o colgarse del cuello en su primer trabajo de verdad.

Pero en la mano de Zee no había una caja de regalo, ni un amuleto en una cadena. Lo que había era un sobre. ¿Sería una carta emotiva sobre lo mucho que significaba para ella la amistad entre las dos? Eso sería conmovedor. A las mujeres les estaba permitido decirse las unas a las otras lo que sentían sin reprimirse. Las mujeres ya podían decir «te quiero» sin vacilaciones ni embarazo, sin sentir que había alguna clase de insinuación sexual, incluso si una de ellas era homosexual.

–Ah –dijo Greer cogiéndolo–. Gracias, Zee.

–En realidad es para Faith.

La carta era un objeto dudoso, algo que Greer no estaba segura de querer. Era como si la hubieran engañado, le hubieran entregado una citación sin que se diera cuenta.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno –dijo Zee–, anoche en mi dormitorio en casa de mis padres me quedé despierta hasta muy tarde e hice una de esas listas mentales que se supone que te sirven para saber lo que quieres hacer con tu vida.

–¿Eso es lo que hay en el sobre? ¿Una lista?

–No, no. Espera. El caso es que para esa lista se supone que tienes que pensar en las cosas que claramente no quieres tener en tu vida. Y me di cuenta de que no quiero ser pasante, no me hace ilusión, y sé que tampoco

quiero ser abogada, al menos no abogada corporativa. Veo a esos asociados jóvenes, que trabajan hasta tardísimo, los que ejercen derecho corporativo, y están de guardia, como los médicos, con la diferencia de que no trabajan al servicio de la humanidad, a excepción de algún caso *pro bono* que les dejan coger de vez en cuando. Lo que quiero decir es que son lo contrario de Médicos Sin Fronteras. Abogados sin alma, es lo que me parecen. Pero el despacho les paga unos salarios muy altos y, al principio y para incentivarlos y confundirlos un poco, los lleva a partidos de béisbol y a cenas y les da entradas para el Circ du Soleil, lo que en mi opinión es un castigo en vez de un regalo, toda esa gente en leotardos con rombos pintados en la cara. ¿Hay algo peor en este mundo que un arlequín? Pero es un trabajo que te quita mucho pero no te añade nada. Ni te hace sentir bien. Tampoco te da la sensación de estar dedicando los dos segundos que dura tu vida en la tierra a algo decente. ¿Y sabes qué? Que no lo quiero.

–Y entonces ¿qué es lo que quieres?

–Pues en realidad me encantaría trabajar también en la fundación de Faith Frank –dijo Zee con dulzura–, si quiere contratarme.

A Greer no se le ocurría nada que decir, pero estaba atónita.

Zee trazó con el dedo pequeños remolinos de preocupación en la barra del bar.

–Sé que te sorprende que te suelte esto de repente. Porque nunca lo había dicho. Mis padres me han presionado mucho para que empezara una carrera profesional. Pero lo que estás haciendo tú podría serlo. Y he pensado que igual le puedo venir bien a Faith. Yo también he sido activista, más o menos. En mis fantasías siempre me he visto trabajando en algo joven y radical. Esto no lo es. Pero Faith ha sido una figura importante del feminismo y creo que podría aprender mucho de ella. En cualquier caso, solo es una idea.

–Entiendo –dijo Greer sin entusiasmo.

–Quiero poder levantarme por las mañanas y trabajar en algo real. Algo que me haga ilusión de verdad. –A Zee empezaba a costarle trabajo hablar de la emoción–. A mis padres les encanta ser jueces. Se levantan por la mañana en plan: «Tralarí, qué bonito. Vámonos al juzgado, cariño». Yo también quiero sentirme así –dijo Zee–. Supongo que hay un montón de cosas que hacer en vuestra fundación, y a mis padres les parecería bien, porque sería un trabajo normal con un sueldo. Podría hacer algo que necesite Faith Frank. Triturarle las hojas de té, por ejemplo. ¿Eso se hace? Y quizá de vez en cuando dé uno de esos consejos maravillosos de mujer experimentada, o cuente cosas del pasado y, si da la casualidad de que estoy en la habitación, también me enteraría.

»Y además, ¿no sería una pasada trabajar las dos en el mismo sitio? Porque ya sabes que muchos amigos se distancian después de la universidad. Sus vidas van por caminos tan distintos que ya no tienen nada

de qué hablar. Eso no nos pasaría a nosotras.

Greer dio un sorbo de cerveza y trató de hablar con naturalidad y sin parecer alarmada:

–Entonces ¿qué has puesto en la carta?

–Pues ya sabes, le explico quién soy y por qué quiero formar parte de su proyecto. Lo he hecho lo mejor que he podido. Le advierto de que no tengo dotes para la escritura. Le recuerdo que me conoció la misma noche que a ti. En el cuarto de baño de la universidad. Y luego le suelto el rollo de quién es Zee Eisenstat. Pero la versión abreviada, no te preocupes.

–No me preocupo –dijo Greer.

La atmósfera de la noche había cambiado de forma drástica y, al parecer, Zee no entendía por qué. Seguía sentada como si tal cosa, con su estilo de siempre, mirando a Greer y esperando palabras de aliento por su parte. En lugar de ello, Greer quería que la carta de Zee desapareciera, cosa que, por supuesto, no ocurriría, y sabía que cumpliría con su obligación y se la daría a Faith. La tuvo un rato en la mano y luego la apoyó contra su botella de cerveza. El sobre era opaco, de modo que no podía ver lo que había escrito Zee. «Es tu mejor amiga, Greer –diría Faith después de leerla–. ¿Qué opinas? ¿La contrato?» Y Greer diría: «Por supuesto».

La carta, inclinada contra el cristal marrón, parecía emitir luz propia. Greer cogió la botella y la carta cayó en la superficie de la barra igual que un árbol talado.

–Entonces –dijo Zee– ¿a qué hora entras mañana?

Cinco

Los apliques de la fundación Loci tenían bombillas de bajo consumo aún en fase beta y no daban luz suficiente para las tareas que había que hacer, a consecuencia de lo cual los que trabajaban allí tenían que forzar un poco la vista, como cuando se escudriña un manuscrito medieval. A Greer no le importaba. La luz pálida, casi de color apio sobre su cubículo de la planta veintiséis, brillaba con una tonalidad suave e inusual cuando salía de trabajar desmesurada, casi devotamente tarde. Le llevó un tiempo darse cuenta de que sus ansias y su esfuerzo podían parecer un poco extremos. Trabajaba con entusiasmo, pero casi enseguida comprendió que lo que iba a hacer en Loci no iba a ser interesantísimo. Faith la había advertido durante la entrevista, pero Greer no la había creído. Y no se aburría exactamente, aquello habría sido una descripción demasiado dura, porque Greer seguía enamorada de la idea de trabajar. El término «mundo laboral» le parecía acertado; el entorno de trabajo era como un planeta propio hecho de salas de reuniones, dispensadores de agua mineral y cubos de reciclar papel. Pero las tareas que entrañaba su puesto eran sosas, repetitivas y parecían alejadas de la grande y magnífica empresa de ayudar a las mujeres. Era casi como trabajar de coordinadora de actos públicos corporativos, pensó en un momento determinado hacia el final de su primera mañana allí.

Siempre estaba en su mesa o hablando por teléfono o con el ordenador, a la caza de síes o quizás de posibles conferenciantes o de sus ayudantes o representantes, memorizando abreviaturas de los aeropuertos del mundo, algunas de las cuales no tenían ningún sentido. ¿Por qué era Newark EWR en lugar de, por ejemplo, NWR, o incluso NWK? ¿Y por qué tenía que ser Roma el nada memorable FCO? El hermano de Cory, Alby, probablemente lo sabría; era la clase de dato que le encantaba recopilar.

Durante la pausa para el almuerzo el lunes, alguien repartió un menú de comida para llevar y quien quería comer tenía que rodear su elección con un círculo, y dar el dinero. Aquel día tocaba un restaurante de Oriente Próximo, así que Greer leyó la columna de platos vegetarianos y pidió un *wrap* de falafel. Pensó que igual se sentaban todos juntos a comer y a hablar de la fundación, de sus deseos y sus aspiraciones, pero todos se llevaron el almuerzo a sus cubículos, así que Greer hizo lo mismo y comió sola e insegura en el espacio que había decorado como si fuera la habitación de una residencia universitaria, con fotografías de Cory y de Zee y una buena reserva de barritas proteínicas ComSell Nutricle: la medio potable Explosión de frambuesa y la calcárea Vainilla doble, que le habían

endilgado sus padres. Ese primer día Cory le envió un mensaje y le pidió fotos. Greer le mandó fotografías del ascensor y la pequeña cocina y un plano general de toda la planta que incluía la coronilla de varias personas. «Manda también anécdotas de tu vida –dijo Cory–. Recuerda que trabajo de consultor, así que me aburro mucho.» Pero de momento Greer no tenía sensación de estar en contacto con nada trascendente. Tenía la sensación de que pronto, demasiado pronto, querría hacer más. Había otras personas en Loci que claramente ya hacían mucho más. Aunque ni ella ni el otro *booker,* un gay de cabeza afeitada llamado Tad Lamonica, asistían a las reuniones diarias, a menudo miraba hacia la sala de reuniones acristalada. Veía a Faith sentada a la cabeza de la mesa. En la sala estaban también los tres investigadores, Marcella Boxman, una políglota sexi de veintitrés años; Helen Brand, estilosa, treinta y cinco años, exsindicalista y la única afroamericana del equipo de Faith; y Ben Prochnauer, atractivo, de mentón resuelto, graduado cinco años atrás en Stanford y más recientemente socio de una *startup* contra el hambre; también Bonnie Dempster y Evelyn Pangborn, feministas de la segunda ola, muy de la vieja guardia, ambas de más de sesenta años. Bonnie era una lesbiana que aún llevaba ese peinado que solía recibir el grosero nombre de afrojudío y pendientes de candelabro que se hacía ella misma con trozos de metal. Evelyn era patricia e irónica y vestía trajes de lana de buena calidad. Las dos trabajaban con Faith desde los inicios de *Bloomer*.

El tercer día, en plena reunión, Greer oyó voces encendidas procedentes de la sala. Miró y vio un brazo gesticular detrás del cristal. Era el brazo de Faith, reconocible desde la otra punta de la planta. Y la voz era de Faith también, aunque había tensión en ella. «No, de hecho, eso no es lo que quiero decir. Vamos a empezar desde el principio. Marcella, adelante.» Siguió la voz de Marcella Boxman obedeciendo, hablando con tiento como para disimular su miedo. Luego hubo un nuevo comentario de una todavía irritada Faith y alguien defendió en tono cauteloso a Marcella, hasta que la reunión empezó a fluir como Faith quería. Al final se oyó a esta decir, apaciguada: «¡Está perfecto!», y hubo risas de alivio y un poco forzadas.

Cuando la puerta deslizante de cristal verduzco se abrió con su *shhh* habitual todos parecían alegres y satisfechos, incluso Marcella. De hecho, Faith la rodeaba con el brazo como para hacerle saber que todo estaba bien, que el mal momento había pasado y que ya no tenía importancia.

Faith podía impacientarse y enfadarse, como se había dicho de ella, pero la mayor parte del tiempo era de trato fácil y generosa, en especial con su asistente, Iffat, y el resto del personal de apoyo. Greer ya la había visto hablar con amabilidad al viejo conserje que le vaciaba la papelera, y eso que le había tirado por accidente el diploma honorario que le había dado una universidad de Minnesota.

Greer empezaba a darse cuenta de que Faith era una de esas personas

que seducía a casi todo el mundo. La seducción era una afirmación de poder para Faith, quizá incluso una compulsión, pero parecía salirle sin esfuerzo y en beneficio del bien común. No era una agitadora ni una visionaria; sus talentos eran otros. Podía tamizar y destilar ideas y presentarlas de una manera que daba a los demás deseos de escucharlas. Era especial. Y sin embargo nadie parecía saber gran cosa de su vida privada. Ni siquiera de su pasado. Había dado muchas entrevistas, pero seguía siendo una mezcla de calidez y misterio… y quizá le gustaba que así fuese. Ocultar a los demás los detalles de tu vida te evitaba ser vista como una cosa u otra, de manera que era posible que te vieran como cualquier cosa, o como todas.

Todos querían conocerla; Greer lo percibía como un secreto siempre silenciosamente presente, de toda la oficina. Sabía que Faith era viuda desde hacía tiempo, que tenía un hijo mayor y poco más. ¿Tenía novio? Qué palabra tan ridícula para describirla. Faith estaba por encima de tener novios; los habría sobrepasado, empequeñecido. Y había mencionado que tenía una casa de campo; ¿cómo sería? ¿Tendría tejado a dos aguas? ¿Cómo era un tejado a dos aguas? ¿Y qué pasaba con su apartamento de Riverside Drive? Solo su asistente Iffat había estado y, como si conociera los deseos de Faith, no se lo había descrito a nadie.

Cuando Faith entró en el cubículo de Greer la tarde después de la tensa reunión y le dijo: «Hola, pásate luego, ¿de acuerdo?», Greer se puso nerviosa. Le preocupó haber cometido una equivocación y ser reprendida. Era horrible disgustar a Faith y maravilloso complacerla; la ecuación era absoluta, como podría haber dicho el profesor Malick. Nadie olvidaba lo que era ser receptor de la satisfacción o la insatisfacción de Faith. Y sin embargo sonreía. Cuando Greer entró en su despacho, llevó con ella la carta de Zee metida en una carpeta. Cumpliendo con lo prometido a su amiga, se la había estado llevando a trabajar desde el lunes, a la espera de una ocasión adecuada para entregársela a Faith. Al principio le había parecido demasiado pronto y demasiado descarado creerse con derecho a intentar que contrataran a una amiga. Pero Zee estaba esperando noticias, así que quizá aquel sería un buen momento para intentarlo.

Se sentaron en ambos extremos del largo sofá blanco en el gigantesco despacho. La luz entraba oblicua, iluminando la mejilla de Faith y dejando ver una capa levísima, casi invisible, de pelusa, solo perceptible desde aquel ángulo concreto, aunque Greer, por supuesto, no se lo contaría a nadie. Faith se inclinó hacia delante con su olor grato, inconfundible. Cherchez se llamaba el perfume. Greer se lo había oído decir a Marcella, que era tan estilosa que sin duda pronto terminaría también impregnada de Cherchez.

–Cuéntame tus impresiones sobre lo que hacemos aquí –dijo Faith–. Sé sincera. No te preocupes por mi ego. Tengo curiosidad por saber qué te

parece de momento. Esta nueva y magnífica empresa. ¿Te parece magnífica?

–De momento, quizá minimagnífica.

Faith le sonrió ¡y ni siquiera había dicho algo divertido! Pero había sido casi divertido, y Greer se apresuró a darle continuación con una serie de sugerencias, de lo más variadas para que Faith no pudiera odiarlas todas. Sugirió cambiar el orden de dos de los actos propuestos para la primera cumbre, que sería en marzo y trataría sobre el poder.

Luego, sin cambiar de tono, con naturalidad, pasó a otra idea:

–Y había pensado que igual podíamos echar un vistazo a los nuevos blogs feministas, a ver qué están haciendo.

En cuanto lo dijo se acordó de que los autores de aquellos blogs en ocasiones atacaban a Faith: «La autora de *La persuasión femenina* intenta persuadirnos de que no pasa nada por compartir cama con ShraderCapital. ¿Feminismo corporativo, Faith Frank?».

Faith se limitó a asentir con la cabeza.

–Claro, se puede echar un vistazo –dijo–. Aunque yo estoy aquí para hacer las cosas que sé hacer.

Greer, como todas las personas que contrataba Faith, sabía que había una diferencia entre trabajar para ella y trabajar para una organización radical. Pero a todos les encantaba ser dirigidos por aquella feminista fuerte, interesante, digna y mayor, y les encantaba lo que representaba.

Hacia el final de la conversación, todo había ido tan bien que Greer no quiso estropearlo con la torpe intromisión de la carta de Zee. Así que decidió no mencionarla. La sacaría a relucir pronto, se dijo; pronto. Pero cuando caminaba por el pasillo sintiéndose casi eufórica –con ganas de bailar incluso–, cayó en la cuenta de que no quería darle la carta de Zee a Faith. No quería compartir a Faith con Zee. Todavía no sabía cuál era su sitio en Loci, dónde encajaba y dónde no. Sí, por supuesto, le daría la carta a Faith al día siguiente, pero por obligación.

Para cuando llegó el viernes por la tarde, Greer aún no había encontrado un buen momento para darle la carta a Faith. Entonces comprendió que no iba a dársela nunca. Hacia las cinco y media estaba aún en su mesa cuando le sorprendió oír voces a lo lejos.

–Coge tu chaqueta, Boxman –dijo alguien.

Era Ben. Los hombres solían llamar a las mujeres por sus apellidos cuando querían coquetear con ellas.

–Para ti soy Boxwoman, Prochnauer –le siguió la corriente Marcella.

–¿Ha reservado alguien mesa? –preguntó una voz que le resultaba conocida a Greer pero no lograba identificar, hasta que cayó en la cuenta de que era de Kim Russo, la asistente del director general de la planta veintisiete; habían hablado un momento cuando le hicieron a Greer la visita guiada de ShraderCapital a principios de aquella misma semana.

–Yo –dijo la voz inconfundible de Bonnie Dempster–. La del fondo, por si hacemos demasiado ruido.

–Uy, ruido vamos a hacer sin duda –dijo alguien más. Evelyn quizá–. Hacen unos martinis espectaculares. Servidos muy fríos. Están helados.

–¿Qué decís de los judíos? –dijo Ben–. ¿Que están circuncidados?

–Todos no –dijo Tad–. Lo sé de buena tinta.

–He dicho «muy fríos» –dijo Marcella, y siguió un estallido de risa colectiva. Llegó el ascensor con su agudo *ping* y las voces se apagaron a medida que bajaban todos juntos. Iban a un bar y no habían invitado a Greer. De pronto dejó de sentir el placer sencillo de quedarse trabajando hasta tarde. Ya se había hecho a la idea de que no iban a asistir a determinadas reuniones, Tad tampoco lo hacía y Faith había dejado claro que no era nada personal. Pero ahora Tad estaba con los demás y nadie había invitado a Greer a unirse.

La oficina estaba en completo silencio. Greer se dio cuenta, como en una revelación, de que en aquel lugar se sentía sola, algo en lo que no había reparado antes. Ahora le parecía de lo más evidente. Al otro lado del amplio espacio, el atardecer empezaba a colorear las ventanas. Greer siguió sentada quieta y de pronto vulnerable, y al poco oyó un ruido a lo lejos. Pisadas; quizá era un rezagado camino del bar. Las pisadas eran sonoras y masculinas. Luego, quien fuera se puso a silbar. Greer prestó atención. «Strangers in the Night», decidió al cabo de un momento. Las pisadas se acercaron, después cesaron. Greer levantó la cabeza y se quedó atónita al ver a Emmett Shrader mirándola. Le había visto solo una vez, el martes por la mañana, cuando este había bajado a la planta veintiséis para un incómodo encuentro con el personal de Loci. Había entrado en la mayor de las dos salas de reuniones con sus jóvenes asistentes revoloteando a su alrededor como duendecillos y una asistente de mayor edad, feúcha y de aspecto sufrido, unos pasos por detrás.

Shrader tenía setenta años, cabeza de león con melena plateada más bien larga y aquella primera mañana vestía un pulcro traje oscuro y una corbata cara. «¡Hola, hola!», había dicho con cordialidad forzada, y todos se habían ido presentando uno por uno, incluido el personal externo. Para cuando iban por la mitad, saltaba a la vista que no soportaba estar allí más tiempo y que estaba loco por largarse. Como resultado, todos empezaron a decir sus nombres a intervalos nerviosos y cada vez más breves y pronto el ejercicio concluyó y Shrader se fue. Aquella tarde en cambio iba en mangas de camisa, liberado del traje y la corbata, pero ver a un hombre importante en un momento de reposo tenía algo de alarmante. Cualquier cosa podía pasar.

–¿Cómo te llamabas? –preguntó entrando en el cubículo de Greer.

–Greer Kadetsky –dijo esta.

Miró desesperada los objetos que amueblaban su pequeño espacio. Su

cepillo de pelo de plástico barato marca Goody encima de la mesa; lo había usado hacía un rato y vio que fluían de él unos cuantos pelos. Aspiró el aroma de aquel hombre tan rico y se dio cuenta de que era indiscutiblemente excitante, o al menos exótico, porque no tenía nada que ver con los hombres de la edad de Greer, hípsters o muchachitos que olían a humo y a patatas con queso y a *frappucinos* y a *macchiatos.* Cory a menudo olía a las barritas proteínicas que Greer le daba por cajas y a un champú barato que compraba en el supermercado y que supuestamente estaba hecho con bálsamo, pero al que prestaba tan poca atención que en una ocasión se refirió a él como «mi champú de madera de balsa». Greer le había dicho: «¿Te crees que te lavas el pelo con madera de balsa? ¿De la que se usa para hacer cometas?». Cory se había encogido de hombros y había dicho que nunca se había parado a pensarlo.

En cambio alguien había pensado y mucho la manera en que olía, vestía y se comportaba Emmett Shrader. Su apariencia y su olor hacían pensar en holdings empresariales, en operaciones inmobiliarias y en certidumbre absoluta. En su presencia, Greer sintió el impulso desesperado de esconder el cepillo de pelo mugriento.

–¿Cuál es tu trabajo aquí? –preguntó Emmett Shrader, y parecía interesarle la respuesta.

–Soy *booker.*

–¿Eso qué quiere decir? ¿Qué seleccionas a las conferenciantes que luego cuentan sus historias lacrimógenas?

–No. Solo intento que vengan. De la selección se ocupan otros.

–Suena apasionante. ¿Qué haces aquí tan tarde?

–Usted también está –señaló Greer.

–Yo tengo excusa –dijo–. Estaba con tu jefa. De vez en cuando hacemos un *tête-à-tête.* Si no tuviera ocasión de sentarme a charlar con ella un rato después del trabajo, no sé lo que haría. Lo necesito.

–Es fantástica –dijo Greer espontáneamente, y la voz le salió tan reverencial que Shrader se rió.

–Lo es –estuvo de acuerdo. La miró con una expresión nueva, pensativa–. Eres grupi de Faith Frank, ¿verdad? –preguntó.

Greer vaciló, incómoda.

–Bueno… No sé. Admiro lo que hace.

–Venga, confiesa. Te parece superior, ¿a que sí? Te parece que no se equivoca nunca. Quieres complacerla y todo ese rollo.

–Sí, claro. Pero también admiro lo que hace.

–Bueno, yo también –dijo Shrader.

Permanecieron un instante en silencio cordial. Shrader cogió el cepillo de la mesa y empezó a darle vueltas, probablemente porque necesitaba tener las manos ocupadas. Greer había leído que el fundador de ShraderCapital era una persona inquieta, que se aburría con facilidad y

tenía una capacidad de atención muy limitada. Muchos años después, cuando Greer ya era conocida, durante una cena en Los Ángeles alguien le pediría que mencionara una cualidad común a las mujeres triunfadoras y, después de pensarlo un instante, diría: «Creo que muchas saben cómo hablar con hombres con déficit de atención». A todos los comensales la respuesta les había parecido muy divertida, pero era posible que también fuera acertada.

–¿Qué pasa? –continuó Shrader–. ¿No te gusta salir con los demás a celebrar que ha terminado la semana? ¿A comer pieles de patata y flores de cebolla frita o lo que sea que coméis para absorber el alcohol?

–No me han invitado. –Greer fue consciente de la autoconmiseración que había en sus palabras.

–No necesitas invitación –dijo Emmett–. Ven.

Le hizo un gesto para que lo siguiera y Greer obedeció, confusa y cauta. Cruzó por detrás de él el espacio de oficinas y lo siguió por el pasillo y hasta la cocina común de Loci. Allí, sobre la máquina de café, había un aviso escrito a mano y bien visible: «¡VIERNES DE COPAS!», decía, y a continuación cuándo y dónde era la cita. En su ensimismamiento, Greer no lo había visto.

–Los viernes por la tarde son un clásico –dijo Emmett–. Va todo el mundo. Gente de mi planta y de la tuya.

Greer se dio cuenta de que había estado haciéndolo todo mal, excepto el trabajo en sí.

–Todavía estás a tiempo de ir –dijo Shrader.

Así que Greer volvió a su cubículo y descolgó su chaqueta de la percha. Luego bajó deprisa la calle hasta la fachada color marrón envejecido del Woodshed, con sus ventanas de cristal plomado, y estaban al fondo, casi todo el equipo de la planta veintiséis además de algunos socios jóvenes y administrativos de la veintisiete. Cuando Greer atravesó el bar caldeado y lleno de gente y llegó hasta las mesas juntas, Helen Brand levantó una mano a modo de saludo y dijo:

–Haced sitio.

Todos se movieron, abriendo un espacio para ella, y Greer se sentó entre Ben y Kim Russo, de la planta de arriba.

–Buenas –dijo Kim. Levantó una copa hacia Greer–. Cosmopolitan. Pasadísimo de moda, ya lo sé –dijo–, pero después de una semana de mierda lo necesito. –Y bebió–. Tómate tú algo fuerte también.

–Vale, aunque no estoy segura de necesitar algo muy fuerte. Mi trabajo no es demasiado estresante. Ojalá lo fuera.

–¿Habéis oído? –dijo Kim al resto de la mesa–. Su trabajo «no es demasiado estresante», pero le gustaría que lo fuera.

–Ya te llegará, Greer –dijo Helen desde el otro extremo de la mesa–. Yo entré solo dos semanas antes que tú. La cosa enseguida se aceleró.

–Ya, pero tu trabajo es distinto. Haces más cosas.

–Si quieres hacer más cosas –dijo Kim–, hazlas. Es la regla de oro en cualquier trabajo.

–Está bien saberlo –dijo Greer.

–Hazte indispensable. Yo no sé cómo conseguí convencer al director general de que tenía más destrezas que nadie y se lo creyó. Ahora me llama los fines de semana para hacer horas extra y no le puedo decir: «Gracias, Doug, pero preferiría no hacerlo». Porque además este año me han dado paga de beneficios.

–En una fundación para las mujeres no hay pagas de beneficios –dijo Helen–. Pero eso ya lo sabía cuando entré.

–Pero tenemos la sonrisa de Faith –dijo Ben–. Que es como si te sonriera Dios.

Greer dio un sorbo a la bebida fría que había aparecido delante de ella y dijo:

–Me gustaría que Dios me sonriera.

–Si Dios es un hombre, igual te guiña un ojo –dijo Kim.

–O te asesina –dijo Marcella–. Ahora en serio, ¿por qué odian los hombres a las mujeres? El idioma inglés está lleno de palabras que usan los hombres para describir su odio a las mujeres. «Arpía», «bruja», «zorra». Es igual que lo que se cuenta siempre sobre los esquimales y las palabras para decir «nieve». Pero nunca hablamos de ello, nunca hablamos de la verdadera razón. Ben y Tad, esto va por vosotros.

–Venga ya, Marcella. Yo no odio a las mujeres –dijo Ben levantando las manos–. A mí no me mires.

–Pues a mí tampoco –dijo Tad–. Hay miles de hombres de los que pienso: «¿Por qué tenemos que ser del mismo género, pedazo de cretino?». Es como tener un familiar gilipollas y compartir apellido con él.

–Faith dijo una vez que a los hombres les dan miedo las mujeres –dijo Bonnie–. Y que esa es la clave de todo.

–Es verdad –dijo Evelyn–. Y lo dijo en televisión, con aquel imbécil de novelista. En el año setenta y algo.

–Evelyn y yo estábamos en el público del plató –dijo Bonnie–. Y después nos fuimos a tomar una *fondue*. La mayoría de vosotros no sabrá de lo que estoy hablando, pero era la época de las *fondues*.

–Había brochetas por todas partes –dijo Evelyn–. No me acuerdo exactamente de cuándo dijo Faith lo de los hombres.

–Fuera cuando fuera –dijo Ben–, estoy seguro de que tenía razón. Los hombres saben que las mujeres nos tienen calados. Ven en nuestro interior…

–Pues sí, hoy has comido hamburguesa –dijo Bonnie despertando risas generales.

–… y saben que somos unos farsantes. Pero el mundo no deja de

favorecernos y las mujeres lo saben y nosotros sabemos que lo sabéis, así que es posible que os odiemos porque tenéis información incriminatoria sobre nosotros. Sois como los testigos de un crimen.

Mientras escuchaba, Greer pensó en cómo le habría gustado que Zee estuviera allí. Entonces recordó por qué no era así y sintió un nuevo y extraño aguijonazo de culpa. Pensó también en que Ben era como el sueño de una feminista joven, tan atractivo y del lado de las mujeres, sin sentirse amenazado por ellas en absoluto. Cory también era de esa forma. Ben tenía ahora una pierna pegada a la suya, quizá de manera inconsciente. Era probable que tuviera la otra pegada a la de Marcella. Marcella con su minifalda, sus medias y tacones. Marcella Boxman tenía aspecto de trabajar no en Loci ni en ShraderCapital, sino en *Vogue*. Greer admitió vagamente su envidia por la forma en que Marcella se movía en el mundo. Marcella le gustaba a Ben, había sobrevivido a las críticas de Faith y era probable que terminara convertida en una figura poderosa de alguna clase. Era una suerte que el tema de la primera cumbre fuera el poder; así Marcella cogería ideas para acelerar la inevitabilidad del mismo en su vida.

El grupo reía y el reservado del fondo del bar se caldeó aún más. Greer estaba sobreexcitada por el simple hecho de encontrarse allí, y la conversación fue subiendo más y más de volumen hasta que alcanzó un punto máximo y entonces el ambiente se tornó pensativo, cansado incluso. Dejaron de llegar bebidas y la velada empezó a decaer. A Ben y a Marcella los esperaba la segunda parte de la noche, pensó Greer: se irían juntos a la cama de uno de los dos. Y el resto del grupo ¿tendrían personas esperándolos? ¿Era ella la única que estaría sola?

–Hora de irse –dijo Helen.

Empezaron a sacar carteras para poner dinero en la mesa, pero justo entonces alguien dijo: «Faith», que en sí mismo no quería decir nada, porque el nombre de Faith se pronunciaba todo el tiempo, era una constante, un latido cardíaco, un sonoro gluglú en el dispensador de agua. Pero entonces Greer levantó la cabeza y vio a Faith caminar hacia la mesa. Las carteras regresaron a bolsos y bolsillos, porque al parecer la noche no había terminado.

–¡Aquí, Faith! –llamó Bonnie.

Algunas personas de otras mesas del fondo levantaron la vista y se susurraron los unos a los otros: «¡Faith FRANK!», antes de regresar a sus conversaciones. Aquello era Nueva York, donde los famosos bebían del mismo abrevadero que tú y donde, en el contexto general del mundo, Faith no era tan famosa. Las mesas alargadas, juntas, estaban aprovechadas al máximo, pero todos se apretaron y Greer se encontró pegada más aún a Ben; notaba el llavero que llevaba en el bolsillo. Al otro lado de la mesa, Faith se sentó y casi de inmediato apareció un martini delante de ella, la

copa enfriada a la perfección, las aceitunas extra formando una pirámide en el fondo.

–No sabéis cómo agradezco esto –dijo Faith–. El mundo es enorme, pero si tienes sitios donde saben lo que te gusta beber, entonces todo va bien.

Todos hablaron con ella con naturalidad, pero ninguno quería monopolizarla. Greer reparó en cómo Faith se desplazaba por la mesa sin moverse, igual que la figura de un cuadro cuyos ojos te siguen por la habitación. Le dijo algo a cada uno de los presentes, dirigiéndoles una mirada comprensiva o divertida.

Greer había estado hablando con Kim cuando irrumpió Faith. Kim le estaba contando que las mujeres del mundo empresarial no siempre se portaban bien las unas con las otras.

–Hay una mujer en nuestra planta, no voy a decir su nombre –dijo Kim–. Es un peso pesado del capital riesgo y horrible con otras mujeres. No hago más que oír cosas. Coincidí con ella en el ascensor y estuvo todo el rato mirando la puerta sin decir una palabra, ni siquiera hola, y me dieron ganas de decirle: «Ya sé que no soy más que una asistente, pero ¿no sabes que se supone que tenemos que portarnos bien las unas con las otras? Entiendo muy bien que te sientas amenazada porque te han hecho sentir así». Ya sé que las mujeres en puestos de responsabilidad son una minoría muy pequeña y que por eso todas tienen la sensación de ser unas privilegiadas y de no poder permitirse ser agradables con las demás.

«Zorras», pensó Greer. Así llamaba Zee a las mujeres que odiaban a las mujeres. Recordó la canción con aquella letra que había cantado una vez.

De pronto Faith dijo:

–Dime, Greer, ¿estás haciendo amigos aquí? ¿Te encuentras a gusto?

Fue el alcohol, en parte; eso fue lo que pensó más tarde, y también que diera la casualidad de que Greer hubiera estado pensando en Zee en ese momento; claro que llevaba toda la semana haciéndolo, debido a la carta. Kim se dio la vuelta y se puso a hablar con Iffat y Evelyn, dándole así a Greer un momento con Faith; Ben, que estaba sentado a su otro lado, charlaba con alguien de la mesa contigua. Nadie escuchaba a Faith y a Greer.

–Tengo una amiga que quiere trabajar aquí –le dijo de pronto Greer a Faith casi en un susurro–. Quiere que te dé una carta que te ha escrito donde te lo explica. La conociste conmigo aquel día en la universidad.

–Ah –dijo Faith.

–Pero, si soy sincera conmigo misma, sé que no te he dado todavía la carta por una razón.

–Vale.

–Me parece que no quiero que trabaje aquí.

–¿No lo haría bien?

–Estoy segura de que lo haría fenomenal. Ha sido activista. No le cuesta nada hacerse oír. Además, fue quien me habló de ti por primera vez. Es estupenda, lo que pasa es que no quiero compartir esta experiencia con nadie. Creo que la quiero para mí sola.

Greer quería que Faith la condenara o la absolviera. Su bolso a los pies, con la carta dentro, debajo de la mesa, le parecía tan peligroso como una maleta nuclear.

–Entiendo –dijo Faith–. ¿Y sabes por qué es eso?

–Tengo una idea –dijo Greer–. Pero si la digo en voz alta, no sé qué tal sonará.

–Prueba.

–Mis padres nunca supieron ser padres –dijo Greer, y Faith asintió–. La casa era siempre un desastre, siempre tenía la sensación de vivir en una pensión. Casi nunca comíamos juntos. No participaron en mi vida: mis estudios, mis amigos. Nada de ello les interesaba demasiado. Se creían «alternativos», pero en realidad creo que eran bastante marginales. Se pasaban el día fumados. Siguen igual.

–Lo siento mucho –dijo Faith seria–. Me gustaría que alguien se hubiera dado cuenta de lo que pasaba y hubiera ayudado a tu familia a ser más una familia. Debe de haber sido desconcertante. Lo que un niño necesita es querer a sus padres y que ellos lo quieran a él, y en principio parece una cosa muy sencilla, pero a veces no lo es.

Oír las palabras en pasado fue como una revelación. «Debe de haber sido desconcertante –decía Faith–, pero ahora ya no importa.»

–Creo que los decepcioné –dijo Greer–. Por ser tan distinta de ellos. Pero es que quería algo más. –Se dio cuenta de lo fácil que le resultaba ahora hablar con Faith. No como el día del lavabo de señoras–. Era muy ambiciosa. Estudiaba como una loca –dijo–. Y leía novelas día y noche. Tenía una misión.

–¿Y cuál era? –Faith pinchó una aceituna de su copa y se la deslizó entre los dientes.

–Absorberlo todo del mundo. Pero también escapar.

–Tiene sentido.

–Así que no digo que eso disculpe mis sentimientos respecto a que mi amiga trabaje aquí –dijo Greer–, pero creo que los explica. Se escandalizaría si me oyera decir que no la quiero aquí. –Se interrumpió–. En cualquier caso, me va a preguntar qué pasó y tendré que decirle algo. –Greer pensó en ello–. Igual puedo decirle que te di la carta pero que no había vacantes. Si hiciera eso, ¿sería una mala persona?

Faith no contestó y se limitó a seguir mirándola.

–Greer, ¿quieres que lea la carta y decida si tenemos que hacer una entrevista a tu amiga? –preguntó con amabilidad. Greer no fue capaz de responder–. ¿O prefieres que lo olvide?

–No lo sé.

–Bueno, pues mi oferta de leer la carta sigue en pie –dijo Faith–. Puedes dejarla en mi mesa el lunes. O no.

–Gracias –fue todo lo que pudo decir Greer, sintiéndose desgraciada.

Hubo un silencio y Greer pensó que Faith se daría la vuelta, quizá con desaprobación, y se pondría hablar con otra persona. Pero lo que hizo fue decir:

–Me gusta la forma en que tratas de entender las cosas, Greer. Eres auténtica y considerada, incluso sobre aspectos de ti misma de los que no estás orgullosa. ¿Te gustaría escribir alguna cosa para mí?

–Pues claro –dijo Greer–. Me encantaría.

–Estupendo. En los meses previos a la cumbre vamos a organizar pequeños encuentros en la ciudad. Comidas y cenas con medios de comunicación. Unas veinticinco personas como máximo. Las ponentes que tengo pensadas son mujeres que han vivido la injusticia de primera mano y han intentado hacer algo al respecto. Ninguna es profesional. Ninguna está acostumbrada a hablar en público. No van a estar en nuestras cumbres, pero para estos actos pequeños sí las queremos, un poco a modo de adelanto. Es importante que sepan qué decir. Y después de ver lo bien que escribes y de oírte hablar esta noche, creo que podrías ayudarlas a convertir sus palabras en algo estupendo.

–Suena fantástico –fijo Greer–. Gracias, Faith.

–No hay de qué. Está decidido.

Así de fácil. Greer escribiría pequeños discursos para Loci. De esta manera se haría indispensable. La velada había sido maravillosa, incluso la parte difícil de confesar lo de la carta de Zee. Greer sabía que recordaría aquella noche durante mucho tiempo, que se acordaría de estar sentada a aquella larga mesa bebiendo y charlando cada vez más a gusto con otras personas que querían hacer el bien en el mundo. Y una de esas personas había sido Faith. Faith, que miraba a Greer con aprobación. Su aprobación era suave como terciopelo y el deseo de contar con ella también era, lo mismo que el terciopelo, un poco vulgar. Daba igual, pensó Greer, que no hubiera ocurrido nada que hiciera también pensar a Faith: «¡Qué noche tan especial!».

Faith no pensaría: «Me encantó hablar con aquella chica, Greer Kadetsky. Sé que Greer tenía que hacer una elección moral sobre la carta que le había dado su amiga para mí y la he visto enfrentarse a ella. Está encontrando su camino, la joven Greer, y me alegro de haber estado allí para verla, y para ayudarla en caso de necesidad. Ha sido una noche encantadora, vivificante, memorable».

No, para Faith la noche no tendría nada de particular. Pero para Greer sí.

Justo entonces Bonnie Dempster dijo:

–¡Faith! ¿Cómo era aquella cosa tan ingeniosa que cantábamos en la marcha por la enmienda de la igualdad de derechos? ¿Te acuerdas?

Faith se volvió hacia Bonnie y dijo:

–¿No era: «Uno, dos, tres, cuatro»?

Y Bonnie dijo:

–¡Sí, sí! –dijo–. Y luego ¿qué venía?

A lo que Faith contestó:

–Ay, Bonnie, no tengo ni idea. –Y a continuación dijo a todo el mundo–: Momento senior.

Hubo risas.

La carta de Zee, que seguía en el fondo del bolso de Greer, de inmediato perdió importancia. Cuando volvió al trabajo el lunes, Greer la olvidó; no volvió a pensar ni una sola vez en ella y Faith no la mencionó. Faith tenía su tiempo muy ocupado, con mucha gente que le consultaba cosas, la visitaba, le enviaba correos electrónicos a todas horas.

Unos días más tarde, cuando de pronto Greer se acordó de la carta, decidió que seguramente ya era tarde. Había pasado demasiado tiempo. Era probable que Faith se hubiera olvidado del asunto y Greer debía dejarlo estar. Eso fue lo que se dijo a sí misma.

Aquella noche, sin embargo, Zee la llamó desde su dormitorio infantil de Scarsdale, rodeada de viejos carteles de las Spice Girls y Kim Gordon, de Sonic Youth y de crías de animales en peligro de extinción acurrucadas en la tundra, en un prado o un bosque.

–¿Has podido darle la carta a Faith? –preguntó.

Greer guardó silencio, horrorizada, pensando.

–Lo siento mucho –dijo–. No hay puestos libres.

–Ah –dijo Zee–. Qué pena. Sabía que era difícil. ¿Te dijo algo sobre lo que le escribí?

–No, lo siento.

–¡Tranquila! –dijo Zee, una expresión que era una broma privada de las dos. Y a continuación añadió–: Te agradezco que lo hayas intentado. Tengo que encontrar la manera de salir del despacho de abogados.

Una confesión a Faith, luego una no acción, luego una mentira. Esa fue la secuencia de los hechos. Greer se preguntaría, más tarde, si todas las personas no serían un poco horribles por dentro. Había momentos en que mirabas distraída el váter o un pañuelo de papel después de usarlos y recordabas que aquello había salido de tu interior. Que siempre estaba esperando para salir. Cuando colgó el teléfono después de hablar con Zee, la carta fue a parar al último cajón de su cómoda. Se preguntaría sobre su contenido, aunque nunca la leería y nunca le contaría a nadie lo que había hecho. Solo lo sabía Faith Frank.

Al día siguiente, cuando Greer llegó a trabajar se encontró una carpeta de Iffat en su mesa con información impresa sobre las mujeres que iban a

participar en comidas y cenas de prensa. Durante los dos meses siguientes estas mujeres fueron por turnos a las oficinas para que Greer las entrevistase. Le explicaron cómo habían sufrido acoso, o cómo les habían denegado igualdad salarial o el acceso a un deporte y lo que habían hecho al respecto. Una vez empezaban a contar su historia y se daban cuenta de la atención con que Greer las escuchaba, se sinceraban aún más.

Lo que tenían en común las historias era una profunda y dolorosa injusticia. La injusticia podía enfurecerte. En ocasiones las mujeres parecían furiosas cuando empezaban a hablar; pero en otras parecían solo derrotadas, y lloraban con la cabeza apoyada en las manos en la sala de reuniones, con Greer. Se les congestionaba el rostro y parecían tan vulnerables que Greer quería protegerlas, consciente de que la sala era acristalada y de que todo el que pasara por allí vería una versión verduzca y borrosa de ellas. Cuando lloraban, a veces ella lloraba también un poco, pero nunca dejó de tomar notas o de grabar con su pequeña grabadora digital. Aprendió que no necesitaba hablar mucho; incluso era mejor si no lo hacía. Después, cuando se marchaban, Greer se sentaba y escribía el discurso como si se lo estuvieran contando al oído.

El primer discurso que redactó fue para Beverly Cox, que trabajaba en una fábrica de calzado al norte del estado donde los hombres cobraban más, donde humillaban y acosaban a las mujeres y donde además todos tenían que trabajar juntos en un espacio que era un horno infernal lleno de humos. Se fabricaban zapatos caros para mujeres ricas, todos de punta estrecha y tacón letal. Greer se puso la grabación en su cubículo, con auriculares, y oyó a Beverly describir a trompicones cómo trabajaba en una hilera de mujeres haciendo tacones mientras que enfrente un grupo de hombres hacía suelas y cobraban más por ello. Cuando Beverly descubrió la discrepancia entre los salarios y se quejó de ella al encargado, sus compañeros del sexo masculino la acosaron y amenazaron. Le cambiaron la cerradura de la taquilla para que no pudiera abrirla; le rajaron las ruedas del coche; le dejaron notas acusadoras y pornográficas en su puesto de trabajo. Empezó a asociar el olor a cuero y a pegamento a degradación; lo tenía siempre en la cabeza y en la ropa. El abogado al que pidió ayuda la puso en contacto con la fundación.

«Cada mañana me bajaba del coche en el aparcamiento y echaba a andar hacia la fábrica como quien va camino del patíbulo», le había dicho Beverly antes de echarse a llorar, y Greer había dicho: «Tómate el tiempo que necesites». En la grabación había un tramo muy largo en el que solo se oía la respiración asustada y temblorosa de Beverly y a Greer diciendo de vez en cuando: «No pasa nada, me parece maravilloso que te hayas decidido a contarlo. Te admiro». Y entonces Beverly había dicho: «Gracias», y se había sonado la nariz ruidosamente. Luego más silencio. Greer no intentó acortarlo. Una persona necesitaba tomarse tiempo cuando

estaba contando una experiencia tan dura. En su cubículo, Greer escuchó la respiración y, a continuación, la conversación.

Cuando Beverly dio su discurso durante un almuerzo en un restaurante italiano del Midtown ante un pequeño grupo de periodistas de la sección local, todos callaron, sobrecogidos. Para Greer fue emocionante ser la autora del discurso y saber que Faith, también presente, lo sabía. Después Faith se acercó a ella y le susurró:

–Lo has clavado.

Pero lo que ilusionaba a Greer ahora no eran las alabanzas del Faith. Aunque siempre sería extraordinario saber que contaba con la admiración de Faith Frank, también la ilusionaba saber que era posible que los discursos que escribía dieran la oportunidad a las mujeres que los pronunciaban de ser también ambiciosas. Tan ambiciosas como ella.

El invierno se fue, las oficinas se hicieron más ruidosas y las luces en fase beta iluminaron más rato y quizá de forma más ecológica, y el trabajo en ocasiones se prolongaba hasta bien entrada la noche. A menudo se pedía pizza muy tarde y trabajar se parecía a una noche en blanco universitaria. Había que reforzar la venta de entradas, dijo Faith en una ocasión a toda la oficina a las dos de la mañana con una porción de pizza en la mano. La popular exgobernadora con discapacidad que supuestamente iba a garantizar el lleno total en la primera cumbre sobre abusos sexuales acababa de cancelar. «Esto es una locura –le dijo Greer a Cory por Skype aquella noche, todavía más tarde–. No hay tiempo para dormir ni para tener una vida fuera del trabajo.» Pero estaba feliz y Cory se lo notaba en la voz. «Qué suerte tienes», dijo desde su mesa de trabajo en Manila, donde era por la tarde y estaba haciendo papeleo al servicio de empresas que, en realidad, no le importaban. A otras personas de su oficina sí les importaban, pero a él no, al menos no lo bastante. «Me parece que mi trabajo tendría que gustarme más –le había dicho en una ocasión a Greer–. Como te gusta a ti el tuyo.»

Todo, decía Faith, dependía del éxito de la primera cumbre. Si era un fracaso, entonces era posible que ShraderCapital retirara la financiación. Y aunque la venta de entradas era un problema, la campaña previa de prensa había sido impresionante, con equipos de televisión cada dos por tres en el despacho de Faith para hacerle largas entrevistas.

Un lunes de marzo, a poco más de una semana para la cumbre, cuando había anochecido y todos se habían quedado en la oficina a terminar lo que tenían que terminar, Faith anunció que quería hablarles. Se puso de pie y dijo:

–Sé que estáis todos cansados. Sé que no podéis más. Y sé que no tenéis ni idea de cómo va a salir la cumbre. Yo tampoco. Pero quiero deciros que no he conocido personas mejores que vosotros. Os habéis dejado el culo

aquí trabajando y uno no puede quedarse sin culo –risas– y no tener un ataque de nervios. Que es lo que probablemente me pase a mí. Así que he decidido que lo que necesitamos es salir de aquí.

–¿Ahora mismo? –dijo alguien–. ¡Taxi!

–Ay, ojalá. Pero lo que quiero decir es que me gustaría invitaros a todos a mi casa de campo este fin de semana. Habrá comida y vino y creo que será divertido. ¿Qué me decís?

Avisaba con poca, muy poca antelación, y aunque no se trataba de una orden en el sentido estricto del término, por supuesto todos irían. Sería como entrar en una fortaleza y conocer los misterios que encierra. Averiguarían algo más de Faith, que daba muy pocas pistas sobre sí misma. El sábado todos cogieron el mismo tren, luego se dividieron en taxis y se dirigieron a casa de Faith. Al parecer allí en el bosque la cobertura móvil era muy mala. «Decidles a vuestros seres queridos que es un encargo de trabajo», les había dicho Faith.

El taxi de Greer abandonó la carretera principal y entró en una pequeña y llena de maleza que discurría junto a una masa desordenada de espesura y continuaba hasta que, de pronto, la vegetación se hacía menos densa y dejaba entrever, a media distancia, una bonita casa de tablillas marrones con remates rojos y a Faith de pie en el porche, saludando con la mano. Llevaba puesto un delantal y sujetaba un rodillo, y el pelo le ondeaba en la brisa. Parecía una mujer pionera, hermosa y valiente.

Una vez dentro, a Greer le costó trabajo absorber todos los detalles de la casa de fin de semana de Faith Frank. Los objetos irradiaban distintos grados de significado, algunos de ellos probablemente imaginario. Una butaca de cuero marrón estaba junto a una lámpara de lectura, el cuero levantado y el color borrado allí donde la cabeza de Faith se había reclinado durante decenas de años. Cuando nadie miraba, Greer se sentó un momento y echó la cabeza atrás, pero, aunque no tenía importancia, enseguida se levantó de un salto igual que un perro que sabe que no debe subirse a los muebles.

La habitación de Greer, que a primera vista parecía un simple cuarto de invitados, resultó ser algo más. Frente a la cama de hierro forjado color blanco había un pequeño tocador con adornos varios, entre ellos un trofeo pequeño y polvoriento que llevaba la inscripción:

Liguilla infantil de fútbol 1984
Lincoln Frank-Landau
Al mejor compañero

El hijo de Faith había pasado veranos en aquella habitación. Ahora se materializó igual que un genio salido de un trofeo dorado. Incluso en su encarnación fantasmal resultaba poco amenazador, y dio a Greer, que

siempre había sido hija única, una idea de lo que habría sido tener un hermano. O, al menos, de lo que habría sido tener un hermano siendo hija de Faith Frank. Los dos habrían sido muy afortunados, de no ser por el hecho de tener que compartir una madre tan extraordinaria. Claro que quizá Lincoln siempre habría sabido que tenía que compartirla. Faith luchaba por las mujeres y las niñas –«Cuando el mundo no se preocupa de ellas, tenemos que hacerlo nosotros», había dicho– y era posible que Lincoln hubiera tenido que competir con ellas.

Y tal vez Lincoln había sentido también que tenía que compartir a su madre con sus compañeros de trabajo. Porque, incluso ahora, Faith estaba muy entregada a su equipo en Loci. En ocasiones se tomaba la molestia de llamar a Greer a su despacho, o de sentarse con ella y alguna persona más a comer, con platos de papel apoyados en el regazo. Le preguntaba a Greer por su vida privada y esta le hablaba con timidez del hecho de que Cory viviera en la otra punta del mundo. Faith siguió felicitando a Greer por los discursos que escribía. A veces las mujeres que contaban a Greer sus historias permanecían en contacto y le hablaban de sus vidas: de un nuevo trabajo, o de un contratiempo.

«Sabes cómo sacar la voz de esas mujeres –le había dicho Faith hacía poco–. Ya sé que hemos hablado de lo mucho que te cuesta decir las cosas a veces. Pero quizá lo compensas con esto, porque eres excelente escuchando. Y eso es tan importante como saber hablar. Sigue escuchando, Greer. Sé como… una sismóloga, con un estetoscopio pegado a la tierra. Estate atenta a las vibraciones.»

Allí en la casa se oía la voz de Faith a lo lejos; gritó alguna cosa y alguien rió y respondió también a gritos. Entonces llamaron a la puerta de Greer y a continuación a otras puertas del pasillo. Marcella dijo:

–¡Faith quiere que bajemos a tomar una copa y a hacer la cena!

Al cabo de un minuto o dos todos estaban abajo; no hubo rezagados.

En la cocina, Faith levantó un cuchillo y dijo:

–¿Quién quiere ser segundo chef?

Todos levantaron la mano, pero Greer fue la más rápida.

–Muy bien, señora Kadetsky, el trabajo es suyo –dijo Faith–. ¿Puedes empezar por las cebollas?

–Claro.

Por supuesto que podía empezar por las cebollas; estas abrirían sus pétalos en sus manos. De haber dicho Faith: «¿Podrías resolver el último teorema de Fermat?», Greer habría contestado: «Claro que puedo», y se habría sentado con una pizarra y un trozo de tiza y lo habría resuelto.

Faith le dio una bolsa de rejilla llena de cebollas. Greer se situó frente a la encimera con la esperanza de tener aspecto de alguien acostumbrado a hacer algo así. Aparecieron una botella de pinot noir y copas sopladas a mano de distintos colores. La de Greer era verde mar, con pequeñas

burbujas de imperfecciones atrapadas en el vidrio como efervescencias, y agradeció el sabor fuerte del vino y sintió que se le iba a los muslos y a la cabeza al mismo tiempo.

–Esta noche toca carne –anunció Faith a la cocina entera, y hubo sonidos de aprobación.

Greer iba a decir: «Yo me comeré la guarnición», pero había cambiado el tema de conversación, así que tendría que recordarle más tarde a Faith que no comía carne. Ahora todos se habían puesto a hablar de la cumbre, que empezaba el martes.

–Me sigue dando rabia que no tengamos a la senadora McCauley –dijo Helen–. No me resigno.

Hubo un silencio diligente. Cada vez que salía el nombre de la senadora todos se deprimían un poco, se desestabilizaban casi. La senadora Anne McCauley, de Indiana, era una fuerza poderosa, una apisonadora antiabortista, un personaje alarmante que había trabajado mucho por socavar los derechos reproductivos de mujeres que vivían en la pobreza. A pesar de tener casi setenta años, Anne McCauley no daba señales de querer parar.

–Yo lo intenté –dijo Tad–. Le mandé a su oficina una carta servil y elocuente. Usé todas mis florituras teóricas, pero no funcionaron.

–Habría sido raro que hubiera aceptado venir –dijo Iffat–. No es amiga de las mujeres.

–No, no habría sido tan raro –dijo Helen–. Participa en muchos actos públicos. Le gustan los debates.

–Estoy convencida de que se va a presentar a presidenta –dijo Evelyn–. Ya sé que es mayor, pero da lo mismo.

–A mí me da miedo –dijo Bonnie.

Marcela dijo:

–Yo crecí en Indianápolis y recuerdo cuando se presentó a la reelección. Montó una campaña contra su rival, que era proaborto. Recuerdo que usaron fotografías de fetos.

Hablaron del derecho al aborto, de la composición del Senado y del tráfico de personas, que era un tema que importaba mucho a Faith y se le afilaba la voz cada vez que salía a relucir. Después la conversación derivó brevemente a una serie policíaca de la televisión británica con un personaje femenino de físico atractivo, la inspectora jefe Gemma Braithwaite, agobiada por el sexismo en su departamento y por la violencia del distrito en que trabajaba. A la mayoría de los presentes les encantaba Gemma Braithwaite y todos, incluida Faith, citaron en voz alta una frase del último episodio, que se había convertido en una especie de lema: «A mí nadie me pisotea, señor». Entonces todos rieron y bebieron un poco más.

Helen empezó a hablar de cómo las mujeres forman parte de una

economía tan injusta que solo podía arreglarse desmontándola por completo. «Pieza por pieza. Joder», dijo, y Ben levantó su copa. Faith desestimó la propuesta.

–Aunque llegara a hacerse aquí –dijo–, seguirían puteando a las mujeres. Mira Cuba y Venezuela. Las mujeres siguen sin igualdad.

–¿Qué opinas de eso? –se oyó Greer preguntar. Todos la miraron. Marcella tenía la boca apretada como si pensara: «Eres tonta. ¿Cómo se te ocurre hacer una pregunta tan ignorante?». Pero nadie más miró a Greer así; desde luego no Faith, que se mostró dispuesta a intentar responderla.

–Creo que las ideas sobre lo que son, en esencia, los hombres y las mujeres están muy arraigadas –dijo–. Que las mujeres son subordinadas. Que siempre se quedarán a medio camino. Son ideas que han calado en todas partes. Desde luego que hay una parte económica, y siempre la ha habido. Pero también hay una psicológica y no podemos olvidarla.

Unos pocos asintieron con la cabeza. Bonnie y Evelyn, que concretamente habían oído ya muchas versiones de esta teoría, parecían encantadas de oírla otra vez.

–Me he dado cuenta –continuó Faith– de que cuando las personas hablan de feminismo adoptan un enfoque u otro. Nuestra fundación tiene que adoptar ambos. Tenemos que seguir pensando en el papel que desempeña la economía. Porque da igual lo justa que sea una sociedad, las mujeres van a seguir siendo las que tengan los hijos. Y eso las destina a ser amas de casa o al pluriempleo. –Sacó un escurridor de ensalada de un estante alto. Lavaron y metieron la lechuga y Faith tiró con fuerza de la cuerda una y otra vez, como si fuera un motor fueraborda. Siguió hablando por encima del ruido–: Incluso en los países más evolucionados, como Suecia y Noruega, las mujeres son las que terminan haciendo las tareas peores. Claro que seguro que les han puesto un nombre cuco, igual que hace IKEA con sus muebles, de manera que suenen mejor. En casa tengo una silla que se llama «Leifarne». Pero no podemos dejar de ver las cosas como de verdad son.

Dejó que el escurridor de ensaladas se detuviera y miró a los presentes. Todos escuchaban y nadie tenía ese aspecto retraído, desconectado que puede darse cuando un grupo de personas se reúne y bebe.

–Bonnie, Evelyn y yo somos tan mayores… –dijo Faith– que nos acordamos de los años sesenta como si fuera ayer…

–… o esta mañana –dijo Evelyn.

–Y tomáoslo como una advertencia. El movimiento de las mujeres entonces tuvo que separarse de la izquierda dominada por hombres porque ¿sabéis qué? A la izquierda no le interesábamos demasiado. Tengo la impresión de que eso va a volver a pasar. Nos vamos a encontrar con progresistas que nos dirán que los problemas de las mujeres no pueden solucionarse con el sistema actual, pero que todo cambiará de manera más

o menos automática una vez que ese sistema cambie. También vamos a tener que demostrar que apoyamos la causa antirracista. Acabo de conseguir que Emmett destine dinero de proyectos especiales a un grupo que defiende la justicia reproductiva, y también a una organización que apoya jóvenes escritoras negras. Claro que eso no basta. En cualquier caso, espero que nuestra primera cumbre haga mucho ruido. Espero que podamos cambiar algo.

Todos callaban y cuando Faith terminó de hablar, Tad dijo:

–Gracias por invitarnos, Faith. Es un verdadero honor.

–Por favor, no digas eso. Quiero que todos os encontréis cómodos conmigo. –Faith esbozó una sonrisa peculiar, de alguien divertido consigo mismo, y añadió–: Por eso os he puesto droga en la bebida.

–Faith Frank envuelta en un escándalo de Rohipnol –dijo Ben–. Eso sí que sería noticia.

–Y daría publicidad a Loci –dijo Greer.

–Lo que me recuerda –dijo Faith– que necesito que alguien me cuente la música que tenemos contratada. Porque si hubiera dependido de mí, habría traído a unas cantantes folk feministas que conocí hace la tira de años en el festival Lilith Fair. Y eso no lo «petaría» nada.

Todos rieron y Helen dijo:

–Ay, Faith, ¿sabes qué? Que te quiero.

–Y yo a ti –dijo Faith.

–Y tenemos a Cucamona's, por cierto –dijo Marcella.

–¿En serio? –dijo Tad.

–¿El apóstrofo va antes o después de la ese? –preguntó Ben–. Nunca me acuerdo.

–No lo sé –dijo Greer.

Ben le sonrió, ella le devolvió la sonrisa y a continuación los dos apartaron la vista con timidez.

–Yo me temo que ni siquiera sé quién es –dijo Faith.

–Es una artista hip-hop –dijo Iffat–. Buenísima. Te va a encantar, Faith.

–Es una pena que Cucalinda's no estuviera disponible –dijo Greer. Miró las cebollas y vio sorprendida que en la tabla había una pirámide de gajos. ¿Cómo había conseguido cortar tantas? También comprobó, con cierta perplejidad, que el vino de su copa verde y con burbujas había desaparecido.

–Como he dicho, tenemos un programa excelente –dijo Faith–. Una comandante naval. Una monja activista…

–Me encanta que no nos sepamos sus nombres –dijo Marcella.

–Yo sí me los sé. Y tú deberías aprendértelos –dijo Faith–. Pero no esta noche. Está noche vamos a beber vino, comer carne y relajarnos.

Greer se llenó la copa y miró a todos pensando en lo afortunada que era por estar allí con esas personas, aquel grupo de trabajo hecho de

jóvenes y viejos, de pesos pesados y pesos pluma, de negros y marrones y blancos, de gais y heteros y era posible que hasta bisexuales. Claro que Zee habría dicho que aquello era una manera reduccionista de clasificar a las personas, y probablemente tenía razón. Pero aquella noche Greer se empapó de la camaradería de los allí presentes. Los famosos y los desconocidos, los amargos, los salados y los dulces. Incluso los umami. Faith era umami, en cierto modo, pensó Greer: un sabor especial y distinto del que, una vez lo probabas, querías más.

Mientras hablaban y reían y bebían, Greer se imaginó contándole a Cory todos los detalles después del fin de semana. A Cory le gustaba oír historias sobre su vida en Nueva York, igual que a Greer le gustaba oír cosas sobre Manila, donde Cory llevaba una vida contrapuesta a la suya. Sobre aquel fin de semana ya tenía mucho que contarle.

«Dormí en el cuarto del hijo de Faith –le diría–, y pensé en cómo habría sido tener a Faith de madre.»

«Supongo que complicado», diría Cory.

Sí, complicado sin duda.

Greer se vio con los ojos de Cory; se imaginó que él la veía desde la puerta, en la luz dorada de la habitación. Y entonces la mano, cortando cebollas con una seguridad nueva y algo temeraria, resbaló y el filo del cuchillo de Faith Frank se le clavó en el pulgar.

–¡Mierda, mierda! –gritó dando un salto como así pudiera escapar de su propia herida.

Todos se acercaron corriendo y, de lejos, oyó a Evelyn decir: «Mira cuánta sangre. Uy, yo la sangre no la llevo bien».

Todos corrían de un lado a otro, pero ninguno sabía qué hacer excepto Faith, que se hizo cargo de la situación con serenidad y sacó un botiquín muy viejo, amarillento, del fondo de un cajón situado junto a la nevera.

–Nadie se ha ido nunca de esta casa sin el dedo pulgar –tranquilizó a Greer, que se sentía tan humillada y furiosa consigo misma por estropear el momento que de sus ojos brotaban lágrimas de verdad, no provocadas por la cebolla.

–¿De verdad? ¿Y qué hay que Muñones McGee? –preguntó Tad, y a su comentario siguió un silencio, y se apresuró a añadir–: Perdón, cuando estoy nervioso hago chistes malos.

Faith se volvió a mirarlos y dijo serena:

–¿Por qué no os lleváis las copas a la habitación de al lado? A Greer no le va a pasar nada, yo me ocupo.

–¿Estás segura? –dijo Iffat, poniéndose en modo asistente–. ¿No quieres que te ayude?

–Lo tengo controlado. Gracias, Iffat.

Faith se colocó al lado de Greer frente a la pila de acero inoxidable, le puso el dedo ensangrentado bajo un fuerte chorro de agua fría y a

continuación se lo secó y le presionó la herida. Le aplicó un ungüento antibacteriano y le envolvió el pulgar en una faja de gasa y esparadrapo. El tacto leve de aquella mujer poderosa resultaba extraordinario. También lo era cómo elegía usar su poder de aquella manera tan tierna. «Quizá eso es lo que queremos de otras mujeres –pensó Greer mientras el pulgar le latía y rezumaba sangre–. Quizá es así como imaginamos que serían las cosas si nos dirigiera una mujer. Cuando las mujeres acceden a puestos de poder, calibran y recalibran la ternura y la fortaleza, ajustando y corrigiendo. El poder y el amor no siempre coinciden. Cuando uno llega, es posible que el otro se vaya.»

Faith estaba diciendo:

–Vamos a dejarlo así un rato a ver si deja de sangrar. Mantenlo en alto; por encima del corazón. No creo que necesites puntos.

–No me puedo creer que me haya puesto a llorar así.

–¿Qué hay de malo en llorar? En mi opinión está minusvalorado –dijo Faith.

–Pues ahora mismo me siento como una niña pequeña cuya madre le está curando una pupita. Qué vergüenza.

–No para la madre. Recuerdo hacerlo cuando mi hijo era pequeño. –Faith se retiró el pelo de la cara y dijo–: Según mi experiencia, las alegrías de los hijos no siempre vienen cuando te las esperas. Y en ocasiones son muy, muy poco frecuentes.

Greer pensó de nuevo en el trofeo de la liga infantil de fútbol del dormitorio y en el niño tan colaborador que lo había ganado, que ahora estaría en la treintena y viviendo en otra parte.

–Entonces ¿cuándo vienen?

–Pues, veamos –dijo Faith–. Cuando son felices; ¿no es lo que dice todo el mundo? O cuando están dormidos. A veces me avergonzaba de lo mucho que me gustaba que mi hijo estuviera dormido. Era un niño bueno, pero es que daba mucho trabajo. Y por lo menos cuando estaba dormido sabía dónde estaba exactamente y lo que hacía.

–¿Y ahora? –preguntó Greer con naturalidad–. ¿Qué tal es?

–¿Ahora? Ahora no sé gran cosa. Su vida es suya. Es abogado fiscal y muy distinto de mí. No estoy segura de que me necesite demasiado. Y ya nunca lo veo dormir. He decidido que una vez al año debería haber una fiesta nacional en que los hijos ya crecidos dejen a sus padres arroparlos una vez más.

Se quedó callada y Greer no se dio prisa en hablar. Faith se estaba descubriendo, abriéndose, dejándose conocer un poco más. Había allí un destello de reciprocidad y Greer no quería hacer nada que lo estropeara. Estaban en silencio frente a la pila, junto a la ventana que daba al jardín a oscuras, iluminado por un único reflector, en el que ahora, como si lo hubieran convocado, apareció un ciervo. Se detuvo en el cono de luz y

miró a su alrededor.

–Ah, mi visitante ocasional –dijo Faith.

El ciervo tenía una pata levantada como si hubiera estado cruzando el jardín y de pronto se hubiera perdido en sus pensamientos, quizá pensando en bayas, o en hojas, o en las extrañas siluetas de una mujer mayor y otra más joven enmarcadas por la pequeña ventana. Faith se movió un poco y el ciervo se sobresaltó y salió disparado.

Un poco más tarde, cuando Greer se había repuesto y todos la trataban como una pequeña heroína, encendieron la barbacoa y volvió a salir el tema de los chuletones.

–Supongo que no hay nadie que no coma carne –dijo Faith–. Si lo hay, que hable ahora o que calle para siempre.

Greer estuvo a punto de mencionar su vegetarianismo, que en cualquier caso todos conocían después de todas las veces que habían pedido comida en el trabajo, pero ahora ninguno la miró expectante. Al parecer las personas nunca te prestaban tanta atención como tú creías. Al tener tan reciente el momento de intimidad con Faith en la pila, Greer pensó en el, al parecer, algo decepcionante hijo de esta y se convenció de que rechazar su carne también le supondría una desilusión. Greer no quería desilusionar a Faith por nada del mundo, así que no dijo nada.

–Muy bien –dijo Faith–. Pues aunque hace un poco de fresco, creo que vamos a usar la barbacoa. Espero que a todos os guste la carne poco hecha.

–¡Sí! –dijeron todos a coro, incluida Greer, que se sorprendió a sí misma.

Por la ventana vio a Ben y a Marcella simular un duelo rápido, coqueto, con los utensilios de la barbacoa. Era probable que aquella noche compartieran cama y quizá, para incomodidad y admiración de todos, se les oiría hacer el amor. La barbacoa humeaba y chisporroteaba y empezó a oler a comidas cocinadas en otro tiempo y ahora evocadas a medias.

En la mesa, la propia Faith dejó caer con un ruido seco en el plato de Greer un chuletón pinchado en un largo tenedor.

–*Voilà* –dijo Faith–. Creo que han salido bien. Espero que no estén demasiado crudos.

–Como la cruda realidad –dijo Tad.

Greer miró con una sonrisa forzada el enorme trozo de carne que ya nadaba en sangre, como la cabeza de una persona que acabara de saltar de un tejado. Faith depositó una cucharada de mantequilla de hierbas sobre el chuletón de Greer y la grasa de inmediato esparció su muerte listada sobre la superficie del tamaño de un pez raya.

–Ataca, Greer, aunque tengas una herida de guerra –dijo Faith.

–Sí, con el muñón –dijo Greer.

–Y, por favor, no me esperéis ninguno.

Faith se fue a servir al siguiente. Greer cogió el tenedor con la mano lesionada y lo sostuvo con torpeza; se detuvo con los cubiertos en ristre, preguntándose cómo iba a comerse aquel chuletón. Por dentro era de un azul rojizo oscuro, antinatural, perverso incluso. «En su punto», había oído que lo llamaban.

A su alrededor, todos comían y exclamaban con placer.

–¡Madre mía! –gimió suavemente Marcella, y Greer se la imaginó en la cama con Ben–. Esto está buenísimo, Faith.

–El mejor puto chuletón que he comido en mi vida –dijo Tad.

–Oye, Faith, si lo de la fundación no sale bien –dijo Helen–, podrías abrir un restaurante y llamarlo El Asador Feminista de Faith Frank. Todos los chuletones se servirían con patata asada, espinacas a la crema y promesa de igualdad.

Greer era la única que no había alabado la carne de Faith; pronto empezó a agobiarla su silencio y sintió que tenía que aportar algo.

–¡Y con cada chuletón, acceso libre al bufé de ensaladas! –añadió.

Faith, que se dio cuenta de que aquello quería ser gracioso, sonrió.

Greer se concentró en cortar un cubo perfecto y a continuación en pincharlo con el tenedor. Cuando lo miró a la luz se acordó de esos dibujos de un corte transversal del tejido humano. Comer carne cuando la odiabas y cuando llevabas cuatro años sin probarla era una aberración, casi una forma de canibalismo. Pero también, se dijo, un acto de amor. Al comerse aquello se convertía en alguien a quien Faith querría seguir haciendo confidencias, a quien escuchar y en quien apoyarse; alguien para quien querría cocinar carne. Greer se puso el bocado en la lengua con la esperanza de que se disolviera igual que un terrón de azúcar, pero en lugar de ello comprobó que conservaba con obstinación su forma, su integridad, sin ceder ni músculo ni grasa. El interior de su boca era como un matadero en miniatura con un toque de vestidor de madera de cedro. Era asqueroso.

«No vomites –pensó con severidad–. No vomites.»

Trató de replantearse la idea de comer carne; ¿era algo tan distinto de, por ejemplo, lo que ocurría durante el sexo? Al principio, con Cory, Greer había estado excitada y asustada a la vez. Pero pronto dejó de estar tan asustada. Aprendió que las otras personas no estaban tan mal. Cory no era más que otra persona, un alma dentro de una larga membrana. Un animal al que quería muchísimo. Con aquel centímetro cúbico de una vaca muerta y triste ocurría lo mismo, no era algo tan malo.

«Adiós, vaca –pensó imaginando la borrosa y lejana mancha verde de un prado–. Espero que tu corta vida fuera al menos feliz.» Tragó con energía y se obligó a sí misma a no escupir. El chuletón viajó hasta su estómago y allí se quedó.

–Mmm –dijo Greer.

El domingo por la mañana, en el andén de la estación mientras esperaban al tren de las 10.04 que los llevara de vuelta a la ciudad y a los días previos a la primera cumbre, todos encendieron sus móviles y los miraron parpadear en busca de cobertura. Los teléfonos se iluminaron, aparecieron las manzanitas y el equipo de Loci leyó con gran interés lo que se había perdido durante su ausencia. Se dieron la espalda unos a otros y acapararon el andén escuchando sus buzones y leyendo mensajes.

Greer comprobó desconcertada que había recibido treinta y cuatro mensajes de voz y dieciocho de texto desde que llegó a casa de Faith. Era absurdo y sin embargo allí estaba, una catarata desbordante de apremios, casi todos procedentes de Manila.

Seis

Al amanecer, a la entrada del aeropuerto internacional Ninoy Aquino había una cola interminable que llegaba hasta los detectores de metal por la que tenían que pasar todas las personas, no solo las que viajaban aquel día. Cory Pinto, que llevaba las dos últimas horas llorando en oleadas espasmódicas, avanzaba con el resto, los ojos reducidos a dos pequeñas ascuas. Intentaba mantener la compostura, como se suele decir, pero no estaba teniendo demasiado éxito.

Una vez pasó los detectores, una voz susurró algo sobre el vuelo 102 por los altavoces y Cory supo que tenía que darse prisa. Intentó abrirse paso entre los corros de gente delante de él diciendo: «¡Perdón! *Makikiraan po!»,* pero nadie se movió. Los viajeros continuaban en grupos de siete o doce, aferrados a maletas o mochilas o, en algunos casos, un surtido de cajas más o menos apiladas y cerradas con cinta adhesiva.

Cory no llevaba equipaje; no se había acordado de coger nada. Su capacidad de planear algo de manera racional lo había abandonado en cuanto conoció la noticia, en plena noche. Después de recibir la llamada, había ido al cuarto de estar de su apartamento y le había dicho a McBride, su compañero de piso:

–Me tengo que ir.

McBride, con quien había tratado algo en Princeton, aunque los dos pertenecían a grupos sociales distintos y nunca se habrían hecho amigos, levantó la vista desde el sofá de cuero con brazos redondeados y superficie fría y resbaladiza donde se había quedado medio traspuesto jugando a misiones viejas de Red Dead Redemption en la Xbox que se había traído de casa de sus padres cuando lo contrataron en Armitage & Rist.

–¿Qué? –había dicho McBride–. Son las tres de la mañana, joder. ¿Dónde vas a ir, tío?

De sus auriculares feos como el culo, que siempre le recordaban a Cory los ojos de una mosca, cada uno con un círculo convexo negro en el centro, salía música. Se oía la tonta canción rap de Belicouso:

> Te vi sentada en el spa de pies coreano
> con ese desparpajo

El tercer habitante del piso, Loffler, recién graduado en finanzas por Wharton, estaba dormido en su habitación, que siempre olía a la hierba barata que había comprado en un viaje a Sagada y había arriesgado a llevarse de vuelta a casa para compartirla con sus compañeros. Todos

ganaban mucho dinero y, aunque no querían derrocharlo sin exponerse al peligro, tampoco querían ser desgraciados. Vivían en un acogedor rascacielos en el barrio de Makati, lejos de las calles atestadas, se abandonaban al lujo y al confort del aquel sector rico de Manila en el que los expatriados vivían, trabajaban y gastaban su dinero.

–Ha pasado algo –dijo Cory sin entonación.

–A eso se llama ser específico –dijo McBride–. ¿Quieres que adivine?

Cory se echó a llorar otra vez y, por supuesto, McBride no supo qué hacer.

–Dame una pista –dijo–. ¿Se ha muerto alguien de tu familia?

Cory asintió con expresión triste.

–¿Tu abuela o algo así?

Dijo que no con la cabeza.

Cuando le sonó el móvil en plena noche Cory se había sentado en la cama y había visto el número de sus padres. Le irritaba que les costara tanto recordar la diferencia horaria entre la costa este de Estados Unidos y Manila. Aquella llamada echaba a perder toda una noche de sueño. Habló con voz tensa y antipática, para transmitir a sus padres que era un adulto, que tenía responsabilidades y necesitaba dormir. Pero su padre estaba llorando y diciendo en portugués una cosa que no tenía ni pies ni cabeza:

–*Sua mãe matou seu irmão!*

–¿Qué? –Tenía que haber traducido mal–. ¿De qué hablas?

En la voz del padre de Cory había una angustia aterradora mientras le contaba a este que su madre, al salir marcha atrás por el camino de entrada a la casa, no había visto a Alby jugando y lo había atropellado por accidente. Le había destrozado la espalda y un hueso se había roto y había atravesado una arteria pulmonar. Había aguantado un poco, pero, una vez en el quirófano de Springfield, había muerto.

–¿Qué? ¿Estás seguro? –fue la ridícula pregunta de Cory mientras se pasaba la mano por el pelo en la oscuridad y a continuación se frotaba la cara tratando de encontrar algo que hacer con la mano agitada, esquiva.

–Sí. Ha sido tu madre –dijo el padre–. No puedo ni mirarla a la cara.

–¿Dónde está?

–Sedada. Le han puesto una inyección.

–Vale. Vale –dijo Cory intentando pensar–. Igual tú también necesitas sedación. Voy para el aeropuerto. Intentaré coger un vuelo de la mañana. Aquí es de noche ahora. Voy a tardar un día entero en llegar.

Mientras decía esto tampoco concebía ya volver a mirar a su madre a la cara. Apretó el teléfono con las dos manos y llamó a la compañía aérea y esperó mientras escuchaba una versión chirriante de «Las fuertes» sonar en bucle. Después de reservar un vuelo llamó a Greer, a quien ahora necesitaba de una manera nueva, adulta. Pero le saltó el buzón de voz. «¿Dónde estás? –le dijo al teléfono–. Te necesito.» Nunca le había dicho

aquellas palabras. «Amor» siempre, pero «necesidad» nunca.

Siguió llamándola desesperado y hablando cada vez más alto a la voz de Greer grabada para después colgar. También le mandó múltiples mensajes de texto diciendo: «Llámame», pero no obtuvo respuesta. No podía contarle lo sucedido con Alby en un mensaje de voz, era imposible decir esas palabras al aire. Necesitaba que Greer lo escuchara en tiempo real mientras las pronunciaba, de modo que, mientras él exhalaba los hechos, ella los inhalara en una suerte de reanimación boca a boca. «Llámame, por favor –susurró, como si modular la voz de otra manera fuera a garantizarle la atención de Greer–. Da igual la hora que sea. Ha pasado algo muy muy malo.»

Cuando siguió sin obtener respuesta recordó que Greer le había dicho que se iba a pasar el fin de semana a casa de Faith Frank y que estaría sin cobertura. Habría sido de esperar que alguien tan poderoso como Faith Frank tuviera señal de teléfono en su casa. Cory caminó por su pequeño dormitorio, que era un batiburrillo de sus pertenencias, con la papelera rebosante de papeles y botellas vacías del té frío San Mig Strong Ice juntas sobre el buró. En todo el lugar prevalecía una sensación general de desorden y un hedor que se encargaría de eliminar la asistenta, Jae Matapang, que limpiaba para estos tres jóvenes estadounidenses de sueldos altos incapaces de cuidarse solos. «Hombres –decía para sí en ocasiones negando con la cabeza cuando llegaba y echaba un vistazo al apartamento–. Son unos desastrados.» Y sin embargo nunca parecía molesta.

A oscuras y con dolor de estómago, Cory se quitó los pantalones de cintura ajustable que se había comprado en el centro comercial Greenbelt y buscó unos calzoncillos en el cajón. Jae hacía la colada en un cuarto del sótano que ninguno de los tres hombres había visto nunca. «Hola, Jae», decían siempre, y le daban sus cosas. Ella las aceptaba en silencio y les lavaba la ropa interior sucia de pis y semen y les planchaba las camisas para que pudieran ir bien vestidos y seguros de sí mismos a las oficinas de Armitage & Rist en la torre Rufino Pacific, el edificio con fachada de acero más alto de Filipinas.

Cory pensó que era muy probable que a los veintitrés años se convirtiera en una persona trastornada que deambularía por las calles de Manila. Jae lo vería y se sentiría mal, pensaría: «Uno de los chicos desastrados. ¡El alto!».

Puesto que no tenía tiempo de buscar nada más, Cory se puso unos pantalones negros de traje que estaban sobre la silla de su escritorio, se guardó el pasaporte en el bolsillo delantero y salió del apartamento. De camino al aeropuerto en el asiento trasero de un taxi, con el cinturón de seguridad roto cruzado inútilmente sobre el regazo igual que un brazo flácido, vio cómo retrocedían el murmullo y el fulgor apacibles de Makati.

Aún no se había acostumbrado a vivir allí. Desde el principio se le había hecho raro. En el vuelo a Filipinas en Cathay Pacific, no mucho después de terminar la universidad, el personal de vuelo le había recibido como a un viejo amigo. Cory se tumbó y comprobó que no parecía fuera de lugar, tampoco un impostor. Y no solo eso, su largo cuerpo no parecía demasiado largo para aquella cama celeste, una cuna que lo meció mientras cruzaban el océano.

Así que Cory Pinto, de Macopee, Massachusetts, se comió varias piezas de *dim sum* y un bistec; comió sin preocuparse demasiado por cuánto estaba comiendo. La vida en Princeton lo había preparado para aquella nueva vida, que hasta empezaba a parecerle merecida, aunque en otros momentos sabía que no se había ganado nada. De lejos, a su espalda, le llegaban las quejas y el descontento de los pasajeros de clase turista.

En Manila les habían buscado un apartamento a él y a los demás. El edificio tenía un nombre absurdo, Continental Arches, arcos continentales. Makati era una zona próspera y confortable, pero en cuanto ponía un pie fuera, se encontraba en la vertiginosa Manila, que constituía un viaje en sí misma. La mayoría de las personas con las que trataba Cory hablaban un inglés excelente, pero aun así intentó aprender tagalo, porque muchos filipinos no hablaban inglés bien y no quería parecer un esnob cuando salía de su pequeña colmena; quería esforzarse. De vez en cuando salía con sus compañeros de piso a tomar copas en los bares de la ciudad y comer barato en bares de una zona en particular que los materiales de orientación que les daban en Armitage & Rist señalaban como zona que había que evitar.

Iban en *yipnis,* esas mezclas de autobús y jeep pintadas de colores vivos y chillones y cubiertas de pintadas; a veces tenían dibujos de demonios o águilas acompañados de palabras o frases como MONSTRUO SOBRE RUEDAS o JESÚS ME AMA MUCHO o SEÑORA ROSA Y HERMANOS. En el interior, los pasajeros se sentaban en dos largos bancos de madera enfrentados, rodilla con rodilla, y hacían un viaje sin sobresaltos, pero lleno de tumbos hasta al centro. «Bayad po», dijo Cory nervioso la primera vez que se subió a uno mientras daba el dinero. Más tarde se volvió algo sencillo y casi natural.

Manila había impresionado a Cory de muchas y distintas maneras: la riqueza se concentraba en Makati; los perros policía que husmeaban los coches detenidos a la puerta de los hoteles de lujo y con los maleteros abiertos para que los guardas de seguridad pudieran inspeccionarlos con linternas; el exotismo y la tortuosa exuberancia de la vegetación; los puestos de pescado y de fruta: los niños tan guapos que correteaban por todas partes; la pobreza escandalosa y los centros comerciales. Dios, los centros comerciales, siempre llenos de actividad porque tenían aire acondicionado y el aire de fuera era lo contrario del aire acondicionado.

Manila podía ser un horno y todos se cocían juntos dentro de él.

Pero ahora, después de meses allí de ganar dinero, de comer *adobo* y *pata* crujiente y de trasnochar con clientes, lejos de Greer, que lo esperaba mientras vivía su propia vida en otra ciudad, allí estaba, en un estado de dolor incontrolable dentro un ruidoso taxi con el cinturón de seguridad roto en dirección al aeropuerto de Manila a coger un avión a su casa para estar con su familia porque su hermano había muerto. Se alegraba de no tener cinturón de seguridad; ni siquiera lo quería.

–Puede estrellar el coche, si quiere –le dijo al conductor–. Me importa una mierda.

–¿Qué dice? –dijo el taxista mirando por el espejo retrovisor para evaluar la situación.

–Que se puede salir de la carretera. Quiero estar muerto. Quiero morir.

–Pero yo no quiero morir –dijo el taxista–. Me parece que está usted loco –añadió con una risa tensa. Pero su curiosidad pudo más que él y, en un tono más conciliador, preguntó–: ¿Por qué se quiere morir?

–A mi hermano lo ha atropellado un coche y ha muerto. Conducía mi madre.

–Lo siento –dijo el taxista pensativo–. Su hermano. ¿Un niño pequeño o un hombre?

–Un niño pequeño. –Cory recordó la cara inteligente, expresiva de su hermano, sabiendo que con el tiempo se desdibujaría y se alejaría. Tendría que ser así.

–Eso es terrible. –A continuación y sin decir palabra, el taxista se detuvo en el arcén de la autopista. En el cielo había un borrón de luz de sol incipiente. Se quedaron un rato en el coche parado y el taxista sacó un paquete de cigarrillos mentolados Jackpot y le ofreció uno a Cory, que lo cogió por la ranura que había en el plástico separador. El taxista le pasó un mechero, luego lo recuperó y se encendió también él un pitillo. Fumaron en un silencio triste.

La noche se convirtió en mañana acompañada del sabor del cigarrillo mentolado Jackpot que Cory conservaba en la lengua mientras se desplazaba por el aeropuerto para volar a casa. En aquella ocasión no había plazas en *business* y, en cualquier caso, su empresa no se lo habría pagado. Esta vez no habría una cuna para su largo y repentinamente frágil ser. Cory ocupó el único asiento que quedaba, en la última fila junto al lavabo, un asiento central donde iba apretado entre un hombre alto y corpulento y una mujer grande y corpulenta. Viajó encajonado, llorando y viendo una película filipina sin subtítulos porque pensó que le llenaría la cabeza de palabras que no podría seguir y los ojos de colores chillones y cambiantes y destellos de carne.

En la película no morían niños, no era más que un melodrama en el que había amor y matrimonio e infidelidad y sexo, siempre sexo, que

interesaba a todo el mundo en todos los continentes. Luego se terminó la película y Cory regresó a sí mismo, triste e incrustado en el estrecho espacio entre sus compañeros de asiento. Uno de ellos –no sabía muy bien cuál– olía a especias y a levadura y a algo un poco inquietante e inidentificable. Pero Cory había llorado tanto y había liberado sustancias químicas tan tóxicas y alarmantes que era posible que el olor procediera de él mismo.

Cuando llegó, Greer ya le estaba esperando en Macopee. Cory había volado a Los Ángeles y después a Nueva York, y a continuación había cogido un autobús a Springfield y un taxi a la ciudad, que estaba nevada y fría, lo que le recordó que no llevaba abrigo. Cory no se había lavado los dientes ni aseado en un día; era un ser maloliente y empapado con cara y boca sucias. El vuelo lo había pasado llorando de manera intermitente, sintiéndose enfermo y sospechando que aquella enfermedad lo acompañaría siempre, de forma aguda o crónica en función de los días. No volver a ver a Alby, no volver a tener con él una de esas conversaciones que cambiaban de rumbo igual que un cohete impredecible no era una idea a la que pudiera acostumbrarse.

El taxi se detuvo a la puerta de casa de los Pinto. Había varios coches aparcados, bloqueando el camino de entrada; Cory reconoció el Pontiac verde de la tía Maria y el tío Joe. Entró en la casa por la puerta sin cerrar y sus familiares lo rodearon, algunos de ellos llorando, y a continuación se separaron dejando ver a Greer, sola. Se había enfrentado al panorama de los Pinto sin Cory; no se había escondido en casa de sus padres esperando a que llegara. Los familiares los dejaron solos en el cuarto de estar.

–Ay, Cory –dijo Greer, y eran las palabras correctas–. Ay, Cory, Cory, ven aquí. Te quiero. Cariño, te quiero.

Casi nunca lo había llamado «cariño» y Cory pensó: «Qué raro». «Cariño» era para situaciones extremas. Greer se había salido de su vocabulario habitual y había buscado en el de otra generación; las palabras que solía usar no servían en aquel momento. «Cariño» era raro, pero también un puente que salvaba la brecha atroz entre quienes habían sido y quienes eran ahora. Un puente cariñoso que los ayudaría a seguir adelante lo mejor que pudieran. Se sentaron juntos, Cory consciente de su mal olor y Greer tan cariñosa y asustada que tenía los ojos de un color rojo alarmante.

Cory era un adolescente cuando nació su hermano. Menuda humillación había supuesto aquello: un niño pequeño en la casa llora que te llora cuando querías dormir, hacer tus deberes o pensar en sexo. Durante mucho tiempo Cory había ignorado a aquel crío aburrido y lleno de gases explosivos, pero entonces había empezado a gatear, y después a hablar. Y se había vuelto superinteresante. ¡Qué cosas decía! A los dos

años, a Duarte: «Háblame de los fertilizantes». Y a los cuatro, a Benedita, respecto a uno de los espirales de pasta que tenía en el plato: «¿Lo ves tenso? Está estresado. Es lo que dice Cory cuando se encuentra tenso. “Estoy estresado”».

–No me puedo creer que esto esté pasando –le dijo ahora Cory a Greer con la cabeza apoyada en las manos–. ¿Qué puedo hacer? –le preguntó mirándola.

–¿Qué quieres decir?

–Para que no sea verdad.

–Entiendo –dijo Greer seria–. Te voy a ayudar.

–¿Cómo?

Greer calló un momento mientras pensaba.

–No lo sé –dijo–, pero lo voy a hacer.

Siguieron sentados juntos en el sofá con su funda de plástico resbaladiza y luego Cory apoyó la cabeza en el regazo de Greer, ambos sin palabras y llorando durante tanto rato que llegó un momento en que oyeron el *clic clic* de cuando se enciende un quemador de cocina. Al parecer a alguien se le había ocurrido que sería apropiado hacer la cena.

–¿Has dejado el trabajo para venir? –quiso saber Cory.

–No tiene ninguna importancia. Olvídalo.

–Pero, espera –dijo. Hizo un esfuerzo enorme por concentrarse y entonces recordó algo–. ¿No tenías ahora aquello? ¿Lo de Loci? ¿Algo de un congreso con mucha gente? ¿O me equivoco de fechas?

Greer se encogió de hombros, lo que la delató. La primera cumbre –«Mujer y poder», le había dicho a Cory que se llamaría, algo avergonzada y emocionada por cómo sonaba– en la que había estado trabajando desde que entró en Loci empezaba al día siguiente por la mañana y la necesitaban allí. Pero Greer no iría; se la iba a perder.

–¿Estás segura de que no pasa nada porque no vayas? –insistió Cory.

–Pues claro que sí –Greer hizo una pausa–. ¿Cuándo vas a subir a ver a tu madre?

–No lo sé.

–Cory, tienes que hacerlo. Yo también voy a ir a verla en algún momento, si crees que le puede apetecer. Pero tú desde luego que tienes que ir ahora.

Cory sacó de alguna parte las fuerzas para hacerlo. Su padre se había ido a un bar con uno de los tíos y llevaba fuera casi todo el día. El dormitorio de sus padres estaba a oscuras, con las persianas echadas, y Cory entró sin llamar y se quedó junto a la cama con las manos a la espalda igual que un centinela. Su madre estaba acostada de lado bajo la colcha de chenilla en la que Cory y Alby solían sentarse para pellizcarla, pues todas las protuberancias y nudos proporcionaban interés y ocupación a sus siempre activas manos.

Estaba destrozada, claro, capaz solo de levantar un poco la cabeza.

–¿Cómo no viste que estaba en la entrada? –soltó por fin Cory con crueldad.

La madre alargo la cabeza hacia él.

–Cory, estás aquí.

–Sí, estoy aquí.

–No lo vi en el espejo retrovisor –dijo la madre.

–Pero ¿estabas mirando?

–Sí, ¡lo juro! No sé lo que pasó –dijo, y le dio de nuevo la espalda.

Cory se avergonzó de cómo lo aliviaba su propia crueldad y dijo, ya más calmado.

–Bueno, vale. Vale. El caso es que estoy aquí.

Y salió de la habitación.

El padre de Cory no volvió en todo el día y las tías estaban pendientes de Benedita, así que Cory se fue con Greer a casa de los Kadetsky, al otro lado de la calle. El padre y la madre de Greer lo abrazaron y le hablaron con amabilidad y luego los dejaron solos. Se dio una ducha larga en el baño de arriba y luego Greer y él se tumbaron en la cama de ella y follaron con esfuerzo, pero también con intensidad. Cory llevaba meses sin tocarla y estuvo tan receptivo como siempre, casi como si, mediante el sexo, fuera a poder resolver el insuperable problema de la muerte. Se chocó contra las caderas de Greer de una manera que le resultó familiar, aunque reparó en que su cuerpo parecía ahora más terso. Aquella era la versión neoyorquina de Greer. La versión que vivía y respiraba una vida que no era la de Cory.

«Te habría gustado mucho el sexo, hermanito –pensó cuando Greer le acarició el pene–. Te habría encantado. ¡Que una chica te toque ahí abajo y tú tocarla a ella! Hacerlo de manera abierta, recíproca. Deliberada, hermanito.» A Alby le había interesado todo, le había gustado explorar. Algún día habría estado loco por una chica, una chica inteligentísima que habría sido su igual.

Hubo velatorio con ataúd abierto –pasar un día en presencia del cuerpecito de su hermano fue atroz– y a continuación una misa fúnebre en la iglesia católica. Su madre se desmayó junto a la tumba y su padre la ayudó a levantarse, aunque de mala gana. Apenas se hablaban, así que tal vez no fue de extrañar que, dos días después del funeral, el padre de Cory se presentara a la puerta de la casa de los Kadetsky, pidiera con educación ver a su hijo, que se había instalado allí y, cuando estuvieron los dos solos en la cocina, le dijera que se iba a Lisboa a pasar una temporada.

–¿Ahora?

–Sí, necesito irme un tiempo.

Así que se fue y durante unos días no supieron nada de él, lo que sorprendió a Cory, quien había supuesto que llamaría todos los días. Su madre, a todo su dolor, había sumado ahora una cantinela. «¿Dónde está

Duarte?», preguntaba desde la cama.

–Se ha ido unos días a Lisboa –le dijeron varias veces los tíos y tías y Cory.

Pero no se sabía cuándo volvería, así que Cory usó la tarjeta telefónica del cajón de la cocina para llamar a su padre y pedirle explicaciones.

–¿Qué estás haciendo? –dijo.

–Voy a quedarme aquí un tiempo más.

–¿Cuánto es «un tiempo más»?

–No lo sé.

–Vale, dime la verdad. No vas a volver, ¿verdad? –dijo Cory, y hubo un cambio de tema, luego un suspiro y la confesión de que no, de que el padre de momento se iba a quedar allí.

–Pero mamá no puede estar sola –dijo Cory–. No se levanta de la cama.

–Tiene a sus hermanas. Y le pasaré dinero. Además le voy a dejar el coche. Ahora podrá dedicarse a matar a quien le parezca.

–Pero esto es una crisis.

–Te voy a echar de menos, pero no puedo seguir viviendo con ella. Mi primo me ha ofrecido un trabajo aquí. Eres un hijo estupendo –añadió Duarte, desmoronándose.

Cuando Cory se lo contó a Greer, esta dijo:

–¿Cómo puede hacer una cosa así?

–Tendrás que preguntárselo tú si es que vuelves a verlo algún día.

–Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras, ya lo sabes –dijo Greer–. Mis padres casi ni se enteran de que estás. O de que estoy yo.

–¿No tendrías que volverte ya a Nueva York? ¿A tu trabajo? –le preguntó Cory.

–Me esperarán.

–Greer, faltaste a la cumbre. No me puedo creer que hicieras algo así. Que yo te obligara a hacer algo así.

–No me obligaste a nada. Yo quería hacerlo.

–Pero te necesitaban allí, ¿o no? –Greer no contestó–. ¿Te han dicho si salió bien?

–Sí –dijo Greer–. Salió genial.

–¿Se enfadó Faith Frank contigo? –insistió Cory.

–Cory –dijo Greer–. Estoy aquí por decisión propia, ¿vale? No te preocupes.

Durante el día y medio siguiente, de vuelta en su casa, Cory se dedicó a ver en YouTube vídeos de los paneles y discursos de la cumbre y a seguir varios *hashtags* y menciones de Loci, algunos muy feos, acusando a la fundación de aceptar «dinero manchado de sangre» de ShraderCapital, pero la mayoría entusiastas. «Cuánta energía en el Centauri Center», escribió alguien. «Un acto increíble», era otro de los comentarios, y se daban detalles sobre lo dinámicas que habían sido las ponencias y lo

receptivo que había estado el público.

Vio el vídeo de la conferencia plenaria de Faith Frank. A sus sesenta y ocho años era decididamente sexi. Le gustaron sus botas; le daban cierto toque de chica mala. Su discurso era intenso y serio e ingenioso y fue recibido con fervor y Cory entendió por qué le gustaba tanto a Greer. A las mujeres en ocasiones les gustaba sentirse deslumbradas por otras mujeres; Cory pensó que, de ser una mujer, también le gustaría Faith Frank.

Luego vio las otras charlas, todas de mujeres: la astronauta, la comandante naval, la artista hip-hop, la poeta cuyo libro sobre la pobreza en Estados Unidos acababa de ganar un premio importante. Algunas de las ponentes eran entusiastas y bienintencionadas, otras, como la poeta, eran fascinantes. Y luego estaba el impresionante despliegue multimedia: enormes pantallas envolventes que mostraban escenas de la vida real de las ponentes y una acústica óptima cuando cantó un coro de chicas del South Side de Chicago. Emmett Shrader se había gastado mucho dinero en aquello y Greer se lo había perdido todo. Cory se sintió fatal, a pesar de la insistencia de ella en que no fuera así.

Una mañana su madre se levantó de la cama y entró en la cocina, donde estaban Greer y Cory con la tía Maria.

–¿Qué pasa, mamá? –le preguntó Cory con cautela–. ¿Necesitas algo?

–Noto la presencia del espíritu de Alby –anunció la madre–. *Gênio Dois.* Está aquí. Quiere que mude de piel.

Extendió los brazos y les enseñó las marcas donde había estado pellizcándose y levantándose la piel. Más tarde Cory leería en Internet sobre brotes psicóticos en los procesos de duelo. Ahora se limitó a mirar a su madre sin que se le ocurriera nada que decirle.

Necesitaba estar vigilada; eso fue lo que decidieron los tíos. Hicieron lo que pudieron, llamaron a sus empleadores y les dijeron que no podían ir a trabajar. Pero tenían sus vidas y sus familias y ninguno podía seguir en Macopee durante mucho más tiempo. Incluso Greer empezó a pensar que tenía que volver al trabajo y Cory, por supuesto, le dijo que se fuera.

–¿Y tú qué? –le preguntó Greer cuando volvieron a estar solos.

–Creo que me voy a quedar.

–¿De verdad? ¿Vas a poder?

–¿Qué quieres decir? Es mi obligación.

–Vale –dijo Greer insegura.

–¿Qué? –dijo por fin Cory–. ¿Qué pasa?

–Es que estoy preocupada por ti, Cory. No deberías llevar todo el peso de esto.

–Es lo que hay, Greer.

–Creo que eres un hijo maravilloso –dijo Greer, pero Cory no se lo tomó en absoluto como un cumplido.

–Sí, soy maravilloso –dijo tenso–. Soy increíblemente maravilloso. Y

ahora tengo que quedarme.

El dormitorio de Alby llamaba a Cory con la extraña ferocidad de ondas sonoras salidas de las profundidades de una cueva. Hasta entonces había ignorado la llamada, pero una vez que los familiares se marcharon y se mudó oficialmente a la casa y llamó para despedirse de su trabajo en Armitage & Rist, desconcertando a sus empleadores (su supervisor inmediato había dicho: «¿De verdad vas a renunciar a todo esto? Nadie hace algo así»), se sintió arrastrado al cuarto que había habitado su hermano.

Y una vez entró, no quiso estar en otro sitio. Pasó mucho tiempo sentado en la alfombra azul con sus muñecos cabezones de jugadores de baloncesto sobre él, en el estante, oscilando furiosos a la mínima pisada, y con las figuras de acción de Alby desperdigadas. Una tenía el brazo levantado; otra daba una patada a la nada; otra tenía el torso girado en una actitud imposible; todas estaban congeladas en sus posturas últimas, perpetuas.

Cory también había sacado los papeles y los dibujos y cuadernos del colegio de Alby y lo estaba leyendo todo de manera obsesiva, como si fuera a encontrar y decodificar pistas que probaran de alguna manera que su hermanito en realidad seguía vivo en un hasta el momento no divulgado emplazamiento en alguna otra parte del mundo. Aquella era la fantasía que había construido; recrearse en ella lo consolaba.

La caligrafía de Alby era grande y errática, y su profesora le había rodeado todo el rato palabras con bolígrafo rojo y le había reprendido: «Intenta ser más cuidadoso, Alberte». Pero el contenido del trabajo de Alby era complejo, en ocasiones incluso digresivo. En sus redacciones para clase hablaba largo y tendido sobre dinosaurios, los incas y el Big Bang, usando estadísticas para apoyar sus ideas. Y aun así divagaba. «Intenta centrarte en el tema, Alberte», había escrito la misma profesora, y Cory quiso darle un puñetazo en la nariz.

Luego estaban los cuadernos. Al principio no entendía lo que eran, o para qué servían. Eran tres, uno encima del otro, con el dibujo geométrico de cadenetas verticales común a los cuadernos escolares de todo el país. Cuando Cory abrió el primero, se encontró con lo que parecía una especie de hoja de cálculo casera con estadísticas y apuntes crípticos en la caligrafía gigante e infantil pero muy controlada de su hermano:

6 AGO
10.00
TEMPERATURA: 24 GRADOS
15 MINUTOS DE OBSERVACIÓN
MOVIMIENTO: ALGO
DISTANCIA: 4 CENTÍMETROS

VELOSIDAD: (4 CM DIVIDIDO POR 15 = 0,27)

7 AGO
¡LLUVIA! NO HA HABIDO OBSERVACIÓN
ME QUEDÉ EN CASA JUGANDO A LA PLAY
8 AGO
10.00
TEMPERATURA: 27 GRADOS
15 MINUTOS DE OBSERVACIÓN
MOVIMIENTO: NINGUNO
DISTANCIA: NINGUNA
VELOSIDAD: NINGUNA
NOTAS: ¿AFECTA LA TEMPERATURA A LA DISTANCIA Y A LA VELOCIDAD? EN LAS NOTICIAS DEL CANAL 22 DICEN QUE PRESUMIDAMENTE ESTE FIN DE SEMANA TENDREMOS UNA OLA DE CALOR. MUCHAS VECES SE EQUIVOCAN, VEREMOS QUÉ PASA.

Y luego, el fin de semana, había más estadísticas, con la anotación: «HA MOVIDO LA PATA DELANTERA IZQUIERDA. ¿ENFERMA? NO PUEDO ESTAR SEGURO».

«Pata delantera izquierda.» Cory no sabía qué significaba eso.

Y entonces cayó. La comprensión y enseguida el horror se apoderaron de él, como alguien que lleva horas conduciendo y de pronto se acuerda de que se ha dejado una cazuela puesta al fuego. Cory se puso de pie de un salto. Frenético, miró a su alrededor, nadie había estado en aquella habitación desde que murió Alby a excepción de una de las tías, que había ordenado un poco. En el rincón del suelo, junto a la ventana, había una caja. Se agachó y la abrió: dentro había un pequeño cuenco vacío y unos trozos de carne vieja y seca. Era el hogar de la tortuga de Alby, Slowly. Slowly, a la que habían olvidado por completo y que había desaparecido.

Ahora Cory sabía lo que había estado haciendo Alby en el camino de entrada aquella mañana, por qué estaba tan pegado al suelo y por qué su madre no lo había visto. «Dios mío», dijo. Dejó caer el cuaderno y corrió abajo, salió sin ponerse el abrigo y escudriñó el suelo de la franja de hierba marrón a un lado del camino de entrada.

La tortuga estaba allí, en el césped, camuflada. Llevaba allí todo ese tiempo, pero a nadie se le había ocurrido mirar. Nadie se había acordado siquiera de su existencia excepto Cory, que ahora la cogió y se la apoyó contra la mejilla diciendo: «Slowly, Slowly».

El caparazón estaba seco y frío; la tortuga estaba muerta, pensó, y tenía sentido, era lo correcto. Slowly y Alby eran como Romeo y Julieta y deberían haber sido enterrados en el mismo ataúd. Un niño y su tortuga, juntos para la eternidad.

Cory se pegó a la cara la parte inferior aplanada de la tortuga y sintió

un murmullo dentro del caparazón que era como una vibración bajo el suelo cuando se acerca un tren subterráneo. La tortuga estaba saliendo de su estado de hibernación, o quizá de dolor profundo. Sacó una pata pálida, con textura de mosaico, y arañó un poco la mejilla de Cory, como para despertarlo de su propio sueño largo e intranquilo.

Al día siguiente localizó a su padre en Lisboa, en la tienda de alfombras de los familiares, y le dijo en voz alta y pletórica que, después de todo, la muerte de Alby no había sido culpa de Benedita. «Alby estaba tumbado en el suelo observando a Slowly», dijo Cory, y aunque estaba seguro de que su padre diría: «Me alegra mucho saberlo. Vuelvo a casa en el próximo avión», Duarte solo dijo que de momento necesitaba quedarse en Portugal y que llamaría cuando pudiera.

En las semanas que siguieron, el padre llamó solo de vez en cuando. Cory cuidaba a Slowly con esmero. Se aseguraba de que su caja estuviera limpia, de que tuviera agua y comida de sobra y por la noche la dejaba en la alfombra de la habitación de Alby, junto a la cama en que ahora dormía Cory, porque encontraba un consuelo real durmiendo entre sábanas de superhéroes en una cama que su cuerpo adulto llenaba de popa a proa. Por las mañanas preparaba el desayuno para él y para su madre; sospechaba que, si no la alimentaba, ella no comería nada. Se aseguraba de que tomaba las pastillas que le habían recetado; le miraba los brazos en busca de arañazos; hacía la compra en Big Y; la llevaba en coche a ver a Lisa Henry, la trabajadora social que le había sido asignada; le hacía compañía; jugaba al juego de cartas portugués Bisca con ella en la cocina y casi siempre la dejaba ganar.

Una noche en que estaban jugando a las cartas sonó el teléfono y una voz dijo:

–Hola, soy Elaine Newman. ¿Está Benedita?

–Lo siento, no se puede poner –dijo Cory, porque su madre ya nunca quería hablar por teléfono.

–¿Es usted su marido?

–Soy su hijo.

–Ah, pues tienes voz de persona mayor. Tu madre me limpia la casa –explicó la mujer–. Soy profesora del Armherst College. Mi marido y yo hemos estado en Amberes durante mi año sabático y acabamos de volver. Le dije a tu madre que la llamaría cuando estuviera aquí. Espero –dijo con una risita de preocupación– que me haya guardado las mañanas de los jueves, como me prometió. Además tengo que advertirle de que la casa está hecha un desastre.

Y así era. Cory llegó a la casa aquel jueves a las nueve de la mañana. Después de todo, necesitaban el dinero. La limpiadora filipina Jae se habría quedado atónita al ver al señor Cory con guantes de goma rosa limpiando un inodoro, él, que jamás había aprendido a limpiar lo que

ensuciaba. Estuvo largo rato frotando con furia el váter de los Newman y las manchas minerales de la bañera y el huerto de polvo bajo la enorme cama adoselada. En las mesillas de noche había dos clases distintas de libros. En la del lado de la profesora Newman había un grueso volumen en tapa dura titulado *Van Eyck y la estética neerlandesa*. En el lado del marido había una novela de misterio en edición de bolsillo con letras en relieve y un cuchillo ensangrentado en la cubierta titulada *Cuando los ratones bailan*. Los matrimonios eran como una secta religiosa de dos miembros imposible de entender. Para cuando Cory hubo limpiado toda la casa y recogido el dinero que le habían dejado en la encimera de cuarzo de la cocina marca Caesarstone junto al frigorífico Sub-Zero, cuya superficie había limpiado con el abrillantador para acero inoxidable Zeinman, estaba rojo del esfuerzo.

–Has salido a tu madre –le dijo la profesora Newman con admiración cuando llamó aquella noche.

El trabajo era ahora suyo, cada jueves por la mañana, y Cory abordaba con orgullo el sencillo acto de limpiar, algo que en realidad nunca se le había pasado por la cabeza hacer antes, porque durante toda su vida lo había hecho su madre por él y luego, por un breve espacio de tiempo, Jae. En alguna ocasión en que Greer había ido a su casa en los años de instituto o durante las vacaciones de la universidad, se había puesto a recoger de manera automática calcetines de deporte que Cory había dejado tirados por ahí, o las botellas vacías de sus bebidas isotónicas. Durante toda su vida las mujeres le habían dado de comer y habían limpiado lo que ensuciaba, pero solo ahora se daba cuenta de ello.

A veces, cuando estaba pasando la aspiradora a las alfombras persas de la profesora Newman o rompiendo una camiseta vieja y raída de Princeton para hacer con ella trapos de pasar el polvo, pensaba en Jae Matapang y se sentía inexplicablemente arrepentido de no haberle dirigido casi la palabra, a ella, que había tocado todos sus objetos íntimos, que se había enfrentado a su porquería. En una ocasión Cory había intentado entablar conversación, pero había sido de lo más incómodo. Jae estaba inclinada sobre el váter del cuarto de baño común, limpiando el halo marrón rosado resultado de la orina y la mierda de todos ellos, además del vómito que había salido del cuerpo de McBride una noche después de que los tres se quedaran hasta demasiado tarde bebiendo chupitos con clientes en el Long Bar del hotel Raffle Mataki, cuando Cory la abordó y le dijo:

–Esto… ¿Jae?

Ella lo miró, sobresaltada con el asa mojada de una escobilla en la mano.

–Dígame, señor Cory.

Jae era diminuta y huesuda como una codorniz dentro de un cortavientos gris que llevaba siempre y con el pelo recogido en una

redecilla igual que el trabajador de una freiduría.

Cory se ruborizó.

–¿Todo bien?

Jae lo miró fijamente. Luego dijo:

–No. Hay cosas malas. Personas malas. Los terroristas de Mindanao.

Había interpretado la pregunta en sentido literal, puesto que no conocía la expresión coloquial «todo bien». Cory asintió con la cabeza a modo de torpe constatación y ella se giró y volvió a concentrarse en su tarea, hundiendo de nuevo la escobilla en el retrete de aquel apartamento que Cory, Loffler y McBride tenían así de sucio en parte porque estaban muy ocupados, en parte porque podían permitírselo.

Ahora, viviendo en la casa en la que había crecido, Cory aprendió a limpiar de la misma manera que limpiaba para Elaine Newman. Cada noche, además, le hacía la cena a su madre. No solo no había limpiado nunca; tampoco había cocinado algo que no fuera mezclar un paquete de espaguetis Ronzoni con salsa boloñesa de bote. Empezó a estudiar cada día las recetas escritas en portugués de su madre, que al principio le resultaron tan incomprensibles como los apuntes «científicos» de Alby. No tardó en descifrar también aquel código. «OL» era *óleo,* aceite; «UP» era *um pouco*, un poco, etcétera. Cory se sentía orgulloso de su habilidad para descifrar códigos y la comida le salía sorprendentemente sabrosa. Se había convertido en limpiador, acompañante y cocinero. Ganaba un pequeño sueldo, la casa estaba en buenas condiciones, se comía bien. Era posible que su madre nunca se recuperara, pero se alimentaba y seguía viva.

Los tíos de Cory los visitaban de vez en cuando desde Fall River y en ocasiones arrastraban con ellos al primo Sab. Los dos primos se profesaban antipatía mutua desde la fisura ocasionada en su relación por el porno. La familia seguía considerando a Sab un caso perdido, pero también una mala influencia. No dejaban que los niños pequeños se acercaran a él. La situación era delicada; cada vez que había reuniones familiares en la casa de la tía Maria y el tío Joe, Sab solía estar y los otros padres tomaban nota de ello. «No molestéis al primo Sab» o «El primo Sab está cansado» o «No se puede entrar en el cuarto del primo Sab». Cuando Sab tenía dieciocho años, se rumoreó que él y sus amigos consumían y vendían cocaína y ansiolíticos. Sus padres, angustiados, lo echaron de casa para, a continuación, acogerlo otra vez y allí seguía.

Cada año que volvía a casa de Princeton durante las vacaciones de invierno Cory había encontrado a su primo más roto: el único factor atenuante era que ya no parecía una mala persona, solo echada a perder, con los cuellos de las camisas demasiado grandes, siempre cabeceando como si siguiera un ritmo interno y esbozando una media sonrisa.

–Hola, primo Cory –decía Sab cada vez que se reunían las familias–: Dame un abrazo, universitario.

–Qué pasa contigo, Sab –decía Cory sin demasiado entusiasmo mientras abrazaba a su primo hermano, que cada vez se parecía más a Ichabod Crane.

–Nada especial. Aquí, contagiándome del espíritu navideño, tú ya me entiendes.

Pero ahora, de vuelta en la casa de los Pereira en Fall River para una comida dominical dos meses después de la muerte de Alby, con la esperanza de que la visita infundiera un poco de vida a su deprimida y aturdida madre, Cory la dejó en los brazos amorfos de una butaca reclinable del cuarto de estar, con las tías cerca y un par de primos pequeños correteando por allí. Luego subió por las escaleras hasta el segundo piso y llamó a una puerta a la que llevaba años sin acercarse.

–¡Está abierto! –dijo Sab, y Cory entró en la habitación fétida donde su primo estaba espatarrado en una gruesa cama de teca tallada fumando en una pipa de vidrio verde. Sab levantó un dedo, dejó que saliera el humo de su boca y dijo–: Me sorprende mucho verte aquí. Debes de estar desesperado por hacer amigos con eso de haber vuelto a casa.

–Más o menos.

–En los años que pasaste en esa universidad de ricos, ¿te sentiste superior al resto de la familia? Di la verdad.

–Al resto de la familia no. Solo a ti.

Sab echó la cabeza atrás y rió; estaba siendo inesperadamente amistoso en respuesta a la visita de Cory a su habitación.

–Ahí me has pillado. Me lo merecía. Pero siéntate.

Cory se sentó en una butaca y dio una calada a la pipa; la columna de agua vieja borboteó igual que una fuente romana. Pronto la habitación no le pareció tan sucia ni su primo tan horrible. Cory se encontraba bastante relajado cuando Sab sacó un sobrecito de papel traslúcido de su cómoda y dijo:

–Y ahora, la diversión estrella. Mejor que *Coñorama.*

Era heroína.

–La heroína se esnifa, igual que el chocolate caliente se bebe –explicó Sab–. Está pensada para esnifarse, no para inyectarse. Un toque relajante. –Hablaba como un sumiller–. ¿Qué me dices? ¿Quieres una rayita?

Cory, colocado, dijo:

–Vale.

–Este es un gran día para Fall River. –Sab cortó un poco de polvo marrón sobre un cristal–. Cory el Magnífico esnifa potro con el pringado de su primo.

–Cory el Magnífico, qué gracia.

–Bueno, así te vas a sentir dentro de un minuto –dijo Sab pasándole el cuadrado de cristal y un trocito de una paja de plástico.

Cory recordó haber bebido Nesquik de fresa con Sab usando una pajita

así. Circus Straws, decía el nombre de la caja; no sabía por qué había pensado en aquello en ese momento, pero el recuerdo le llegó en forma de imagen de gran tristeza y remordimiento: una caja de pajitas con el dibujo de un elefante atrapado detrás de los barrotes de un carro de tren de circo y dos niños sentados con bigotes de leche rosa.

Ahora el polvo le subió por la nariz con la misma facilidad de la coca, que había circulado en algunas fiestas de Princeton, donde había tanta gente con dinero. Le quedó en la garganta un regusto a glutamato de sodio: parte pescado y parte salmuera, químico y falso, pero interesante. Pero casi de inmediato le roció el cerebro una lluvia vigorosa y lacerante de sal venenosa que parecía manar de los agujeros de algún salero oculto. Se inclinó con violencia hacia delante y vomitó un chorro color ámbar en la alfombra de su primo.

–Ay, Dios. Lo siento, Sab –dijo llevándose una mano a la boca. Y a continuación volvió a vomitar por entre los dedos. Al principio se sintió solo enfermo, nada más, y le pareció que la droga no le iba a hacer efecto. Quizá el dolor lo había vuelto inmune a las drogas, igual que pasaba con el abuso de jabones desinfectantes y las nuevas bacterias. Pero entonces pensó que era raro pensar algo así en ese preciso momento y que era posible que, después de todo, la heroína estuviera haciéndole efecto. Levantó un poco la cabeza y la habitación cedió y se hundió como si hubiera estado construida en un arenero. Cory se hundió con ella y cayó de costado sobre la alfombra de pelo usando un brazo para amortiguar la caída.

Se quedó allí con los ojos cerrados largo rato, hasta que oyó una versión atiplada de la voz de Sab que le decía desde la distancia:

–Ya puedes abrirlos.

Se pasó la lengua por los labios y dedicó un momento a recordar lo que significaban esas palabras. ¿Qué se suponía que tenía que abrir? ¿Regalos?

Regalos no. Ojos.

«Abre los ojos, Cory.» Y eso hizo.

Cosa increíble, el mundo estaba ahora limpio, aclarado, más mullido e inefablemente mejorado. Sab sonreía amable desde lo que parecía una mancha de luz en la cama y Cory le devolvió la sonrisa. Dos primos bondadosos reunidos por fin en el cariño que habían sentido el uno por el otro cuando jugaban al fútbol en la calle y veían porno con sus erecciones minúsculas como un bastoncillo de algodón, imaginando que el mundo cobraría algún día forma para ambos.

Deberían volver a beber juntos un vaso de Nesquik de fresa, pensó Cory. Deberían subirse al tren del circo y recorrer mundo, abrazados al cuello del elefante bonito y torpe que asomaba paciente la cabeza por entre los barrotes. Cory recordó que Alby seguía muerto, pero también supo que no tenía que pasar cada hora de cada día forcejeando con aquel

pensamiento.

Era uno de esos momentos en los que, sencillamente, la muerte de Alby no era tan importante. Cory canturreó para sí mientras lo inundaban placeres líquidos salidos de una poza de marea. Quería decirle a Sab lo aliviado que se sentía, pero había perdido toda capacidad de hablar y su lengua no era más que un pez mojado dentro de su boca. Así que, en lugar de hablar, Cory volvió a cerrar los ojos y dio gracias por el silencio y la quietud.

Los dos primos estuvieron horas así, parapetados en el dormitorio e ignorando los golpes en la puerta de los familiares que los llamaban. «¡Ya está el cordero!», y, a continuación: «¡El cordero se está enfriando!», y, por fin: «Cory, tú madre quiere irse».

Para cuando bajó, había oscurecido, los primos pequeños se habían quedado dormidos y sus padres se los habían llevado en brazos a los coches. Su madre dormitaba en la misma butaca en que la había dejado por la mañana. La tía Maria rascaba huesos de cordero encima del cubo de la basura y llenaba el lavaplatos y el tío Joe ya se había acostado.

–¿Qué habéis estado haciendo ahí metidos? Os habéis perdido la cena –dijo la tía Maria mirándolos suspicaz–. ¿Habéis estado bebiendo? –preguntó.

–Perdona, mamá –dijo Sab, aunque por supuesto ninguno de los dos olía a alcohol.

–Beber no te llevará a ninguna parte. Terminarás como un vagabundo.

–Lo sé. No lo volveré a hacer.

Ya en la calle, a la luz de la farola, Cory ayudó a su madre a subir al coche. Llegó a casa de milagro, conduciendo a cuarenta por hora por el arcén y obligándose a mantenerse despierto; eso sí, tardó mucho.

La tarde siguiente, después de dormir trece horas, se despertó con un dolor de cabeza tan intenso que pensó que tenía hemorragia cerebral, y entonces recordó el polvo color tierra que su primo había cortado en un trozo de cristal antes de ofrecérselo. Un dolor de la cabeza era lo mínimo que podía esperar a modo de efecto secundario alguien que no había esnifado heroína en su vida. Le llegó un mensaje de texto de Sab que decía: «¿Te apetece quedar luego? Nos esperan más rayitas». Como si ahora fueran amigos y pudieran volver a los viejos tiempos de Fall River sin aludir al cisma intermedio. Cory hizo caso omiso del mensaje, pero cuando Greer llamó cometió el error de contestar.

Greer tenía uno de esos días locuaces que se habían vuelto habituales cuando llamaba de Nueva York. Por lo general dedicaba el principio de la conversación a preguntar a Cory cómo estaba, en la voz amortiguada y lúgubre que usaba la gente para dirigirse a alguien que había sufrido una pérdida terrible. Pero Cory no quería hablar más con ella de eso; aquellos días tenía otras preocupaciones; a saber, cuidar de su madre y de la casa, y

cuidar también de la casa de Elaine Newman. Quería tratar todo aquello con la misma seriedad con la que había tratado las presentaciones a clientes durante su breve carrera profesional en Armitage & Rist.

Así que cuando Cory no se mostraba demasiado receptivo, Greer se ponía a hablar de ella y de su vida. Es lo que estaba haciendo ahora por teléfono, como si entre los dos todo marchara a la perfección.

–Faith dio un sermón especial en All Souls. Ya sabes, la iglesia unitaria del Upper East Side –dijo–. Fue sobre el sexismo en la vida cotidiana. Es capaz de hablar a cualquiera sobre cualquier cosa. Vino una periodista del *New York Times;* está preparando un reportaje. Dijo que es el momento perfecto para un artículo así. Por *Fem Fatale* y todas esas páginas web nuevas, y por la visibilidad que tiene todavía Opus y ahora, cosa increíble, nosotros, Loci. «El lugar donde las mujeres vienen a hablar de las cosas que importan», es como lo describió. No sé si es exacto, pero supongo que ahora tendremos que trabajar para que lo sea.

–Ya.

–¿Eso es todo?

–No sé qué quieres que diga, Greer.

–Suenas raro; ¿estás bien?

–Cansado.

–Yo también, la verdad. Estoy trabajando mucho. –Greer siguió hablando–. Aunque se ha terminado la primera cumbre, tenemos que empezar a trabajar para la segunda. Escucha –dijo al cabo de una pausa–, tengo noticias. –Cuando Cory se quedó callado, dijo–: ¿Quieres que te las cuente o no?

–Pues claro que sí –dijo, pero lo cierto es que al oír la pregunta había pensado: «¿Quiero oírlas?» Se dio cuenta de que la idea de oírlas lo agotaba. Lo que Greer fuera a contarle lo agotaba por adelantado.

–¿Sabes el acto multimedia este que vamos a hacer?

–No.

–El de las niñas y la seguridad en los centros educativos de todo el mundo.

–Sí.

No recordaba ningún acto, pero de pronto vio a niñas en burka y sari y *kilts* y harapos, con carteras con libros, montando bicicletas delgadas e inestables por caminos de tierra abrasados por el sol en dirección a escuelas situadas en edificios bajos y lejanos. La imagen era tan vívida que se preguntó si no sería producto de las neuronas confundidas por los opiáceos y haciendo conexiones disparatadas.

–Vamos a tener que contratar a un consultor –dijo Greer–. Sé que esa es tu especialidad y, si te interesa, puedo contarte más cosas. –Los dos callaron, él para asimilar la información y ella para dejar que la asimilara. Cory no dijo nada, así que Greer habló con voz queda–: ¿Qué te parece?

–Que no. Que gracias, pero no.

–¿Estás seguro? Has contestado muy deprisa.

–Lo siento. Me resultaría imposible hacer algo así.

–Pero ¿por qué no? Ya llevas un par de meses en casa, Cory. Quizá haya llegado el momento de empezar a pensar otra vez en tu vida. Aunque sea un poquito. ¿No te parece esta una buena forma? No te obligaría a separarte de tu madre.

–Mi vida es esta.

–Bueno, sí. Una versión provisional.

–Para mí no hay diferencia –dijo Cory con voz tensa–. Es provisional, claro. Todo lo es. Se ha muerto mi hermano, Greer, mi padre se ha ido y mi madre se ha desmoronado. Así es como están las cosas. El mundo no necesita mis habilidades de consultor, créeme.

–Eso no lo sabes.

–Hay un montón de personas que pueden quedarse con mi puesto en Armitage y hacerlo igual de bien o mejor, mucho mejor. Estoy seguro de que ya es así. En Asia yo era un impostor con traje y corbata, nada más. Es fácil ir a un recién graduado en la universidad y decirle: «Vale, ven a trabajar con nosotros de consultor», y estoy seguro de que tiene su mérito. Pero en algún momento ese recién graduado tendrá que empezar a descifrar cómo es el mundo fuera de la consultoría. Las partes no empresariales. Las partes humanas. Los rincones, ¿me entiendes?

–Así que eso es lo que estás haciendo viviendo en casa de tu madre y pasándote el día cocinando y en el cuarto de Alby. ¿Descifrar el mundo y sus rincones?

–Sí –dijo Cory–. Exacto.

–Creía que eso de descifrar el mundo era algo que yo iba a hacer contigo –dijo Greer con la voz algo temblorosa.

–Claro –dijo Cory–. Y lo vas a hacer. Lo vamos a hacer juntos –se apresuró a añadir.

La llamada terminó con desagrado por ambas partes y Cory se puso de pie con esfuerzo y dio de comer a su madre y después a Slowly. Dejó a la tortuga estar un rato en la alfombra de Alby hasta que abrió los ojos y parpadeó dos veces, como un paciente en coma intentando mandar un mensaje, diciendo: «Sigo aquí».

«¿Por qué –no dejaba de pensar Cory–, cuando una persona se muere ya no está en ninguna parte?» Podías buscarla en el mundo entero y no encontrarla. Una cosa era que un cuerpo dejara de funcionar y se lo llevaran tapado con una sábana; otra, la sensación de que esa persona se ha evaporado. Una sensación palpable, indiscutible, tan intensa pero tan difícil de describir como un gas. Cory abrió uno de los cuadernos de su hermano, buscó una página en blanco y empezó a escribir:

FECHA: LUNES, 23 DE MAYO

CONDICIONES: TRISTEZA INSOPORTABLE EXACERBADA POR CONSUMO ESTÚPIDO DE HEROÍNA [HEROÍNA MEZCLADA, NO AGITADA, ES DECIR, INHALADA, NO INYECTADA PORQUE TAMPOCO SOY UN GILIPOLLAS AUTODESTRUCTIVO, A PESAR DE MI TRISTEZA PERSISTENTE, INCESANTE].

OBSERVACIÓN: ALBY NO ESTÁ POR NINGUNA PARTE. NINGUNA. NO ESTÁ AQUÍ, NI EN OTRO SITIO. NO ESTÁS AQUÍ, ¿VERDAD, HERMANO? ¿CON TU SUDADERA DE LOS POWER RANGERS? NO, NO ESTÁS. ESTO NO ES UNA BROMA DE MAL GUSTO, AUNQUE HOY DA TOTALMENTE LA SENSACIÓN DE SERLO.

TIEMPO DEDICADO HOY A PENSAR EN ESTO: 45 MINUTOS.

TIEMPO EN EL QUE LA TRISTEZA INSOPORTABLE ESTUVO MITIGADA POR PENSAMIENTOS CONCRETOS SOBRE ALBY: 0,0000 %

Cada día durante cinco días Cory escribió sus observaciones en el cuaderno, pero pronto se dio cuenta de que nada cambiaba para él, no había destellos de mejoría. Así que para cuando llegó el fin de semana dejó el diario en la mesa, se sentó en la cama y encendió la PlayStation. Todos los videojuegos que le encantaban a Alby estaban en una caja de zapatos junto a la cama, y se puso a revolverlos.

Si Cory no podía estar con Alby, al menos podría sentir lo que había significado ser Alby. Se sentó con las piernas cruzadas en la camita y jugó a un juego detrás de otro. Jugó a Peep Pee y a Growth Spurt y a Mixed-Up Kids y a todos los demás juegos; en su mayoría eran estridentes y divertidos y enganchaban hasta el punto de que tenías la sensación de dejar este mundo y entrar en otro, distinto. Algunos eran místicos, mundos New Age, como Calyx, un juego para adultos que le encantaba a Alby.

Mientras Benedita dormía o vagaba por la casa murmurando o haciéndose reproches, Cory jugaba. «¡Vamos, vamos, vamos!», le decía en voz baja a la pantalla mientras su cochecito circulaba por la cinta de moebius de una pista de dibujos animados y se sentía propulsado por los colores y la música. Luego, cuando se hartaba, se tranquilizaba jugando a Calyx durante una hora.

Esnifó heroína una vez más con Sab, pero poco después de aquella segunda vez comprendió, por su penosa reacción y por los días que tardó en recuperarse, más incluso que la última vez, que ya estaba bien, que si volvía a hacerlo se engancharía; estaría enganchado. Así que se dejó enganchar en su lugar por los videojuegos y los cuadernos de Alby, por ese mundo compacto y abandonado.

Greer hizo otra visita a Macopee antes de un acto de Loci en Cambridge. Aunque la distancia entre Nueva York y Macopee no era mucho mayor que la distancia entre Ryland y Princeton, los viajes eran menos frecuentes, y siempre era Greer la que visitaba a Cory y no al revés. Cada vez que iba, el ritmo de la casa se alteraba. Benedita parecía agitada

con Greer allí, quizá incluso le daba vergüenza estar enferma delante de ella. Se retiraba a su habitación y no comía.

Greer había intentado otra vez que Cory fuera a Nueva York –este le había jurado que iría–, pero al final no quiso dejar a su madre un fin de semana entero, aunque fuera acompañada de una de las tías, que no sabían todo lo que había que hacer en la casa. Así que se desplazó Greer y la cosa no fue demasiado bien. Aquel fin de semana Loci copatrocinaría una minicumbre sobre sexualidad y la ley en la Kennedy School of Government de Harvard. Alquiló un coche un día antes, condujo hasta casa de Cory y echó un vistazo. El hogar de los Pinto volvía a estar limpio y ordenado –Cory se había hecho un experto–, pero Greer no hizo ningún comentario y eso hirió un poco los sentimientos de Cory.

La madre dormitaba en su butaca; unos huevos entrechocaban suavemente en una cazuela con agua puesta al fuego, emitiendo ese inconfundible olor a cocido. Todo estaba bajo control, pero Greer se limitó a decir en voz baja.

–Cory, ¿qué está pasando aquí?

Tenía aspecto de ir a llorar y Cory se sintió algo ofendido. ¿Qué había allí tan terrible que le pudiera dar ganas de llorar? Se había esforzado mucho por intentar organizar hasta el último aspecto de la vida de su madre y ahora Greer se había presentado allí y se había puesto a juzgar, algo que Cory no le había pedido. ¿Cómo no iba a cuidar de su madre? ¿Cómo iba a volver a Manila a trabajar de consultor cuando la persona que en realidad necesitaba de su talento para la consultoría estaba allí, en una bata de estar en casa con estampado de piñas, agitada y confusa y enferma?

¿Cómo podía volver a interesarse por su «relación» con Greer? Las relaciones eran un lujo reservado a personas cuyas vidas no estaban en crisis.

Por alguna razón, Greer no entendía nada de aquello; ella, que siempre había entendido todo lo referido a Cory desde que eran adolescentes y se acostaban en el dormitorio de ella, sus cuerpos revelándose mutuamente por primera vez como monumentos descubiertos en una ceremonia pública. Cory se había mostrado a ella, con su pene algo desviado y su corazón rebosante de anhelo primero y, después, del amor que había estado acumulando. Cory, con unos dedos de los pies que parecían de las manos. Con su deseo de hacer algo útil algún día, de repartir riqueza por la tierra porque no había crecido con demasiado dinero y porque en sus clases de economía había aprendido que todo estaba conectado mediante intricados sistemas. Y Greer, por su parte, le había enseñado también todo lo que era suyo: el cuerpo menudo y cálido y ese ser callado que aquellos días estaba siendo reemplazado por alguien menos inhibido. Era menos tímida; Faith Frank la había sacado de sí misma más de lo que nunca

podría sacarla Cory.

Pero este tenía ahora la impresión inconfundible de que Greer ya no le comprendía, algo que era una novedad, porque durante años los dos siempre habían dado por sentada la comprensión del otro.

–¿Qué quieres decir con qué está pasando aquí? –preguntó.

–Teníamos una vida –dijo Greer–. No vivíamos juntos, lo sé, pero nos contábamos las cosas y nos teníamos el uno al otro. Venga hombre, ¿es que tengo que explicártelo? Sabes muy bien de lo que estoy hablando. Prácticamente me has dejado de lado.

Cory se limitó a mirarla.

–No he sido yo solo, Greer.

–¿Te parece que yo también he estado distante? –dijo Greer–. Me paso el día llamándote y mandándote mensajes. Quiero estar enterada de todo.

–Sí, eres muy responsable.

–¿Qué quieres, Cory? ¿Se supone que tengo que venirme a vivir aquí contigo? Igual sí –dijo alterada–. Igual es la única manera de demostrarte lo que siento.

–No –dijo Cory–. Aquí no hay obligaciones, Greer.

–Pero ya no acudes a mí para que te consuele. Ya no acudes a mí para nada. Ni siquiera para distraerte. Llevamos vidas separadas. ¡Es que ni siquiera lo intentas! Sé que estás triste, sé que te sientes destrozado. Pero cuando intento que vengas a Nueva York para verme y estar a solas conmigo en un sitio donde podamos hablar y estar juntos de verdad, me dices que no puedes.

–Claro. Porque no puedo.

–Tengo un apartamento, Cory. Tengo cucharones. Solo me faltas tú. –Cory no dijo nada, así que Greer siguió hablando, empeorando las cosas–. Sé que tu madre necesita protección y cuidados, pues claro que sí, y tú te has preocupado de que los tenga. Pero sé que puedes recurrir a otras personas para que la ayuden, al menos de vez en cuando. Esto no puede ser toda tu vida. Llevo mucho tiempo sin oírte hablar de nada más. Parece que el mundo exterior no te interesa.

–Querrás decir que no me interesa tu mundo –dijo Cory, y aquello era un poco mezquino y lo sabía. Pero era cierto. El mundo de Greer se había convertido para él en algo abstracto. No, Cory no creía que debiera mudarse allí. No debía renunciar a su trabajo en Loci y con Faith Frank e irse a vivir con él. Aunque en realidad, pensó por un momento, de hacer eso estarían por fin viviendo juntos. Podían vivir en el dormitorio de Greer; sus padres no los molestarían. Podían vivir allí y su madre podría curarse y él también y todos tendrían algo parecido a una vida. Pero Greer no podía hacer algo así y él jamás se lo pediría, porque significaría renunciar a demasiadas cosas. Aquella etapa de la vida se suponía que era para añadir experiencias, no para privarse de ellas. Todo estaba

retrocediendo y Cory no sabía cómo atajarlo, como impedir que cogiera velocidad.

–Vale, sí, mi mundo –dijo Greer–. Pero también el tuyo. El que tenías.

–Ya no.

–Podrías tener un poquito –insistió Greer–. Aunque fuera de vez en cuando. Te lo mereces. Eres una persona y tienes que vivir. ¿Por qué no vienes a Nueva York a pasar el fin de semana? Todavía no conoces mi apartamento de Brooklyn. Y sé que parezco una niña mimada cuando digo esto, y lo odio. Lo siento, pero lo tengo todo pensado. Iríamos a buscar comida a un restaurante tailandés al que voy siempre. Nos sentaríamos en mi cama. Pasearíamos por Prospect Park. Me dijiste que podías dejar a tu madre con la tía Maria por una noche. Una noche. Y luego siempre cancelas.

–La logística es complicada.

–Eso ya lo sé, pero tengo la impresión de que estar conmigo se ha convertido en una carga gigante que crees obligado a asumir. Una carga mayor que cuidar de tu madre. Tienes que querer hacerlo, yo no puedo obligarte. Es lo que pasa con las relaciones. El más despegado es el que fija las condiciones.

–Así que ahora soy despegado.

–Pues sí, un poco. –Cory no dijo nada, se limitó a asimilar la información–. Cory –intentó de nuevo Greer–, no tiene nada de malo que sigan interesándote cosas. Pero no pareces creerlo. ¿Cuánto tiempo vas a seguir así de desinteresado en todo? ¿Cuántos meses vas a seguir haciendo esto?

–Catorce.

–¿Qué?

–Era por decir algo. Para intentar demostrarte lo ridícula que es esa manera de pensar. ¿Cómo quieres que ponga una fecha límite, Greer? Me necesitan aquí.

–¿Y en otros sitios no?

–En otros sitios no soy insustituible.

–Tenías un plan y estaba bien. Trabajar un tiempo de consultor, ahorrar dinero y luego desarrollar tu aplicación. Te hacía mucha ilusión.

–Tuve que adaptarme –dijo Cory–. Y empiezo a pensar que eso es algo de lo que tú no eres capaz.

–¿Podemos ir a hablar de esto a algún sitio, por favor? –preguntó Greer, agitada.

Así que dejaron a la madre de Cory sola durante una hora y fueron a Pie Land, la pizzería donde en otro tiempo, antes de estar enamorados o al menos tolerarse el uno al otro, Cory jugaba a los comecocos mientras Greer, sentada, lo miraba a hurtadillas. Él la veía por el rabillo del ojo, y jugaba mejor y con más interés y durante más rato, como si estuviera

jugando para ella, su rival en el instituto.

Ahora, un fin de semana de verano, las versiones adultas de ambos entraron en el mismo establecimiento, que estaba vacío, porque al parecer hacía más negocio repartiendo a domicilio que como restaurante. Incluso había sacado una aplicación para móvil.

–¿Qué vais a tomar? –dijo la persona que estaba en la barra.

–Hola, Kristin –dijo Greer. Era Kristin Vells, que vivía en su misma calle, que había ido con ellos en la ruta escolar año tras año. Kristin, que estaba en el menos avanzado de los grupos de lectura, los koalas. Ahora llevaba el uniforme de Pie Land y seguía tan impasible como siempre mientras les servía las porciones de pizza y un refresco–. ¿Vives con tus padres? –le preguntó Greer.

–Sí. No está tan mal. –La mirada de Kristin fue de uno a otro y le dijo a Cory–: Tú también, ¿verdad? Te he visto. –Como si quisiera advertirle: «No me parece que seas tan superior a mí, a pesar de lo cerebritos que os creíais los dos».

–Sí –dijo Cory.

No era ni mejor ni peor que Kristin Vells. Se fijó en que la máquina comecocos había desaparecido. Ahora todo el mundo tenía sus propios juegos en casa y no necesitaban jugar en público. En los últimos años, desde que había empezado el repliegue a gran escala hacia el yo, Cory había empezado a entender esa sensación, y de hecho deseó estar en casa jugando a uno de los juegos de Alby.

Greer y él se sentaron a una mesa y Greer se comió el trozo de pizza sosteniéndolo lejos de sí.

–No me puedo manchar la ropa. Me he traído muy pocas cosas.

–Greer –dijo Cory–. Mírame. –Los ojos de ella, preocupados, pasaron del plato a su cara–. No sé por dónde van a ir nuestras vidas –dijo Cory, improvisando–. Porque ¿quién podía esperar que a Alby le pasaría algo así?

–Nadie –dijo Greer con un hilo de voz.

–Pero le pasó, vaya si le pasó. Y luego le pasó eso otro a mi madre. Y ahora a mí.

–¿El qué?

–Perder tu aprobación. –Hablaba con doloroso esfuerzo–. Mi vida ha cambiado.

–Ya lo sé.

–Pero de muchas maneras.

–¿Como cuáles?

–Pues no sé. He hecho cosas que no me pegan. Por ejemplo, he esnifado heroína –dijo.

El tiempo pareció detenerse. En la cara de Greer se sucedieron expresiones que Cory nunca le había visto y a continuación dijo:

–Estarás de broma.

–Mira, que te escandalices ahora mismo no nos sirve de nada a ninguno de los dos.

–Pues lo siento. ¿Quieres que mienta?

–Que mintieras estaría bien. Sería estupendo, de hecho. Lo que intento decirte es que ahora mismo estoy en un estado en el que nunca me había encontrado antes. Y puedes decirme que debería aceptar un trabajo como consultor tuyo para un acto muy importante que va a haber en San Francisco, pero eso querría decir que no estás entendiendo dónde estoy ahora mismo. Dónde me ha llevado mi cabeza desde que pasó todo esto.

–Yo también quería a Alby, Cory. Pienso en él todo el rato y me desmorono. –La voz de Greer se había vuelto irritada y tensa–. Lo imagino sentado conmigo leyendo la *Enciclopedia Brown*. Lo imagino y me pongo tan triste que no sé qué hacer.

–Lo entiendo, pero no es lo que estoy intentado decirte. Me resigné a trabajar un tiempo como consultor en prácticas, tal y como decidimos, y ahora se ha terminado, antes de lo previsto. Y tú estás trabajando en un sitio estupendo, para alguien que es un ejemplo para la sociedad. Escribes discursos conmovedores y llenos de significado y te va muy bien. Sigue en ello, Greer. Termina lo que has empezado.

–Y entonces ¿qué hacemos ahora? –preguntó Greer como para terminar, con voz solemne y rara.

–Pues yo supongo que lo que estoy haciendo. Vivir aquí, cuidar de mi madre y limpiar la casa de una profesora de universidad y también otra casa que limpiaba antes mi madre, pasar tiempo con la tortuga y estar, sin más.

–Cory, escúchate. No pareces tú.

Era demasiado para ella, aquella otredad que demostraba Cory. No la soportaba y nunca podría decírselo. Nunca le diría: «Ya está bien, Cory», y en lugar de eso seguiría intentándolo, como si fuera una tarea escolar especialmente difícil. Entonces Cory recordó un trabajo sobre la condensación que había hecho hacía muchos años para el concurso de ciencias, con todos aquellos cubitos de hielo y embudos y globos de agua, y su madre delante, hablando en su inglés roto. Cory no quería ser un trabajo para Greer, el deprimente objeto de todo su esfuerzo. Antes nunca habían tenido que esforzarse.

Desde detrás de la barra y oyéndolo todo, Kristin metió una pizza pálida en el horno para un pedido a domicilio empujando la pala plana de madera hacia delante como un jugador haciendo un saque agresivo en algún oscuro deporte. Una lluvia mansa empezó a golpear la ventana de vidrio laminado y oscureció el cielo de aquella ciudad en la que Cory había vivido tanto tiempo y en la que nunca había imaginado que volvería a vivir.

–Me siento incapaz de seguir esta conversación –dijo Greer–. Te voy a dejar en tu casa y a despedirme de mis padres y luego me tengo que ir a Boston. Hemos quedado con Faith en Cambridge, en el bar del hotel Charles, para una lluvia de ideas y mañana es el acto.

–Entonces deberías irte ya. Con la lluvia…

Como correspondía, los dos miraron la lluvia, que arreciaba por momentos. Cory imaginó a Greer en su cochecito rojo de alquiler, la mandíbula sacada con determinación mientras conducía con los limpiaparabrisas maullando, camino de Boston y de un buen hotel, al encuentro de los derechos de la mujer y de un futuro sólido y de Faith Frank, que la esperaba allí y podría proporcionarle consuelo, algo que él ya no estaba en situación de hacer.

Ambos dejaron algo de dinero en la mesa para Kristin porque ninguno quería ceder al otro la tarea de dar propina. Debido a ello, resultó que la cantidad que le dejaron era excesiva, lo que resultaba o insultante o magnánimo, según se mirara.

Siete

MUY TEMPRANO CADA MAÑANA LABORABLE, en la espaciosa casa envuelta en hiedra de la zona residencial de Scarsdale, Zee oía la batidora modelo Vitamix TurboBlend 4500 rugir mientras su madre, la honorable Wendy Eisenstat, preparaba batidos de un vago color papel de periódico con arándanos, kiwis, proteína en polvo, edulcorante y hielo. «Dick, ¿te pongo semillas de linaza o no?», oía Zee, y entonces el honorable Richard Eisenstat comunicaba su preferencia para ese día en particular. A continuación, ambos jueces salían a correr por los caminos ajardinados de aquella cara localidad, juntos como corceles gemelos, antes de irse a trabajar al tribunal supremo de Westchester County. Aunque habían invitado a Zee a que los acompañara siempre que quisiera, la mera idea la horrorizaba: correr con sus padres en la localidad donde había crecido, vivir con ellos otra vez igual que una niña grande mientras trabajaba en un empleo que odiaba. Correr, pero sin ir a ninguna parte.

A veces, Zee y otros pasantes de Schenck, DeVillers, un bufete gigantesco situado en el distrito financiero de Manhattan, tenían que quedarse a trabajar hasta muy tarde. En despachos propios repartidos por el pasillo, los abogados se encorvaban sobre sus portátiles o teléfonos o bandejas negras de comida japonesa. Pero en una zona improvisada al final del pasillo había un pequeño campamento gitano donde los pasantes se reconocían los unos a los otros como miembros de una misma tribu más o menos definida, pero también guardaban las distancias, desconfiados y cautos, poseedores de historias personales complicadas que entretenían moderadamente a Zee y la ayudaban a conservar un mínimo interés por su trabajo.

En el asiento opuesto al suyo se sentaba una mujer corpulenta que había trabajado en un depósito de cadáveres; en los descansos contaba historias sobre aquel trabajo y todos se acercaban a ella para escuchar. También había un hombre de dedos y muñecas largos; hacía poco Zee había metido con discreción en Google «dedos anormalmente largos» y el primer resultado obtenido había sido el término médico «aracnodactilia». Dedos de araña. Sin duda tenía eso.

Y también sin duda los otros pasantes consideraban a Zee un personaje singular, en su caso, la lesbiana andrógina y sexualmente atractiva. En las oficinas mal caldeadas de Schenck, DeVillers aquella gélida noche de invierno, llevaba un chaquetón y una gorra marineros que le daban aspecto de integrante de una banda musical de chicos intentando ir de incógnito.

–Me gustaría saber de quién ha sido la idea de bajar la calefacción –le dijo Zee al joven concursante barbudo de torneos poéticos con quien compartía su rincón de vestíbulo–. De Schenck o de DeVillers.

–Seguro que de DeVillers.

–Pues yo creo que de Schenck. Hace un frío *schenckiano* en este sitio.

El chico se rió. A menudo trataban de divertirse el uno al otro así, porque los ayudaba a pasar el rato. Luego hubo un largo silencio mientras todos los pasantes pulsaban teclas frías con dedos fríos. Si tenías los ojos cerrados y oías de pronto aquel ruido de teclas, podías no saber qué era, porque casi parecía el murmullo de un riachuelo campestre, lo mismo que ocurría con muchos elementos de la tecnología, como si quisieran hacer creer a quienes la usan que no han renunciado a todo lo que aman del mundo natural a cambio del resplandor exiguo de una pantalla retroiluminada.

Aunque a Zee no le gustaba trabajar allí, al menos era un alivio tener un empleo para el que no tenía que vestirse como una simia autómata y llevar, en cambio, una versión algo más pulcra de su indumentaria habitual. A lo largo de su vida, cada vez que pensaba en la posibilidad de que sus padres murieran, lo único positivo de esa realidad inevitable era que por fin no habría nadie sobre la faz de la tierra que le dijera: «Tampoco te vas a morir por ponerte una falda de vez en cuando».

Con cada falda que, a lo largo de los años, se había puesto para ellos, la escocesa, la de calico, la de abertura lateral y la de folk de medio muslo con volantes, la trasgresora microminifalda que llegaba a la entrepierna y la larga y sedosa que llamaba Primer Violín de la Sinfónica de Boston, la sensación de impostura casi la había desquiciado, como si las prendas fueran a caérsele solas en cualquier momento en un gesto de rebelión de género, dejándola desnuda y vulnerable.

Tiempo atrás, en casa de sus padres durante las largas vacaciones de invierno de la universidad, Zee había enviado a Greer, que estaba en Massachusetts, una serie de postales con el pie: «Tampoco te vas a morir por ponerte una falda de vez en cuando». (Por supuesto, a Greer le gustaban las faldas y se las ponía a menudo, incluso cuando no hacía falta. Además, Cory había dicho que estaba muy sexi con ellas.)

En la primera postal Zee dibujó a una mujer con falda tropezándose con el dobladillo y cayendo por un precipicio.

La segunda mostraba a una mujer yaciendo en un charco de sangre vestida con una falda que tenía un estampado a base de pequeños cuchillos.

La última era de una mujer con falda desplomada en el suelo. Junto a una flecha que apuntaba a la falda estaba escrito: «El diseño menos popular de Stella McCartney, la minifalda envenenada».

Zee no quería ser de sexo masculino; simplemente le disgustaban

algunos de los atavíos de la feminidad. En su *bat mitzvá* la habían obligado a llevar un minivestido verde con enormes flores blancas y unas medias sofocantes y se había pasado el día deseando cambiar el vestido por unos vaqueros, o al menos quitarse las medias. Estas le oprimían las piernas de tal manera que Zee supo que no podría ir por la vida con medias, como hacía su madre, aunque en el caso de su madre podría haberlo hecho, puesto que usaba túnica. Nadie se habría dado cuenta.

En el despacho de abogados, Zee llamaba la atención; una de las personas que se fijaron en ella fue una asociada de primer año, una chica atlética y de labios delgados recién salida de la facultad de Derecho de Georgetown que a Zee no le interesaba, aunque es cierto que despedía un misterioso olor a hierba recién segada. Pero Zee no quería tener una relación en aquel momento. Habría sido demasiado duro hacerlo viviendo en Scarsdale. «No estoy en el armario», le había explicado a Greer cuando se conocieron en Ryland. Pero tampoco se sentía cómoda presentando a sus padres a nadie. Y, en cualquier caso, no estaba segura de querer que esa persona viera sus carteles de las Spice Girls y de crías de chinchilla en peligro de extinción.

Lo de los derechos de los animales, y luego lo del vegetarianismo, habían empezado durante una excursión del colegio a un zoo interactivo. Zee se había acuclillado entre los pollitos mientras el plumón flotaba a su alrededor como polen. Los sonidos que hacían los animales eran suaves, pero insistentes y parecían pertenecer más al reino de los insectos que al animal. Pero cuando Zee sostuvo el paquetito tembloroso de un pollito entre las palmas de las manos, experimentó un repentino ataque de amor.

Al día siguiente sacó un libro gigante de fotografías de animales de la biblioteca pública de Scarsdale y, entrada la noche, acostada con el libro abierto en el regazo, empezó a mirar fotografías de pollitos recién nacidos, de crías de nutria y de cervatillos. Allí, entre las fotos más tiernas del mundo, había una que parecía fuera de lugar, sorprendente y absolutamente horrible, la fotografía de una cría de foca en una trampa, la boca abierta en una mueca de dolor puro. La foca miraba a Zee, que primero se escandalizó y lloró y a continuación se indignó por la injusticia. Aquellos animales eran seres vivos, pensó, tensando la boca; eran seres vivos y, por encima de eso, eran almas, y por esa razón tenía que hacer algo al respecto.

Cuando los padres de Zee se marcharon a jugar al tenis con otra pareja de jueces, Zee usó su portátil para publicar un mensaje sobre los derechos de los animales usando el embarazoso nombre de usuario Yo&misamigoslosanimales. Pronto recibió varias respuestas. DANYSGRANDMA envió a Yo&misamigoslosanimales varios consejos sobre cómo entrar en «la comunidad de los derechos de los animales». Vikingfan22 le escribió para preguntarle si por casualidad vivía en

Minneapolis-St. Paul porque, de ser así, podían quedar «a tomar unas birras». Nadie sabía que era una niña de once años, y su anonimato le daba valor. Era una cría, pero defendía las crías de animales. Al igual que las otras personas que publicaban mensajes en aquellas páginas, la impulsaba la sensación de que se estaba destruyendo algo tierno.

Más adelante, la página en MySpace de Zee se llenó de afirmaciones categóricas sobre los derechos de los animales y de fotografías impactantes sobre crueldad animal, así como de unas cuantas imágenes de cachorros de perro y gato jugando (perros y gatos de otras personas; su madre era alérgica), para compensar. No dejaba de publicar fotos y en el instituto dedicó unos cuantos sábados a manifestarse en un aparcamiento a la puerta de una tienda de abrigos de piel. Pero para entonces sus intereses se había expandido al mundo de los humanos y a cómo se hacían daño los unos a los otros.

Todos los movimientos por la justicia social de alguna clase la motivaban, y pronto entró en un frenesí de actividad tanto en línea como en el mundo físico. En la universidad, mientras repartía panfletos contra la guerra de Irak, había hecho esfuerzos por imaginarse en Karbala, en lugar de en la inerte Ryland. Iba a la busca de lo que la atraía y por ello sacaba malas notas, igual que le había ocurrido en el instituto. Su nota de matemáticas en el examen de admisión había sido baja y su redacción tan ilegible que su orientador había pasado largo rato mirando la carta del Servicio Examinador de Educación, dando golpecitos con el bolígrafo en la mesa y frunciendo el ceño mientras trataba de pensar qué consejo podía darle a Zee respecto a su elección de universidad.

Aunque Zee siempre había sabido que siempre sería activista y que con el tiempo se convertiría en una de esas mujeres peleonas, abuelas cascarrabias que protestaban a favor de cualquier causa futurista que requiriera su voz –contaminación causada por emisiones de combustibles de aviones a reacción; igualdad para la población robot–, en ocasiones una no se sentía una persona activista, solo sexual. Desde esta versión de sí misma calibró a la asociada de primer año de Schenck, DeVillers y decidió no cortejarla ni dejarse cortejar por ella. Zee se encontraba en un momento de fluctuación, o así es como le gustaba definirlo a ella. Aquella era su vida en aquel momento, pero no lo sería siempre. Tenía que haber algo más esperándola, algo mejor y más apasionante, como lo que tenía Greer, trabajando en Loci, viviendo sola en un apartamento en Brooklyn y comprometida con Cory.

El horario laboral impredecible de Zee en ocasiones le permitía dormir hasta tarde y, cuando se levantaba, estar sola en la gran casa. A veces, si no tenía que ir a Schenck, DeVillers hasta más tarde, incluso veía *talk shows* en el horario de sobremesa, pero la deprimían.

–Creo –le había dicho a Greer por teléfono hacía poco– que los *talk*

shows diurnos son una conspiración para mantener a las mujeres atontadas y pasivas. Hoy el tema era «Mi hijo está en una banda juvenil».

–Pues no los veas.

–Pero ¡es que era muy interesante!

–Pues entonces…

–Necesito algo que hacer. Algo emocionante –dijo Zee–. Me pasé toda la adolescencia, mientras tú leías novelas de Jane Eyre…

–¡De Jane Austen!

–Eso quería decir. Mientras tú hacías eso yo estaba en la calle, protestando.

–Ahora podrías salir a protestar –dijo Greer.

–Me encantaría, pero cuando llego a casa estoy cansadísima. Mis horarios de trabajo son muy raros. –Zee suspiró–. Ojalá trabajara contigo en la fundación. Sería como ir a trabajar y ser activista al mismo tiempo. Hasta me gusta cómo suena: «La fundación».

–Bueno, tampoco es tan maravilloso –dijo Greer–. Ya sabes que básicamente trabajo de asistente.

–Lo dudo –dijo Zee–. Y, en cualquier caso, es mucho mejor que lo que hago yo.

Al principio Greer había intentado conseguirle un puesto en Loci; le había hablado a Faith de la carta que Zee había escrito, pero nada más. «Tranquila», le había dicho Zee a Greer, una expresión que ambas odiaban, por lo que la había usado con ironía. Mujeres jóvenes, delgadas y de aspecto poco interesante que trabajaban de dependientas en tiendas de ropa la repetían en respuesta a casi cualquier cosa: «¿Holocausto nuclear?». «¡Tranquila!» La expresión era absurda porque todo el mundo sabía que todo el mundo tenía preocupaciones justificadas todo el tiempo. ¿Cómo podías estar tranquila, sobre todo si eras una recién graduada de la universidad que salía al mundo es ese particular y frágil momento? La economía estadounidense se había salvado de caer en el abismo, pero para finales de 2010 seguía siendo precaria.

Zee también quería sentirse necesitada. Necesitada o querida; una de las dos cosas, o ambas. ¡A poder ser, ambas! No eran lo mismo, pero ocupaban territorios vecinos. El amor también le llegaría, o tal vez no. Tal vez su vida nunca se decidiría, nunca cuajaría, ni en lo profesional ni en términos amorosos. Pero aun así, ¡tranquila!

La carta que Zee le había escrito a Faith Frank y entregado a Greer en un bar de Brooklyn empezaba así:

> Querida señora Frank:
>
> Le envío esto por cortesía del servicio de entrega en mano de Greer Kadetsky, mi gran amiga de la universidad. No encontrará una persona mejor, más inteligente ni más trabajadora que Greer. Está supercentrada, es muy organizada y culta. Yo soy distinta…

A continuación había escrito algo sobre sí misma, resumiendo los momentos estelares de su activismo político, hablando de lo comprometida que estaba con asuntos feministas varios y derechos de los homosexuales, incluido el derecho al matrimonio, que iba a ser el siguiente caso Roe contra Wade. La carta era breve y Zee la terminaba diciéndole a Faith que, como hija de dos jueces –«¡no es broma!»– había crecido viendo a sus padres interpretar la ley mientras ella era arrestada por participar en una manifestación por los derechos de los animales a la puerta de la tienda de pieles Van Metre cuando estaba en cuarto curso.

Desde muy temprano Zee había comprendido que sus padres, al ser jueces, tendían a juzgar todo lo que los rodeaba. Eso podía haber incluido a todos sus hijos, pero los Eisenstat varones se ahorraron parte del escrutinio porque su madre se había empeñado en que a los chicos era imposible meterlos en cintura y por tanto no merecía la pena intentarlo. La honorable Wendy Eisenstat y el honorable Richard Eisenstat dejaban que Alex y Harry anduvieran solos por el barrio a horas en que la mayoría de los niños estaban con sus profesores particulares de matemáticas, estudiando la Torá o dando clases de fagot o de lacrosse.

A Alex y a Harry, que se llevaban año y medio y no estaban especialmente dotados para el alfabeto hebreo, la música o los deportes, les gustaba montar en monopatín por el asfalto liso y ancho de Heather Lane, donde los Eisenstat ocupaban una casa de tres millones y medio de dólares, estilo Tudor, con piscina, invernadero y un jardín que se prolongaba hasta volverse indistinguible del jardín de la casa Tudor contigua.

Los juicios del matrimonio Eisenstat –de Wendy en especial– recaían en Zee, aunque entonces no era Zee, aún no. En aquel tiempo seguía siendo Franny, Franny Eisenstat, porque cuando sus padres se enamoraron, en New Haven, estudiando Derecho en Yale, Richard Eisenstat le había dicho a Wendy Niederman, que se sentaba a su lado en procesal:

–Una cosa que debes saber de mí es que soy fanático de J. D. Salinger.

–¿Te refieres a «Juris Doctor» Salinger? –dijo ella.

–Eres muy divertida.

–Lo intento.

–Pregúntame cosas de Salinger –dijo él–. Lo que quieras sobre la familia Glass, aunque sea sobre sus miembros más oscuros, esos a los que nadie conoce, como Walt y Waker.

En respuesta a lo cual Wendy había exclamado:

–¡Walt y Waker Glass! No me puedo creer que sepas quiénes son. A mí también me encanta Salinger.

No mucho tiempo después de aquello, cuando pasaban juntos los días y las noches, poco menos que viviendo juntos sin llamarlo así, Richard había ido a una librería de viejo en New Haven y se había gastado un dineral en

comprarle a Wendy una primera edición algo amarillenta de *Franny y Zooey*. De manera que no fue de extrañar que, después de tener dos hijos con nombres de nadie en particular, rindieran homenaje sentimental a aquella cita temprana, al momento en que Richard había puesto el libro envuelto para regalo en las manos de Wendy y esta le había quitado el papel y había visto la cubierta blanca con la inconfundible tipografía antes de llevárselo emocionada contra el pecho porque aquel hombre sabía lo que le gustaba. Y el homenaje lo rindieron al nacer su hija, un pequeño bulto de piel rosada y con olor floral a la que llamaron Franny. Durante un tiempo fue un buen nombre para ella, un nombre perfecto.

Pero cuando Franny Eisenstat creció, el nombre le empezó a parecer frívolo y superfluo, y no se sentía identificada con él. Aquel bulto rosa que había sido Franny ya no existía. Ahora era alguien que quería tener el control absoluto de su imagen, ser vista como un puzle humano anguloso, imprevisible y emocionante. En su *bat mitzvá* sintió vergüenza embutida en el vestido verde que su madre le había llevado a comprar, a la fuerza, a Saks. Las invitadas a la *bat mitzvá* parecían cómodas en sus vestidos de fiesta de mujeres normales. Mujeres como Linda Mariani, la secretaria judicial rubia y pechugona de la juez Wendy, que a menudo se presentaba en casa de los Eisenstat subida a unos tacones y cargada con un montón de carpetas tan alto que le tapaba la cara. A la sinagoga Linda llevó un vestido amarillo canario que le quedaba estrecho a la altura del busto, con la tela elástica tirante.

–Felicidades, Franny –dijo Linda, y durante el abrazo de rigor casi pareció que la presión la hacía liberar un perfume muy femenino, de la misma manera que el cojín de un sofá, cuando alguien se sienta encima, libera aire.

Después de la ceremonia, los adultos ocuparon uno de los lados del gran salón de baile, los niños el otro y una puerta de acordeón los separó. En el lado de los niños había un karaoke y todos querían cantar. Puesto que tenían trece años y era 2001, los chistes sobre homosexuales eran el colmo de la hilaridad, y todos trataban de convertir las canciones del karaoke en retruécanos o juegos de palabras sobre ser gay. En la moqueta naranja y oro con dibujos de trompetas flotantes, dos niñas empezaron a cantar la canción de un antiguo dúo de hermanos de la década de 1970 llamados Donnie y Marie cambiando la letra y usando micrófonos que habían estado en tarimas de otra *bat mitzvá* o boda celebrada el fin de semana anterior y ya olvidada.

Una niña cantó:

–Soy un poco homo…

Y la otra:

–Y un poquito lesbi…

Simularon besarse con lengua y una de las chicas hizo inclinarse a la

otra hacia atrás. Se suponía que tenía que dar asco y risa, pero horas después, ya en la casa de Heather Lane, mientras la familia Eisenstat abría en el cuarto de estar los últimos regalos –los marcos de fotografías de resina acrílica y las tarjetas de regalo de Barnes & Noble y Candles N' Things que pronto se perderían y jamás usarían, y también los cheques con variantes de dieciocho dólares porque el dieciocho correspondía al número de la suerte *chai*, la palabra hebrea para «vida»–, Franny se levantó de entre las crestas de papel de envolver que le llegaban hasta los tobillos, vadeó a través de ellas y subió a su habitación, donde se tumbó en la cama y se puso a pensar en aquellas dos niñas de su clase cantando esa canción odiosa.

Pero lo que no se le iba de la cabeza, lo que seguía allí, tan concreto como algo que pudiera ponerse dentro de uno de los marcos que le habían regalado, era la imagen de las dos chicas besándose. Con excepción de aquello, el día había sido un completo festival de falsedad, desde su recitación de un fragmento de la Torá, que había hecho fatal porque nunca había sido buena estudiante, hasta el juego de verdad o reto que había terminado jugando con sus amigas en otra de las salas de banquete y durante el cual se había dado un beso con lengua con Lyle Hapner, cuyas aspiraciones a la fama se basaban en su imitación del presidente de Estados Unidos después de que un dentista le diera óxido nitroso. Lyle tenía una boca de aspecto extraño que parecía amenazar con tragarse a Franny igual que una serpiente se tragaría un ratón. En su compañía esta se sentía pequeña, como si no habitara del todo su cuerpo.

Ese era el problema. ¿Por qué tenía que ir por la vida sintiéndose incompleta? Se preguntó si habría personas que se sentían «plenamente» plenas, o si ser humano equivalía a sentirse como una bolsa que contenía algo maravilloso y alguien se hubiera comido ya la mitad.

Pero aquella noche, en la cama, con la luz apagada y rodeada del esplendor de su casa, la hija pequeña y muy querida de dos jueces de gran talento empezó su búsqueda de la plenitud. Que quizá era lo mismo que buscar lo real. Una vez más no tenía las palabras, aún no. Las palabras llegarían después, y en gran cantidad. Palabras dichas a otras mujeres en una cama, o contra la pared de un callejón, con una voz nueva que la sorprendió. Le sorprendió que los sentimientos intensos que siempre había experimentado significaran aquello. Que esos sentimientos = ser lesbiana. ¿Quién lo habría dicho? Al parecer, todos menos ella.

La búsqueda de Franny empezó a los trece años, y la revisitó a los dieciséis, cuando logró atravesar Nueva York hasta llegar al East Village, a un bar para mujeres llamado Ben-Her. Sus padres creían que había ido con dos amigas del instituto a ver *Wicked*. Franny se había inventado algo convincente que decir sobre el musical de Broadway. Si alguien le preguntaba, diría: «Me gustó sobre todo la canción «For Good».

Inolvidable».

Pero mientras sus amigas iban en comandita al teatro Gershwin, ella se dirigió al bar sobre el que había leído en *Fem Fatale*, en un artículo titulado «Dónde encontrar a las chicas: guía a los mejores tugurios lésbicos de Estados Unidos». Las palabras en sí, «tugurios lésbicos», le resultaban desconcertantes por la asociación de ideas que sugerían e, igual que le había ocurrido la vez que sus amigas cantaron aquella canción después de su *bat mitzvá,* le despertaron curiosidad y anhelo, como cuando un alien recibe un mensaje de su planeta de origen.

Así que allí estaba, en Ben-Her, sin tener ni la edad ni la preparación para lo que iba a encontrarse. En el calor de una noche de primavera, apiñadas en un estrecho local a pie de calle que en su última encarnación había sido un bar polaco de *pierogi,* mujeres con camisetas sin mangas y otras prendas ligeras propias del buen tiempo charlaban cara a cara, pecho a pecho, todas tan cerca y tan pegadas las unas a las otras como es posible estar sin besarse. Franny llevaba camiseta con bolsillo, vaqueros cortados y botas Doc Martens; parecía una atractiva girl scout *butch* o un atractivo boy scout gay, a elegir. Llevaba la media melena rubia con un corte marcado, un estilo que a ella le resultaba ligera pero inconfundiblemente sexual, pensado de manera subconsciente para atraer a mujeres con un aspecto similar y también a las de apariencia más femenina. También le gustaba esa clase de mujeres, excitaban su feminidad y también algo que interpretaba como un deseo más secreto y encriptado hacia las mujeres. El bar olía a madera y también a especias. Zee sacó un carné de identidad falso de la hermana mayor de una amiga y se lo enseñó a una camarera con camisa *bowling* retro y un tatuaje de Betty y Veronica en el cuello.

–¿Qué te pongo, preciosa? –le preguntó la camarera, y Zee se estremeció de felicidad porque le hablaran así.

–Una cerveza –dijo, sin saber que había que pedir una marca en particular. Pero la camarera le encontró una que instituyó una historia de amor vitalicia entre Franny Eisenstat y la cerveza, sobre todo Heineken, que siempre asociaría a aquella mano curva. Franny se encaramó a una banqueta alta bamboleante y se bebió la cerveza mientras observaba la escena antropológica que se desarrollaba a su alrededor. La música era de cuando sus padres tenían veinte años, el viejo clásico de Eurythmics, «Sweet Dreams», puesta a todo volumen en aquella caja de zapatos repleta de mujeres, y Franny apoyó la cabeza en la pared a su espalda y se limitó a mirar. Pronto se dio cuenta de que alguien la observaba y la timidez la hizo ruborizarse, bajar la cabeza primero y, a continuación, devolver la mirada. La timidez dio paso a la confusión cuando la persona resultó ser la corpulenta y rubia secretaria de juzgado de su madre, Linda Mariani, que no le quitaba ojo y que terminó por abrirse paso hacia ella a través de una muralla de mujeres.

–¿Franny? –gritó–. ¿Franny Eisenstat? ¿Tú por aquí?

Linda cogió a Franny de la mano y la llevó fuera, al escalón de entrada al bar. Las dos sudaban; Linda tenía la camisa de seda empapada y la cara brillante por el maquillaje derretido. Era una lesbiana de cuarenta años y le preguntó a Franny:

–¿Habías estado antes?

–No.

–Eso me parecía. Nunca te he visto. ¿Lo sabe tu madre?

–No –dijo Franny con énfasis–. ¿Tú habías estado aquí antes?

Linda se rió.

–Pues claro. Oye –dijo–. No deberías estar en un bar. Eres demasiado joven.

–Puedo tomar mis propias decisiones.

A pesar de lo chulesco de su tono, Franny estaba avergonzada. Había ido allí a poner a prueba un nuevo yo y la experiencia se estaba torciendo.

–No seas chula, acabarán haciéndote daño.

Linda se secó la cara con un pañuelo de papel y Franny se fijó en que salía manchado de maquillaje color carne. De pronto le vino a la cabeza la incómoda imagen de Linda Mariani teniendo relaciones sexuales y manchando la almohada de maquillaje.

Otra noche, una visita al Ben-Her terminó con la primera aventura sexual de Franny, con una mujer cuyo poder estaba en el momento y no en el mundo. Su poder se debía a que Franny se sentía atraída por ella. Alana tenía dieciocho años, retrognatismo y un pelo estropeado por demasiados planchados. Trabajaba de dependienta, dijo, y aunque tenía un físico corriente y no demasiada conversación, cuando se llevó a Franny al estudio de su hermana mayor en un edificio de apartamentos en la esquina de la calle del bar, el simple hecho de que Alana fuera mujer y deseara a Franny bastó para que el encuentro resultara memorable. El apartamento en un sexto piso sin escalera estaba decorado con objetos de poco valor y muebles de bambú. En las estanterías no había libros, solo peluches con camisetas diminutas con mensajes. La de un mapache decía ESTOY CON LA ESTÚPIDA y la de la diminuta cebra a su lado, ESTÚPIDA. Franny, criada en una casa grande, elegante, llena de obras de arte originales y de libros –y de hecho llamada así por un personaje literario–, no pudo evitar sentirse un poco esnob.

Pero cuando Alana dijo: «Túmbate» con una voz que, tal y como Franny comprendería más adelante, estaba casi ahogada de deseo sexual, esta obedeció. Alana cruzó los brazos y se quitó su camiseta dejando ver unos pechos pequeños y algo pesimistas. Acto seguido le quitó a Franny la camiseta y los vaqueros pitillo mientras le decía, no sin amabilidad:

–¿Es tu primera vez?

–Sip –dijo Franny tratando de sonar alegre y dispuesta, pero la voz le

salió sorprendentemente inexperta.

–Vale. Pues entonces déjame que te diga una cosa. Se trata de que te lo pases bien, ¿de acuerdo? De otra manera no tiene ningún sentido. No tienes que intentar descifrar lo que significa esto, ni si vamos a tener una relación, porque te digo desde ya que eso no va a pasar.

–Muy bien –dijo Franny.

Y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, Alana se inclinó sobre ella, con la boca entre sus piernas –*puaj*, la boca de una mujer entre las piernas–, y se puso a lamerla ahí con conocimiento, paciencia y deseo. La intensa sensación fue instantánea, igual que cuando te ponen una mascarilla de anestesia en la cara o, en este caso, una mascarilla de anestesia invertida, que te hace sentir más, no menos. Franny se entregó de inmediato.

Nunca volvió a ver a Alana, pero sí regresó en tres ocasiones más al Ben-Her antes de que sus padres descubrieran dónde iba en realidad en sus excursiones a la ciudad. Una noche del último año de instituto cogió, como siempre, el Metro-North en Manhattan y cuando entró en la casa de Heather Lane se encontró a su madre esperándola en la cocina con un albornoz color melocotón, aunque para el caso podía haber llevado la toga de juez. Wendy Eisenstat la miró con tranquila seguridad y dijo:

–No has estado yendo a ver musicales de Broadway. Lo de que habías llorado con el final de *El fantasma de la ópera* era mentira, que quede claro. Sé que has estado yendo a un bar de mujeres usando un carné falso, lo que es ilegal.

–¿Cómo lo sabes? –dijo Franny en un suave lamento.

–Linda Mariani ha estado robando material de oficina. Nada importante, sobre todo cartuchos de tinta Hewlett-Packard, pero he tenido que despedirla porque era lo lógico. Y mientras los de seguridad la escoltaban a la calle se ha vuelto hacia mí delante de todo el mundo, sí, de todo el mundo, y me ha dicho: «Por cierto, señoría, su hija es lesbiana. Pregúntele qué hace en realidad durante sus excursiones a la ciudad».

Así que todo salió a la luz y Franny y la jueza se pusieron llorosas.

–Me gustaría no haberme enterado por mi secretaria judicial –dijo la madre.

Al final se decidió que Franny iría a terapia para «aclarar sus ideas». Terminada la conversación, el padre de Franny, que había estado escondido en el cuarto de estar, se dirigió a ella con dulzura:

–Tu madre es bastante tajante –dijo–. Si te sirve de consuelo, en el juzgado se comporta igual. Pero que sepas que los dos creemos en ti y te queremos mucho. Vas a estar bien.

La abrazó.

Unos días después Franny accedió a ir a ver a la doctora Marjorie Albrecht, que tenía una consulta en el sótano de su casa del pueblo vecino

de Larchmont. La doctora Albrecht era una exbailarina de la compañía Tri-State Modern Dance Troupe que ahora trabajaba de psicoterapeuta. Era una mujer esbelta, con la piel estropeada por el sol, enfundada siempre en unas mallas y que, incluso cuando estaba escuchando con atención, podía ponerse a estirar de vez en cuando los brazos por encima de la cabeza. La mayoría de sus pacientes eran chicas adolescentes. Chicas con trastornos de alimentación; chicas con problemas de autocontrol; chicas que se hacían cortes superficiales pero significativos para sentirse mejor. Chicas que odiaban a sus madres o a sus padres; chicas que desaparecían en una ciénaga de autodesprecio y vello facial; chicas con novios que no les convenían. La doctora Albrecht también tenía un buen número de pacientes con problemas de identidad sexual.

Franny empezó a ir a verla de mala gana, pero pronto empezaron a gustarle las sesiones de última hora de la tarde. Su madre la dejaba en la puerta y se iba a Starbucks a leer un expediente mientras Franny charlaba con la terapeuta, quien, en un determinado momento, sugería «moverse un poco» mientras seguían hablando de lo que Franny tuviera en la cabeza.

–Odio a muerte llamarme Franny –le confesó un día esta mientras giraban por el estudio del sótano con sus suelos de madera reluciente, sus espejos y su barra de ballet. Desde algún lugar del piso de arriba llegaba ruido de pisadas de la familia Albrecht.

–Pues cámbiatelo –dijo la terapeuta haciendo un salto en diagonal y aterrizando igual que un gato.

–No puedo. Me lo pusieron por *Franny y Zooey,* un libro que les encanta a mis padres. Les dolería demasiado.

–Bueno. Lo superarán.

–Igual podría ser Zooey –dijo Zee con timidez, y la doctora Albrecht la cogió de la mano y giraron.

Así que fue Zooey durante una semana. El nombre resultó ser demasiado parecido a la palabra «zoo», demasiado animalista y, en última instancia, demasiado feo. Con la doctora Albrecht, Zee descubrió que no le disgustaba el hecho de ser mujer, solo la metonimia de que un nombre femenino tan ingrávido representara a todas las mujeres. Si oías que alguien se llamaba Franny, pensaba, puede que dieras por hecho determinadas cosas sobre ella –como que era muy femenina y quizá propensa a sonrojarse– que podían no ser ciertas. Fue bailando por el estudio de la terapeuta durante su visita siguiente cuando decidió acortar Zooey a Zee.

Era increíble que su nuevo nombre hubiera surgido de sus sesiones con la doctora Albrecht, pero más increíble fue que de ellas saliera también una traición. Le llevaría años descubrirla. Ya en la universidad de Ryland, donde Zee había terminado después de ser una estudiante mediocre en el instituto, estaba un día en la biblioteca sacando un libro para su clase de

psicología cuando se topó con un volumen con el nombre de la autora estampado en el lomo en grandes letras doradas. DRA. MARJORIE ALBRECHT, leyó, sorprendida. «¡Hala!», dijo Zee en voz alta en el pasillo entre estantes. El libro tenía un título psicológico largo y aburrido.

Lo abrió y empezó a leer. Cada capítulo era un caso de estudio distinto. El tres se titulaba: «Una chica llamada Kew: el lesbianismo como máscara y espejo».

«¡Hala!», repitió.

> «Kew» había sido criada por una madre adicta al trabajo que anteponía su profesión a la maternidad y que probablemente tuviera su propia crisis de género, y un padre en segundo plano, amable y pasivo, incapaz de ser un modelo para las pasiones y fantasías futuras de la hija, obstinándose en permanecer débil y distante.
>
> No es de sorprender que la chica llegara a mi consulta tan confusa sobre su sexualidad, y tan reacia a aceptar su feminidad, hasta el punto de querer cambiarse el nombre por otro que, al igual que la indumentaria que elegía llevar, no contuviera rasgo alguno de feminidad.
>
> Se me encogía el corazón al ver a esta joven paciente negarse a sí misma el disfrute de las maravillas de su ser femenino y del amor de los hombres. Mi impresión fue que había acudido a terapia demasiado tarde y que no tendría otra elección que llevar un estilo de vida «lésbico», negándose de manera inconsciente lo que le había sido negado y lo que ansiaba con un hambre que ni siquiera era capaz de sentir.
>
> Nos movimos mucho, «Kew» y yo, y en la furia de sus movimientos en ocasiones entreví su verdadero ser heterosexual, que quería ser visto pero no sabía cómo.

Para cuando Zee terminó de leer estaba llorando en silencio por la injusticia y el insulto. Que la luz del estrecho pasillo entre estanterías metálicas se apagara de pronto con un soplido suave como de alguien soltando aire fue un alivio. Pensó que iba a desmayarse en aquella oscuridad mohosa. Nunca se había sentido tan malinterpretada y, a pesar de ello, no podía quitárselo de la cabeza ni preguntarse si no sería cierto todo lo que había escrito Marjorie Albrecht. Si la necesidad que tenía Zee de ocupar el espacio que prácticamente había creado ella misma –un espacio en el que una persona pudiera llamarse «Zee» o «Kew» y vestir una camisa de esmoquin y aun así no considerarse travesti ni estar haciendo una pálida imitación de los hombres, sino buscando la manera más natural y elegante de existir en el mundo– no sería la consecuencia de algo que había ido mal desde el punto de vista psicológico. No le habló a nadie del libro excepto a Greer, ni tampoco lo devolvió a la estantería. En lugar de ello lo sacó prestado de la biblioteca, se lo llevó a la residencia y, delante de Greer y a pesar de que estaba prohibido hacer fuego, cogió un mechero y lo prendió.

–Bailábamos juntas –dijo Zee con voz queda recordando la sensación tan bonita de bailar por aquella habitación–. Por eso bailo tan bien. No me puedo creer que escribiera una cosa así.

–Yo tampoco. No te mereces esto, Zee. No se lo merece nadie.

Llegado un momento, la llama hinchó la cubierta, que incluso emitió un sonido minúsculo como de una voz humana llorando desde muy lejos, aunque pronto lo ahogó el ruido de la alarma de incendios atronando los pasillos de Woolley. La doctora Albrecht no había querido ser cruel; creía en lo que había escrito. Y era posible que Zee, para su propio horror, también lo creyera un poquito.

Estaba acostumbrada a pensar que en aquellos días uno podía ser tan *queer* como quisiera siempre que viviera en el área geográfica correcta. Pero, aunque el libro había ardido y estaba irreconocible, y por su causa Zee tuvo que pagar una multa por pérdida de sesenta y cinco dólares a la biblioteca Metzger, y aunque en la universidad había ligado con un par de chicas asustadas, se sentía parte de una batalla en ocasiones perdida. Ya la habían traicionado dos mujeres mayores: Linda Mariani, aquella zorra, y, por supuesto, la doctora Albrecht, que mientras bailaban por la habitación le había parecido cariñosa y de fiar.

Zee se quitó de la cabeza el incidente del libro uniéndose al pésimo grupo de improvisación teatral de la universidad y acostándose con otra de sus miembros, Heidi Klausen, que era rubia, europea y refinada. Le había hablado a Zee de unas galletas suizas llamadas *Schwabenbrötli* que solía hornear de niña en Zúrich y le prometió que las prepararían juntas alguna vez. Así que un día Zee se presentó en el apartamento donde vivía, fuera del campus, y le dijo: «Enséñame a hacer esas galletas Schwaben-no sé qué más», y Heidi accedió. En el futón de Heidi se metieron mutuamente en la boca galletas recién hechas. Zee no supo qué la había impulsado, unos días más tarde, a enrollarse con su antigua consejera de residencia, Shelly Brady. Por supuesto Heidi se enteró, porque Shelly Brady no fue capaz de mantener la boca cerrada, y se puso furiosa y le gritó a Zee en mitad de la explanada: «Que te den, Eisenstat, me permití ser vulnerable delante de ti. ¡Hasta te enseñé a hacer *Schwabenbrötli!*».

La desagradable repuesta de Zee fue: «¡Sí, esas galletas nazis!». Pero Heidi era suiza, no alemana y, en cualquier caso, no había hecho nada malo.

Zee seducía a mujeres, o se dejaba seducir por ellas. «Soy un putón», le dijo una vez como si tal cosa a Greer antes de cruzar el campus para hacer una visita nocturna a una chica que había conocido en un seminario de antropología. Nunca había estado enamorada, solo encaprichada. Había experimentado explosiones de placer físico, meras estrellas fugaces.

Dog, su buen amigo de la universidad, observaba anhelante las aventuras solo para mujeres de Zee. Dog miraba a todas las mujeres con

anhelo, se había dado cuenta Zee, pero sentía especial debilidad por ella. Siempre estaba en su habitación, tirado en la cama. Objetivamente era muy atractivo, aunque llevaba una barba que casi parecía de amish. ¿Por qué no les decía nadie a los hombres que a las mujeres no les gusta ese *look?* Podrían dejarles notas gigantescas que dijeran: «Los amigos de verdad no dejan que sus amigos lleven barba sin bigote».

Dog era una de las personas más bondadosas que Zee había conocido y escuchaba todas las historias de sus ligues asintiendo con la cabeza, asimilando lo que le decía y mostrándose comprensivo y contemplativo –él también se había enrollado con muchas mujeres desde su llegada a Ryland, pero no le gustaba hablar de sí mismo y siempre le cedía la palabra a Zee–, pero un día, cuando esta terminó su monólogo, le dijo:

–Entonces ¿vas a darme una oportunidad?

–¿Una oportunidad? No.

–¿Porque soy pelirrojo? –preguntó Dog con sonrisa traviesa.

–De verdad, Dog. Yo aquí contándote que soy lesbiana y tú me sales con que te dé una oportunidad.

–Podríamos hacer algunas cosas –dijo con timidez y coquetería, bajando la vista.

–No –dijo Zee–. Lo siento.

Pero un viernes por la noche, después de la debacle con Heidi, Zee estaba agotada. Greer se había ido a ver a Cory en Princeton y Chloe a una fiesta, era muy muy tarde y Dog estaba tumbado en la cama hecha de Zee, medio dormido, y esta, que se sentía cariñosa y aburrida, se acostó a su lado. Él la rodeó con un brazo, encantado.

–¿Ves como no está tan mal? –dijo.

Zee había pensado que podían dormir y ya está, si es que era posible quedarse dormido en una situación así, pero Dog le dijo:

–¿Te importa?

Le cogió la mano y la sostuvo un segundo en su mano mucho más grande. Luego, cuando Zee no puso objeción, se la apoyó en el pecho, en el lugar donde un mechón de pelo asomaba por el cuello de la camiseta. Zee sintió su corazón latir y no apartó la mano. Y entonces Dog le llevó la mano en la entrepierna más dura y excitada del mundo. Una roca enorme y caliente. Zee casi se apartó de un salto.

–Perdón –dijo Dog–. Me muero de ganas de ti. Estoy así todo el día. Es casi una discapacidad. Deberían darme tiempo extra en los exámenes.

Zee volvió a poner la mano por amistad, pero sin mirar, imaginando que bajo los pantalones Dog tenía un nido de pelo tan rojo y sedoso como el de la barba. Era el chico más encantador del mundo y Zee se concentró en esa idea mientras movía la mano con torpeza, como si fuera la garra mecánica de una de esas máquinas de los recreativos. Para entonces, Dog estaba muy excitado y Zee nada. Aquello había sido una equivocación, lo

supo enseguida.

–No puedes dormir aquí –le dijo después de que Dog tuviera un orgasmo a todo volumen y cuando estaban tumbados juntos con él todavía jadeando.

–¿Por qué no? Podríamos pasar la noche hablando. Me podrías contar más cosas, me encantaría.

–No quiero pasarme la noche hablando. Dog, eres el mejor, de verdad te lo digo. Pero me gustan las chicas. Dios me hizo así –añadió Zee insegura, porque desde su *bat mitzvá* había dejado a Dios cogiendo polvo en un rincón.

Al final Dog se marchó por el pasillo y volvió al piso de arriba, al dormitorio que compartía con Kelvin, mientras Zee se quedaba en la cama sintiéndose confusa e incluso un poco avergonzada. Con el tiempo, Dog se enrolló con un montón de chicas del campus, su amistad con Zee siguió tan sólida como siempre y ninguno de los dos volvió a mencionar lo ocurrido. De vez en cuando Zee se preguntaba si no lo habría soñado. Le gustaban las mujeres, pero aun así sabía que tenía problemas con algunas; a menudo surgía alguna dificultad entre ella y ellas, pero no sabía qué era ni a qué se debía.

Terminada la universidad, pensó que sería genial trabajar con Greer en la fundación de Faith Frank, pero al parecer eso no era posible. En Schenck, DeVillers, su primer empleo después de graduarse, se sentía desarraigada y sola. Para cuando llegó el invierno sabía que tenía que salir de allí e irse a algún sitio donde se sintiera necesitada. Entonces, una noche ya tarde, en el bufete, el chico con aracnodactilia, que se llamaba Ronnie, le mencionó que su hermana trabajaba para Enseñar y Ayudar, una oenegé que formaba a recién graduados y los ponía a dar clase en institutos públicos y concertados de distintos puntos del país. El curso de formación para la actual hornada de profesores había sido durante el verano –seis semanas de vorágine–, y ahora, en pleno año escolar, las plazas estaban ocupadas. Pero había habido algunas bajas, le explicó Ronnie, y la organización no sabía qué hacer y se estaba poniendo nerviosa. ¿Quería Zee el correo electrónico de su hermana?

Que te contrataran en Enseñar y Ayudar resultó ser sorprendentemente fácil. «Te voy a ser sincera. Lo que más nos importa es el entusiasmo», le dijo la mujer con la que habló Zee por teléfono. Y así fue como Zee se mudó a Chicago a finales del invierno. «Odio que no estemos en la misma ciudad», le dijo a Greer, aunque en realidad las dos amigas no se habían visto con la frecuencia que habrían querido. Zee había ido a Brooklyn alguna vez, pero sus calendarios no siempre coincidían. Zee no dedicó demasiado tiempo a pensar en la razón de que hubiera plazas libres de profesores a aquellas alturas del curso ni en por qué le había costado tan poco que la contrataran. Estaba demasiado desesperada por dejar su

empleo de pasante. Así que, en lugar de ello, eligió sentirse halagada por la oferta de trabajo, aunque más tarde, visto en retrospectiva, se daría cuenta de que no había razón alguna para ello.

Su formación se condensó de las seis semanas acostumbradas a dos y media.

–Creemos que aprenderás rápido –le dijo un tipo llamado Tim, que estaba a cargo de la formación.

–¿Podrías poner eso en una nota y mandársela a mis padres? –dijo Zee–. Les haría mucha gracia.

En Chicago, Zee se alojó en el apartamento de un edificio bajo que pagaban sus padres de mala gana, porque los salarios de Enseñar y Ayudar eran ridículamente bajos.

–Tendrías que vivir en una barcaza en China para poder permitirte trabajar ahí –dijo la juez Wendy.

–Pero tardaría demasiado en llegar por las mañanas, señoría.

–Tú tómatelo a risa, Franny.

–Zee.

–De acuerdo, Zee. Pero no me queda más remedio que decirte que me gustaría que no cogieras ese trabajo –dijo su madre, que se había opuesto con firmeza al cambio, a pesar de entender que la causa merecía la pena, que era noble incluso.

Después del curso preparatorio relámpago de dos semanas y media, Zee empezó a enseñar historia en uno de los institutos concertados de la red Octágono de Aprendizaje. La profesora del programa Enseñar y Ayudar a la que sustituía había dimitido con aspavientos en horario escolar, levantando las manos al cielo y preguntando: «¿Dónde está el aprendizaje? ¿Dónde está el octágono?». Durante un tiempo hubo un sustituto, pero no había sido formado en la metodología y los siete centros de la red Octágono de Aprendizaje (resultaba raro que fueran siete y no ocho, pero uno de los edificios había tenido problemas de contaminación por plomo y había sido clausurado de forma indefinida días antes de empezar el trimestre) tenían contratos ahora con Enseñar y Ayudar. Así que Zee empezó a trabajar en el centro del South Side armada con un plan didáctico.

Entró en la primera clase que tenía, de noveno curso, que imaginó sería un caos, pero en lugar de ello parecía que alguien hubiera dado a los alumnos una poción para dormir. A las ocho y veinte de la mañana estaban medio desplomados sobre sus pupitres en un aula del tercer piso llena de corrientes de aire. La mayoría eran afroamericanos, varios, hispanos y un par de ellos, blancos. Ninguno pareció alegrarse de verla, ni de estar allí, ni siquiera de estar despiertos; Zee no los culpó en absoluto. Recordó sentirse igual en el instituto y de inmediato los comprendió. Al menos así tendrían una profesora comprensiva.

–Buenos días –dijo mientras recolocaba sin necesidad sus escasas pertenencias sobre la mesa y se sentaba en una silla verde que chirrió implacable. Nadie contestó–. Vale, igual no son tan buenos –dijo–. Igual este día es un asco.

–Ya te digo –dijo un chico.

Hubo algunas risas y cierta sorpresa porque Zee riera también, aunque el comentario no le había parecido divertido. «Donde fueres, haz lo que vieres –pensó y, a continuación–: La verdad es que no sé qué estoy haciendo aquí.»

«A veces te sentirás insegura en clase, quizá mucho, al principio –le había dicho Tim–. Es muy normal.» Zee recordó aquello mientras miraba a la clase.

–Soy la señora Eisenstat y esta noche voy a ser vuestra profesora –dijo Zee llevada por un impulso–. ¿Queréis que os diga los platos fuera de carta?

La miraron con caras inexpresivas.

–¿Por qué dice «esta noche»? –preguntó una chica.

–¿Y qué es eso de «fuera de carta»?

Zee se avergonzó de su chiste; ¿en qué estaba pensando? Aquellos chicos no iban a restaurantes finos, lo más probable era que no fueran a ningún restaurante. La mayoría tenía becas de comedor. Comprendió que no conseguiría establecer vínculos afectivos con ellos a base de lamentables esfuerzos por hacerles reír o por parecer diametralmente distinta de su anterior profesora, que los había abandonado. Quería que la necesitaran, o al menos la toleraran. No quería que la abrumaran o la llevaran a abandonar también su trabajo en mitad del curso, en mitad del primer día.

Ser adulto en este mundo significaba que no podías abandonar. No siempre podía uno «librarse» de las cosas. Al principio de su segundo año en Ryland, Zee había tenido una compañera de cuarto, Claudia, que olía mal y no entendía la importancia de una correcta higiene corporal. El juez Richard Eisenstat había llamado por teléfono al decano después de que la secretaria de este le dijera a Zee con brusquedad que tenía que aguantarse, que de ninguna manera la iban a cambiar de habitación. Y, sin embargo, después de llamar el juez apareció un cuarto disponible: individual. Uno podía librarse de, al parecer, muchas cosas, casi todas. Pero Zee no quería librarse de aquella. Sus alumnos, decidió, la necesitaban. Miró sus caras inescrutables y empezó con la lección que había preparado sobre la Segunda Guerra Mundial. Casi de inmediato el aula se transformó en un lugar de indiferencia, con ocasionales brotes de anarquía. Había días en que nadie escuchaba. Zee se sorprendió a sí misma rogándoles que atendieran, intentado sobornarlos. Algunos chicos llegaban a ser amenazadores, incluida una chica de gran tamaño que le dijo a Zee, en una

voz incongruentemente infantil: «Te voy a joder viva», en respuesta a la petición de que soltara el lápiz al término de un examen, y que de inmediato se echó a llorar y pidió perdón. Siempre había excursiones al despacho del director y, en ocasiones, visitas de Big Dave, encargado de seguridad, que siempre empeoraba las cosas propiciaba que se recrudeciera el pequeño alboroto que hubiera en el aula.

Greer la llamó y le dijo: «¡Deja el trabajo!», pero Zee, casi llorando, dijo: «No puedo hacerles eso, no quiero». La mayoría de los días el problema no era el miedo, sino una increíble frustración, rabia incluso; su rabia. Pero también sentía una compasión casi enfermiza por lo que sus alumnos no tenían, no sabían y no podían hacer. Había un chico con un aliento atroz que terminó por confesar tímidamente a Zee que no tenía ni cepillo de dientes ni dentífrico, ni dinero para comprarlos. Así que Zee se los compró. También le pidió a Greer que mandara cajas de las barras de proteínas de sus padres y compró paquetes de calcetines gruesos y de guantes, los guantes no podían faltar. Tenía la sensación de que nadie hacía nada y que ella no era más que otra ignorante, armada de provisiones que arrojaba a un volcán.

Y entonces, una mañana de primavera, mientras Zee esperaba el tren, le llegó un mensaje de texto de Greer que decía: «¿Puedes hablar? Es urgente». Pronto estuvieron al teléfono y Greer, en una explosión gutural, le contó la terrible noticia: el hermano pequeño de Cory había muerto atropellado por el coche de su madre. No hacía falta conocer a un niño para saber que su muerte era la peor noticia del mundo. A sus veintidós años, Zee era capaz de imaginar la muerte desde el punto de vista del niño y del padre y del hermano, todo a la vez. Greer sollozaba y Zee deseó tener algo que decirle, poder consolarla de alguna manera. Pero ahora estaban en ciudades distintas y llevaban vidas distintas, así que todo lo que pudo hacer Zee en las semanas siguientes fue mandarle frecuentes mensajes que decían: «¿Cómo estás?», a pesar de conocer la respuesta.

Cada día a la hora de comer, después de una mañana dura o enloquecedora, Zee se sentaba sola en la sala de profesores, en la mayoría de los casos para oír relatos de otras experiencias en el aula, pequeñas tragedias o tensos accidentes evitados por los pelos, o bien anécdotas sobre parálisis burocrática y alusiones sueltas a actividades de fin de semana tales como citas por Internet o partidas de bolos.

En ocasiones se fijaba en la orientadora del centro, Noelle Williams, porque había estado especialmente antipática con ella desde el primer día. Nunca le dirigía la palabra en la hora del almuerzo y se sentaba con un pequeño grupo de administrativos a comerse con primor un yogur, haciendo chocar la cuchara de plástico contra el fondo y los lados del envase, sentada en una postura peculiarmente recta. Cando terminaba de comer convertía la basura en un paquetito compacto que casi le cabía en

las manos. Nunca dejaba rastros de sí. Noelle Williams tenía veintinueve años y un pelo muy corto bajo el que se adivinaba la forma perfecta, agradable del cráneo. De las delicadas orejas le brotaban muchos aros diminutos y siempre llevaba la ropa inmaculada, sin arrugas. Zee siempre se había considerado estilosa, a su manera, pero la perfección de Noelle era un reproche.

Un día a la hora de comer Zee se sentó nerviosa en el sofá hundido al lado de la orientadora, cuya falta de interés en conocerla era obvia, aunque este hecho en sí despertaba en Zee el deseo de caerle bien. ¿Qué había hecho para molestar a Noelle Williams? Le preguntó:

–¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Chicago?

La mujer la miró sin rodeos, evaluándola.

–Tres años –dijo–. Estaba aquí cuando se fundó el centro.

–Ah, qué bien.

–Y antes de eso estuve haciendo el máster. Luego trabajé en el instituto de un barrio residencial.

–Tenía que ser muy diferente de este sitio.

–Sí –dijo Noelle, y no sonrió con amarga ironía, ni añadió detalles para hacer ver que, aunque trabajar allí era desesperante, las dos estaban juntas en ello y la única manera de no desesperar era ser irónico. No estaba siendo ni irónica ni simpática.

–Yo soy novata en esto –dijo Zee–. ¿Tienes algún consejo que darme para mis clases? Es difícil conseguir que aprendan nada.

–¿Que si tengo algún consejo que darte sobre cómo dar tus clases? –preguntó Noelle–. Pues, en primer lugar, no soy profesora. Pero además supongo que ya te habrán dado todos los consejos que necesitas. ¿O no?

«¿O no?» Zee estuvo a punto de imitar sus palabras. «Menuda zorra», pensó.

–Bueno, me dieron un cursillo sobre cómo dar clase de historia –dijo–, pero enseñar en un instituto a alumnos de carne y hueso es algo muy distinto. Y enseñar a estos chicos… es casi imposible. Hay demasiados problemas y demasiada desconexión. Termino muy desanimada.

–Me imagino. –Noelle no dijo nada más.

Hubo un momento de frío silencio, durante el cual Zee se comió el bocadillo que se había preparado a todo correr aquella mañana en su cocina diminuta. El relleno de aquella cosa blanda y suave se estaba saliendo, un vertido de ingredientes disonantes que nunca deberían haberse mezclado: gajos de manzana, unas cuantas zanahorias enanas que habían vivido tiempos mejores y un tieso volante isabelino de col, todo ello más o menos aglutinado por una masilla de miso y un chorro de mayonesa baja en calorías de un bote de plástico comprado en la tienda de la esquina la primera noche solitaria después de mudarse a aquella ciudad, cuando no conocía a nadie.

Noelle miró las hortalizas caer en el regazo de Zee y ¿fue aquello una sonrisa? ¿Una sonrisa algo desagradable al ver a Zee mancharse con su propio almuerzo? Zee se frotó la camisa con una toallita de áspero papel marrón del dispensador que le dejó un rectángulo de aceite y, cuando levantó la vista para decirle algo a Noelle, comprobó que la puerta con freno hidráulico de la sala de profesores se estaba cerrando despacio y Noelle se iba de camino de otra cosa.

Podían haber seguido así un tiempo, la orientadora siendo grosera y antipática y Zee insistiendo en ganársela, y quizá un día Noelle habría dicho: «¿Se puede saber qué haces, Zee? ¿Por qué no paras? ¿No te das cuenta de que no me gustas y punto?».

Pero en lugar de ello una tarde, cuando Zee llevaba un mes trabajando allí, la alumna Shara Pick dijo:

–Señora Eisenstat.

Zee estaba en la pizarra haciendo una cronología que iba de 1938 a 1945. Unas pocas personas parecían muy interesadas; un alumno en particular, Derek Johnson, ya se sabía la guerra entera y estaba haciendo aportaciones a la exposición.

–¿Sí? –dijo Zee.

–¿Puedo ir al baño? –preguntó Shara, y a continuación se puso de pie y se tambaleó delante de su pupitre. Necesitaba ir y necesitaba ir ya. Shara era una chica blanca con cuerpo de moscardón que iba a todas partes acompañada de una nube de caos. Hojas de papel arrugadas, bolígrafos que goteaban tinta, pequeñas cuentas de plástico de origen desconocido. Casi todos los compañeros de clase le hacían el vacío, al considerarla inútil y digna de compasión, y no parecía encajar en ningún sitio. A la hora de comer se sentaba sola con la mirada perdida en algún punto a media distancia comiéndose una bolsa de Doritos por todo almuerzo. El subdirector había explicado a Zee que Shara era una de las alumnas consideradas «de riesgo». Sus padres eran unos adictos a la metanfetamina que no hacían más que entrar y salir de rehabilitación y sus hermanas y ella se habían ido a vivir hacía poco con su amable, pero medio ciega, abuela.

El año anterior, los padres de Shara se habían presentado en la reunión del principio de curso colocados hasta las cejas. «Un desastre», le habían contado a Zee, y esta había estado pendiente de Shara, que siempre se dejaba puesto en clase un abrigo con capucha de esquimal que le recordaba a Zee a la carátula de un álbum viejo de Paul Simon que escuchaban sus padres cuando era pequeña. Shara se quedaba dormida con frecuencia, lo que preocupaba a Zee, que estaba atenta a posibles síntomas de consumo de drogas en aquella chica tan vulnerable. Pero cada vez que había que hacer una redacción en clase Shara se encorvaba sobre su pupitre con los codos y la lengua en una postura de concentración

profunda y conmovedoramente infantil y entregaba algo que, contra todo pronóstico, revelaba afán. Quizá había un interés oculto ahí, una posibilidad escondida.

–Sí, claro –dijo Zee, y siguió escribiendo en la pizarra una lista de factores que habían conducido a la guerra. Escribió tanto y con una letra tan minúscula que la pizarra parecía cubierta de malla metálica, aunque solo algunos alumnos estaban apuntándolo en sus cuadernos. Otros la miraban con comprensión, con incomprensión o ensimismados, y un chico de la primera fila llamado Anthony se dedicaba a ilustrar profusamente su cuaderno. Lo detallado de las calaveras y los demonios era impresionante, aunque delataba un interés extremo en el satanismo que quizá hubiera que comunicar a dirección.

Una chica de la última fila se estaba pintando las uñas postizas encima del cuaderno y el fuerte olor viajaba hacia la parte delantera del aula. El olor se esparcía, el rotulador que Zee arrastraba sobre la pizarra emitía su chirrido ocasional y los adolescentes de la habitación cambiaban de postura, se acomodaban y se volvían a acomodar. Alguien aulló como un lobo, largo rato, por hacer una broma. A solo quince minutos de que terminara la clase, la tarde había adquirido un carácter hipoglucémico. Zee pediría a sus alumnos que escribieran en sus agendas unos minutos y quizá permitiera que alguno pusiera una canción en su móvil, algo que solía concitar la atención de todos. Pero entonces constató, con la misma intensidad del olor al esmalte, que Shara no había vuelto del cuarto de baño. Mandó a Taylor Clayton a buscarla y, aunque Taylor tendía a ser una chica vacilante, volvió corriendo momentos después, golpeó el marco de la puerta y gritó:

–¡A Shara le ha pasado algo!

Shara estaba hecha un ovillo en el suelo del cubículo del baño y Zee y Anthony, al que había urgido a que ayudara, consiguieron llevarla a la enfermería.

–Me duele mucho –gritaba Shara meciéndose atrás y adelante con una mano en el estómago.

Resultó que la enfermera estaba proyectando un documental sobre drogas en una clase y detrás de la mesa de la pequeña habitación verde solo había una auxiliar, que estaba guardando depresores linguales en un frasco uno a uno, *poc poc,* y que puso cara de pánico cuando entraron con Shara medio arrastrada medio en volandas y la tumbaron en la camilla.

–Voy a buscar a Jean –dijo, y salió corriendo de la habitación desperdigando depresores linguales.

–Que se vaya él también –dijo Shara señalando a Anthony.

El chico se marchó corriendo, aliviado, y Zee se sentó junto a Sarah y le frotó los brazos y le dijo lo primero que le vino a la cabeza.

–Seguro que es apendicitis –dijo deprisa y sin ton ni son–. Mi hermano

la tuvo. Se pasó la noche gritando. Pero cuando le quitaron el apéndice se sintió mejor y a ti te va a pasar igual. ¿Sabías que no cumple ninguna función? –añadió, porque no se le ocurría nada más que decir y quería distraer a Shara de su dolor.

–No –lloró la chica.

–Pues así es.

Entonces cayó en la cuenta de que había alguien allí y vio a Noelle Williams.

–¿Qué pasa, Shara? –preguntó la orientadora con su voz pausada.

–Estoy enferma.

–Creo que es apendicitis –dijo Zee.

–Y eso lo sabes por tu formación en la facultad de Medicina de Harvard, claro.

–Pues…

–¿O lo aprendiste en Enseñar y Ayudar?

Zee estaba furiosa, pero no dijo nada. No le parecía apropiado; aquella chica estaba sufriendo. Noelle se agachó y le abrió el abrigo a Shara, que era algo que a Zee no se le había ocurrido hacer. La orientadora bajó despacio la cremallera y separó las dos mitades, dejando ver el abdomen de Shara, sorprendentemente abultado bajo el jersey. Sin el abrigo, era imposible no darse cuenta.

–¿Puedo levantarte el jersey? –preguntó Noelle, y Shara asintió. Tenía la piel del abdomen dilatada y brillante, con el ombligo asomando como la goma de borrar de un lapicero, y debajo había una franja vertical oscura, la llamada *linea nigra*. Esto Zee lo sabría más tarde, cuando entrara en Internet y lo buscara todo, cada uno de los momentos, con la misma atención que habría puesto Greer de haber presenciado también aquello.

Pero de momento, armadas, todavía no de conocimientos, sino solo de instinto, Zee y la orientadora se miraron la una a la otra alarmadas desde ambos lados de Shara Pick y, a continuación, Noelle le dijo a la chica con amabilidad:

–Tesoro: ¿sabías que ibas a tener un niño?

–Pensaba que igual sí.

–Pues así es, y la señora Eisenhower y yo te vamos a ayudar.

Zee no la corrigió. A partir de entonces todo ocurrió a toda velocidad. Llamaron al 911; Shara emitió profundos ruidos guturales, encogió las piernas y arqueó la espalda.

–Voy a consultar qué hay que hacer –dijo Noelle, y mientras Zee animaba a Shara a no empujar, a mantener las piernas cerradas, a esperar, se sentó a la mesa de la enfermera. (¿qué hacía la enfermera, Jean, que no estaba allí todavía?). En el viejo ordenador de mesa Dell color encías, Noelle tecleó una contraseña y a continuación «parto». Metió en Google la combinación de palabras más sencilla y sucinta que se le ocurrió. Luego

resultó que era excelente haciendo búsquedas en Google.

Enseguida localizó una guía visual en línea para traer un niño al mundo en situación de emergencia, sin formación y sin instrumental.

–Vale, he encontrado instrucciones –dijo. Con voz serena y controlada, leyó–: «Qué hacer para ayudar a alguien a dar a luz».

De alguna manera consiguieron contener a Shara, evitar que diera a luz a su hijo en sus inexpertas manos. Por fin volvió Jean, seguida casi de inmediato del equipo de los servicios de urgencia, un hombre y una mujer, ambos jóvenes y competentes, que entraron corriendo y se hicieron cargo de la situación.

–Empuja, Shara –le dijeron, después de hacerle un examen.

Entonces asomó la cabeza, la cara; y una vez apareció aquella prueba explícita de humanidad, fue como si todo lo demás se detuviera. En cuanto hubo una cara, todos se maravillaron. Ocurría lo mismo que con la muerte. Todos sabían que la muerte existe, pensó Zee; la mayoría la conocía desde la infancia. Los periódicos estaban llenos de la letra minúscula de las esquelas de pago y las necrológicas, y en ocasiones el padre o la madre de Zee levantaban la vista del periódico mientras desayunaban sus batidos antes de ir al juzgado y le decían con amabilidad al otro algo tipo: «Vaya, ¿has visto que ha muerto Carl Sagan?».

Zee pensó en el hermano pequeño de Cory Pinto… muerto. Pensó en las caras de todas las personas que conocía, temblando en la gelatina de plata de su propia caducidad. Zee sabía que las caras nos abruman, las de los que se van y las de los que llegan, y aquella nueva la abrumó.

De pronto vio que el niño tenía algo grueso alrededor del cuello, algo que le recordaba al cable con el que ataba su bicicleta Schwin en el campus de Ryland. Miró a los técnicos de emergencias retirarlo con cuidado. Manipulando aquella cosa resbaladiza que sugería la presencia de algo complejo bajo su superficie como si estuvieran sacando la cadena de la bicicleta de entre los radios de la rueda bajo la lluvia. La cabeza del niño salió como un resorte.

–Ya casi estamos, Shara –dijo con ternura la técnica en emergencias.

–Uno más, Shara –se hizo eco Jean, la enfermera.

–Tú puedes –dijo Zee.

Y entonces Noelle dijo:

–¡Lo estás haciendo fenomenal!

Shara empujó heroicamente y al poco se oyó un ruido similar a una bota pisando el barro cuando los hombros del bebé salieron a toda prisa, como si llegaran tarde a una reunión importante. Entonces resultó que la cara humana iba unida a un cuerpo humano de genitales hinchados y generosos que decían: «Soy una niña».

Aunque se caían mal, las dos sentían una necesidad desesperada, trémula

de descomprimir, así que Noelle Williams y Zee Eisenstat terminaron cenando a una hora muy temprana en un restaurante de la zona una vez terminada la jornada laboral, después de que llegara la abuela de Shara y se comprobara que todo estaba estable, al menos desde el punto de vista médico. Zee trató de acompañar a su asustada alumna al hospital, pero Jean, la enfermera, dijo que no, que iba ella. No había nada más que Zee y Noelle pudieran hacer.

Noelle eligió un pequeño restaurante de cocina sureña llamado Miss Marie's, con paredes forradas de madera y una excelente banda sonora que incluía a Smokey Robinson y los Miracles. Les sirvieron tomates verdes encurtidos en un cuenco de metal y Zee cortó uno con energía, notando la piel ceder, sabiendo que, aunque el cuchillo no tenía sierra, aquello sí podía cortarlo. Después de todo, había estado a punto de traer un niño al mundo. El niño de una niña.

«Pobre Shara Pick –pensó–. Pobre niñita Pick.» No podía hacer nada por sus alumnos, excepto comprarles cepillos de dientes y calcetines y ayudar en un parto y sentir una tristeza, una furia o un miedo continuos.

–¿Qué va a pasar ahora? –dijo–. Su familia es un desastre.

–Ya lo sé. Es tristísimo –dijo Noelle–. Sus padres vinieron una vez al instituto y casi no se tenían en pie. La trabajadora social se pasará esta noche por el hospital, pero todo pinta bastante desolador.

–¿La dejarán volver a clase?

–Sí, claro. Hay varias opciones. Pero no tengo ni idea de lo que va a hacer. Tenemos un programa para madres, pero, si te digo la verdad, estas cosas me ponen enferma. ¿Cómo no se dio cuenta nadie de que la chica estaba embarazada? Vale, ha sido una pregunta retórica. Una pregunta que haremos al claustro y al personal la próxima vez que nos reunamos. Y voy a proponer una reunión de urgencia, porque ninguno nos dimos cuenta. No podemos decir: «Debía de ser un niño muy pequeño», aunque está claro que era así. Ese bebé era como una marioneta de guiñol. Y sin embargo los paramédicos dijeron que estaba bien. Que era pequeña, pero estaba bien. Que los pulmones parecían sanos.

–Me siento fatal por no haberme dado cuenta. Pero no vi nada. Shara no se quitaba nunca la parka en clase –dijo Zee.

–Eso es en sí un indicio.

–No lo sabía.

–Pues claro que no.

Llegado ese punto, Zee se preguntó cuánto más tendría que aguantarle a la orientadora. ¿Por qué seguía teniéndole Noelle esa aversión feroz, incluso después de todo lo que habían hecho juntas y de la crudeza de lo ocurrido?

–¿Se puede saber qué te he hecho, Noelle? –preguntó.

Entonces apareció la camarera, interrumpiendo el cara a cara, así que

pidieron la comida sin entusiasmo. Pollo para Noelle, un salteado de verduras para Zee. Si eras vegetariana, tus comidas en restaurante a menudo se reducían a salteados de verduras.

Luego Noelle la miró con una expresión que, cosa sorprendente, no era hostil.

–Zee –dijo–, no es por ti. Bueno sí es por ti. Por tu forma de ser tan confiada. Tu idealismo.

–No pensaba que fueran cualidades negativas.

Zee hizo girar la cerveza en su vaso y de pronto deseó estar tomándose una cerveza con Greer en lugar de con aquella mujer tan antipática. Todos decían que Chicago era una ciudad maravillosa. «El Art Institute –decían–. La vida nocturna. La música. ¡El lago!»

Pero Zee había visto y hecho muy poco, porque era difícil que te gustara una ciudad cuando estabas completamente sola en ella. Quizá podría convencer a Greer de que fuera a verla algún fin de semana. Juntas podrían ir a la orilla del resplandeciente lago y tirar piedras y hablar del dolor en sus vidas, de la esperanza. El caso era que aquella mujer antipática ejercía una atracción sobre Zee. No era merecida, pero sí real. Noelle, se fijó Zee, tenía una garganta sexi.

–No son malas cualidades, por sí solas –reconoció Noelle–. Pero cuando mis chicos abusan de ellas me parece que esas cualidades no ayudan nada.

–¿Tus chicos? –dijo Zee–. ¿No son también míos ahora?

–¿Piensas en tus alumnos como tus chicos?

–¿Por qué no? ¿Sabes una cosa? Deberías tratarme mejor –dijo Zee–. Soy nueva, esto me está costando mucho y hoy he vivido una cosa bastante gorda. Me uní a Enseñar y Ayudar para ayudar a los demás. Y si no lo estoy consiguiendo, entonces no sé qué más puedo hacer. Y tú me odias desde que llegué al instituto.

–¿Crees que esto tiene que ver contigo? No eres más que un engranaje en la rueda de Enseñar y Ayudar, así que, por favor, no te hagas la importante. Sé que hemos tenido un día duro, y lo hemos tenido juntas, pero si te odiara, no estaría sentada aquí ahora mismo. Estaría muy lejos de ti.

–Ah, o sea, que me estás diciendo que te gusto. Pues menuda sorpresa. Desde luego no es la impresión que das.

–Para gustarme vas a tener que esforzarte más. Pero, en cualquier caso, me parece un objetivo más realista que el otro –dijo Noelle–: el de salvar a los estudiantes de la red Octágono de Aprendizaje.

–Necesitan mucha ayuda.

–Pero no tuya, tesoro.

Lo murmuró casi, el mismo apelativo cariñoso que había usado con Shara durante el parto. Entonces lo había dicho con ternura, pero ahora lo decía con dureza, sin cariño.

–Entonces ¿de quién? ¿Quién más va a ayudar a un octágono formado solo por siete institutos donde todos empiezan sin nada? Sé que soy una privilegiada; crecí en Scarsdale, Nueva York. Pero ¿por qué tiene que incapacitarme mi origen de clase? ¿Es que he tenido que vivir lo que viven mis alumnos?

–Mi madre es jefa de personal de la consulta de un alergólogo, aquí en Chicago. Clase media pura –dijo Noelle–. Nos crio a mi hermana y a mí sola, mi padre murió de un infarto cuando yo tenía cinco años, pero teníamos todo lo que necesitábamos, igual que tú. Clases de música, ortodoncia, muchos libros en las estanterías y estabilidad. Ese era el punto fuerte de mi madre. No estoy diciendo que nuestra experiencia tenga que ser la de los alumnos.

–Entonces ¿qué estás diciendo?

Noelle se inclinó desde el otro lado de la mesa; desde aquella súbita proximidad, Zee tuvo una nueva perspectiva de ella. Ya no tenía que sentirse intimidada por ella ni admirarla físicamente. En cuanto a la posibilidad de traición, Noelle no tenía nada que ver con las mujeres mayores del pasado de Zee, con Linda Mariani o con la doctora Marjorie Albrecht, que la habían traicionado de manera espantosa, o incluso con Faith Frank, que no la había traicionado, pero no tenía ningún interés en contratarla, a pesar de la carta tan sincera que le había escrito. Noelle Williams no le había dado pie a crearse expectativas. Zee no tenía que dejarse hacer daño por ella. Podía levantarse e irse.

–Nos dijeron –dijo Noelle– que un equipo de abnegados profesores haría su entrada a lomos de sus abnegados caballos y salvarían nuestros institutos. Pero lo que ocurrió en realidad es que nos han mandado un equipo de profesores sin ninguna preparación, recién salidos de la universidad y sin casi formación, excepto un cursillo intensivo mucho más corto que el que se hace para convertirse en técnico reparador de aire acondicionado. Y encima nos dicen que demos gracias. Que está muy bien, que deberíamos respetar el hecho de que personas como tú estéis dispuestas a aceptar un empleo mal pagado a cambio de hacer algo que merezca la pena. Cuando lo cierto es que no está nada bien, al menos tal y como yo lo veo. Algunos de mis colegas piensan de otra manera. Enseñar y Ayudar les parece bien, opinan que es un proyecto admirable que se merece nuestro apoyo. Pero tengo que decir que desde que llegó Enseñar y Ayudar las cosas no han cambiado.

»Me llena de consuelo nuestro presidente. Un hombre negro. Inteligente y bueno. Lo adoro. Pero hay ciertos problemas endémicos que no se van a resolver tan rápido. Y, en muchos sentidos, Enseñar y Ayudar está empeorando las cosas. No acepta críticas, por tanto, no va a cambiar nunca. Y lo único que hace es intentar que nuestros centros se adapten a un formato determinado con un enfoque empresarial. Están despidiendo a

los profesores veteranos, pero Enseñar y Ayudar sigue funcionando. Degrada la enseñanza como profesión. Y, por supuesto, es un programa dirigido a comunidades negras y latinas. Jamás operaría en un colegio de blancos. ¿Y sabes qué es lo que va a pasar? Hay fuerzas ahí fuera esperando, tomándose su tiempo, conscientes de que su momento les llegará. Tú y algunos otros como tú no sois malas personas, eso lo sé, pero no tenéis formación y no estáis preparados y este trabajo es para un ratito. No estáis aquí para quedaros; nadie lo cree. Estáis aquí porque acabáis de terminar la universidad y queréis aportar algo y, una vez hayáis tenido le experiencia, os daréis media vuelta y os dedicaréis a otra cosa. Algo no tan noble, pero más satisfactorio desde el punto de vista económico. No te culpo, Zee. Yo haría lo mismo si fuera tú. Pero necesitamos personas que estén aquí para quedarse. Porque las cosas van a ponerse mucho peor y entonces ¿qué pasará?

–¿Me estás diciendo que debería dejarlo?

Noelle la miró seria.

–¿Hablas en serio? Pues claro que no te estoy diciendo eso. No deberías hacerle eso a esos chicos, no en mitad de curso, como han hecho otros. Necesitan estabilidad. Te quedas, terminas el curso lo mejor que puedas y luego decides. Mira, estoy segura de que eres una persona estupenda y de que te estás esforzando mucho por… ¿cómo lo dirías tú? ¿«Implicarte»? Conozco ese sentimiento; yo también lo he tenido. Pero a veces la manera de implicarse es vivir tu vida y ser tú misma con tus valores intactos. Y solo siendo tú misma lo conseguirás. Igual no de una manera heroica, pero lo conseguirás.

–Yo lo veía de otra manera –murmuró Zee, y Noelle asintió–. En cualquier caso, todo fue muy rápido. Estaba viviendo con mis padres y trabajando de pasante en un despacho de abogados. Lo odiaba. Mi mejor amiga trabaja para Faith Frank. Tiene una fundación para mujeres y pensé que igual yo también podría trabajar ahí. Pero no pudo ser. Tenía que irme del bufete, por no hablar de casa de mis padres. Y la jueza Wendy Eisenstat me dejó muy claro que, hiciera lo que hiciera, tenía que ganar un sueldo.

–¿Quién?

–Mi madre.

–¿La llamas jueza Wendy Eisenstat?

–Sí. O jueza Wendy. No lo soporta. Prefiere mamá. Pero lo cierto es que ha sido una presencia judicial muy potente en mi vida. Cuando sueño con ella a veces lleva toga. Mi padre también. Él es el otro juez Eisenstat, pero más discreto.

Noelle sonrió; ¿era su primera sonrisa? Al menos sí la primera inequívoca.

–Así que no te apellidas Eisenhower –dijo.

–No.

–Pero no me corregiste.

–Ni se me habría ocurrido. Podía haberte hecho sentir incómoda.

–¿Corriges a tus alumnos cuando dicen algo que está mal?

–Sí, en Enseñar y Ayudar nos dicen que debemos hacerlo.

–¿Siempre haces lo que te dice todo el mundo?

–Si me lo piden con amabilidad, sí.

–Bueno, entonces tendré que aprender a pedirte las cosas con amabilidad –dijo Noelle–. Tomo nota.

Zee dudó un momento, mientras trataba de interpretar el cambio de actitud.

–Me parece muy buena idea. Puede que incluso te dé resultado –dijo por fin–. Que consigas algo más importante que los resultados académicos. Que ninguna «mujer» se quede atrás.

El tono de la conversación era ahora claramente juguetón; habían pasado de la tirantez al parto, después al soliloquio malhumorado y, de ahí, a una fase nueva, incierta. «¡Qué desconcierto!», pensó Zee mirando la oreja pequeña, ornamentada de Noelle.

–¿Tu madre es muy maternal? –quiso saber de pronto.

–Regular. Es más como la capitana de un barco. Pero de un barco agradable. ¿La tuya?

–Hace bien su trabajo. No puedo quejarme. Cuando miraba hoy a Shara pensaba que justo está entrando en esa carrera de relevos.

–¿Qué carrera?

–Pues la de una madre que da a luz una minimadre en potencia. Ni siquiera estaba segura de que iba a tener un hijo –dijo Zee. Picoteó en su plato–. Es que no me lo puedo ni imaginar –añadió.

–¿El qué? ¿Tener un hijo?

–Sí, eso. Mi cuerpo, el equipamiento que tengo… nunca he pensado demasiado en él como algo reproductor; cuando era adolescente tuve una terapeuta de danza-movimiento que al parecer pensaba que estaba negando mi feminidad. Pero ¡no era verdad! Jamás lo he hecho. Me gusta ser chica. Lo que pasa es que quiero decidir yo lo que eso significa. Mi idea del infierno sería dar a luz de repente sin saber que iba a pasar.

–Esa es la idea del infierno para cualquiera.

De pronto, con urgencia, Zee preguntó:

–¿Nos enteraremos de lo que pasa al final con Shara y su hija? ¿Podremos ir a verla? Y si no vuelve a clase, ¿no volveremos a saber de ella?

–Me aseguraré de que nos enteramos, de que encontramos la manera de ayudarla, si se deja. Intentaré que el sistema no la pase por alto.

–Es un desastre, pero le gusta la historia. Se le dan bien las fechas –dijo Zee. Quizá era una exageración, pero quería decirla. Alguien tenía que defender a Shara Pick, alguien tenía que decir que era algo más que mera

portadora de un hijo que era posible que pronto fuera a parar a brazos de otra persona, más que una colección de partes descontroladas–. Qué miedo ha tenido que pasar –dijo. El cuerpo no siempre hacía lo que querías que hiciera. Tenía ideas propias, una trayectoria propia. Por ejemplo, el suyo en aquel momento era como un diapasón que respondía al timbre particular de Noelle.

–Tienes cara de susto.

Zee levantó la vista.

–Es que he pasado miedo. Ha sido estremecedor.

–No me refiero a eso. Hablo de ahora –dijo Noelle con voz tensa, casi solemne–. Hablo de mí.

–Bueno –reconoció Zee–. Das un poco de miedo.

–¿Es así como me ves? ¿Como alguien que da miedo?

Zee se tomó un tiempo para asegurarse de que comprendía lo que estaba pasando, la nueva voz con la que hablaba Noelle y lo que eso significaba. Era una sensación conocida y Noelle tenía que estar percibiéndola también. «Piensa, piensa», pensó Zee, preguntándose si habría pasado algo por alto. No se le ocurría nada. Las crisis, cuando terminan, suelen dar paso a la calma, pero esta estaba dando lugar a una crisis distinta, de otra clase.

–No –dijo Zee–. No solo.

–¿Y cómo más me ves, entonces?

Aquello era un desafío directo. Lo único que supo decir Zee fue:

–Qué raro es esto.

–¿No te gusta?

–No sé lo que es.

–¿Estás segura de que no lo sabes?

–Vale, supongo que sí lo sé –dijo Zee.

–¿Y te parece bien, entonces? –preguntó Noelle, y Zee asintió con la cabeza.

Ninguna de las dos supo qué decir a continuación. Volvieron a concentrarse en cenar, y se bebieron las cervezas frías y compartieron un pudin de plátano de postre, hundiendo las dos cucharas en la misma masa beis, lo que le recordó a Zee a cuando miraba a Noelle comerse un yogur en la sala de profesores haciendo ese ruidito como de cascos de caballo sobre plástico: *cloc cloc*. Era el sonido de una mujer autosuficiente comiendo el símbolo internacional de la comida femenina: un yogur. Las mujeres y sus necesidades de calcio. Una mujer comiendo yogur era algo que se veía en muchas partes del mundo.

–¿Quieres que pidamos la cuenta? –preguntó Noelle.

Levantó un brazo para llamar a la camarera. Estaba un poco bebida, se dio cuenta Zee, y le preocupó que la discreta borrachera de Noelle pudiera ser la causa de su aparente interés por ella. Quizá Noelle había empezado a

coquetear por efecto de la cerveza y más tarde se horrorizaría de su comportamiento porque, a fin de cuentas, era posible que fuera la orientadora de un centro concertado más heterosexual del mundo.

–Te noto un poco borracha –dijo Zee–. ¿Por eso estás así? ¿Por las tres cervezas que te has tomado?

–No –dijo Noelle–. Me tomé la tercera cerveza a propósito, porque estaba empezando a sentirme así.

–Así ¿cómo?

–Atraída por ti.

–Ah.

Noelle deslizó un dedo por uno de los lados del vaso de cerveza, dividiendo la condensación en dos. ¿Por qué eran las palabras «atraída por ti» igual que un rayo? A Zee la dejaba KO que Noelle Williams, la arrogante orientadora, una mujer mayor, afroamericana, tan increíblemente elegante, se sintiera atraída por ella.

–Muy bien, entonces –dijo Zee, y las dos rieron.

Y qué raro era también que la risa fuera lo que caracterizara gran parte de lo que hicieron aquella noche a partir de entonces, incluso si en ocasiones se trató de una risa de indefensión frente a lo irremediable. En el instituto pasaban más cosas malas: a un chico le dieron tal paliza cuando volvía a su casa que se le salió un ojo de la cuenca; otro profesor del programa Enseñar y Ayudar abandonó el barco; una caldera rota volvió el centro inhabitable durante dos días.

Pero la noche en que nació la hija de Shara salieron del restaurante y se encontraron con una nevada –nieve de primavera, porque aquello era Chicago– y la calle tranquila, se subieron al tren que las llevó casi en silencio y en fluorescencia hasta el apartamento de Zee porque estaba más cerca que la casa de Noelle, que quedaba a cuarenta minutos, y en cuarenta minutos el hechizo podría haberse roto. Gracias a Dios que el apartamento estaba limpio, pensó Zee mientras daba las luces.

–Estudiantil –dijo Noelle, y Zee vio la habitación con sus ojos: el sofá cubierto por una tela de motivos indios; la octavilla enmarcada en la pared anunciando un discurso en la capilla de la universidad varios años atrás dado por Faith Frank; las mandarinas en una fuente azul; la fotografía de Zee y otra mujer, claramente una buena amiga, con las togas de graduación. La nueva vida a la que Zee Eisenstat intentaba acostumbrarse en Chicago.

–Sí, no puedo evitarlo –dijo Zee–. He sido estudiante tantos años que no sé ser de otra manera.

–Recuerdo esa sensación –dijo Noelle, quien a continuación tomó con decisión a Zee por los hombros y la acercó a ella, algo que resultó tan tranquilizador como emocionante. Se besaron largo rato, sin prisa. Cuando se tumbaron en el estrecho colchón que Zee había comprado en un

mercadillo de garaje al mudarse allí y con el que había cargado igual que un sherpa siete manzanas hasta llegar a su casa, no pudo evitar pensar por un momento en el poder: en quién lo tenía en aquel momento, si la mujer mayor o la más joven. El poder era, en ocasiones, difícil de entender. No se podía cuantificar ni calibrar. Era casi invisible, aunque lo tuvieras delante.

–De eso hablaba todo el mundo en la primera cumbre de Loci –le había dicho hacía poco Greer por teléfono cuando salió el tema–. Del significado y los usos del poder.

–La cumbre que te perdiste por lo del hermano de Cory.

–Sí, pero todos los que fueron, el resto del equipo, dijeron que está claro que es un tema al que hay que volver, porque nunca se agota. A todo el mundo le interesa. ¡Poder! Incluso la palabra es poderosa.

–Pues sí. Suena a grito de cómic de superhéroes.

Vivir en un mundo de poder femenino –de poder compartido– le parecía a Zee un sueño deseable. Tener poder significaba que el mundo era como un prado con la cerca abierta y por el que podías echar a correr sin nada que te detuviera.

Noelle era maravillosa con o sin ropa, aunque, claro, sin ella parecía más vulnerable a ojos de Zee. Cada una puso las manos en el cuerpo de la otra, el de Zee con su estudiada imagen de chico y el de Noelle con su cuidado *look* femenino levemente atemperado por una cabeza casi afeitada, caderas prominentes y modales delicados que hacían pensar en uno de esos maniquís articulados que usan los artistas. Los brazos y las piernas podían recolocarse de la manera que quisieras, parte por parte, y lo mismo ocurría en el sexo, cuando el poder era fluido. Podías recolocar a la otra persona y ella te podía recolocar a ti.

No dejaba de nevar y, después de una ronda larga y expresiva de «sexo con persona nueva», las dos mujeres se dispusieron a dormir. El poder había estado allí un instante antes, pero ya no. Qué extraño que Zee acabara de pensar en ello y ahora hubiera perdido importancia. El día había sido insoportablemente largo y lo que necesitaba en ese momento era desplomarse.

–Tesoro –la llamó Noelle antes de que se quedaran dormidas, un uso tercero y por completo distinto del apelativo cariñoso.

Tercera parte. Yo decido

Ocho

El toldo rojo sobre el escaparate decía qi gong tui-na masajes relajantes vigorizantes inolvidables, palabras que no resultaban de interés para la mayoría de los neoyorquinos que pasaban por aquella esquina de una de las calles noventa del West Side en una noche apacible del otoño de 2014. Pero Faith Frank sí conocía su importancia y una vez a la semana, al salir del trabajo, su chófer la llevaba allí, porque le encantaba un buen masaje chino. Tenía la impresión de que aquellos masajes tonificantes, en ocasiones desconcertantemente vigorosos, la ayudaban a ordenar sus ideas, a tomar decisiones y a mantenerse serena y proporcionar consejos a las personas que recurrían a ella.

Lo había descubierto un día, dos años antes, cuando, aquejada de tortícolis y desesperada, de camino a casa del trabajo le había pedido a su chófer, Morris –su contrato con Loci incluía coche con chófer– que parara allí. Tumbada en una camilla en el establecimiento en penumbra, con la cara en un agujero acolchado y una mujer menuda clavándole un codo en la base de la columna, las ideas empezaron a venirle como liberadas después de estar en cautividad. Así que allí estaba de nuevo esa noche, con otra tortícolis. Su internista la había examinado y le había dicho que su salud era buena, pero a su edad el cuerpo necesitaba ajustes de precisión. Cuando se acercaba a la escalera para entrar en el establecimiento, el móvil le vibró con suavidad contra el pecho como un segundo corazón y buscó en el bolsillo del abrigo.

lincoln, decía en la pantalla.

–Hola, cariño –dijo vivificada, como se sentía siempre que la llamaba.

–Hola, mamá. –La voz de su hijo, Lincoln Frank-Landau, había sido prudente desde la infancia, como si le diera miedo esperar demasiado de la vida–. ¿Te interrumpo? –preguntó.

La respuesta era siempre sí, aunque Faith nunca lo decía.

–Bueno, estoy entrando a darme un masaje chino.

–¿Tienes mal el cuello otra vez? –dijo–. Mamá, deberías parar un poco. Viajar tanto no te sienta bien.

–Tampoco tengo la agenda tan llena.

–No te lo crees ni tú. He visto en tu página web que tenéis un acto en Hollywood. Y también he visto quién iba a estar, ¡Dios!

–No, Dios no va venir, Lincoln, no tenemos presupuesto.

–Pero aun así está muy lejos de los actos que organizabais en Loci al principio. Con capitanas de barco.

Faith se rió.

–Bueno, ShraderCapital nos dijo que teníamos que subir el perfil. Ahora lo importante es la marca, dicen, lo que por supuesto es odioso porque es lo mismo que decir que lo importante son las grandes corporaciones. Pero esto es América hoy. Así que sí, tenemos a la protagonista femenina de *Gravitus 2: El despertar*. ¿Y leíste lo de la vidente feminista que hemos contratado para que entretenga al público entre conferencias?

–No.

–Es como una tomadura de pelo –dijo Faith–. Ya me la imagino delante de un montón de mujeres cerrando los ojos y diciendo con voz tenebrosa: «Algún… día… dejaréis… de menstruar».

Lincoln se rió, encantado.

–Y manicuras gratis, ¿no? Y comida de diseño. Hace poco vi una fotografía en Instagram. ¿Qué era aquello? Desde luego algo muy exótico. ¿Mantequilla de pelícano?

Faith se rió también y dijo:

–Algo así.

Pero el tema de los excesos de la fundación, a los cuatro años de haber sido creada, en realidad la deprimía. Durante los dos últimos años, sobre todo, la fundación había sido impulsada sin cesar en aquella dirección por voces cada vez más insistentes en ShraderCapital.

–No hago más que decirle a Emmett que los congresos para mujeres ricas con masajes y alta cocina incluidos no conducen a nada –le dijo a Lincoln–. Que no sirven para abordar problemas estructurales como la baja parental, el cuidado de los hijos, la igualdad salarial. No acciona palancas. Pero, tal y como me ha recordado amablemente, tenemos que crecer. Y han sido muy generosos. –Mientras hablaba empezó a subir las escaleras de la entrada estrecha y oscura. A lo lejos se oía una versión china de música enlatada–. Han accedido a algunas cosas que no les interesan –prosiguió–, aunque cada vez a menos. Pero creo que te he hablado de la última misión de rescate que acabamos de financiar. Uno de esos proyectos especiales que organizamos. Esta tuve que pelearla mucho, cada vez hacemos menos.

–En Ecuador, ¿verdad?

–Sí. Mujeres jóvenes que salvamos del narcotráfico. Unas cien. Luego las colocamos con mujeres que hicieran de mentoras.

–No digas «colocamos», mamá. Parece que no estás hablando de personas.

–Tienes razón –dijo Faith–, pero tú me entiendes. Las pusimos en contacto con mujeres que les enseñaron un oficio. Así que puede que vayamos a tener a una vidente, y servicio de manicura-pedicura y comidas finas con mantequilla de pelícano, pero también misiones como esta. Y es posible que una cosa compense la otra.

–Es posible –dijo Lincoln.

–De hecho –dijo Faith–, una de las mujeres rescatadas va a estar en el acto de Los Ángeles. Se supone que tengo que presentarla.

–¿Y es imprescindible? Tal y como tienes el cuello. Y con lo agotada que debes de estar.

–Lincoln, te quiero con toda mi alma, pero, por favor, no me digas lo que tengo que hacer. –Hubo un silencio nervioso y Faith quiso atajarlo enseguida, así que dijo–. ¿Qué tal el ordenamiento tributario?

–Todavía vigente.

–¿E igual de injusto?

–Depende del tramo de renta.

Esto último era una suerte de rutina vodevilesca con la que se divertían desde que Lincoln se había hecho abogado fiscal. Lincoln tenía treinta y ocho años y vivía en Denver. Soltero, abnegado, se parecía a su padre, Gerry Landau, abogado especialista en inmigración con el que Faith había estado casada varios años, hasta su muerte inesperada a la edad que tenía Lincoln ahora. Gerry había sido un hombre pálido y manso que cuando se quitaba las gafas modelo aviador tenía aspecto de hámster. Cuando se las ponía parecía más él: considerado, inteligente, distraído. A Faith le había gustado a primera vista. La primera vez que la llevó en su coche, un viejo Dodge Dart amarillo, había tenido que quitar tantos papeles, libros y también una bolsa de *bagels* del asiento del pasajero para que Faith pudiera sentarse que había resultado cómico.

–Cuando ibas a mítines contra la guerra –le había preguntado a Gerry–, ¿hablabas mucho?

–¿Estás de broma? –había dicho él–. Esos tíos no me dejaban meter baza. Y cuando lo hacía me interrumpían.

–A mí igual –había dicho Faith.

Lincoln ahora se parecía al Gerry de entonces, pero con un estilo más convencional y menos pelo. El pelo de su hijo ya había huido de su cabeza, como empujado por las complejidades del ordenamiento tributario. Faith conservaba la esperanza de que su hijo reservado y manso se enamorara. De niño, Lincoln siempre había sido desenvuelto e independiente. Pero después del infarto y la muerte repentinos de Gerry se había encerrado en sí mismo y se había negado a hablar de ello, había preferido comportarse como si no hubiera ocurrido. Faith sufrió por Lincoln mucho más que por ella misma. Sabía que nunca volvería a casarse, que nunca le daría otro padre. Había sido una madre cariñosa y atareada, a menudo ausente por las exigencias de su trabajo en *Bloomer* y su activismo político y todas las entrevistas que daba por aquella época. Casi nunca cocinaba, a excepción de algún que otro chuletón.

Un día, cuando tenía diez años, Lincoln le había gritado:

–¿Por qué no puedes ser como las otras madres?

–¿Qué quieres decir? –preguntó Faith.

–¿Por qué tengo que tener a la señora Smith?

–Perdona, no sé lo que…

–¿Por qué tengo que tener a Sarah Lee? –preguntó Lincoln, para entonces algo histérico.

Faith dijo:

–¿Qué? ¿Quiénes son esas mujeres? –Pero enseguida cayó en la cuenta–. Ay, Lincoln, soy como soy –dijo–. Soy la madre que te ha tocado y lo hago lo mejor que puedo.

–Pues ¡hazlo mejor! –gritó el niño.

Faith se esforzó más. Pero a medida que Lincoln crecía, eran más diferentes. Lincoln era serio, constante, metódico y le gustaba que las cosas fueran de una manera y solo de esa. Tener de madre a una feminista famosa no lo había convertido ni en activista convencido ni en misógino. En una ocasión, siendo adolescente, cuando un periodista le preguntó si era feminista, dijo: «Pues claro», ofendido por la duda. Pero eso era todo. Era convencional, reservado y sin embargo el cariño entre madre e hijo era mutuo, consolidado, en ocasiones distraído, y jamás puesto en duda.

Faith echaba de menos al yo joven, vulnerable y reconocible de Lincoln. Nunca sabías cuándo estabas cogiendo a tu hijo en brazos por última vez; en el momento podía parecer una vez de tantas, pero más tarde, al echar la vista atrás, te dabas cuenta de que había sido la última. La cada vez menor dependencia emocional de Lincoln le resultaba dura a Faith en ocasiones, pero también era una tranquilidad saber que estaba bien solo. En ese sentido, eran iguales.

–Cuéntame qué tal estás tú –le dijo.

–En otro momento, ahora tienes el masaje, mamá.

Faith miró el teléfono apagarse y lo sostuvo en la mano unos segundos más. Era lo más cerca que estaba aquellos días de poder abrazar a Lincoln.

Empujó la puerta de cristal del sitio de masajes y entró en la antesala, donde había jóvenes chinas sentadas en un sofá esperando su turno o a que las atendieran sin reserva previa. Una de ellas se levantó y saludó con la cabeza a Faith, que hizo lo mismo. «¿Quiere treinta, sesenta o noventa minutos?», preguntó la mujer, y Faith dijo: «Sesenta». Entonces, sin más comentarios, la condujeron por un pasillo sin iluminar; desde detrás de los cubículos cerrados con cortinas salía el sonido de manos golpeando carne.

La masajista, que se llamaba Sue, empezó por encima de la toalla, trabajando la columna, los hombros y el cuello, ay, el cuello, siempre tan necesitado de atención. Las friegas a lo largo de toda la espalda, alternadas con ocasionales golpecitos aturdieron a Faith hasta sumirla en un agujero, como si el orificio para la cara fuera un túnel y estuviera adentrándose en él, hacia el lugar donde la esperaba todo lo que ya había ocurrido antes.

Eran gemelos, habían compartido útero y, más tarde, habitación. Aquel

dormitorio en la Calle 8 este en Bensonhurst, Brooklyn, no era mucho mayor que un útero en proporción al tamaño de sus cuerpos, así que una cortina de cuadros colgada de una barra dividía las dos mitades y proporcionaba lo que en aquella casa se consideraba intimidad. Pero de noche, cuando se acostaban en sus compartimentos separados por una cortina, ninguno de los dos quería intimidad. Solo hablar. Nacieron con seis minutos de diferencia en el invierno de 1943, tiempo de guerra, primero Faith y después Philip, y sus diferencias eran evidentes para todo el mundo. Ella era aplicada, seria, guapa pero distante; él era más popular y alegre, más accesible. Ella estudiaba más y él salía adelante gracias a su encanto despreocupado y al atletismo.

De noche, a través de la cortina, Faith y Philip se pedían consejos para ligar.

–Lo primero que te diría es que no salgas con Owen Lansky –dijo Philip–. Va a querer llegar hasta el final.

A Faith la conmovía que su hermano fuera tan protector, y resultó tener razón respecto a Owen Lansky, que era agresivo y se ponía una pomada en el pelo que, si te abrazaba, te dejaba la cara mojada y brillante.

A menudo hablaban hasta tan tarde que su madre aparecía en la puerta en bata y decía:

–¡A dormir los dos!

–Estamos hablando, mamá –decía Philip–. Tenemos mucho que contarnos.

–¿Qué tengo que hacer para que os durmáis? –decía la madre–. ¿Daros con una sartén en la cabeza?

–La sartén guárdala para el desayuno –dijo Faith–. Buenas noches, mamá.

En cuanto se marchaba la madre, Faith y Philip volvían a su conversación febril e íntima.

No solo los dos hermanos estaban muy unidos. La familia Frank al completo formaba una especie de equipo de cuatro personas. Hablaban sin parar en las comidas y jugaban a las charadas; los cuatro eran jugadores consumados. Cuando había invitados a cenar les preguntaban: «¿Os apetece jugar a las charadas?». Si la respuesta era no, casi nunca volvían a invitarlos.

Durante la infancia de los gemelos, Sylvia, madre y ama de casa desbordada, y Martin, sastre tolerante y con gran sentido del humor, los apoyaron mucho. Les hacían sentir que lo que hacían, el camino que seguían en la vida era lo bastante bueno. Tuvieron una infancia feliz y la transición a la edad adulta tenía que haber sido feliz también. Pero una noche los padres les dijeron que tenían que hacer una «reunión familiar».

–Vamos al cuarto de estar –dijo Martin.

Sylvia se sentó a su lado. Era raro verla sentada allí sin más, en lugar

de ordenando o sacando algo del horno.

Philip señaló a Faith.

–Ha sido ella, no yo. Ha sido culpa suya, yo no he tenido nada que ver.

Faith puso los ojos en blanco.

–Esto es lo que pasa –dijo Martin–. Que sepáis que no sois los únicos en esta casa que se quedan hablando hasta tarde por la noche. Nosotros también. Y que últimamente hemos hablado sobre todo de vuestra educación. Estamos muy orgullosos de vosotros. Pero, como vuestros padres, también nos preocupamos.

–¿Qué queréis decir? –preguntó Faith. Casi enseguida había tenido el presentimiento de que aquello tenía que ver con ella.

–Todos los días publican historias terribles en los periódicos –dijo Sylvia.

–Este país antes era seguro –dijo Martin–. Pero la última semana leí una noticia sobre un hombre que atacó a una chica en un campus universitario cuando volvía a su residencia tarde por la noche. No queremos que te veas en una situación así, Faith. No nos sentimos capaces de soportarlo.

–Cuando esté en la universidad iré siempre acompañada –dijo Faith–. En grupos de dos y de tres, lo prometo.

–No es solo eso –dijo Sylvia. A continuación miró a Martin; ambos estaban incomodísimos.

–El sexo –dijo Martin bajando la vista–. También tenemos que pensar en eso, cariño.

«Por eso no os preocupéis –pensó Faith–, no pienso hacerlo sola.»

–Te sentirás presionada –dijo su padre–. Hasta ahora has vivido muy protegida y me temo que no sabes lo que los universitarios pueden querer y esperar.

Faith llevaba más de un año soñando en secreto con ir a la universidad a estudiar algo como sociología o ciencias políticas o antropología. Había mencionado la universidad en alguna ocasión y ni su padre ni su madre le habían dado a entender que no la dejarían marcharse de casa para ir a estudiar una carrera. Aunque se habían mostrado sorprendentemente imprecisos al respecto, de alguna manera había confiado en que, llegado el momento, todo saldría bien.

–Por favor, no me hagáis esto –dijo. Porque deseaba exactamente lo que sus padres temían. Se veía a sí misma estudiando y, a continuación, dejando el libro para abrazar a su hombre que le devolvería el abrazo–. Soy buena estudiante. –Intentó defenderse, pero se quedó sin voz.

–Lo eres, y queremos protegerte. Queremos que vivas en casa –dijo su padre–. Aquí hay unas universidades estupendas.

–¿Y qué pasa con Philip? –preguntó Faith.

–Philip se irá a estudiar fuera –dijo su padre como si tal cosa. Faith miró a su hermano, que apartó la vista–. Le vendrá bien. Mira –continuó–,

sois personas distintas y necesitáis cosas distintas.

Faith se puso de pie como si estar más alta que sus padres pudiera contribuir a su causa.

–No quiero vivir en casa –dijo. Se volvió hacia su hermano–. Diles que estás de acuerdo conmigo –le dijo.

–No sé, Faith –dijo Philip–. Creo que no debo opinar.

Aquella noche, en la cama, Faith lloró tanto que Philip descorrió la cortina, que chirrió en la barra, y se plantó en su lado de la habitación con una linterna. Ahora no era solo su hermano, sino un hombre a punto de salir al mundo.

–Mira, nuestros padres son estupendos –dijo–. No nos podría haber tocado una familia mejor. Son un poco anticuados, pero igual no están tan equivocados. Tendrás una buena educación. Los dos la tendremos.

Después de aquello no volvieron a estar demasiado unidos. Cuando Philip se marchó a la Universidad de Minnesota, le mandó a Faith cartas describiéndole los distintos clubes a los que se había unido, y luego, de paso, las asignaturas que había escogido. «La chica con la que estoy saliendo, Sydelle, me ayuda a estudiar –le contó–. Es muy lista. Aunque no tanto como tú», se sintió en la obligación de añadir.

Más tarde, durante la mediana edad y después, seguían hablando una vez al año por el cumpleaños de los dos, aunque siempre era Philip el que llamaba, nunca al revés. Faith jamás se sentía obligada a coger el teléfono y hablar con él. Philip había ido a la universidad, pero no se había vuelto demasiado intelectual. Una vez le había contado orgulloso que el último libro que había leído se titulaba *Caldo de pollo para el alma del agente inmobiliario.* No tenían nada en común, a excepción de un cumpleaños.

Faith, obligada a vivir en casa mientras estudiaba, se graduó en Sociología en Brooklyn College y disfrutó mucho de sus clases, en especial de aquellas en las que todos podían participar. Empezó a salir con chicos, aunque su madre o su padre siempre esperaban levantados para asegurarse de que cumplía con el toque de queda de Cenicienta. La ponía furiosa encontrarse con uno de ellos esperándola en el cuarto de estar, bostezando como loco y mirándola de arriba abajo cuando entraba, como buscando señales externas de su virginidad intacta. Y en una ocasión en que volvió tarde de una fiesta, su padre se presentó en la casa de Flatbush. La esperó fuera, bajo una farola, con el cuello del pijama asomándole por el abrigo. Faith se horrorizó al verlo y caminó a su lado de vuelta a casa sin decir una palabra.

El caso es que Faith conservó su virginidad, pues no quería perderla en un encuentro furtivo y sórdido durante una fiesta o en el asiento trasero de un Chevrolet. A veces ella y una chica de su clase de Lógica de la investigación, Annie Silvestri, salían a tomar unas copas en un bar cercano a la universidad y se dedicaban a fumar Lucky Strikes y a estar guapas. A

los pocos minutos eran objeto de las atenciones de una mesa de chicos y se sentían poderosas logrando aquello y también marchándose y dejándolos allí.

Pero la idea misma del sexo –de quererlo, de querer vivir momentos de intimidad y experiencias lejos de los padres– pronto se transformó. El mundo estaba cambiando, habían dicho sus padres, no dejaba de hacerlo. El día en que asesinaron al presidente Kennedy, Faith y su amiga Annie se abrazaron y lloraron con la cara de cada una pegada al cuello húmedo de la otra. Durante meses no hablaron ni pensaron en otra cosa y, aunque Faith participaba menos en clase, sus trabajos adquirieron un tono más duro, más furioso. Buscaba algo y el sexo era solo una parte de ello. Por fin se graduó y, aunque sus padres supusieron que buscaría un trabajo y seguiría viviendo con ellos hasta que encontrara a alguien con quien casarse, en la primavera de 1965 les hizo sentarse en el cuarto de estar –fue gratificante ser la que tenía algo que comunicar esta vez– y anunció que se marchaba con Annie a Las Vegas. El destino del viaje lo habían decidido casi de forma arbitraria. Las dos querían vivir experiencias y Las Vegas parecía muy distinto de Brooklyn.

–De eso nada –dijo el padre–. Te lo prohibimos. Te dejaremos sin asignación. Lo digo en serio, Faith.

–Muy bien. Si consideráis que es lo que tenéis que hacer… –dijo Faith, seca.

Sus padres no cumplieron su amenaza, pero Faith se aseguró de no tener que pedirles más dinero. Aquel verano, con ahorros reunidos a lo largo de los años gracias a diferentes empleos a tiempo parcial, Annie y ella viajaron en el tren 20th Century Limited hasta Chicago y allí cogieron un autobús Greyhound a Las Vegas, donde enseguida las contrataron de camareras en el bar del hotel-casino Swann. Cada noche trabajaban con los brazos en alto sosteniendo bandejas, el pelo cardado a lo Nefertiti, sonriendo un poco a todos y a ninguno.

A sus veintidós años, Faith Frank era alta y de torso largo, pero también de huesos pequeños. Su cara no estaba exenta de contradicciones: frente alta y nariz muy marcada, casi ganchuda, pero en esas facciones tan fuertes había una gran belleza, una inteligencia y una simpatía imposibles de pasar por alto. Tenía ojos grandes y grises y una cascada de pelo largo, oscuro y rizado, aunque la moda de 1965 dictaminaba que las mujeres debían llevar el pelo en alto, que había que rociarlo generosa e indiscriminadamente para mantenerlo ahí. «Deberíamos comprar reservas de laca», dijo Annie una vez mientras se preparaban para ir a trabajar en la habitación que compartían en unos barracones oficiosos para camareras situados en una calle adyacente al Strip.

Como si quisiera recuperar el tiempo perdido, Faith empezó a salir con un crupier de blackjack negro del Monty's. Cuando por fin se acostó con él

quedó decepcionada, porque se colocó encima de ella con parsimonia y tan poca energía que Faith pensó, tumbada debajo de él igual que alguien atrapado por un coche que ha volcado: «¿Esto es sexo? ¿Esto?» En el trabajo tenía el problema contrario. Descubrió que tenía que apartar a hombres a bofetadas; más que molestarla, le daban un poco de asco. Porque ¿cómo podía haber hombres que pensaran que aquel comportamiento gustaba a las mujeres? ¿Cómo podían hombres así ir con la cabeza alta? Y sin embargo lo hacían.

Una noche, en el casino, mientras se paseaba como de costumbre con su bandeja entre el tintineo de las máquinas tragaperras, el entrechocar de vasos y la nube itinerante de humo, Faith vio a un hombre y a una mujer vestidos con elegancia sentados a una de las mesas de blackjack. Parecían mayores que ella, pero más jóvenes que la mayoría de los clientes. La mujer estaba sentada muy cerca del hombre y le susurraba al oído. Este era delgado, con pelo negro muy corto y ojos oscuros. La mujer seguía susurrándole y él asentía con la cabeza, pero parecía distante. Al cabo de un rato, la mujer fue al tocador y el hombre aprovechó para mirar a Faith.

–Supongo que debería retirarme ahora –dijo–. He perdido mucho dinero. Pero cuesta irse sin más.

–Pues debería. Tiene las probabilidades en contra –dijo Faith. Era la clase de comentario que le habían prohibido de forma expresa hacer y el hombre la miró sorprendido–. Lo digo porque estoy aquí todas las noches –prosiguió Faith–. Deberían poner un cartel que dijera: «Quien entre en este lugar, que abandone toda esperanza».

El crupier, un hombre rígido con sombrero vaquero, miró a Faith con suspicacia.

–¿Qué le está diciendo? –preguntó al hombre.

–Una cita de un libro –dijo este, y se volvió hacia Faith–. Entonces ¿qué crees que debería hacer? –preguntó.

–Ya se lo he dicho.

El hombre sonrió.

–Imagino que estás llena de opiniones sobre un montón de cosas.

–¿No le parezco una chica normal y corriente que le está sirviendo un whisky?

–No –dijo el hombre–. ¿Y yo no te parezco otro ejecutivo junior del sector de galletas dulces y saladas que ha venido a Las Vegas a relajarse un poco?

–Las galletas dulces y saladas son importantes –dijo Faith–. Sobre todo si te estás muriendo de hambre.

El hombre sonrió.

–Bueno, pues si alguna vez te estás muriendo de hambre –dijo–, ven a verme y te daré de comer.

En aquel momento apareció la mujer que lo acompañaba. El hombre

sonrió con tristeza a Faith antes de darle la espalda y ponerle la mano a la mujer en el talle. «¿Por qué lo llamarán “talle”? –se preguntó de pronto Faith–. Qué palabra tan curiosa.»

Faith pasó seis meses en Las Vegas y durante un tiempo salió con un trompetista del complejo Sands llamado Harry Bell, que le regalaba entradas para los espectáculos que quisiera. Durante la fase de seducción la invitó al club principal del Sands cuando no había nadie; en la sala gigantesca, sin caldear, la subió al escenario y Faith dijo: «¿No nos meteremos en un lío por estar aquí?», pero él dijo: «Qué va». En aquel escenario sin iluminar al que habían subido todas las grandes estrellas, Faith miró hacia la oscuridad e imaginó lo que debía sentirse ante un público sentado en butacas mirándote absorto, escuchándote interesado. Pero ella carecía de talento artístico. Ni cantaba ni tocaba un instrumento, así que nunca viviría algo así.

–Se te ve bien ahí arriba –le dijo Harry mirándola, pero Faith se bajó enseguida del escenario.

En los días siguientes se sentaba en una mesa del atestado club y esperaba a que Harry terminara su actuación. Luego iban al apartamento de él y se acostaban justo cuando el cielo sobre las luces de neón se volvía rosa. Una mañana, cuando estaban en la cama en la habitación de Harry, este le dio un golpecito a Faith en la nariz y le dijo:

–Tienes unas buenas napias, ¿eh? Claro que eres tan sexi que te quedan bien.

Faith no dijo nada. El comentario le dolió, no porque fuera mentira: tenía una nariz grande y le quedaba muy bien. Le dolió porque había estado allí tumbada y relajada al lado de Harry, de manera similar a como su perra de la infancia, Lucky, dormía como un tronco tumbada de espaldas con las pezuñas vueltas hacia arriba, apoyadas a la altura del vientre. En su desinhibición perruna era feliz, algo que, pensó Faith, era lo que buscaba ella cuando se iba a la cama con alguien. Poder tumbarse desinhibida y libre y sin complejos.

Pero tenía la nariz demasiado grande y ahora un hombre lo había señalado. Y en la cama, nada menos. Jamás lo olvidaría.

De aquellos seis meses en Las Vegas tampoco olvidaría casi nunca lo que le ocurrió a su amiga y compañera de habitación Annie Silvestri. Annie había estado saliendo con Hokey Briggs, un cómico que hacía de telonero a Bobby Darin, y una noche, cuando las dos mujeres estaban de vuelta en los barracones y acababan de apagar la luz para dormirse, Faith la oyó llorar desde la cama contigua a la suya.

–Annie, ¿qué te pasa?

Annie encendió la lamparita de noche y se incorporó. Con voz sombría, confesó:

–Tengo una falta, Faith. No sé qué voy a hacer.

Al día siguiente, un Hokey Briggs tenso llevó a las dos mujeres en coche a un médico detrás de otro en busca de alguno que pudiera practicar un aborto. Pero era tarea difícil, y el único médico que accedió pedía demasiado dinero. Al final, Annie consiguió un nombre a través de la amiga de una amiga. Le suplicó a Faith que la acompañara y esta, aunque estaba asustada, dijo que sí. A la hora señalada las dos mujeres se subieron a un Ford Galaxie sucio que las esperaba delante de los barracones para empleados.

Una vez en el coche, una mujer mayor con un pañuelo en la cabeza y gafas de sol les dijo: «Agachaos», y empezó a vendarles los ojos.

–Nadie nos había avisado de esto –protestó Annie mientras le anudaban una tela alrededor de la cabeza.

–¿Quieres ver al médico o no? Venga, estate quieta.

Estuvieron largo rato en el coche y por fin las sacaron con brusquedad y las ayudaron a entrar por la puerta trasera de un edificio, donde les quitaron la venda de los ojos. A Annie le dijeron que siguiera a una enfermera –o alguien que se hacía pasar por una– hasta un consultorio.

–¿Puede pasar mi amiga? –preguntó Annie.

–Lo siento, cariño –dijo la enfermera.

Faith en realidad se alegró porque le daba miedo lo que podía ver dentro. Estuvo mucho rato en la sala de espera; en un momento determinado oyó llanto procedente de algún rincón de las oficinas. Al final apareció la enfermera y dijo:

–Llévala a casa y que se acueste. Cuídate, cariño –le dijo a Annie.

La hemorragia empezó en plena noche acompañada de fuertes dolores intermitentes. Las camareras se congregaron alrededor de Annie (las otras pensaban que aquello era solo una regla más fuerte de lo normal) pero ninguna sabía qué hacer. Al final, después de que todas se hubieran ido a dormir, Faith decidió que Annie tenía que ir al hospital. Casi amanecía cuando la ayudó a caminar hasta el coche que les prestaba el casero. En urgencias, una enfermera en particular trató a Annie como si fuera una leprosa.

–Señorita Silvestri, me va a echar a perder mi bonito suelo –le dijo sarcástica.

–¿Pueden darme algo para los dolores? –preguntó Annie, jadeando.

–Eso tendrá que preguntárselo al médico –dijo la enfermera–. No es mi negociado. –Y, a continuación, acercándose a ella–: Podría mandarte al talego, supongo que lo sabes. Podría llamar ahora mismo a la policía, so ramera.

Entonces entró otra enfermera y la primera se enderezó y simuló rellenar papeles con expresión inocente.

Dos días más tarde, después de tres transfusiones, mandaron a Annie a casa con un paquete de compresas de marca blanca (Fotex en vez de

Kotex), y la advertencia de un ginecólogo jovencísimo de «no decir que sí tan alegremente».

–Claro que –añadió– ya es un poco tarde para eso, ¿no le parece?

Aquella noche, de vuelta en la habitación, Annie le dijo a Faith:

–Estoy pensando que tiene razón.

–¿Quién?

–El médico. Es tarde. Se nos ha hecho tarde aquí.

–¿Qué quieres decir? No te entiendo.

–Vámonos a casa, Faith –dijo Annie–. Por favor. Ya es hora.

«¿Qué la convirtió en la persona que es hoy? –querían saber en ocasiones quienes habían entrevistado a Faith a lo largo de los años, haciendo la pregunta como si les hubiera ocurrido solo a ellos–. ¿Fue algo en concreto? ¿Hubo un momento de revelación?»

«La verdad es que no, no hubo una cosa en particular», decía siempre Faith. Pero pensaba que era posible que hubiera habido una serie de momentos y que lo mismo les ocurría a determinadas personas: pequeñas constataciones que te llevaban a comprender algo importante por primera vez y, después, a hacer algo al respecto. Por el camino también encontrabas personas que te influían y te hacían virar ligeramente de dirección. De pronto comprendías por qué luchabas y no tenías la sensación de estar perdiendo el tiempo.

En 1966 Faith vivía en Manhattan, compartiendo un apartamento minúsculo con Annie en la calle Morton, en Greenwich Village. Se sentían como dos espectadoras que han llegado con el espectáculo empezado, tal era la cantidad de cosas que estaban pasando. Las protestas políticas eran ruidosas y apremiantes, pero ellas habían vivido aisladas, atrapadas en el túnel del tiempo del casino, y ahora tenían que ponerse al día. Siguieron compartiendo piso y trabajaron en distintos empleos temporales, también en el registro de votantes de Harlem y de voluntarias en una organización antiguerra que operaba en un local a pie de calle en la calle Sullivan, donde Faith pasaba a máquina un boletín semanal que después se imprimía a ciclostil titulado *Dejar en paz*. Asistía a mítines, clases y charlas. La guerra era el tema dominante en las conversaciones y todo iba acompañado de la mejor música que había oído jamás. Los fines de semana, varios amigos se apretujaban en el apartamento y el lugar se llenaba de humo de marihuana. «Te quiero, Mary Jane», cantaba un chico espatarrado en la alfombra raída del cuarto de estar. Faith fumaba a menudo hierba los fines de semana, pero nunca los días laborables, porque interfería con su plan de acción política, como lo llamaban Annie y ella cuando se sentaban juntas a la diminuta mesa de la cocina y decidían la mejor manera de organizarse. Faith no se había vuelto activista después de haber tenido una revelación; más bien el mundo avanzaba y ella avanzaba

con él.

Mientras esto ocurría, los pelos cardados de la primera mitad de la década cayeron de forma abrupta. Faith tiró un bote lleno de laca Aqua Net a la papelera del cuarto de baño, donde empezó a silbar y a liberar su contenido a presión. Durante años llevó el pelo largo y flotante. Para 1968, Annie Silvestri y ella, todavía compañeras de apartamento, vestían tejanos y camisas de estampados indios en lugar de las variantes de uniformes de azafata que habían llevado durante años.

En casi todos los mítines antiguerra a los que acudía, Faith al principio se limitaba a escuchar. Algunos de los hombres que tomaban la palabra eran de una elocuencia excepcional. Faith, cuando hablaba, era percibida como inteligente y también elocuente, pero los hombres se sentían libres de intervenir e interrumpirla. Trató de sacar a relucir la reforma de la ley del aborto, pero no les interesaba.

–No se puede comparar con Vietnam, donde hay personas muriendo –le dijo alguien una noche, interrumpiéndola.

–En este país también hay mujeres muriendo –dijo Faith, y la gente la miró.

Una mujer gritó en su defensa:

–¡Dejadla hablar!

Pero Faith tuvo que callarse y terminó por desistir.

Cuando ya se marchaba, terminado el mitin, la mujer que había gritado para defenderla se le acercó y dijo:

–¿No te pone furiosa esto a veces?

–¡Desde luego! Por cierto, soy Faith.

–Pues hola, Faith. Yo soy Evelyn. Escucha, este fin de semana me reúno con algunas mujeres, bebemos bastante y hablamos de todo, así que tendrías ocasión de decir lo que quieras. Deberías venir.

Así que Faith fue con Evelyn Pangborn a un apartamento alargado y oscuro en la parte alta de Manhattan donde un grupo de mujeres se dedicaban a beber y a fumar y, cuando no hablaban muy en serio y llenas de rabia, también a ser muy ingeniosas. Discutían y conspiraban; unas cuantas afirmaron formar parte de un grupo que planeaba reventar el concurso de Miss Estados Unidos en otoño. Varias ya habían sido detenidas por desobediencia civil. Algunas pertenecían a grupos radicales ad hoc escindidos de las organizaciones antiguerra. Una mujer negra dijo:

–No os imagináis la cantidad de veces que he ido a un mitin y me han tratado con condescendencia y hostilidad.

Había una joven madre de un barrio residencial que se quejaba de que a su marido le daba igual que estuviera agotada.

–Tengo la sensación de que la maternidad me impide hacer algo más –dijo esta mujer–. Y luego me odio a mí misma por sentirme tan fría, enfadada y antimaternal.

–Bueno, yo me odio a mí misma por sentirme mil cosas distintas –dijo otra mujer–. Soy un monumento al odio a uno mismo.

–¿Por qué somos tan duras con nosotras mismas? –preguntó alguien en un tono de lo más quejumbroso.

Faith pensó: «Yo no es que sea dura conmigo misma, es que he aprendido a adoptar los puntos de vista de los hombres como si fueran los míos». Cuando Harry el trompetista le dijo en Las Vegas que tenía la nariz grande, Faith había asimilado aquella opinión. Cuando los hombres llenaban una habitación con sus voces y le insistían en que el aborto era una preocupación burguesa de segunda categoría, había intentado defender su punto de vista, pero la habían silenciado.

Habló a las mujeres de cuando acompañó a su amiga a hacerse un aborto a Las Vegas.

–Nos vendaron los ojos y nos dieron vueltas en coche. Cuando estuvo a punto de morir desangrada, una las enfermeras la trató como a una delincuente. Creo que mientras no nos quitemos la venda de los ojos, tanto literal como figuradamente, vamos a seguir estando, y aquí sí viene a cuento esta palabra, en un apuro.

–No podemos permitir que los hombres sigan decidiendo por nosotras –dijo alguien más–. Lo que yo haga con mi cuerpo y en qué empleo mi tiempo son asunto mío. Yo decido.

–Suena a letra de canción –dijo la anfitriona–. Yo… de…ci…do.

–Yo… de…ci…do –cantaron todas en broma, aquel grupo variopinto de mujeres con pelo encrespado y camisetas con eslóganes o trajes de chaqueta o ropa cómoda y resistente de ama de casa o prendas caras de diseño. Faith pensó que no tenían que gustarle todas, pero también que estaban juntas en aquello, y por «aquello» entendía la manera en que eran las cosas para ellas. Para las mujeres. La manera en que lo habían sido durante siglos. El estancamiento. Cantó con ellas y la voz le salió en forma de sonoro temblor. Pero daba igual que te temblara la voz, lo importante era hacerte oír.

Después, ya en la calle de camino al tren, la joven madre le dijo a Faith:

–¡Eres muy buena oradora! Apasionada, pero de un modo sereno, atractivo. Nos ha gustado escucharte, eres casi hipnótica. ¿No te lo habían dicho?

–No –dijo Faith con una carcajada–. Te prometo que no me lo han dicho. Ni me lo volverán a decir.

Era un cumplido que le gustó y la alteró al mismo tiempo y de pronto se retrotrajo a la imagen de sí misma subida al escenario del club Sands. De pie en el escenario, a oscuras, imaginando que estaba frente a un público numeroso.

La mujer se llamaba Shirley Pepper y dijo que antes de tener a su hijo

había trabajado en la revista *Life* y que esperaba reincorporarse en cuanto encontrara una buena guardería.

–Otro problema crítico de este condenado país –dijo Shirley–. No tenemos acceso a guarderías baratas y de calidad.

Años más tarde Shirley Pepper, para entonces de vuelta al mundo editorial, fue quien tuvo la idea de la revista *Bloomer*.

–Podemos ocuparnos de temas que no van a interesar a *Ms*. –dijo–. Tratar cosas más prácticas.

Hacía algún tiempo ya que circulaban pequeñas publicaciones para mujeres y había demanda de más. Para entonces, el movimiento feminista había despegado por completo y Faith se había implicado en él. En agosto de 1970 se había manifestado con una gran multitud por la Quinta Avenida. Las tres reivindicaciones habían sido: la despenalización del aborto, guarderías abiertas 24 horas e igualdad de oportunidades en el acceso al empleo y a la educación. Más tarde no lograría acordarse de lo que decía su pancarta. ¿Una de esas tres cosas? ¿Las tres? Había sentido la indignación, la emoción. Aquel día estaban en el aire y luego, claro, en todas partes. Se habló de misoginia. De patriarcado. Del mito del orgasmo vaginal.

Shirley había llegado con los años a conocer a muchas mujeres activistas y trajo a algunas de ellas para que ayudaran a poner en marcha la revista. Trabajaba de manera infatigable para conseguir inversores –una tarea ardua y concienzuda– con la ayuda de su siempre dispuesto marido, que trabajaba en IBM. A Faith la contrataron en la revista por su manera de hablar serenamente grata, así como por su capacidad de escuchar y su disposición a trabajar. Pero es probable que también por ese algo indescifrable que tenía, eso que te hacía querer estar con ella aunque en realidad no la conocieras.

Los inicios de *Bloomer* incluyeron noches en vela en las oficinas de la calle Houston a las que se llegaba en un ascensor inquietantemente lento y que siempre estaba estropeado, a pesar de que lo había inspeccionado un tal Milton Santiago, quien firmaba una y otra vez con su caligrafía inclinada un papel que decía que ya funcionaba bien. «Milton Santiago, eres una deshonra para la profesión de inspectores de ascensores –decían las mujeres–. Milton Santiago, si fueras Millie Santiago, ¡esto ya estaría arreglado!» Reían y trabajaban en un espacio diáfano con ventanas altas y cubiertas de polvo, convencidas de su misión, así como de lo irrevocable de sus planes y sus ideas. La impotencia y la rabia ante la injusticia que sufrían las mujeres por todo Estados Unidos y en el mundo en general convivían con un optimismo de rastrillo solidario respecto a todo lo que podía hacerse para erradicarla.

–Yo seré vuestro sherpa –le había dicho en una ocasión Faith a un grupo de editoras y jóvenes asistentes antes de guiarlas por cinco pisos de

escaleras abajo en la oscuridad después de un cierre tardío y con el ascensor, tal y como cabía esperar, estropeado–. ¡Seguidme! –había exclamado encendiendo un mechero Zippo.

Aquella noche la llama daba a las mujeres reunidas en aquel estrecho espacio la apariencia de los personajes retratados en el titubeante claroscuro de la pintura flamenca, con ojos brillantes, sombras en contrapunto, mejillas rosadas y manos curvas. Como si los artistas flamencos hubieran pintado alguna vez grupos de mujeres solas, sin hombres.

La siguieron, riendo y tropezando un poco, cogiéndose las unas a las otras en la estrecha escalera, la mano de una en el hombro o la cadera de otra, todos esos picos de convexidad femenina contenidos en un único y empinadísimo acceso. Mientras bajaban las escaleras planearon futuras reivindicaciones, seguras de que su causa duraría tanto como la Tierra misma. Estaban ruborizadas de felicidad, reforzada por el hecho de que fuera un rubor compartido. Al pie de las escaleras las esperaban abrazos de esos que entonces se daban las mujeres y que los hombres no se darían hasta al menos veinticinco años después.

Y pronto estuvieron todas elevando escritos, yendo a Washington a participar en debates y manifestaciones ruidosas, organizando caceroladas. «Queman sujetadores», escribieron los periodistas del movimiento por la liberación de las mujeres, aunque lo de quemar sujetadores no fue una práctica extendida. Más tarde, al rememorar aquella época, Faith opinaría que algunas de las cosas eran un poco absurdas, pero entonces activistas de mayor edad le recordarían que la vanguardia tenía que ser extrema para que las personas más moderadas pudieran sumarse a la causa y ser aceptadas. En aquellos años Faith estaba a menudo exhausta y se quedaba dormida en el regazo de alguien en el vestíbulo de un edificio municipal. Tenía un bolso de tela hecho de distintos retales y se lo llevaba a todas partes. Al principio contenía hojas volanderas, cigarrillos, chocolate, borradores de medidas políticas, números de teléfono, pero, más tarde, también biberones e imperdibles para pañal.

Pero antes de que todo eso ocurriera –antes de *Bloomer*, antes de que Faith Frank fuera Faith Frank– aquella primera noche, después de la velada en aquel apartamento de la parte alta de Manhattan lleno de mujeres con cosas que decir, Faith volvió entusiasmada a su apartamento del Village. Annie Silvestri, que había seguido siendo su compañera de piso todos aquellos años, se disponía a acostarse, pero Faith estaba nerviosa y quería hablar de lo que había pasado aquella noche.

–Les he contado lo de tu aborto –dijo.

Annie se giró.

–¿Qué? ¿Lo dices en serio?

–Bueno, no he dicho tu nombre ni quién eres, claro. Pero usé tu

ejemplo para plantear el tema. Tenemos que plantear temas, muchos temas.

–Por el amor de Dios, Faith. Yo no quiero plantear ningún tema –dijo Annie.

–Lo entiendo. Pero hay otras mujeres que han pasado por lo mismo. Tenemos que hablar de ello.

–¿Tenemos?

–Sí, tenemos. Hay mujeres que ya lo están haciendo. Quiero ayudarlas. La gente se ha manifestado por los derechos civiles y por el fin de la guerra. Llevan años manifestándose. Ahora hay que hacer lo mismo con la legalización del aborto. ¿Por qué no quieres ser parte de ello, de manera que otras mujeres no tengan que pasar por lo que pasaste tú? No lo entiendo.

–Esa es la diferencia entre nosotras –dijo Annie–. Yo ya he pasado por bastante y no siento la necesidad de analizarlo ni de hablar de ello. Me pasó a mí, Faith, no a ti. Me pasó a mí y fue horrible y he dedicado mucho tiempo a distanciarme de esa noche en que casi me desangro y me trataron como si fuera basura. Me parece bien que digas que necesitamos una reforma de la ley del aborto y que quieras ser parte de ello, te felicito, pero no quiero volver a hablar nunca más de lo que me pasó y lo digo en serio. Así que si quieres seguir siendo mi compañera de piso, si vamos a seguir viviendo juntas, esa es una de mis reglas fundamentales.

Compartieron apartamento unos meses más, pero su amistad había cambiado. Ninguna habló del cambio y, cuando coincidían en la casa, comían juntas, a menudo algo rápido delante del televisor, pero sus conversaciones transcurrían dentro de unos límites nuevos. A Faith le interesaba casi exclusivamente la acción política y Annie, que había empezado a salir con un alumno de Derecho, se dedicaba a leer todo lo que este estudiaba, primero para tener algo de qué hablar, pero luego porque le interesaba. Comprobó que tenía un talento insólito para leer y comprender textos legales.

Annie se casó con el estudiante de Derecho, que sacó una plaza de profesor en la Universidad de Purdue. «¿Nos vamos a vivir al Medio Oeste, ¿te lo puedes creer?», dijo Annie. Al principio hubo intercambio de postales, luego silencio y, durante mucho tiempo, Faith no supo nada de ella. Siguió yendo a marchas contra la guerra, pero se fue implicando cada vez más en la reforma de la ley del aborto, participando en mítines con un público escaso, compuesto solo de mujeres, todas las cuales hablaban, pero no a la vez. Al igual que las demás, a Faith la impulsaba una brisa muy ligera pero también muy poderosa; se preguntaba si sería su propia conciencia o algo por completo distinto. Fuera lo que fuera, la hacía seguir adelante.

Durante los primeros meses de *Bloomer,* después de conseguir a duras penas la publicidad necesaria para publicar unos cuantos números pequeños, modestos, y atraer la atención de la prensa, Faith y otras dos mujeres salieron en busca de más publicidad. «Si no vendemos más espacio publicitario –dijo Shirley–, vamos a cerrar dentro de un minuto. No tenemos pedigrí, creo que vamos a tener que trabajárnoslo mucho.»

Una mañana del verano de 1973, en el trascurso de una reunión en Nabisco, Faith, Shirley Pepper y Evelyn Pangborn intentaron vender publicidad a tres hombres mediante su presentación de siempre. No les fue demasiado bien –rara vez era así– porque era difícil argumentar por qué una corporación gigantesca debía anunciarse en una revista feminista de escasa repercusión que era probable que fuera a cerrar pronto y convertirse en una rareza, en una nota a pie de página de aquellos tiempos revueltos.

Los hombres de Nabisco dijeron que «verían» y que «se lo pensarían». Al final, uno de ellos se levantó y dijo:

–Gracias, señoras, le daremos al coco y tomaremos una decisión.

Eran más educados que otros, más que la mayoría en realidad.

Cuando salían, uno de los hombres miró a Faith y dijo:

–Espera, yo a ti te conozco.

–¿Perdón?

Hizo un aparte con ella y Faith lo miró; había pasado la reunión agazapado en un rincón y era un hombre de negocios mediada la treintena, delgado, con traje a medida, patillas, piel oscura, atractivo. Algo en él le resultaba familiar, pero no sabía muy bien qué.

–¿No nos conocimos hace mucho tiempo? –preguntó el hombre en tono tranquilo–. En Las Vegas, en el hotel Swann.

Faith lo miró fijamente, sorprendida, y entonces se acordó. Era el hombre que había ido al casino una noche acompañado de una mujer, el hombre que había coqueteado con ella y le había dicho que trabajaba en el sector de… las galletas dulces y saladas, eso era lo que había dicho.

–¿Cómo puedes acordarte de mí? –le preguntó Faith–. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Siete? ¿Ocho años? Me parece una locura que te acuerdes.

–Se me dan bien esas cosas. Me advertiste de que siempre ganaba la banca. Creo que me salvaste de la bancarrota, así que gracias.

–De nada. Pero es que además estoy muy distinta. No llevo uniforme. Y… el pelo.

–Es verdad, entonces lo llevabas vertical, me parece. Y tú a mí ¿me ves distinto?

Faith lo miró durante un largo y agradable instante. Era mucho más elegante que sus colegas, con menos pinta de empresario y más delgado y joven. Llevaba el pelo oscuro más largo que en el 65, claro. Ahora vestía un traje caro bien cortado y Faith no le vio anillo de casado. Tenía un olor

interesante, cítrico.

Resultó ser cierto que se le daban bien esas cosas; lo recordaba todo de cada momento. Pero el truco era que lo recordaba solo si había estado atento, algo que no siempre ocurría.

–¿Te parece que sigamos hablando de lo de la publicidad? –preguntó–. No estoy seguro de que a mis colegas los haya convencido vuestra presentación. Si te soy sincero, estoy seguro de que no.

–Pero ¿quieres hablar conmigo? ¿O conmigo y las demás?

–Solo contigo. Un *tête-à-tête* sería más fructífero.

Por supuesto estaba coqueteando con ella, igual que había hecho en el casino; no era algo disimulado, sino tan explícito como su fragancia cítrica, y no restaba sinceridad a sus palabras. Hasta el momento, a Faith, a Shirley y a Evelyn no se les había dado demasiado bien vender publicidad; después de aquello tenían una reunión en Clairol, pero era evidente que la presentación estándar no les estaba funcionando.

–Creo que esto requiere una conversación más larga –dijo el hombre–. ¿Cenamos esta noche? ¿Ahora que todavía lo tenemos reciente?

–Lo tenemos reciente –repitió Faith sin necesidad.

Quería acostarse con ella y no saberlo habría sido de una ignorancia ridícula.

No pensaba acostarse con el ejecutivo de Nabisco, aunque, por algún motivo, su cara era digna de contemplación e imaginaba el cuerpo que habría bajo la ropa. Y no solo eso; en cuanto lo imaginó se dio cuenta de que lo importante era el hecho de imaginarlo. Pero no podía acostarse con él. Le dejaría pensar que había una posibilidad. Aquello era una operación de negocios. Le estudió la cara y, por fin, dijo:

–Claro.

–¿Por qué quiere seguir hablando del tema contigo? –preguntó Shirley irritada mientras volvían al centro de la ciudad de pie, agarradas a correas en el tren elevado.

–Si quieres te hago un croquis, Shirley –murmuró Evelyn.

–No me voy a acostar con él, por el amor de Dios –dijo Faith. No les dijo que recordaba haberlo conocido muchos años atrás y que, cosa extraña, él recordaba el encuentro y que, lo que resultaba casi igual de extraño, ella también–. Pero sí, voy a cenar, ¿por qué no? Lo obligaré a escuchar los objetivos de la revista.

–Igual es un feminista de incógnito –dijo Shirley– y quiere ayudarnos a trazar estrategias. Y si Faith consigue tejer una tela de araña mágica que lo embelese y consiga que nos compre publicidad, pues perfecto.

–Embelesar es lo mío –dijo Faith poco convencida.

–Pues en realidad sí –dijo Evelyn–. Eres de esas personas que gustan a los demás. Es un talento.

Cuando Faith llegó al Cookery aquella tarde a las siete, él ya la

esperaba en una mesa del fondo del todo. Puesto que en aquel club de Greenwich Village la iluminación era a base de velas y no de fluorescentes, lo encontró menos agresivo que en la sala de juntas de Nabisco. Llevaba una chaqueta de cuello mao y su pelo oscuro tenía aspecto sedoso. «Me alegro de que hayas venido», dijo mientras bebían una sangría que había pedido antes de llegar Faith. Aunque esta pensó que el gesto tenía un matiz algo machista, era probable que él no lo viera así. Entrechocaron las copas, en cada una de las cuales había una sombrilla en miniatura. Faith bebió deprisa, aunque por lo general las bebidas alcohólicas azucaradas la volvían espesa de mente y algo lenta. Pero aquella noche decidió que el vino no sería más que un agente relajante.

Emmett Shrader cogió la sombrilla de su vaso, la sacudió y, sin decir palabra, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Faith estuvo a punto de decirle: «¿Coleccionas sombrillitas de papel?», pero no lo hizo porque habría sonado a coquetería y quería dar imagen de seriedad. Cuando él le pidió que le contara «su vida», lo hizo, le habló de Brooklyn, de la sobreprotección de sus padres y de la necesidad de salir de allí y él la escuchó como ningún hombre la había escuchado nunca.

«Sigue», no dejaba de decir. Dijo que le interesaba saberlo todo y Faith le tomó la palabra y le contó cómo había empezado a apasionarse por los derechos de la mujer. Esperó que le llevara la contraria, porque eso era lo que hacían a menudo los hombres. Pero lo que dijo Emmett fue:

–Creo que lo que estáis haciendo tú y las otras mujeres es esencial. –Sus palabras eran como una droga–. Pero querría añadir –prosiguió–, y, por favor, interrúmpeme si crees que estoy fuera de lugar, que me gustaría que fuerais un poco más autoritarias. Que nos hicierais comprar publicidad. Que nos obligarais.

–Eso no funcionaría –dijo Faith.

–¿Por qué no?

–Porque cuando un hombre habla así, la gente dice que tiene autoridad. Cuando lo hace una mujer, todos se ofenden y la comparan con su madre. O con la pesada de su mujer.

–Me parece que sé por dónde vas –dijo Emmett–. Vale, pues entonces sed apremiantes. Trabajo en publicidad, así que de eso entiendo un poco. Y, si me permites que añada otra cosa, tú deberías ser quien hiciera las presentaciones; tú más que las otras. Tienes algo.

–Muchas gracias –dijo Faith incómoda pero complacida. Y a continuación añadió: Ahora te toca a ti. Cuéntame tu vida.

–Mi vida. Veamos –dijo Emmett–. Me he resignado a trabajar en Nabisco y no está mal del todo. Pero no hay demasiadas sorpresas, lo que es una pena, porque me gustan las sorpresas. Tú eres una –añadió.

Entonces le cogió la mano, lo que sorprendió a Faith, pero en realidad no; lo había esperado y había ocurrido. La acarició una vez, luego dos, con

el pulgar. Era una cena de trabajo, sobre todo, pero no solo. Faith había previsto el momento de la insinuación y, ahora que había llegado, no estaba tan decidida a rechazarla. El deseo no la había debilitado ni le había hecho pensar con el cuerpo. Sintió que se apoderaba de ella una extrañeza, la efervescencia de la excitación sexual. Este sentimiento siempre le daba un poco de asco al principio, hasta que se acostumbraba a él.

–Acuéstate conmigo –dijo Emmett–. Es lo que más me gustaría del mundo.

–Más que comprarme publicidad.

–Sí. –Siguió acariciándole la mano y Faith no se movió–. Podemos ir a tu apartamento –dijo–. Sé que vives cerca. Te he buscado en la guía de teléfonos.

Faith bajó la vista a la luz de las velas mientras notaba la cara caliente, como una vela también.

–Así que esa es tu voz autoritaria –dijo–. ¿Y se supone que tengo que obedecer?

–Faith, no te estoy dando órdenes. Quiero que tú también quieras.

Así que fueron al apartamento de ella, un estudio no mayor que una caja de zapatos en la Calle 13 oeste, en el que vivía sola desde que Annie Silvestri se mudó al Medio Oeste. Mientras Emmett dejaba su ropa doblada en una silla, Faith pensó en que era el primer hombre de negocios con el que se acostaba.

Emmett llevaba unos zapatos de vestir preciosos, de rejilla, se fijó Faith mientras lo veía desanudarse los cordones y colocarlos cerca de la pared, junto a sus botas de ante rosa.

–Parecen galletas de Nabisco –dijo.

–¿Cómo?

–Tus zapatos. Con esos agujeritos en la parte de arriba.

Emmett los miró.

–Es verdad. –A continuación, sonrió–. La famosa pasta de té. Uno de nuestros clásicos. Por cierto, me gustan tus botas.

Alineó los zapatos con cuidado; los suyos oscuros y brillantes y las botas de suave color pastel de ella contrastaban tanto que resultaba excitante de por sí. Su ropa interior, se fijó Faith, parecía almidonada como la vela de un barco. Tenía un cuerpo maravilloso, casi reptiloide, pero solo casi. No llegaba a ser de sangre caliente, pero en ese momento a Faith le dio igual. Le resultaba ridículamente atractivo, con ese pelo oscuro más bien largo y ese aroma cítrico que lo hacía más varonil que ningún hombre al que había conocido desde su padre. Claro que no se parecía en nada a su padre.

Ya en la cama, Emmett sonrió perezoso, abrió los brazos y la rodeó con ellos. «Ven aquí», dijo, como si Faith no estuviera ya allí. Pero la quería

aún más cerca, quería estar enseguida dentro de ella, una idea que en ese momento Faith creyó entender, porque no solo lo quería dentro de ella, también quería, de alguna manera, estar dentro de él. Quizá incluso ser él. Quería habitar en su seguridad, en su elegancia, en su forma de caminar por el mundo, tan distinta de la suya.

«Haz esto, haz aquello», se dijeron con ese tono imperativo que usan las personas durante el acto sexual, olvidando los modales. La colocó encima de él y la miró con una expresión brumosa de deseo en la que también había, sin embargo, adoración. «¡Dios!», dijo mientras la sujetaba encima de él como un ángel suspendido en el aire. Faith se dio cuenta de que en realidad no le importaba ser vista así: como una aparición. En el momento mutuo, se detuvieron y él puso los ojos casi completamente en blanco, pero enseguida se sobrepuso, como si recordara lo que estaba pasando y a continuación la penetró tan profundo que Faith pensó que iba a partirse en dos.

Al correrse, gimió profusamente y dijo: «Ay, Faith», y perdió su apresto, su refinamiento. Después se tranquilizó y, recuperado, centró toda su atención en ella. Sus tres orgasmos, seguidos como tres disparos, les resultaron placenteros a los dos y él le susurró:

–Esta ha sido la mejor parte.

Estuvieron un rato tumbados, recuperándose del trauma de la euforia. Luego él cogió su reloj de la mesilla, se ajustó el cierre plateado en la esbelta muñeca.

–Bueno, hora de irse.

–¿Adónde? Deben de ser las dos de la mañana. –Faith buscó la esfera luminosa color melocotón de su reloj despertador.

–A casa.

Hubo un silencio largo, horrible, y a continuación Faith dijo:

–Estás casado.

Otro silencio, igual de horrible, y Faith se preparó para hacerle algún reproche. Pero no estaba enfadada, solo triste de una manera sombría porque entendía que, a pesar de la ausencia de alianza, ya había intuido que estaba casado, de manera que había evitado hacerle la pregunta antes de irse a la cama con él. De haber conocido la respuesta con certeza, no habría sido capaz.

Era posible que incluso conociera a su mujer, cayó en la cuenta, de años atrás en el casino. Recordó la mano de Emmett en el talle de una mujer. La manera territorial con que se trataban el uno al otro. Pero había más: sabía que era padre de un hijo al menos. Era lo que su subconsciente había percibido en el Cookery, cuando Emmett sacó la sombrillita de su bebida, la sacudió para que no salpicara y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

¿Quién hace eso excepto un padre que tiene la intención de regalársela

a su hijo (hija probablemente)? Faith no podía estar furiosa con Emmett porque todo aquello ya lo había sabido y había hecho caso omiso de la información.

Se sentó en la cama y lo miró vestirse, meter cada botón de la camisa en el pequeño ojal con tino, a pesar de que la habitación estaba a oscuras. En un momento determinado, Emmett levantó la vista de los botones.

–No te he mentido –señaló–. Si me lo hubieras preguntado, te lo habría dicho.

–Ya lo supongo.

–Mi mujer y yo no tenemos esta clase de intimidad. Nuestro matrimonio no es de esos. Tú y yo podríamos tener algo muy distinto. Algo espectacular, a juzgar por esta noche. Porque lo que hemos hecho, lo que hemos sentido… no ha sido solo sexo. Y podríamos seguir teniendo eso. Podríamos ser eso.

–Yo no hago esas cosas –dijo Faith–. Por lo menos no de manera consciente. No a mis hermanas.

–¿Hermanas? –preguntó desconcertado–. ¿De qué hablas? Ah, quieres decir que todas las mujeres son hermanas; por el movimiento de liberación. Créeme, mi mujer no es tu hermana.

–Pero entiendes lo que quiero decir. No traiciono a otras mujeres.

–Quieres decir que eres una persona de principios.

–Más o menos –dijo Faith.

–Pues tomo nota. Mañana te llamo.

–Por favor, no lo hagas.

–Solo para hablar de la publicidad –dijo Emmett–. Déjame que hable con la gente de la oficina, creo que podré convencerlos de que contraten algo de espacio publicitario en tu revista.

–Muy bien –dijo Faith sin entonación.

La llamó a la mañana siguiente, cuando Faith no había salido aún de casa.

–Escucha, tengo que contarte una cosa –dijo Emmett, y su voz sonaba tranquila pero tensa–. Mi mujer se ha enterado de lo nuestro. Faith se limitó a escuchar, atónita–. Anoche cuando llegué a casa me interrogó, me dijo: «No me mientas», y la verdad es que fui incapaz. Quiso que le dijera tu nombre, que se lo contara todo, así que lo hice.

–Dios, Emmett, pero ¿por qué? –dijo Faith.

–La tengo aquí al lado y quiere hablar contigo –continuó–. ¿Te la paso?

–¿Te has vuelto loco?

–No –dijo Emmett, y entonces pareció triste o quizá era solo que había mala conexión, pero por algún motivo Faith no colgó y oyó el teléfono pasar de manos y cómo lo cogía una mujer.

–Faith Frank, soy Madeline Shrader –dijo, con voz tranquila e inexpresiva. Faith no dijo nada–. Quería decirte que no te puedes llevar a

mi marido. Puede que pienses que sí, por la forma en que se comporta. Pero tienes que recordar que cuando nos casamos prometió quererme y honrarme durante el resto de nuestras vidas. ¿Y sabes una cosa, Faith Frank? Que todavía no me he muerto.

Faith se sentía incapaz de soportar aquello un segundo más y colgó sin hacer ruido. Imaginó a Emmett con su mujer. Vio la tríada de marido, mujer e hijo, una niñita de cinco años quizá, jugando contenta con algo que tenía en la mano: una sombrilla de papel que su padre había cogido de su bebida.

Faith se odió a sí misma con intensidad y entonces recordó lo que se habían dicho las mujeres en aquella primera reunión. «¿Por qué somos tan duras con nosotras mismas?», se habían preguntado las unas a las otras.

A veces, pensó ahora, ser dura con una misma era lo correcto.

–Nabisco no nos va a comprar publicidad –le dijo a Shirley Pepper el lunes en el trabajo después de subir por las escaleras porque el ascensor estaba roto otra vez. Estaba sin aliento y se apoyó contra la pared.

–¡Vaya! Y ¿por qué no? –preguntó Shirley levantando la vista. Estaba tecleando en una máquina de escribir IBM pesada como un tractor.

–Es difícil de explicar –dijo Faith.

–Vale –dijo Shirley con amabilidad–. Escucha, tampoco es una tragedia, Faith. Y, en cualquier caso, creo que hemos conseguido algo de Dr. Scholl. Así que de momento sobrevivimos.

La revista concitó cierta atención y duró, con mayor o menor modestia, más de treinta años. En los inicios de *Bloomer,* las integrantes de la plantilla original participaban de vez en cuando en debates televisivos y hablaban con entusiasmo y pasión de sus objetivos. Los moderadores de los debates a menudo eran patanes con corbatas anchas y plateadas que hacían chistes machistas sobre feministas peludas y furiosas a las que nadie querría pedir una cita. Shirley, Faith y Evelyn jamás se reían con ellos, pero continuaban acudiendo a los programas para decir lo que consideraban importante, aunque las ridiculizaran.

Llegado un momento, Faith se separó del grupo. Se le daba mucho mejor hablar en público que a las demás. No es que fuera una persona de ideas –no fue nunca exactamente su caso–, tampoco mucho más elocuente; era otra cosa. Las personas tenían que querer escucharte. Tenían que querer estar cerca de ti, incluso si decías cosas que en realidad no querían oír. Esta cualidad de Faith se hizo evidente en 1975, cuando intervino en un debate nocturno frente al novelista Holt Rayburn, que se había hecho muy famoso con su novela sobre Vietnam, *Nubosidad.* Rayburn, con una chaqueta de solapas anchas y corbata de estampado de cachemir, sus gruesas patillas cercando una cara que siempre parecía estar buscando gresca, fumaba sin parar y el plató de televisión tenía su propio cúmulo de nubes bajas.

–A las mujeres lo que les pasa… –empezó a decir, y el presentador, Benedict Loring, intervino:

–¿Sí? –dijo Loring–. A las mujeres lo que les pasa… Me encantan las frases que empiezan así. ¿A ustedes no? –Puso cara lasciva y el público rió y aplaudió.

–A las mujeres lo que les pasa –repitió Holt Rayburn– es que siempre te están pidiendo cosas: «Ábreme este frasco, yo no puedo. Acuéstate conmigo, estoy muy cachonda. Invítame a cenar, estoy ahorrando», pero luego salen en televisión y de pronto se transforman en unas activistas furiosas que dicen: «Queremos hacer cosas por nosotras mismas». Vamos a ver, señoras mías, ¿en qué quedamos? No se pueden tener las dos cosas. O sois unas niñas pequeñas que necesitáis que os cuidemos o sois unas arpías todoterreno que sabéis hacerlo todo solas. Y si es esto último, lo segundo, entonces, muy bien, acostaos con otras mujeres, algo que ya hacéis algunas, porque está claro que no necesitáis a los hombres. Y, ya de paso, intentad también tener hijos sin nosotros. Y pagar el alquiler. Ya me contaréis qué tal os va.

La reacción del público fue exagerada. Más risas, más aplausos y enseguida silencio, porque entendían que ahora tocaba prestar atención a Faith. ¿Cómo reaccionaría a aquello? Era una defensora de los derechos de la mujer que había sido invitada al programa para representar ese papel. ¿Qué haría, qué diría? Faith estaba callada y con las manos en el regazo. Se dio cuenta de que parecía una maestra de escuela amargada y eso la irritó. Pero era imposible causar buena impresión cuando los hombres que te acompañaban empezaban a hablar de aquella manera de las mujeres. Tenías que elegir entre parecer remilgada o enfadada, o reírte con ellos, que era la opción peor de todas.

Lo que decidió fue no hacer caso a Holt Rayburn. Era un imbécil, un imbécil bien pagado de la variedad literaria. Los hombres como él se paseaban por ahí como si tal cosa y le sería imposible despojarlo de su sensación de libertad o seguridad. Así que hizo como si no estuviera y miró a cámara, algo que los desconcertó a él y al presentador. Uno de los cámaras le dijo, moviendo los labios: «Mire a los hombres, mire a los hombres», pero tampoco a él le hizo caso.

–Creo que a los hombres los asusta pensar que si hay mujeres médicos y abogados y abridoras de frascos –dijo Faith–, entonces les tocará a ellos hacer las tareas «llamadas» de mujeres. Y Dios sabe que eso los aterra. No hay nada que nosotras no podamos hacer, pero sí hay mucho que a ellos les da miedo hacer.

Ahora tenía al público de su parte. Las mismas personas que habían aplaudido a Holt Rayburn la estaban aplaudiendo a ella.

–Como, por ejemplo, organizar un cumpleaños infantil –dijo–. O dar a luz, claro. –Hubo vítores–. Siempre hemos encontrado la manera de hacer

las cosas cuando no había hombres para ayudarnos. Tenemos recursos, resolución y paciencia. –Se volvió a mirar a Holt Rayburn, que había permitido que el cigarrillo que sostenía entre los dedos quedara reducido a una columna olvidada y frágil de ceniza–. Holt, tienes razón en uno de los problemas que has mencionado. –Faith esbozó su sonrisa hermosa, tranquila y alegre y acto seguido cruzó sus largas piernas enfundadas en botas azul claro y dijo–: He decidido que a partir de ahora no volveré a comprar comida en frascos.

Aquella frase se citaría durante décadas, hasta que llegó un momento en que casi dejó de citarse. Pocos años después del programa, Holt Rayburn, con antecedentes por alcoholemia, salió borracho de la presentación de un libro en los Hamptons y atropelló a una mujer en una carretera mal iluminada. A la mujer tuvieron que amputarle una pierna. Rayburn pasó un par de años en la cárcel y, cuando salió, había terminado una novela sobre su experiencia, *Novato entre rejas,* que se convirtió en un superventas, aunque más modesto que *Nubosidad,* pero para entonces estaba agotado y macilento. Murió de un ictus ese mismo año, convertido en un hombre pequeño y sudoroso, desconcertado por cómo estaban cambiando las cosas, para las mujeres y para él.

Ser una oradora eficaz y atractiva benefició a Faith y la empujó no solo a hablar más, también a hacer más. Participó en manifestaciones por la enmienda de igualdad de derechos. Después de los mítines se quedaba hablando con otras mujeres hasta entrada la noche. Cuando empezó la persecución de las clínicas abortistas, fue una de las personas que intentaron trabajar con los jueces para garantizar la seguridad de las pacientes. Todo esto lo hizo en parte gracias a Holt Rayburn y a la imagen del frasco difícil de abrir.

Faith se sentía cómoda en compañía de todas las mujeres, incluidas las lesbianas, y llegó a conocer bien a unas cuantas. Una de las más desinhibidas, Suki Brock, la había besado en la boca durante una manifestación y Faith se había limitado a sonreír, a tocarle el brazo y a decirle que se sentía halagada.

–Escucha, si alguna vez cambias de gustos, Faith –le dijo Suki–, cambia conmigo, ¿de acuerdo?

Faith había dicho: «Por supuesto», que era lo mismo que decir no. No quería que Suki ni ninguna otra mujer la besara, ni siquiera aquellas que se enorgullecían de llamarse a sí mismas separatistas. Faith había visto una vez una fotografía de dos granjeras en lo que parecía una versión homosexual del cuadro *American Gothic,* una de ellas con pantalón de peto y sin camisa. Los pechos le asomaban como paréntesis a ambos lados del peto. Aquellos días las mujeres habían empezado a irse a vivir a granjas, comunas y cooperativas. ¿Era una utopía? Vivir con alguien tenía sus dificultades, Faith lo sabía. La convivencia perfecta no existía.

Faith se desenvolvía con facilidad entre mujeres radicales, entre amas de casa, entre estudiantes, siempre deseosa de aprender, como ella misma decía.

«¿A quién representa?», le había preguntado una entrevistadora muy joven de un periódico estudiantil en una ocasión.

«A las mujeres», había dicho Faith, y aunque esa respuesta bastó al principio, luego no siempre fue así.

Pero siendo esa persona, esa Faith Frank que despertaba sentimientos intensos y quizá no del todo explicables, se convirtió en quien había querido ser. Después de salir en el debate televisivo con Holt Rayburn, ganó popularidad y llegó a ser más famosa que la revista que coeditaba. Sus libros se convirtieron en superventas; sus apariciones en televisión atraían a numerosos espectadores. Con el tiempo, se abstuvo de pensar demasiado a menudo en Emmett Shrader, aunque por supuesto siguió la pista a sus éxitos: cómo había empezado de simple ejecutivo en Nabisco y después, gracias al dinero de su mujer, la heredera Madeline Shrader, de soltera Tratt, de los magnates del metal Tratt, había creado su propia firma de capital riesgo, Shrader Capital. Todo el mundo sabía lo bien que le había ido, sabía que era multimillonario.

Pero todo el mundo hablaba también de su parte fea, quizá no peor que la de otras personas de su nivel, pero sí más inquietante, dadas sus ideas progresistas. Hablaban de algunos contactos sorprendentes y de inversiones turbias: una relacionada con una empresa de limpieza de armas publicitada por la Asociación Nacional del Rifle, otra con un fabricante de potitos que vendía sus productos a países en desarrollo a precios muy inflados. Pero todo ello parecía contrarrestado por buenas acciones. Los negocios a ese nivel eran algo que Faith no aspiraba siquiera a comprender.

La sentencia del caso Roe contra Wade en 1973 había disparado una alarma antiaborto que había que objetar y combatir, y Faith se dedicó a ello. Tres años después, Anne McCauley, una mujer de Indiana al parecer salida de la nada, obtuvo un escaño en el Senado gracias a su guerra abierta al aborto. «Lucharemos contra la sentencia Roe cada día. La desmantelaremos pieza por pieza», dijo a los micrófonos, su voz serena y razonable, su postura corporal emanando bondad.

Cada vez que Faith veía a la senadora McCauley por televisión pensaba en lo fácil que sería contar en público la verdad sobre ella, emitir un comunicado de prensa diciendo que once años antes de convertirse en una detractora tan firme y ruidosa del aborto se había sometido a uno ilegal en Las Vegas. Eso habría probablemente acabado de un plumazo con su radio de influencia y su ascenso político. Faith estaba furiosa con Annie por lo que ya había hecho, que perjudicaba sobre todo las vidas de las mujeres más pobres, al denegarles ayuda. No sabía qué había motivado el cambio,

en especial porque la experiencia de Annie con un aborto ilegal podría haberle hecho ver la necesidad urgente de legalizarlo. Pero uno nunca sabía lo que pasaba por dentro de los demás; cómo, con el paso del tiempo, un pensamiento podía convertirse en obsesión y cómo podía formarse a su alrededor un caparazón nuevo y duro. Faith había leído que Annie era creyente. ¿La habría ayudado la religión a gestionar sus ideas respecto al aborto? O quizá la explicación era muy distinta. De haber podido verla ahora, Faith le habría dicho: «¿En serio, Annie?».

Décadas más tarde, el equipo de Loci intentó repetidas veces que la senadora McCauley interviniera en una cumbre. La primera vez que lo intentaron Faith no dijo nada y esperó tensa a ver qué ocurría, qué hacía Annie. Lo más probable era que en su oficina dijeran que no podía ir. Seguramente sería lo mejor. Porque, aunque Faith consiguiera estar a solas en una habitación con ella y le dijera «¿En serio, Annie?», sin duda esta respondería: «Sí, Faith. En serio».

Ambas creían en lo que creían; sus convicciones las colmaban. Pero Annie nunca revelaría en público su vivencia, y Faith tampoco. No tenía derecho a dar esa información. Era privada. «Yo decido», habían cantado las mujeres de la reunión. A pesar de todo, Faith nunca se lo contó a nadie.

Muy pronto fue consciente de su habilidad para sacar a relucir determinadas cualidades en otras mujeres. Querían estar cerca de ella, y querían más de sí mismas. Se dio cuenta de que las niñas y las mujeres jóvenes la querían de manera similar a como la quería Lincoln. Podían parecer un poco perdidas, o quizá necesitadas de inspiración. Se dio cuenta de que, tal vez, lo más importante que les daba era permiso.

–Cuéntame qué quieres de la vida, Olive –le había dicho a una tímida estudiante de instituto becaria en *Bloomer*.

Olive Mitchell la había mirado agradecida, como si llevara dieciséis años esperando esa pregunta.

–Ingeniería aeroespacial –había dicho sin aliento.

–Estupendo. Entonces dedícate a ello en cuerpo y alma. Sospecho que debe de ser difícil entrar en ese campo, ¿no? –La chica asintió–. Así que deberás ser en todo momento tenaz e irreprochable, cualidades que ya tienes. Creo que lo conseguirás.

Faith llevaba años sin pensar en Olive, pero sabía que había conseguido estudiar ingeniería aeroespacial, porque le había escrito una carta de agradecimiento exagerada y poética, con una fotografía suya en un laboratorio de investigación, sonriendo con auténtica felicidad. Hacía mucho tiempo de eso. Era difícil seguir la pista de las mujeres jóvenes que había conocido, muchas de ellas brillantes y prometedoras.

Donde quiera que viviera, hiciera lo que hiciera, por la puerta de Faith Frank siempre entraban y salían mujeres jóvenes. Era inevitable por tanto tener a alguna cerca y rara vez se sentía muy sola. En ocasiones, a lo largo

de los años, experimentaba un deseo muy concreto de contar con la compañía de un hombre, y cuando eso ocurría, Faith quedaba con Will Kelly, un estratega político del partido demócrata que había conocido en una función benéfica a finales de la década de 1980. Guapo, astuto, de bigote poblado y soltero, Will era una mezcla de analista político y chulo de playa que le resultaba seductora. Aunque vivía en Austin, Texas, cogía un avión para ver a Faith; cenaban y pasaban una velada de sexo amistoso y un poco aeróbico y buena conversación. Luego podían estar meses sin verse, pero no pasaba nada. Estar sola era algo que Faith había perfeccionado con los años. Cuando estabas sola, no tenías que preocuparte de hasta el más mínimo detalle de tu cuerpo, por ejemplo, de si tenías las piernas como higos chumbos o de si después de un cóctel te olía el aliento a queso Brie. A diferencia de muchas personas que conocía, a menudo Faith prefería su propia compañía.

Cuando *Bloomer* cerró en 2010 fue un golpe en muchos aspectos. Durante meses Faith se sintió triste, superflua. Entonces, un día, aquel fantasma multimillonario de su pasado, Emmett Shrader, la llamó por teléfono –llamó su asistente, en realidad– y Faith accedió a reunirse con él en su oficina a la hora del almuerzo. Cuando llegó, había una mesa puesta en su enorme despacho estilo club británico con impresionantes vistas de la ciudad.

Emmett se levantó y fue hacia ella. Faith había visto varias fotos suyas a lo largo de los años, había visto cómo le cambiaba el pelo de oscuro a plata. Le había buscado en Google unas cuantas veces. Desde el umbral observó que no había engordado, que seguía conservándose delgado de la manera que puede hacerlo un multimillonario con entrenador personal, mayordomo y cocinero de comida sana. Pero, al acercarse, Faith experimentó un sentimiento distinto. Una nostalgia de la juventud perdida de Emmett unida a una nostalgia de su propia juventud perdida. Juntas, las dos nostalgias se combinaron para crear algo de inmediato emocional, un poco sexual incluso. Faith sintió que deseaba algo, pero en el momento no fue capaz de determinar qué.

¿Lo deseaba a él o a su yo más joven y, con él, a su propio yo de juventud? ¿Quería volver a ser joven y punto? Recordó la noche en que se habían acostado y su triste y accidentado final. Emmett conservaba una cara de facciones marcadas y a Faith le vino una palabra a la cabeza, una palabra asociada al poder: «rudo». Claro que no quisiera Dios que un personaje público femenino tuviera aspecto rudo. Se burlarían de ella en Twitter, le dirían que se había abandonado y que debería ponerse una bolsa en la cabeza. Emmett conservaba un cuerpo terso e impresionante, enfundado en las ropas elegantes de un macho rico, la corbata colgando igual que un carámbano. La atracción sexual no era una isla, formaba parte de un archipiélago que incluía la apariencia física y el contexto. El

contexto de Emmett eran aquel despacho ridículamente gigantesco y los años que había vivido desde que se habían visto por última vez, acumulando victorias igual que acumula trofeos un cazador.

–Faith –dijo, y tenía la voz queda y los ojos casi llorosos. Le cogió la mano, pero enseguida la soltó y la rodeó con los brazos. El abrazo fue sorprendente, muy distinto de los besos al aire o de los dobles besos que era costumbre intercambiar por todo Manhattan. Aquel abrazo fue genuino, y un alivio–. Cuánto me alegro de verte –dijo Emmett cuando se soltaron y se miraron. Luego la hizo sentarse en un sofá de cuero marrón del tamaño de un búfalo y él se acomodó frente a ella. Faith le escuchó mientras le hablaba de la fundación para mujeres que quería que su compañía financiara y ella dirigiera–. Haremos cumbres, conferencias, reuniones multitudinarias sobre un tema concreto y abiertas al público. No buscaremos financiación adicional –dijo–. Cobraremos la entrada, pero todos los otros costes los cubriremos nosotros.

–Ve más despacio –dijo por fin Faith después de que Emmett hablara sin interrupción durante varios minutos. En un segundo plano, hombres y mujeres vestidos de blanco preparaban la mesa del almuerzo–. En primer lugar, quiero decir que me siento muy halagada.

–No digas eso –dijo Emmett–. Es lo que suele decirse antes de rechazar algo.

–Bueno, antes de venir aquí hoy he estado preguntando por ahí, para intentar tener un poco de contexto –dijo Faith–. Tu trayectoria ha sido estelar en muchos sentidos, Emmett, pero no siempre has sido el más ético.

–Mira, Faith, mi compañía participa en muchos proyectos –dijo Emmett–. No he sido un santo, es verdad. Probamos muchas cosas y no todas funcionan. Pero nos va muy bien y, si miras nuestro historial de donaciones, creo que te quedarás tranquila. Damos mucho dinero a causas de mujeres.

Se miraron en silencio durante una cantidad de tiempo escalofriante. En aquel momento, lo que Faith quería era ponerlo nervioso.

–¿Te preocupan las vidas de las mujeres? –preguntó por fin.

–Creo que conoces la respuesta.

–¿Te acuerdas de John Hinckley? –dijo Faith–. ¿El tipo que disparó a Ronald Reagan? Dijo que lo había hecho para impresionar a Jodie Foster.

–¿Crees que te estoy ofreciendo esto para impresionarte?

–Puede.

–Aunque fuera así, que no lo es, déjame asegurarte que esta fundación no pretende mutilar a ningún presidente –dijo Emmett. Se frotó los ojos como si Faith le resultara agotadora, cosa probable. Quizá se arrepentía de haberla convocado, visto lo irritante que estaba siendo. Pero tenía que lograr que dijera que sí–. Mira –dijo–, solo quiero hacer algo bueno.

–Algo que tenga que ver con mujeres.

–Eso también.

A continuación, en tono más amable, Faith añadió:

–Algo que tenga que ver conmigo.

La excitaba sobremanera la idea de tener acceso al dinero y los recursos que Emmett le estaba ofreciendo. Nunca había tenido ninguna de las dos cosas y nunca había creído quererlas. Apenas lograba imaginar lo que significaría. En la etapa de *Bloomer* había tenido que pelearse con Cormer Publishing para que pagara a los colaboradores aunque fuera una pequeña cantidad o para comprar papel higiénico de doble capa.

Se preguntó si al aceptar la oferta estaría vendiéndose. Shirley Pepper había muerto hacía tiempo de una enfermedad coronaria; no podía pedirle consejo. Bonnie Dempster se ganaba la vida como podía desde que cerró *Bloomer* trabajando para una empresa de ordenar casas formada solo por mujeres que tenía el sonrojante nombre de FemiLimpias. Después de la reunión en el despacho de Emmett –le dijo que se lo tenía que pensar–, Faith la llamó para preguntarle su opinión y Bonnie le dijo: «Tienes tendencia a ser un poco ingenua, Faith. Es estupendo que no seas cínica, pero yo que tú me andaría con cuidado. Y piensa también si es algo que de verdad te apetece hacer. Si es lo bastante bueno».

Faith llamó a Emmett a la mañana siguiente y le dijo:

–No estoy segura de que vayamos a cambiar nada. Lo que me propones es una especie de agencia de conferenciantes de lujo y yo no tengo experiencia con esa clase de cosas. Ni he querido tenerla. –Emmett no dijo nada–. No veo cómo conectaríamos con las mujeres –dijo–. No veo cómo íbamos a cambiar sus vidas.

–Claro que lo haríamos. Lo harías tú, de hecho.

–Gracias –dijo Faith tras un largo instante–, pero voy a tener que decir que no.

Emmett pareció sorprendido y la conversación terminó enseguida. Faith dio un largo paseo por Riverside Park sin dejar de pensar en lo que acababa de rechazar. La oferta de Emmett le parecía huera. ¿Qué tendría que tener para ser bastante buena? Una hora después, cogió un taxi y se presentó en su despacho sin haber concertado antes una cita. Emmett estaba allí y, cuando llegó, Faith dijo:

–Tendría que haber otro componente.

–Dime –dijo Emmett.

–Cada día oigo noticias sobre las dificultades a que se enfrentan mujeres en todo el mundo. Me gustaría que, además de organizar conferencias, hiciéramos algo por ellas. Si encontramos una situación grave en la que podemos ser de ayuda, me gustaría disponer de fondos para intervenir, para asegurarnos de que esas mujeres tienen asistencia inmediata. –Miró a Emmett–. ¿Lo ves imposible?

–Claro que no.

–Podríamos dedicarnos, digamos, en un ochenta por ciento a conferencias y cumbres, y en un veinte por ciento a algo llamado, no sé, «proyectos especiales».

–Trato hecho –dijo Emmett.

Tiempo después, los dos brazos de Loci, esos brazos tan dispares, habían resultado de lo más productivo. Las mujeres iban de una «cumbre» a otra, escalando con cuerdas alrededor de la cintura y empuñando pitones. Las cumbres versaban sobre temas ambiciosos, por ejemplo, una de las últimas había sido sobre liderazgo, porque el liderazgo era algo a lo que ahora todos aspiraban, como si el mundo pudiera estar hecho entero de líderes, sin ningún seguidor, igual que los niños pueden querer una sociedad hecha solo de bomberos o de bailarinas. Y con los años había habido un buen número de los llamados proyectos especiales. Loci había pagado el salario de un agente de salud comunitaria para un pueblo de Namibia y había costeado la defensa legal de una mujer acusada de matar a su marido, quien la había maltratado y aterrorizado durante una década.

Pero para 2014, más de cuatro años desde su creación, a Loci cada vez le costaba más trabajo lograr la aprobación del piso de arriba para sus proyectos especiales. Era evidente que los consideraban un incordio, una fuente continua de gastos. Y el problema no era solo que ShraderCapital se hubiera vuelto tacaño –aunque así era–, también empezaba a haber oposición externa a algunos de los proyectos de Loci. «África no necesita vuestra ayuda», había escrito alguien en una influyente revista digital, y otros sitios se habían hecho eco del comentario, reproduciéndolo sin fin.

Faith estaba acostumbrada a sentirse criticada, odiada. Lo había vivido en los años buenos de *Bloomer*. Pero cuando nació Loci, hubo gente que escribió en Twitter #dineroensangrentado y #Franktraidora. Y pronto las preocupaciones pasaron a centrarse menos en la colaboración entre Faith Frank y Emmett Shrader y más en la fundación en sí.

A aquellas alturas estaba claro no solo que Loci se había quedado atrás respecto a los cambios imparables en el feminismo, también que se prestaba al vilipendio. Loci era próspera y, cosa lógica, la gente escribía cosas como #mujeresricas y el *hashtag* que, por alguna razón, más irritaba a Faith, #feminismodecanapé.

Entendía las quejas, las entendía de corazón. Loci gastaba mucho dinero en actos y recepciones pensados para seducir a otras empresas e importantes benefactores. La gente se quejaba, y con razón, de que no debería donarse dinero a una fundación respaldada por un multimillonario. Y se suponía que Loci no tenía que buscar financiación externa, se suponía que ShraderCapital cubría todos los costes. Pero eso había cambiado sin que mediara explicación; Emmett había recibido presiones desde dentro.

Así que en aquel momento Loci era un híbrido incómodo. Faith se

había adaptado, hasta cierto punto, al siglo XXI, pero lo que mejor sabía hacer lo había aprendido al principio del todo. El principio había sido el momento de la verdad, la cantera, la raíz.

A pesar de los ataques en Twitter y en otros sitios, las cumbres iban muy bien y los del piso de arriba habían empezado a intervenir más y a conducir estudios y grupos de trabajo. Como resultado de sus aportaciones, la fundación había empezado a incorporar a más gente famosa; Lincoln se había dado cuenta, lo mismo que la mayoría del público. La superficialidad se había infiltrado. Gran parte de lo que se hacía en los actos era frívolo, Faith lo sabía. Eso casi nunca ocurría al principio.

Parte del equipo parecía desmotivado. Meses antes, igual que un médico que pasa visita, Faith había hecho pesquisas y había comprobado que los ánimos estaban peligrosamente bajos. Cuando entró en el cubículo de Greer Kadetsky, que llevaba en Loci casi desde su creación, le sorprendió encontrarla con la cabeza apoyada en la mesa, dormitando a las once de la mañana. Greer estaba por lo general centrada y alerta, aunque ya no siempre era así. Últimamente se la veía cuchichear con los demás, descontenta con los memorandos que llegaban del piso de arriba. Faith había estado intentando simular que los cambios ocurridos en Loci estaban lejos del punto de no retorno, pero no lo estaba logrando, y además sabía que no debía.

–Buenos días, dormilona –dijo en voz baja recordando que así era como despertaba a Lincoln para ir al colegio cuando no oía el despertador. Entonces sus palabras escondían irritación, y ahora también, y Greer se avergonzó.

–Lo siento mucho, Faith. –Enseguida se enderezó y se llevó una mano a la cara como para alisársela.

–Durmiendo en el trabajo, no es propio de ti. ¿Tan mal están las cosas aquí? –preguntó Faith–. Puede que sí –añadió. Y, a continuación–: Sírvete un café y ven a charlar conmigo en mi despacho, Greer.

Sentada en el sofá blanco y parpadeando en una franja de luz, Greer dijo:

–Esta mañana no tenía demasiado que hacer. Por lo menos nada que requiriera atención inmediata. Así se ha vuelto mi trabajo; tengo la sensación de trabajar en una gran empresa. Ahora que tenemos que recaudar fondos, el dinero se ha vuelto importantísimo. Pensaba que ShraderCapital lo financiaba todo. Echo de menos cómo eran las cosas antes. Cuando éramos más pequeños. Echo de menos escribir discursos para aquellas comidas de prensa.

–Lo hacías estupendamente. Siento que las eliminaran. No fue decisión mía.

–Y también echo de menos a las mujeres que venían aquí y sentarme con ellas y una grabadora y conocerlas, ver lo que estábamos haciendo. Lo

veía; lo tenía delante. La vida de otra persona.

–Como sabes, estoy de acuerdo con todo lo que dices.

–No estoy segura de que estemos construyendo nada –dijo Greer–. Me gustaría creer que sí –se apresuró a añadir–. Es difícil cuantificar el trabajo que hicimos. No tenemos un producto. Y sé que, desde el punto de vista económico, ahora somos todo un éxito y que cuando empezamos no. Pero tengo la sensación de que nos hemos estancado. Por lo menos yo.

Faith solo tuvo que pinchar un poco y Greer le contó todo lo que sentía; siempre había sido de esa forma y no había cambiado, aunque ahora se expresaba sin tanta vacilación. Al igual que los demás –al menos los que llevaban en Loci desde el principio–, a Greer Kadetsky le desagradaba el relumbrón, el hecho de no ayudar a nadie de forma directa. Greer seguía escribiendo mucho –era una escritora potente, en opinión de Faith–, pero siempre para el boletín o para la memoria anual, lo que sin duda contribuía a esa sensación de trabajar para una gran corporación.

–¿Y cuándo fue la última vez que hicimos un proyecto especial? –insistió Greer–. Nos daban mucha energía a todos, porque veíamos resultados en tiempo real. ¿Dónde va nuestro dinero exactamente? Sé que Emmett financió la fundación para que pudiera hacer cosas grandes. Para que fuera algo distinto de tu experiencia en *Bloomer*. Pero lo que yo entiendo por grande es tener una influencia real, ¿o no? Dime que me calle si quieres, Faith, pero a veces creo que lo único que generamos es autosatisfacción. No me refiero a ti en concreto. Ni a nosotros, sino a las actividades que organizamos. Estos días no tengo la sensación de estar haciendo algo que merezca la pena. Quizá cambie, pero no lo sé. Así que me quedo dormida. Lo siento –añadió.

–Te entiendo –dijo Faith–. De verdad que te entiendo. –Y porque todavía no se le ocurría nada que contestar, le puso una mano en el hombro a Greer Kadetsky y dijo–: Déjame que vea cómo puedo solucionarlo.

–Dese la vuelta, señora –dijo una voz, y Faith, absorta por completo en sus recuerdos, emitió un gruñido y lo abandonó todo para regresar al presente. Necesitó un segundo para acordarse de cuál era el presente. Lo primero que notó fue el olor a aceite infantil. Luego la versión solo para cuerda de «You Don't Bring me Flowers». A continuación fue consciente de que tenía la cara aplastada contra una cabecera de vinilo de la que se había resbalado la toalla. El masaje la había sumido en un letargo.

Se tumbó de espaldas como le habían pedido y un pecho escapó por un breve instante de la protección de la toalla. Abrió los ojos y miró con atención la cara de su masajista. La sorprendió lo joven que era. Casi una niña. Quizá era una niña. Quizá aquello era explotación infantil. Por Dios. De inmediato notó que se le contraían todos los músculos y su estado de

ensoñación aturdida se calcificó.

–¿Puedo preguntarte cuántos años tienes? –dijo con voz serena.

La mujer la miró.

–No soy una niña –dijo–. Tengo dos hijos. Me mantengo joven trabajando duro.

Rió sin ganas, como si le hubieran hecho esa pregunta muchas veces.

–¿Te gusta trabajar aquí? –insistió Faith, pero la mujer no contestó.

Era un tema que le preocupaba. El día después de que Greer Kadetsky se quedara dormida en el trabajo y le hablara de su insatisfacción, Faith había convocado una reunión en la sala de juntas que acabó durando dos horas, como los grupos de autoconciencia feminista del pasado. Faith había escuchado mientras un empleado detrás del otro le expresaba sus preocupaciones: las cumbres eran elitistas, tenían la sensación de cultivar un feminismo «que te hace sentir bien». «Tal y como yo entiendo, el feminismo debe hacerte "sentir mal" –dijo una de las nuevas incorporaciones, una experta en informática muy inteligente y transexual llamada Kara–. Pero ahora mismo importa más cómo nos hacen sentir nuestras acciones que sus efectos reales.» Aquel fue el mensaje general, expresado de maneras distintas.

Alguien dijo que echaba de menos los proyectos especiales y todos estuvieron de acuerdo. Sí, los proyectos especiales, que tenían resultados inmediatos. Faith supo que otro proyecto especial podría servir para recordar a todos lo que hacían allí. Más tarde subió a ver a Emmett. No podía contarle lo descontentos que estaban todos en el piso de abajo, eso le parecía arriesgado. Le preocupaba que alguien en ShraderCapital dijera: «Si no están contentos, se cierra y punto». Así que dijo que tenía una buena idea para un proyecto especial. «Hace ya tiempo del último», le dijo sin vehemencia, pero llena de esperanza. Acto seguido le explicó lo que tenía en mente. Llevaba años leyendo informes sobre tráfico de personas, un problema respecto al que se sentía impotente. Loci había organizado conferencias al respecto, pero Faith creía que era el momento de hacer algo más.

Iffat Khan, que ahora era investigadora y no asistente de Faith, le había pasado a esta material sobre la provincia ecuatoriana de Cotopaxi, donde se engañaba a jóvenes –niñas en muchos casos– para que dejaran sus hogares y fueran a Guayaquil, donde terminaban de prostitutas. Sin duda era una situación de emergencia. «Si lográramos salvar a algunas, arrojaríamos luz sobre el problema en general –dijo Faith–. Igual otras empresas y oenegés se suman a la ayuda. Sería una misión de rescate a largo plazo.» Shrader pareció sombrío y escéptico, así que Faith le expuso el resto de la idea.

–Había pensado que, después de rescatarlas, podríamos poner a estas chicas en contacto con mentoras. Mujeres mayores que les enseñaran

destrezas útiles. A leer, antes de nada, si hace falta. Y a usar un ordenador. Además de un oficio. Textil quizá. Podrían aprender a tejer y, con el tiempo… montar una cooperativa textil. Una cooperativa textil de mujeres. –Faith se estaba entusiasmando con su idea y pronunció las últimas cuatro palabras poniendo énfasis en cada una de ellas, pero Emmett se limitó a mirarla, poco convencido–. Y luego podríamos traer a una de las chicas aquí a hablar. ¿Qué te parece?

–¿Cómo? ¿Traerla aquí?

–Claro. ¿Por qué no?

Emmett pareció algo más interesado y ladeó la cabeza de derecha a izquierda, pensando. Prometió comentarlo con las personas pertinentes y, en junio de 2013, le llegó a Faith un memorando del piso superior diciendo que el proyecto se ponía en marcha. Estaba muy ilusionada. El concepto de mentoría seguía siendo entonces muy popular, todo el mundo hablaba de él y la idea fue sorprendentemente bien recibida. Alguien de ShraderCapital tenía un contacto en Quito. Alejandra Sosa fue descrita como una líder dinámica implicada en derechos civiles de los países en desarrollo; su currículo estaba salpicado de acrónimos, los nombres de las oenegés de las que había sido asesora. Todas esas letras mayúsculas, reunidas en una hoja de papel, eran como un cortafuego, o un código que solo los muy inteligentes eran capaces de descifrar.

Se organizó a toda prisa una sesión por Skype. Miembros de los equipos de ShraderCapital y de Loci se reunieron alrededor de la mesa de juntas maciza como una roca del piso veintisiete delante de la imagen proyectada de un grupo de mujeres en una modesta oficina de Quito.

–¡Faith Frank! –dijo Alejandra Sosa–. Es un gran honor. Ha sido usted muy importante para mí como mujer.

Sosa tenía cuarenta años, estaba segura de sí misma y era sexi. A Faith le gustó enseguida. Charlaron de forma distendida sobre su misión conjunta. Alejandra Sosa conocía a mujeres cualificadas a las que se podía contratar para trabajar con las cien jóvenes, una vez estas fueran rescatadas y hospedadas. Para que pudieran convertirse en sus mentoras, ShraderCapital pondría la financiación y la agencia que supervisaba Alejandra en Quito se ocuparía de distribuir el dinero y de organizar el programa. Se mostró muy confiada y al final dijo:

–Es gratificante trabajar con usted, Faith Frank. Es usted una fuerza del bien.

Faith le había dicho a Emmett y a su equipo: «Me ha gustado muchísimo, pero hay que investigarla, claro. Ya sabéis que en las ayudas al desarrollo hay mucho fraude cuando no hay supervisión. No queremos vernos envueltos en algo así».

«Claro, haz lo que consideres», había dicho el director general, y uno de sus ayudantes en segundo plano añadió: «Tranquila». El equipo de

investigación de la planta veintiséis descubrió que Sosa tenía un historial de buenos resultados. El secretario de la junta ejecutiva de UNICEF le había escrito una carta de recomendación efusiva, lacrimógena casi. Luego, un par de semanas después, supieron que la modesta misión había ido bien, y que cien mujeres jóvenes y traumatizadas habían sido puestas en contacto con mujeres mayores. A las jóvenes se les ofreció alojamiento provisional en un edificio de apartamentos en Quito donde recuperarse de su calvario y aprender un oficio, gracias al cual podrían ganar un sueldo y empezar una nueva vida. Faith había propuesto que, antes de que terminara el año, se trajera a una de las jóvenes rescatadas para que dijera unas palabras después de la conferencia plenaria de la cumbre sobre mentorías que se celebraría en Los Ángeles.

Faith ya había empezado a trabajar en la conferencia, pero ahora, bien entrado el mes de octubre, tumbada en aquella camilla con una toalla encima y mientras le presionaban y estiraban el cuerpo con suavidad, pensó: «Debería darle la conferencia a Greer Kadetsky. Dejar no solo que la escriba, sino que la dé». Greer era proactiva, lista y entusiasta. Sabía escuchar y hacer que las personas se abrieran; se sentían comprendidas y confiaban en ella. Bastaba recordar los discursos tan estupendos que había escrito para los almuerzos con la prensa. Además, Greer estaba a punto de madurar como persona, y algo así la ayudaría. Escribiría dos discursos, uno para la joven ecuatoriana y otro para ella. En su discurso por fin podría hablar como Greer Kadetsky.

Faith sabía que Greer había alcanzado ese período de estancamiento que puede sobrevenir después de varios años en un mismo trabajo. Necesitaba una prueba de que su esfuerzo servía para algo, no solo la nebulosa esperanza de que así fuera. De lo contrario seguiría desanimada y hasta era posible que se marchara.

¿Y si se iban todos?, pensó Faith. Claro que siempre habría alguien dispuesto a ocupar su sitio; de vez en cuando, alguien dejaba Loci. Helen Brand lo había hecho el mes anterior para trabajar en la sección nacional del *Washington Post*. Nadie era insustituible y, sin embargo, Faith siempre experimentaba una punzada, una suerte de breve duelo cuando alguien se iba, y un pequeño sobresalto –casi un aumento del ritmo respiratorio– cuando venía alguien nuevo.

«Dale la conferencia a Greer», se dijo. Recordó una conversación concreta que habían tenido muy en los comienzos. Greer la había llamado por teléfono, llorando, y le había dicho que había ocurrido una tragedia y que no podría estar en la primera cumbre, para la que todos habían trabajado día y noche. Había muerto un niño, se dijo Faith; ¿el hermano del novio de Greer? Pero hacía tanto tiempo que no recordaba los detalles. Solo la voz de Greer al teléfono diciendo: «¿Faith?», y a continuación el llanto y que ella, Faith, se había puesto automáticamente a consolarla. En

cuanto colgó empezó a hacer llamadas, dando algún grito que otro, para encontrar a alguien que cubriera su ausencia. En eso consistía llevar una fundación. Consolabas, corrías y a veces gritabas.

Y entonces un día, algún tiempo después, Faith había oído a Greer hablar con alguien por el móvil con voz suplicante. *S*e había acercado, preocupada, y le había preguntado si estaba bien. Greer levantó la vista y dijo que sí con la cabeza, pero su aspecto sugería lo contrario. Aquella tarde Greer se había presentado a la puerta del despacho de Faith –era algo normal; todas las mujeres jóvenes terminaban a la puerta del despacho de Faith tarde o temprano–, había entrado, se había sentado en el sofá y se lo había contado todo. Su novio del instituto y ella habían roto de mala manera. «No sé qué hacer –había dicho Greer–. Llevábamos juntos muchísimo tiempo y se suponía que iba a ser para siempre.» Entonces se echó a llorar con un llanto impreciso, flemoso, que a Faith le recordó un poco a cuando Lincoln tenía anginas de pequeño.

La había escuchado y, aunque no le había ofrecido ningún remedio, le había dicho a Greer que fuera a hablar con ella siempre que quisiera. «Lo digo en serio», había dicho, y así era, porque Greer era una de las buenas. Había llegado lejos; era estupenda, leal, inteligente, modesta, Faith no podía haber contratado y ascendido a una persona mejor. Pero ahora flaqueaba y había que recordarle por qué llevaba ya cuatro años en Loci. «Dale la conferencia», pensó Faith.

Además Lincoln tenía razón; Faith estaba cansada y desbordada. Tenía setenta y un años y, aunque había quien decía que los setenta eran los nuevos cuarenta, no era verdad. Aquel masaje era algo que necesitaba desesperadamente. Deseó poder quedarse en aquella camilla seis mil minutos, con aquella mujer menuda aporreándole la espalda, colocándole una hilera de piedras calientes que chocaban entre sí a lo largo de la columna y masajeándole el cuello con aceite infantil hasta dejarlo convertido en una cuerda floja más o menos unida a una cabeza que Faith sentía tan ligera como un globo. Estaba harta del ritmo de vida que llevaba y no soportaba la idea de tener que hablar en otra cumbre de Loci tan pronto, no tal y como eran ahora las cumbres.

Se acabaron las videntes. Se acabó la mantequilla de pelícano.

Que Greer lo hiciera esta vez. Sería un ejercicio de simbiosis.

En todo esto pensaba Faith cuando su masajista se colocó al otro extremo de la camilla y empezó a masajearle los pies.

Sue presionó en un punto concreto debajo del dedo gordo y Faith se sobresaltó y a continuación elaboró una lista con dos puntos:

1) Reunirme con Greer para hablar de Los Ángeles. Averiguar si Greer habla español, lo cual sería de ayuda.

2) Animar a Greer Kadetsky en general. Sigue necesitando estímulo. Todos

lo necesitan.

Recordó vagamente su primer encuentro, en el campus de la universidad de Greer. Le había parecido una chica inteligente y llena de sentimientos, pero, sobre todo, dolida con sus padres. A Faith le había recordado lo dolida que había estado ella con sus padres a esa misma edad. Aunque querían a sus hijas, los padres de ambas habían sido un lastre. Faith se había conmovido al ver aquello en Greer y, no sabía muy bien por qué, pero el caso era que le había dado su tarjeta, algo que en ocasiones hacía con mujeres jóvenes sonriéndoles de una manera que esperaba les trasmitiera algo. Y al parecer así había sido, porque años más tarde Greer seguía allí.

Faith, que ya era sin duda una mujer mayor, seguía pensando en su madre y su padre con el corazón encogido de ternura, a pesar de lo injustos que habían sido con ella medio siglo atrás. No habían sabido hacerlo mejor; eran hijos de su tiempo. Casi le daban ganas de llorar, al recordar su dulzura y tantas charadas y a Philip y a ella corriendo por el apartamento de Bensonhurst después de un baño, gritando y oliendo bien para terminar envueltos en una toalla que su madre sostenía igual que un torero su capa. Dejaban sus huellas mojadas por toda la casa, pero se secaban enseguida y no dejaban rastro.

Sus padres habían sido un lastre, y eso la había enfurecido, pero solo durante un tiempo. Su hermano no se había puesto de su lado y al principio Faith le había guardado rencor por ello, y después, cuando dejó de hacerlo, la vida se había interpuesto… La vida de Faith, tan distinta de la de su hermano. Al final, era casi como si no fueran hermanos, mucho menos gemelos. Faith se hizo el propósito de ser ella quien lo llamara a él por su próximo cumpleaños, que sería al cabo de unos meses, y no al revés. «Adelántate; sé tú la que llame y pregúntale si Sydney y él tienen planes de viajar pronto a la costa este.» «Me encantaría que vinierais –diría–. Hasta podríamos jugar a las charadas. Así que empieza a practicar.»

De pronto las manos que la masajeaban empezaron a darle golpecitos, a desplazarse con vehemencia por esos viejos huesos que habían estado en todas partes y que quizá estaban empezando a debilitarse.

–¡Lista! –exclamó Sue la masajista, y con sus fuertes manos le dio a Faith unas palmadas que resonaron triunfales.

Nueve

La tarde del discurso en la cumbre del programa de mentoría en Los Ángeles era muy calurosa, a pesar de ser primeros de diciembre. Los Ángeles era todo calor, esmog y ruido, pero nada de ello se notaba ni comentaba en el interior del centro cultural, un ecosistema independiente. El calor, el esmog y el ruido habían sido reemplazados por un velo sutil de perfume y una inefable sensación de frescura. Tampoco había largas y agotadoras colas, porque estaban abiertos todos los cuartos de baño, incluidos los de hombres. Las mujeres entraban felices. «¿Me he muerto y estoy en el cielo?», le preguntó una a otra frente a los secadores de manos, que parecían zumbar de manera más grata que de costumbre.

En el vestíbulo circulaban bebidas y canapés; esbeltos Bellinis y tartares de atún con apariencia de piedras preciosas embadurnadas con gelatina de yuzu. Había un discreto puesto de manicura donde las mujeres se sentaban con los dedos extendidos; otras daban el pecho aquí y allí y a nadie parecía extrañarle. La vidente feminista ejercía su influjo en un rincón. Las mujeres congregadas eran ricas y progresistas, creían en la igualdad, daban dinero a candidatos de izquierda o de centro izquierda y compraban entradas para actos como aquel para ver de cerca al panel de oradoras, que incluía actrices y directoras de cine. El público iba bien vestido; un mar de tonos pastel y algún que otro negro básico porque, aunque aquello era California, las raíces neoyorquinas eran profundas. Había clavículas al aire, joyería discreta y las conversaciones se hacían en voces de preocupación intercaladas con algún grito de esos que pueden oírse en un restaurante cuando hay un grupo grande de mujeres a una mesa. Todos los presentes conocían aquel grito, que señalaba la felicidad de las mujeres en compañía de otras mujeres.

Greer Kadetsky y Lupe Izurieta observaban juntas la escena. Habían volado desde Nueva York la mañana siguiente a la llegada de Lupe de Ecuador. Lupe, bonita, veintipocos años, vestido amarillo, estaba agotada del largo viaje y abrumada por lo numeroso del público. Greer le dijo: «¿Te apetece comer algo?», contenta de poder practicar el español que había estudiado en el instituto en Macopee, y la condujo hasta una de las mesas de bufé largas como una pasarela, pero aquella comida debió de parecerle extraña a la joven ecuatoriana. A Greer también. Era comida lujosa, recargada.

«No», dijo Lupe con la voz más suave del mundo, que le recordó a Greer a la voz que tenía ella cuando todo empezó. No es que ahora hablara más alto, pero era una persona distinta.

Uno de los técnicos las localizó y dijo:

–Tenemos que poneros ya los micros. Empezamos dentro de quince minutos. –Ya en los camerinos, antes de la charla, el técnico sacó unos equipos y dijo–: ¿Por quién empiezo?

Greer trató de explicarle a Lupe lo que iba a ocurrir. Antes de que le diera tiempo a terminar, el técnico había metido una mano por el cuello del vestido de Lupe para sujetarle un micrófono. Esta se puso tensa y dio un respingo. «No pasa nada», dijo Greer, aunque sabía que Lupe no pensaba igual, porque el técnico había ido demasiado deprisa. Entonces retiró la mano y Lupe respiró aliviada. Era la persona más asustada que había visto Greer en su vida, y no había abierto la boca durante el vuelo de Nueva York a Los Ángeles. Era de suponer que habría hecho lo mismo durante el larguísimo vuelo de Quito a Nueva York, su primer viaje en avión.

–¿Estás bien? –le preguntó ahora Greer.

–Estoy bien –dijo Lupe, pero no lo parecía.

Greer tampoco se sentía demasiado bien. No había querido dar aquel discurso. Cuando Faith se lo ofreció en octubre había pensado que bromeaba. «Ven a mi despacho», había dicho Faith, y Greer había entrado en la habitación blanca y había mirado las paredes que se habían ido recubriendo poco a poco de fotografías de chicas y mujeres.

–Greer –dijo Faith–, ha llegado tu momento.

Faith le dijo que quería que viajara a Los Ángeles y subiera al escenario con una de las jóvenes de Ecuador, para presentarla, que le escribiera un discurso y que también escribiera y diera el discurso plenario sobre el programa de mentorías.

–No puedo –dijo Greer, atónita.

–¿Por qué no?

–Yo no doy discursos. Los escribo para otras personas. O al menos lo hacía. Discursos cortos.

–Toda persona que da un discurso ha sido en algún momento alguien que no los daba. ¿Cuántos años tienes ya? ¿Veinticinco?

–Veintiséis.

–Bueno. Pues ya es hora.

Greer se preguntó por qué le cedía Faith aquella aparición pública. Recordó algo que había dicho Faith al equipo en los comienzos: «Los hombres dan a las mujeres el poder que no quieren ellos». Se refería al poder de llevar una casa, de ocuparse de los hijos, de los amigos y de los profesores de estos, de tomar todas las decisiones de ámbito doméstico. Así que quizá Faith, igual que esos hombres, le estaba dando a Greer algo que no le apetecía demasiado hacer. Quizá no estaba interesada en dar ese discurso y por eso se lo ofrecía a ella, le entregaba el poder para librarse de él. Entonces Greer la vio mirar de reojo su reloj minimalista de mesa

igual que un psicoterapeuta que se dispone a dar por terminada una sesión. Greer estaba abusando del tiempo de Faith. ¿Por qué no había dicho que sí sin más?

–Vale, estupendo. Lo haré –dijo con vivacidad forzada–. ¡Qué horror! –añadió, llevándose un dedo a la sien como si fuera una pistola y tratando de reír.

El momento malo había pasado. Lo único que había que hacer para que un momento malo pasara era consentir. Esto servía en cualquier parte del mundo, aunque gran parte del trabajo de Loci se centrara precisamente en no consentir. Greer se levantó para marcharse y Faith la miró y dijo:

–Saldrá bien, te lo prometo.

Greer había entrado en aquel despacho durante esos años para algo que no tuviera que ver con el trabajo alrededor de una docena de veces, bien porque Faith había visto que le pasaba algo y la había convocado, bien porque Greer se había sentido libre de hacerlo. Faith la había animado a ir a hablar con ella siempre que quisiera. Meses después de contarle sus problemas con Cory, Greer había entrado a verla a la vuelta de un fin de semana en Macopee durante el cual Cory había roto con ella. «Te quiero y siempre te querré –le había dicho con la rigidez de un niño en una función escolar–, y de verdad que no quiero hacerte daño. Pero no puedo seguir contigo.»

Faith la consoló y le dijo que lo mejor que podía hacer uno en los momentos difíciles de la vida era trabajar. «El trabajo ayuda –le había dicho–. Sobre todo cuando estás sufriendo. Sigue escribiendo esos discursos para esas mujeres. Te servirán para salir de tu cabeza y meterte en la de ellas. Te dará perspectiva. Y, siempre que necesites hablar conmigo, dímelo.»

Aquello había ocurrido tres años y medio atrás. Desde que habían roto, Greer y Cory hablaban cada vez menos y Greer ahora solo tenía contacto con él cuando iba a Macopee a ver a sus padres. Con cada año que transcurría desde su ruptura, y a medida que se distanciaban más el uno del otro, Greer veía a Cory de manera cada vez más objetiva: un hombre adulto alto y flaco que vivía en casa de su madre con un sofá con funda de plástico, videojuegos y una tortuga. La sensación que experimentaba cada vez que lo veía –¡a él!– viviendo de esa manera y transformado en una persona tan nueva y distinta era tan intensa como el brote de una enfermedad crónica.

Desde la ruptura Greer había tenido relaciones y rollos esporádicos que en su mayoría habían sido agradables y, en una o dos ocasiones, atroces. A veces quedaba con alguien para tomar una copa después del trabajo en uno de esos bares donde toda la clientela era joven y trabajaba para *startups* progresistas o para páginas webs culturales con nombres como Compost. A sus veintiséis años, Greer había desarrollado por fin un *look*

definitivo. El mechón color azul había desaparecido unos años antes y lo habían reemplazado unas mechas, pero conservaba ese aire empollón, ávido y a veces sexi que ahora resultaba de lo más estiloso. Las gafas de montura gruesa estaban de moda. Ella las usaba, y vestía a menudo minifaldas con medias de colores vivos y botines negros, ya fuera para ir a trabajar, para un acto de Loci o para tomar copas con un grupo de amigos por la noche.

En ocasiones el grupo se reunía en el Skillet, un antiguo barco de fiestas amarrado en el Hudson, en el Downtown. La superficie se movía bajo sus pies mientras bebía, gritaba y coqueteaba. Todos los hombres a los que conocía parecían haberse «graduado en Wesleyan hace unos años». Sus camas siempre estaban sin hacer, o mal hechas, cuando Greer se acostaba en ellas. Nadie tenía ni tiempo ni ganas de cuidarse, y no estaba claro cuándo empezarían a hacerlo.

Dos meses antes de la cumbre de Los Ángeles, a bordo del Skillet, su compañero de trabajo Ben Prochauner se había abierto a Greer como si fuera una flor obstinada. Se acercó mucho a ella –tanto como se había acercado en otro tiempo a Marcella Boxman, que había dejado Loci hacía tiempo por un puesto de profesora investigadora de Innovación Social en Cambridge– y le habló con apremio:

–¿Alguna vez piensas en mí así? –le preguntó.

–¿Así cómo?

Greer dio un paso atrás y lo miró. Llevaban mucho tiempo trabajando juntos. En los primeros años había coqueteado con ella, pero siempre le había parecido poco más que un acto reflejo. Ahora, sin previo aviso, le estaba tirando los tejos en serio. Su cara tenía el optimismo reluciente de una moneda encontrada por casualidad. Aquella noche Greer se acostó con él en el futón de su estudio en Fort Greene. Fue un rollo inesperado, de esos que ambas partes sospechan que recordarán un día con un afecto impreciso y sentimental, pasando por alto la tristeza que los condujo a él.

Cuando le llegó el momento de subir al escenario en Los Ángeles, Greer lo hizo con un micrófono de solapa, temblando y mirando a todos lados en la oscuridad igual que una carpa a la que acaban de cambiar de su pecera a otra acechada por mil mujeres invisibles. Cerca de ella esperaba, paciente, el intérprete de lenguaje de signos. La sala estaba en silencio, a excepción de la ocasional tos de rigor y femenina, seguida del ruido de escarbar en un bolso en busca de un caramelo, cuyo envoltorio se abría en una rápida secuencia de susurros.

–Por favor, perdónenme si parezco un poco asustada ahora mismo –empezó Greer–. Los discursos que doy suelen ser imaginarios. –Hubo risas cálidas–: No estaría aquí hoy –dijo– de no ser por Faith Frank. –Aplausos–. Es la mejor y ha querido que hablara hoy en su lugar. Estoy segura de que

preferirían oírla a ella, pero les he tocado yo. ¡En fin! Faith Frank me contrató cuando yo no tenía aún currículo. Me tomó bajo su protección, me enseñó cosas y, sobre todo, me dio permiso. Creo que es lo que hacen las personas que nos cambian la vida. Nos dan permiso para ser esa persona que queremos ser en secreto, pero que posiblemente no nos sintamos autorizados a ser.

»Es probable que muchas de quienes están hoy en esta habitación (¿se puede llamar habitación a esto? Más bien parece una masa continental) tuvieran alguien así, ¿me equivoco? –Hubo murmullos afirmativos–. Alguien que les dio permiso. Alguien que las vio y las escuchó. Escuchó su voz. Somos muy afortunadas de haber tenido algo así.

A continuación, Greer presentó a Lupe y habló de sus dificultades y de su valentía y de lo orgullosos que se sentían en Loci de haberla ayudado a ella y al resto de las mujeres.

–Para empezar de cero después de una experiencia traumática –dijo Greer–, Lupe ha contado con una mentora. Una mujer de su mismo país que le está enseñando todo lo que sabe.

Lupe salió al escenario y ocupó su lugar al lado de Greer. Sacó un papelito doblado en el que estaba escrita la versión en español de lo que le había escrito Greer. Lupe alisó el papel y soltó una risita encantadora; el público, en respuesta, se mostró cálido y comprensivo.

Por fin Lupe empezó a leer, despacio y con atención. A continuación, Greer leyó lo mismo en inglés.

–Hablo en mi nombre y en el de las demás que vivimos aquella mala experiencia en Ecuador. Dejamos nuestros hogares por algo que no resultó ser lo que nos habían dicho. Teníamos miedo. No nos permitían marcharnos.

Se fueron alternando para contar el emotivo relato de cómo Lupe había llevado una vida dura que no daba la impresión de ir a cambiar nunca. Lupe parecía tan asustada y triste mientras recordaba lo vivido que Greer se sintió igual, algo que le había ocurrido cuando escribía aquellos discursos para las comidas de prensa. En un gesto instintivo, le cogió la mano a Lupe igual que Faith se la había cogido a ella. En su español de instituto le susurró que se tomara su tiempo y no se preocupara por nada. El público podía esperar. No se iría a ninguna parte. Así que Lupe se tomó su tiempo y por fin, juntas, hablando por turnos, llegaron a la parte en que las mujeres habían sido rescatadas, sacadas del barrio de Guayaquil donde las habían obligado a vivir. Después, una vez Lupe estuvo aclimatada, una mujer mayor la visitó y la invitó a aprender nuevas destrezas. Lupe había accedido a acompañarla; juntas habían ido a un edificio donde había ordenadores y personas que enseñaban inglés. «Estoy aprendiendo», dijo en inglés, y el público aplaudió. En el edificio había también una habitación con maquinaria textil. Lupe había aprendido a usar un telar y

también a hacer calceta. Su mentora se había sentado con ella en un rincón junto a la ventana y le había enseñado distintos tipos de punto. «Se me da bien. Más adelante –dijo Lupe–, queremos montar una cooperativa textil de mujeres.» Su breve testimonio había terminado. Lupe lo había conseguido. Greer la abrazó y empezaron los aplausos.

Más tarde Greer sabría que varias mujeres habían grabado el discurso con sus iPhones. Si algo te enseñaba el siglo XXI era que tus palabras pertenecían a todos, aunque en realidad no fuera así. El momento no había sido tan especial, pero para las personas de aquella sala sí. «Tenías que haber estado allí», era probable que se dijeran unas mujeres a otras después de enseñarles el vídeo. Un momento emotivo entre dos mujeres subidas a un escenario durante una cumbre feminista no era algo extraordinario. No se hizo viral, a diferencia del discurso que daría más tarde ese mismo día la estrella de cine de acción. En ese las mujeres de la cumbre se pusieron de pie al principio y al final para ovacionar a la heroína australiana de *Gravitus 2: El despertar,* que se había convertido en un taquillazo. En una ya estúpidamente famosa escena de la película, su personaje, Lake Stratton, le decía a una banda de supervillanos del mundo corporativo y a sus sicarios después de que se burlaran de ella por ser mujer: «Es cierto: no tengo pelotas. –Puñetazo–. Pero he cogido prestadas dos». Y en ese momento dos gigantescas bolas de demolición atravesaban la ventana del rascacielos donde se desarrollaba el enfrentamiento y liquidaban a los malos.

Lo que importaba de la película no era su contenido, que era pueril. Daba la impresión de que, para que una mujer viviera un gran momento cultural, ayudaba que no tuviera un nombre demasiado femenino y fuera guapa, pechugona y violenta. Lo que de verdad importaba era que la película había recaudado 335 millones de dólares y por tanto era posible que en el futuro los estudios hicieran más filmes protagonizados por mujeres.

El momento que vivió Greer en el escenario con Lupe no fue así. Fue algo más modesto y fugaz, pero el aplauso se prolongó mucho rato. Más tarde, en el vestíbulo, se formó alrededor de las dos un corro de mujeres que las cercó con entusiasmo y preguntas.

–Me ha encantado lo que has dicho sobre que hay personas que nos dan permiso –le dijo una mujer a Greer–. Sé a lo que te refieres, porque a mí me ha pasado.

En un momento determinado, una mujer se acercó a Lupe y sacó algo de un bolso.

–Es para ti –dijo la mujer, y le dio un ovillo de lana blanca y unas agujas de punto de las que colgaba el principio de un jersey o una manta–. Yo también hago punto –le dijo en voz demasiado alta, como si eso fuera a ayudar a Lupe a entenderla–. Pero quiero que lo tengas tú.

Lupe cogió las agujas y la lana, pero Greer no supo qué ocurrió a continuación porque dos olas de mujeres se la llevaron a ella en una dirección y a Lupe en otra.

Una mujer le dijo a Greer:

–La persona que me ayudó no fue una profesora, sino una vecina, la señora Palmieri. A veces, cuando se iba de viaje, le cuidaba el gato. Si estaba en casa, me invitaba a visitarla y hablábamos de cocina. Me dio muchos consejos.

–En mi caso –dijo otra mujer–, fue mi abuelo. Una persona increíble. Artillero de cola en la guerra de Corea.

Cuando se terminó el acto, Greer le dijo a Lupe:

–Has estado fantástica. Les has encantado.

La joven apartó la vista con timidez; ¿se alegraba o le daba vergüenza? Era difícil saberlo. Greer recordó algo que había dicho Faith en su discurso en la capilla de Ryland. Les había dicho que, si hablaban de aquello en lo que creían, no gustarían a todo el mundo, no todo el mundo las querría. «Por si os sirve de consuelo –había dicho Faith–. Yo os quiero.»

¿Sería eso cierto? Sí, pensó Greer, era probable que sí, porque ahora mismo sentía una especie de cariño por Lupe Izurieta. Y la conocía tan poco como Faith había conocido a los que estaban aquella noche en la capilla.

Cuando el edificio se vació, Greer y Lupe volvieron a sus habitaciones de hotel, que estaban unidas por una puerta que al principio no se abría. Greer se tumbó en la cama extragrande y habló por Skype con Ben, que se había quedado en Nueva York. La última semana había dormido dos veces en casa de Greer; mantenían una relación sin ímpetu, pero que constituía un alivio físico. A Greer le gustaba sentir el peso de su cuerpo como una manta con lastre, sus manos y boca capaces y activas.

–Creo que les ha gustado –le dijo.

Ben se acercó más a la pantalla y la cámara lo mostró convexo, como visto por un gran angular, lo que recordó a Greer todas las veces que había hecho Skype con Cory a lo largo de los años: en Princeton, con su desordenada habitación de fondo, y en Filipinas, en plena noche, mientras en Estados Unidos era plena tarde. La cara de Ben en la pantalla seguía sin resultarle familiar, aunque se habían acostado ya bastantes veces.

–Lo habéis hecho muy bien –dijo Ben–. He visto la retransmisión en directo con Faith y un par de personas del piso de arriba –dijo–. A todos nos ha parecido que estabais estupendas. Y el momento con la chica fue muy emotivo.

Un poco más tarde llegó un mensaje de Faith.

¡Lo has clavado! Gracias otra vez.
Eres la mejor.

Un ratito después Greer llamó con suavidad a la puerta que separaba su habitación de la de Lupe. Usó su español de instituto para preguntarle si quería que llamaran un Uber y fueran a Los Ángeles a tomar algo. Hubo un largo silencio. Era posible que Lupe estuviera reaccionando con espanto; que prefiriera estar sola aquella noche.

–También podemos quedarnos aquí –se apresuró a añadir Greer. Entonces se descorrió el cerrojo y las dos se encontraron frente a frente–. Pero deberíamos celebrarlo –dijo–. Has estado genial.

Aquel día Lupe había hecho algo por primera vez en su vida: se había subido a un escenario y había hablado en público.

Lupe asintió con la cabeza, sin sonreír.

–¿Puedo pasar?

–Sí.

Greer entró en la habitación, que apenas parecía ocupada. Una pequeña maleta naranja estaba abierta sobre una mesa y dejaba ver una pequeña colección de prendas de vestir y pertenencias llegadas desde muy lejos. Greer quiso decirle a Lupe que ocupara más espacio, que repartiera sus humildes posesiones por la habitación, que pidiera más y que, al hacerlo, también fuera más. Pero no podías obligar a alguien a algo así, sobre todo después de una vida de pobreza y un año traumático. El mundo le había fallado a Lupe. Ahora las cosas le iban mejor. «No te desanimes», quiso decirle Greer, pero eso habría sido exigir, no escuchar.

Pidieron comida del menú; fue una verdadera tortura. A saber lo que Lupe creía que estaba pidiendo. Luego, cuando llegó el servicio de habitaciones, comieron mientras veían una película de pago sobre la colonización hostil de la galaxia Andrómeda, un argumento tan ajeno a las vidas de las dos que fue igualador, les resultó igual de incomprensible a ambas.

En un momento determinado, Greer sintió que tenía que irse. Lupe parecía tener sueño. ¿Sería capaz de dormir en una cama que no era la suya? ¿Qué opinaba de todo aquello? De habérselo pedido, Greer se habría quedado allí hasta que se durmiera. De pronto Lupe le despertaba instinto protector. Habían estado juntas encima de un escenario y ahora, en cierto modo, le pertenecía.

A la mañana siguiente volaron juntas a Nueva York. En el avión, igual que había hecho en el vuelo a Los Ángeles, Lupe se sentó muy quieta y, era evidente, asustada. Cuando atravesaron una zona de turbulencias Greer la vio santiguarse varias veces. En el suelo, a los pies de Lupe, estaba su bolso y, asomando de él, una cresta de lana blanca y dos agujas de cobre, el regalo espontáneo de la mujer del público. Se suponía que hacer punto

tranquilizaba. Greer señaló la lana, pero Lupe negó con la cabeza y se pasó casi todo el viaje mirando con expresión infeliz el asiento que tenía delante. Un día después volvió a Ecuador.

Greer pasó el fin de semana en casa de Ben, tumbados en el futón abierto, trasteando con sus portátiles respectivos. En ocasiones uno de los dos cerraba la tapa, el otro lo imitaba y los portátiles emitían un sonido resuelto, como de dos portezuelas de coche que se cierran, algo muy habitual en los preliminares del sexo estos días. El domingo por la mañana, mientras Ben aún dormía, Greer se puso a leer los correos electrónicos recibidos durante la noche. Al revisarlos vio uno de Kim Russo, que había trabajado para el director general de ShraderCapital hasta que se cambió, unos meses atrás, a una compañía de energía solar.

> Hola, Greer:
>
> Me gustaría hablar contigo, en privado. ¿Crees que podemos quedar? Es bastante importante. Gracias.
>
> KIM RUSSO

Greer quería preguntarle a Ben de qué podía tratarse, pero su instinto le dijo que no debía. Las dos mujeres se encontraron al día siguiente antes de ir a trabajar en un céntrico café de Brooklyn. En ShraderCapital Kim vestía siempre con el uniforme conservador de la mujer corporativa, pero desde que había cambiado de trabajo su indumentaria era más relajada. Ella en cambio estaba tensa; negó con la cabeza cuando les dejaron un menú gigante plastificado en la mesa y pidió un café solo que bebió a grandes tragos.

–Mira –dijo–. No nos conocemos mucho. Pero siempre me dio la impresión de que te importaba tu trabajo. Verte me daba ganas de trabajar en la planta veintiséis en lugar de en la veintisiete.

–Es un buen sitio –dijo Greer, esperando.

–Pero después de Wharton, ShraderCapital era el trabajo lógico para mí. Me sentí muy halagada cuando me contrataron. –Kim bajó la vista y dio vueltas a su taza–. Vi tu discurso. Me lo mandaron. Estuviste muy bien.

–Gracias.

–Tengo que contarte una cosa.

–Vale.

Kim sujetó la taza con las dos manos y se aseguró de que Greer le prestaba atención.

–El programa de mentoras en Ecuador es una patraña –dijo.

Greer esperó un segundo, por educación, y a continuación dijo:

–Agradezco tu opinión. Sé que existen críticas justificadas para este tipo de intervenciones en otros países. Sé que puede interpretarse como una intromisión de gente rica. Pero este programa no es una patraña. Da una oportunidad a estas mujeres.

–Eso no es lo que te estoy diciendo. Cuando digo que es una patraña me refiero a que no existe.

Greer se limitó a mirarla.

–Eso no es verdad –dijo por fin.

El café zumbaba y repicaba con los ruidos propios de un día laborable. Se dejaban caer menús en las mesas y la puerta de cristal no paraba de abrirse. Alrededor de Greer y de Kim se desarrollaban conversaciones distintas, más corrientes. Había hombres con pelo húmedo de la ducha peinado hacia atrás y chaqueta y corbata; mujeres fragantes, bien peinadas y optimistas y madres todoterreno con carritos de niño bloqueando la puerta.

–Sí lo es –dijo Kim.

–Lo dudo muchísimo.

Kim dijo:

–Podemos seguir así un rato, pero tengo que irme a trabajar y me parece que te interesa saber lo que tengo que decir. Te hicieron subir al escenario con esa chica sabiendo que todo era una mentira. A mí eso me parece inaceptable.

Greer no conseguía asimilar lo que decía Kim porque no tenía ni pies ni cabeza y porque no sabía qué hacer con ello. Era como si un perro le hubiera llevado un regalo del mundo salvaje: un pájaro muerto, ensangrentado y grotesco y aún caliente, y lo estuviera depositando a sus pies.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó por fin.

–Estuve en las reuniones del piso de arriba hace meses, cuando lo planearon todo.

–Pero es absurdo –dijo Greer consciente de que la voz se le apagaba un poco, como si se desintonizara.

–Puede, pero es verdad. Me sentó muy mal cómo lo gestionaron en su momento, pero cuando me marché de ShraderCapital lo olvidé. Y entonces ayer vi tu vídeo de Los Ángeles. Te mandaron allí, Greer, y arrastraron también a esa chica. Les dio igual que no fuera verdad.

–¿Qué no es verdad exactamente? –consiguió decir Greer–. ¿Todo el proyecto?

–El rescate fue real. Parece ser que el grupo de seguridad fue y salvó a esas chicas.

–Bueno, menos mal. Es un alivio.

–Pero lo de las mentorías no se hizo. Solo lo fingieron.

–Pero ¿por qué iban a hacer una cosa así?

–Alguien la cagó –dijo Kim–. El contacto que tenían en Ecuador.

–Alejandra Sosa.

–No, ella no. La otra. Pensaba que lo sabías.

–¿Cómo que la otra? Solo la contratamos a ella. Faith nos hizo

investigarla. A fondo.

Kim negó con la cabeza.

–Sosa estaba bien. Estoy de acuerdo en que habría hecho el trabajo. Pero hubo un cambio. La esposa del director general conocía a una mujer de aquella región de Ecuador que le gustaba. Así que lo consultó con el marido, este lo consultó con Shrader y Shrader dijo vale, por qué no. Así que apartaron a Alejandra Sosa del proyecto y supongo que nadie se lo dijo a Faith. El caso es que la persona nueva fue un desastre. No encontró mentoras. El edificio que alquilamos no se usó. Han estado viviendo en él unos okupas. La mujer del director general se quedó abochornada cuando se lo contamos y todo el mundo quería olvidarse del asunto porque apestaba. Nadie quería hablar de ello.

–¿No se puede demandar a esta persona?

–Es demasiado tarde para eso. Además, ese no es el verdadero problema. Me parece que no lo estás entendiendo. Como sabes, imprimimos un montón de folletos pidiendo donaciones para financiar el programa de mentorías. Empezó a llegar dinero y es posible que lo siga haciendo. Y cuando ShraderCapital descubrió la verdad, ni cerró el fondo ni hizo una declaración pública ni devolvió el dinero. Decidieron que eso sería un desastre para su imagen. Así que dejaron que la cosa siguiera adelante, lo que, como sabes, es ilegal. Y por supuesto el nombre de Loci sale bien claro en el folleto.

Greer cerró los ojos; fue lo único que se le ocurrió hacer. Pensó en Faith, y en Emmett y en una cuenta bancaria llenándose de dinero, y en un artículo en la prensa y en todos acusados de fraude en los tribunales. Pensó que iba a enloquecer. Notó opresión en el pecho y le vino a la cabeza un término médico: angina inestable. «No tengo más que veintiséis años», pensó, aunque en aquel momento no le parecieron tan pocos.

–Déjame que te pregunte una cosa –dijo Greer–. Lupe Izurieta, que vino conmigo a Los Ángeles y habló en público. ¿Qué pasa con ella? Accedió a leer aquella declaración en español sobre su mentora, la que le había enseñado todas esas cosas. Informática. A hacer punto.

–Exacto. Accedió –dijo Kim–. Alguien se la escribió.

–La escribí yo –dijo Greer–. Faith me lo pidió.

Pensó en lo asustada que había estado Lupe y en cómo ella había supuesto que se debía a tener que hablar en público de su experiencia traumática. Pero quizá era porque tenía que leer una mentira que le habían dicho que leyera. Greer miró a Kim en busca de algún indicio de locura, de signos de una exempleada resentida loca por castigar a la compañía en la que había trabajado. Pero Kim le sostenía la mirada, esperando a que reaccionara, y entonces Greer recordó algo más. Pensó en Lupe en el avión con el charco de lana blanca y las agujas asomando del bolso, intactas. Entonces había pensado que Lupe querría hacer punto

durante el vuelo para no pasar tanto miedo. Quizá no había tocado la labor porque en realidad no sabía calcetar. Quizá su mentora tampoco hacía punto, porque no existía.

Cuando Greer entró en el despacho de Faith media hora más tarde y le preguntó sin rodeos si podían hablar a solas, la cara de Faith adquirió una expresión que Greer le había visto en distintos momentos a lo largo de los años: empática y solícita. Faith dijo:

–Tengo hora en la peluquería. ¿Por qué no quedamos allí a las doce?

–Vale.

–Pero no lo digas por ahí. Lo que más odio de ir, aparte de la obscena cantidad de dinero que me cuesta, es todo el tiempo que tengo que dedicarle. Si sumara las horas que he pasado en sitios así es probable que me diera para viajar por el mundo. O para hacer algo mucho más importante que estar sentada con una capa de plástico de superhéroe sin poderes. En cualquier caso, podremos hablar. Más tarde tengo que grabar una entrevista para *Screengrab,* así que necesito estar decente.

Greer encontró a Faith detrás de la mampara reservada a los clientes vip del salón Jeremy Ingersoll de la avenida Madison, un espacio alargado y profundo lleno de flores: las flores atestaban el lugar y emitían un intenso perfume que se peleaba con el de formaldehído de la fórmula del alisado brasileño para crear una brisa tropical que también, al menos para Greer, hacía pensar en muerte y descomposición. Esperó nerviosa mientras el peluquero terminaba de cubrir las mechas con papel de plata que brillaban y salpicaban como envoltorios de chicle el cuero cabelludo de Faith. El peluquero puso el temporizador y las dejó solas.

–Bueno –dijo Faith sonriente pero seria–. Al parecer tenemos exactamente treinta minutos. Cuéntame, Greer. –Era desconcertante lo distinta que estaba Faith con aquella capa y con la cabeza brillante, el cuero cabelludo conectado no a electrodos, sino a un conducto a la juventud y la belleza. Faith pareció reparar en cómo la observaba Greer y añadió–: Sí, ya sé que estoy rara. Pero si me vieras cuando tardo en venir a teñirme, me encontrarías más rara aún. O igual ya me has visto.

–No, no te he visto.

–Bueno, tengo que venir tan a menudo que es casi como ser adicta al *crack,* y Jeremy Ingersoll es mi camello. Si no hiciera esto, tendría el pelo lleno de canas y es un *look* que no me vuelve loca. Y necesito sentirme bien cuando me miro al espejo.

–Por supuesto.

–La vanidad no es barata. Y con los años va costando más. Cuando empezaron a salirme canas me preocupó que, de no hacer algo al respecto, terminaría pareciendo una hechicera. Y no era lo que quería. Quería parecer yo y punto. Algún día entenderás de lo que te hablo. Dentro de

mucho tiempo, pero algún día lo harás.

Miró a Greer en el espejo y esta pensó en lo a menudo que había ansiado momentos de conversación privada con Faith a lo largo de los años. Ahora tenía uno y estaba a punto de echarlo a perder contándole lo que le había dicho Kim Russo. De pronto deseó, en lugar de trasmitir a Faith esa información, poder contarle alguna novedad de ella, de su vida sentimental. Deseó poder confesarle algo vulnerable y real.

–¿De qué querías hablar? –preguntó Faith con amabilidad.

Greer se miró las manos primero y luego el reflejo de Faith en el espejo.

–Esta es la cosa. Al parecer no hay ningún programa de mentorías en Ecuador. –Esperó unos instantes a que Faith asimilara la información–. Nunca lo hubo –siguió–, pero dijimos que lo había y aceptamos dinero de gente y seguimos haciéndolo. Y en Los Ángeles me subí a un escenario y se me llenó la boca hablando de mentoras y escribí una cosa para que la leyera Lupe, cuando todo era mentira. Me lo ha contado una fuente del piso de arriba, Kim Russo, y sé que es verdad.

Faith la miró boquiabierta.

–¿Estás segura?

–¿Sí?

–¿Y el rescate? –preguntó Faith, agitada.

–Eso sí fue real.

–Pues gracias a Dios. Pero ¿el programa de mentorías no? ¿De verdad?

Greer negó con la cabeza. Explicó lo que había ocurrido y por qué parecía ser cierto. Al principio Faith no dijo nada, se limitó a escuchar con la boca en una mueca triste y, por fin, dijo:

–Joder.

–Eso digo yo.

–No me puedo creer lo de ShraderCapital. Bueno, en realidad sí puedo –dijo Faith–. Sé que son aficionados a recortar gastos. Pero aquí se han comido un tramo salarial entero.

A Greer la inundó una oleada química de alivio. Su preocupación cambió y se transformó en casi alegría. Faith no estaba enterada. Greer no lo había creído posible, pero aun así. Además, lo que era más importante, Faith estaba enfadada y Greer con ella. Las dos se sentían furiosas juntas, traicionadas por los del piso de arriba.

–Me han llamado crédula –dijo Faith–. Y ahora lo entiendo. ¿Cómo pude pensar que podía asociarme a personas así sin que pasara nada?

Estuvieron un rato calladas, en la intimidad de su tristeza compartida. Pero entonces Faith apoyó una mano en el tocador y giró su silla para mirar a Greer en persona, no en el espejo. Y dijo:

–Lo que no entiendo es qué pretendías viniendo aquí a darme esa noticia.

Greer parpadeó, de pronto desbordada e indefensa, perpleja. También,

como era de esperar, ruborizada.

–Bueno –dijo con rigidez–. Contarte la verdad.

–Vale. Pues aquí estamos, rodeadas de verdad.

–Hablas como si estuvieras enfadada conmigo –dijo Greer–. No te enfades conmigo, Faith. Esto no es culpa mía. –Faith no contestó y siguió mirándola–. Imagino que ahora tendremos que hacer algo –dijo Greer al cabo de un instante.

–Ahora mismo no hay nada que hacer, Greer.

–Sí lo hay. Podría haberlo.

–¿Por ejemplo?

–Podemos romper con ShraderCapital –probó a decir.

Pero no se había parado a pensarlo y estaba improvisando. Y mientras improvisaba no se le iba de la cabeza la idea de que Faith estaba enfadada con ella. Era absurdo. Tenía que tranquilizar a Faith porque las habían engañado a las dos y Faith tenía que entenderlo. De pronto las imaginó a las dos con un bastón y un hatillo dejando Loci y enfilando una carretera oscura.

–Romper con ellos. Sí, pero eso sería poco inteligente –dijo Faith–. ¿De dónde voy a sacar el dinero para divulgar los problemas de las mujeres de todo el mundo? ¿Me vas a dar tú millones de dólares, Greer?

–No…

–Y no podemos pedírselos a nadie más. –La voz de Faith empezaba a coger velocidad–. Llevo trabajando en esto desde el diluvio universal. Tengo virtudes y también limitaciones, como todo el mundo sabe. Hay otras fundaciones más nuevas con programas más progresistas. Y las admiro. Capaces de conectar con lo que está pasando ahora mismo. Si visitas un campus universitario estos días, más te vale tener cuidado con el uso de pronombres de género. Yo he tratado de incorporar todo lo que he podido para mantenerme al día de lo que está pasando. Y para no quedarnos desfasados. Pero esos sitios no tienen tanto dinero que nosotros, así que lo sacan de donde puede. Luchan por la igualdad a su manera, y yo lo hago a la mía. –Tomó aire–. Tienes que aprovechar lo que se te presenta. Hacer el bien y aceptar dinero no son dos cosas que casen a la perfección, eso es algo que he sabido toda mi vida. El sistema, para funcionar, necesita dinero.

Era una suerte de discurso, se dio cuenta Greer, y una vez lo entendió cobró sentido y decidió que no tenía que decir gran cosa excepto hacer alguna pregunta que otra, rebatir un par de puntos.

–Pero ¿lo aceptas? –preguntó al fin.

–No, no lo acepto sin más. Intento estar todo lo pendiente que puedo, pero siendo consciente de que no puedo controlarlo todo. El fraude del programa de mentorías en Ecuador me repugna. Y me pone furiosa. Pero ¿sabes qué? Sobre todo me deprime. Y me recuerda lo que tienes que hacer

cuando estás intentando cambiar algo en el mundo y tu causa son las mujeres. Porque, si hace cuatro años hubiera dicho: «No, Emmett, me niego a tocar tu dinero», ¿sabes dónde estaríamos ahora mismo? En casa, aprendiendo ikebana.

–Perdón, ¿qué es ikebana?

–El arte japonés de arreglo floral. Eso estaría haciendo yo. En lugar de acercar a miles de personas a la tragedia de las mujeres yazidíes de Irak. O de acoger a mujeres a las que se les negó la posibilidad de abortar después de que sus padres las violaran. Ay, Dios mío, no sé por qué siempre tengo que incluir el detalle de los padres. Debería bastar con decir mujeres a las que se les niega el aborto. Eso es lo importante. Que son sus cuerpos, sus vidas, a pesar de lo que diga esa senadora de Indiana.

»Sé lo que se dice de la fundación. Que las entradas son demasiado caras y que nuestras conferenciantes son en su mayoría blancas y ricas. “Mujeres blancas y ricas”, dicen, lo que me parece insultante. Sabes que siempre estamos intentando ampliar el público y reducir costes. Pero he tenido que rebajar mis expectativas respecto a nuestras actividades y también he tenido que bailarles el agua a los del piso de arriba con sus exigencias. Las ponentes famosas. La comida elegante, esa que le hace tanta gracia a mi hijo. Y la vidente feminista, la señora Andrómeda, con sus predicciones ridículas.

»Pero para conseguir que una fundación para las mujeres despegue de verdad, Greer, porque la mera expresión “fundación para las mujeres” hace que la gente pierda interés, en ocasiones tienes que invitar a una vidente.

–Entonces, si no nos vamos, ¿cuál es la alternativa? –preguntó Greer–. ¿Volver al trabajo y fingir que esto no ha pasado?

Greer pensó en Faith en la capilla de Ryland, en el púlpito, con su pelo oscuro y rizado y sus botas altas grises y sexis, y en sus palabras de aliento a todos los presentes. Y en cómo después la animó a ella de manera especial. Faith la había ayudado y se había interesado por ella, le había proporcionado un trabajo y, durante mucho tiempo, ese trabajo había servido de algo. Un año antes, Beverly Cox, la trabajadora de una fábrica de calzado que había protestado por la desigualdad salarial y el acoso que sufrían ella y sus compañeras, se había acercado corriendo a Greer en una calle del Midtown un día de invierno y le había dicho: «Espera, yo te conozco. Me ayudaste a escribir mi primer discurso. –Se volvió a sus acompañantes, todos ellos de visita desde el norte del estado y envueltos en gruesos abrigos de invierno, y les había dicho–: ¿Os acordáis de que os hablé de ella? –Los amigos asintieron–. Jamás me sentí capaz hablar en público –le dijo Beverly a Greer–. Jamás se me ocurrió que alguien quisiera escucharme. Pero tú lo hiciste. –Y la abrazó y sus amigos sacaron fotografías con sus teléfonos–. Para la posteridad –dijo Beverly, y le dio a Greer el anuncio de un acto sindical en el que iba a hablar en Oneonta, la

semana siguiente.

Faith había empujado a Greer a todo aquello. La relación que había establecido con aquellas mujeres había beneficiado a ambas partes. Pensó en Lupe, pero no con emoción, sino con dolor, y supo que, de encontrarse las dos en la calle, Lupe no se alegraría de verla. Quizá le diría algo en español, algo de lo que Greer no entendería una palabra.

Pero no se encontrarían en la calle. No había ninguna calle. Lupe había vuelto a Ecuador. ¿Qué estaría haciendo? ¿Qué sería de ella? Quizá seguía perdida, sin rumbo. ¿Dónde viviría? ¿A qué dedicaría sus días? Nunca formaría parte de una cooperativa de mujeres, de eso Greer estaba segura.

Y ahora Faith se comportaba como un marciano con gorro de papel de plata y hablaba de quedarse en la fundación bajo el patrocinio de ShraderCapital, una empresa que no tenía empacho en fingirse supervisora de una organización benéfica inexistente de otro continente.

–Quizá seguir trabajando para ShraderCapital no sea ético –dijo Greer levantando un poco más la barbilla.

–¿De verdad crees que el problema son ellos? –dijo Faith–. ¿Te piensas que no hemos tenido que transigir antes? Me he pasado toda mi vida profesional transigiendo. Incluso en la época de *Bloomer*. Hasta que llegó Loci no había tenido acceso a dinero de verdad, así que no lo había vivido a gran escala. Pero es la realidad. Y cualquiera que trabaje por una buena causa te lo dirá. De cada dólar que se dona a la salud de mujeres del mundo en desarrollo, por ejemplo, diez centavos terminan en el bolsillo de alguien corrupto y con otros diez nadie sabe qué pasa. Todo el mundo sabe, desde el principio, que la donación real es de ochenta centavos. Pero lo llaman dólar porque así es como funciona.

–¿Y eso te parece aceptable?

Faith tardó un poco en contestar.

–Procuro siempre sopesar la situación –dijo–. Como con lo de Ecuador. Me avergüenza lo que ha pasado. Pero esas chicas están en libertad y, es de suponer, a salvo. Eso también debo tenerlo en cuenta, ¿no te parece? En eso consiste esta vida. En sopesar.

Greer no había sabido aquello de Faith, como tampoco había sabido que la consideraban crédula. Porque, a pesar de trabajar para ella, nunca le había hecho demasiadas preguntas sobre sí misma. Creía que para eso no tenía permiso; le había parecido fuera de lugar. No le había preguntado, quejumbrosa: «¿En qué consiste esta vida?», a lo que Faith habría contestado: «En sopesar».

–No acabo de creerme que te parezca bien seguir en Loci después de saber lo que han hecho los del piso de arriba –dijo Greer.

–Bueno, tengo setenta y un años, tomo Fosamax para la densidad ósea, o más bien para la falta de ella, y me paso media vida con dolor de cuello a pesar de mi adicción a los masajes chinos baratos o quizá debido a ella.

Es posible que necesite bajar el ritmo, pero lo que no pienso hacer es empezar de cero. Te pedí que dieras ese discurso porque estaba agotada. Tengo que empezar a protegerme, no puedo seguir corriendo de un sitio a otro como cuando tenía tu edad. –Faith se apresuró a añadir–: Pero esa no es la única razón por la que te lo pedí. Te lo merecías. Necesitabas un proyecto importante. Algo real que te recordara por qué habías querido trabajar aquí. –Hizo una pausa–. Y lo hiciste muy bien. –Greer notó ese cosquilleo de satisfacción que le venía con facilidad en presencia de Faith Frank–. Pero lamento de corazón haberte hecho subir al escenario en Los Ángeles, ahora que conozco las circunstancias –dijo Faith.

–Dices que te sientes incapaz de empezar en un sitio nuevo, pero puede haber una opción mejor.

Faith ladeó un poco la cabeza y su cuero cabelludo asomó en una serie de trozos rosa en forma de flecha. El papel de plata hizo un sonido muy leve, como de espumillón.

–No –dijo–. Te lo he dicho, no la hay. Y aunque la hubiera, no pienso ponerme a buscar. Es mi elección –añadió–. Yo decido.

Esto lo dijo pronunciando cada palabra con idéntico énfasis, como si recitara un verso sacado de alguna parte, aunque Greer no tenía ni idea de dónde.

–Pues yo necesito creer en lo que hago –dijo Greer.

–Y espero que sigas creyendo. Ahora que me has contado lo que has descubierto puedes ayudarme a vigilar mejor a los de arriba. Me vendría bien tener una socia en ese cometido. –Faith calló y la miró con atención–. ¿Quieres serlo?

Sin que viniera a cuento, Greer pensó que, de haber un incendio en ese momento en la peluquería, Faith Frank tendría que salir a la calle con el resto de las mujeres y todos la verían con aquel aspecto y se sorprenderían. Faith Frank, la feminista famosa, glamurosa, era en realidad tan canosa, frágil y huesuda como cualquier otra persona, igual de mortal, igual de transigente.

Entonces la asistente de Faith, Deena Mayhew, se asomó a la zona reservada.

–Aquí estás –dijo–. ¿Te falta mucho?

Faith, súbitamente tranquila y normal, como si hubiera estado hablando con Greer de algo sin importancia, miró el temporizador con ojos entrecerrados.

–Por desgracia no veo sin gafas. Greer, ¿puedes?

–Diecisiete minutos –dijo Greer sin entonación.

–Vale, muy bien –dijo Deena–. Entonces luego volvemos a la oficina para que Bonnie pueda prepararte para la grabación.

«Es verdad», pensó Greer. Faith iba a salir en *Screengrab*.

–Tengo varios temas para la entrevista previa –dijo Deena–. Y ahora

mismo nos viene muy bien la visibilidad. Por el programa de mentorías. –Sonrió a Greer y añadió–: La gente sigue entusiasmada con lo de Los Ángeles.

Greer miró a Faith.

–¿Vas a hablar de Ecuador en *Screengrab?*

–Es posible. Entre otras cosas.

–He traído las notas, por si quieres verlas –dijo Deena. Y, a continuación, de nuevo a Greer–: Perdona, pero ¿me prestas a Faith un segundo? Esto es muy estrecho. Déjanos un minuto y luego podemos volver juntas a la oficina.

Greer se hizo a un lado para permitir que Deena se acercara a Faith y las dos se pusieron a leer de una carpeta. Faith murmuraba con los ojos entrecerrados y Deena hacía gestos animados. Greer se recostó en un mostrador con unos peines flotando dentro de una botella de agua azul, suspendidos y en conserva, igual que especímenes. Se imaginó cogiendo el frasco con las dos manos y estrellándolo contra la pared.

Cuando llegó el momento de aclarar, lavar y secar el pelo a Faith, Greer esperó tensa mientras Deena hablaba con su teléfono, dejando que la función de reconocimiento de voz cometiera errores que luego habría que enmendar de forma manual.

–No te lo pierdas –le dijo Deena mientras sostenía el teléfono y le enseñaba un error cómico–. He dicho «estigmatización de la obesidad» y me lo ha traducido por «este mar de adversidad». Cuando Faith se unió por fin a ellas, estaba espléndida. Le brillaba el pelo y las botas la hacían parecer alta. Las tres cruzaron el salón Jeremy Ingersoll dejando atrás al resto de las clientes. Todas eran mujeres y ricas, pero ninguna necesitaba un reservado para vips.

Mujeres y más mujeres, sentadas pacientemente con su vulnerabilidad y vanidad como solo ellas son capaces de hacer. Porque, por mucho que te importara el sufrimiento de las mujeres del mundo, seguías queriendo parecer tú, como había dicho Faith.

Fuera, en la calle, dos transeúntes la reconocieron enseguida y Faith sonrió como era su costumbre. No había cambiado. Al parecer, siempre había sido cuestión de sopesar.

Cuando volvieron había ajetreo en la oficina, Faith se adelantó mientras Greer remoloneaba. Se sentía incapaz de ir a su mesa; tampoco podía ir a la cocina a tomarse un café y charlar. En aquel momento no había nada que pudiera hacer o decir. Así que se limitó a merodear. Al verla, Ben se acercó y dijo:

–Hola, ¿dónde estabas? Me han dicho que tenías una reunión con Faith fuera. Supongo que para organizar mi fiesta de cumpleaños.

–Ni siquiera sé cuándo es tu cumpleaños –dijo Greer. Era verdad. No

sabía cuándo cumplía años Ben, a pesar de que llevaban más de cuatro años trabajando juntos. Sin duda lo había sabido en algún momento; seguro que había llevado magdalenas a la oficina todos los años, o al menos algunos. Pero Ben no le había interesado hasta el punto de necesitar saber, o creer saber, su fecha de nacimiento.

–Te encuentro rara –le dijo Ben, pero Greer no contestó. Vio a Faith dirigirse a su despacho. La siguió y a su espalda oyó a Ben preguntarle a alguien nuevo–. ¿Pasa algo? ¿Tú lo sabes?

Greer caminó como una sonámbula hasta la puerta de Faith y golpeó en el marco, aunque sabía que no estaba cerrado; aquel despacho era como la habitación de un paciente de hospital. Si necesitabas entrar, podías. Dentro había ya un corro de personas. Faith, Iffat, Kara, Bonnie, Evelyn, Deena y una asistente joven llamada Casey, contratada hacía poco. Desde el umbral, con la voz ahogada, Greer dijo:

–Faith, ¿puedo hablar contigo?

Faith levantó la vista y asintió con la cabeza y le hizo un gesto con los dedos para que se acercara. Los demás se dispersaron con educación y se retiraron a distintos puntos de la habitación para seguir hablando de la cumbre o de la minicumbre o de la propuesta de conferenciante que había que considerar.

–¿Vas a hablar del programa de mentorías por televisión? –preguntó en voz baja a Faith, sentada a su mesa.

–Bueno, es uno de los puntos incluidos en la entrevista previa. Puede que Mitch Michaelson me pregunte por él.

–Podrías cancelarlo. –Greer miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando. Así era.

–No me parece profesional –dijo Faith–. Y hay otras cosas de las que quiero hablar, para llamar la atención de la gente. Es una buena oportunidad. Necesitamos salir en los medios, siempre es así y lo sabes.

–Pero es que no se trata solo de salir en los medios –dijo Greer en voz aún más baja–. Vamos a ver. Hacemos nuestro trabajo con independencia de que nos hagan caso o no. Lo hacemos por las mujeres. Es algo que siempre has dejado claro. –Greer hizo una pausa, se quitó algo que tenía pegado en la manga, levantó de nuevo la vista–. Al principio no entendía lo que hacíamos aquí –dijo–. Solo sabía que quería hacerlo. Lo que me impulsaba era trabajar en este sitio. Trabajar contigo –añadió, ahora con la voz más agitada–. Pero luego, además de eso, empezaron a importarme las mujeres. Sigue siendo así. –Le temblaba la voz mientras pensaba que aquello sonaba a discurso y no había sido su intención dar un discurso, sobre todo uno que no había escrito. Los discursos había que pensarlos, editarlos, revisarlos: con este no lo había hecho–. Y ahora este lugar en el que trabajamos no es para mí. No puedo hacerlo.

–¿Qué es lo que no puedes hacer?

–Seguir en Loci. No puedo, Faith, no está bien. –Faith seguía sin hablar, así que Greer dijo, en tono solemne–. Vale, me voy ahora mismo.

Faith la miraba, tomándose su tiempo. Greer pensó: «No voy esperar a que me dé permiso para irme. Me marcho y punto». Pero se detuvo un instante e imaginó su cubículo con todas las fotos y viñetas que había ido pegando en la pared frente a la mesa. Con el tiempo se habían combado y desvaído. Ahora que se había despedido tendría que ir y despegarlas una a una y dejar a quien la sustituyera un código morse de agujeritos sin significado. De pronto le vino una imagen de Cory renunciando a todo lo que tenía, dejando atrás Armitage & Rist y la vida que habían planeado para él.

Vio que todos los presentes estaban pendientes de ellas. Habían interrumpido sus conversaciones y las miraban, conscientes de que algo había cambiado en las inmediaciones de la mesa de Faith. Bastaba mirar a esta para detectarlo bajo la superficie de su cara, una pequeña contracción subcutánea causada por una tormenta neurológica. Se avecinaba una tormenta. Mierda, iba a estallar una tormenta dentro de Faith Frank.

–Muy bien –dijo Faith ante la mirada de todos–. Pues se acabó.

–Se acabó, sí.

A Greer le vino a la boca un reflujo de bilis y se lo tragó. Era como si su voz fuera la única que se había despedido del trabajo, como si hubiera tomado la decisión ejecutiva y hubiera hablado de forma autónoma, mientras el resto de ella se limitaba a escuchar y mirar. ¿Era eso lo que se sentía cuando tenías una voz que no era solo interior? Salía de ti como a través de un altavoz que llevaras incorporado. Se preguntó cuál era la recompensa por decir lo que se piensa, dónde estaba la catarsis. Ahora mismo, lo único que tenía eran náuseas.

Apenas había llegado a la puerta cuando Faith dijo:

–La verdad es que casi hasta tiene gracia.

Greer se giró.

–¿El qué?

–Tal y como lo dices parece que te importa demasiado tu trabajo para seguir aquí. Que te importan demasiado las mujeres. No traicionarlas. Y, sin embargo, mira lo que hiciste hace muchos años. A tu mejor amiga. No me acuerdo cómo se llamaba.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Greer, aunque en realidad no quería saberlo.

–Tu amiga quería trabajar en Loci –dijo Faith–. Te dio una carta para mí y una noche que fuimos a tomar una copa me lo contaste y me dijiste que no querías tenerla aquí, ¿te acuerdas? Así que no llegaste a darme la carta y a ella le mentiste y le dijiste que sí lo habías hecho, ¿verdad? Y supongo que no tuviste remordimientos.

Desmayarse era una posibilidad real, pensó Greer. Miró a su alrededor,

indefensa; todos los presentes parecían escandalizados, pero distantes. Ninguno podía ayudarla. Faith no se equivocaba respecto a lo que le había hecho a Zee; oírlo en voz alta era horrible y la acción descrita resultaba inexcusable. Pero era injusto, pensó, era innecesariamente mezquino por parte de Faith sacarlo a relucir; y sin embargo también pensó que tal vez un momento así era inevitable, al menos si quería ser capaz de irse de allí y hacer algo por sí misma en lugar de ser una perpetua trabajadora abnegada, una criada, una buena chica que se conformaba con lo que tenía. Las buenas chicas podían llegar lejos, pero rara vez ganaban la carrera. Rara vez llegaban a ser grandes. Quizá aquel enfrentamiento fuera un regalo de Faith. Era improbable. Por fin había sido el blanco de la ira de Faith; había tenido que pasar mucho tiempo, pero había ocurrido. Quizá Faith tenía derecho a estar enfadada. Greer la dejaba sola frente a ShraderCapital; le estaba diciendo: «Entiéndete tú con ellos, yo no puedo». Y además Greer estaba criticando de forma implícita a Faith por saber lo que sabía y aun así seguir allí.

–¿Qué hiciste con la carta, Greer? –preguntó Faith–. ¿La tiraste? ¿La leíste? En cualquier caso, decidiste no dármela y no decir la verdad. No me parece un gesto muy bonito.

Greer no quería desmayarse. Así que echó a correr.

Cuarta parte. Voces exteriores

Diez

CUANDO EMPEZÓ A INTERESARSE por los traumas psíquicos, Zee Eisenstat había hecho un curso llamado Evaluación de la Naturaleza de las Situaciones de Emergencia y, mientras el profesor describía distintos contextos, llenó su cuaderno con la cruel caligrafía del desastre. Todo lo que aprendió en aquel curso y mucho de lo que aprendería más tarde en su trabajo estaba relacionado con momentos extremos, terribles de la vida de otras personas. Era terapeuta especializada en respuesta a situaciones de crisis en Chicago y llevaba trabajando en ese campo desde que dejó Enseñar y Ayudar tres años y medio antes. Primero había hecho un grado en terapia, pero ya antes de terminarlo la habían puesto a trabajar. Cuanto más grave era la crisis, más conseguía implicarse; Zee no se rendía ni se apartaba, como hacían algunos al principio.

Su trabajo la llevaba por toda la ciudad. Se presentaba con discreción en las casas de personas que habían vivido un episodio traumático: un suicidio, una toma de rehenes, un brote psicótico repentino. Tenía reputación de ser muy eficaz en su trabajo: prudente, respetuosa, extremadamente útil. De vez en cuando, semanas o meses después del episodio traumático, tenía noticias de las familias. «Ha sido usted mi ángel de la guarda –le escribió un hombre–. No sabía quién era usted, solo que apareció de repente.» Otro hombre le escribió para decirle: «Vendo cadenas para coches y me gustaría regalarle unas». Zee estaba muy bien valorada en la comunidad especializada en traumas psíquicos y, tal y como le explicó a Greer, había salido citada en el *International Journal of Traumatology*. «Sé que no suena a revista de verdad, pero lo es.» Aquella noche, Greer le envió a su casa de Chicago una tarta vegana.

Zee se había sacado el título de experta en trauma psicológico y emocional después de varios períodos de prácticas en las prosaicas trincheras de una agencia de trabajo social. El parto de su estudiante Shara Pick había sido la primera experiencia traumática que había presenciado. Shara había dejado los estudios, no había vuelto a clase y al parecer criaba a su hijo con la ayuda de su abuela y sus hermanas. Zee la había llamado varias veces sin obtener respuesta. Pero guardaba un recuerdo vívido de la experiencia y sentía la necesidad de tener otras similares y de prestar ayuda. Al parecer había casos por todas partes y de muchas clases, en el South Side y fuera de él. No había posibilidad de especializarse, al menos no en el programa al que se había apuntado Zee para sacarse el título y que los jueces Eisenstat habían accedido a pagar. Para enfrentarse a lo terrible, había que ser generalista.

El primer caso en el que intervino Zee durante su formación tuvo que ver con una bomba de clavos enviada por correo a la clínica de mujeres New Approach que había detonado en la sala de espera y había dejado ciega a la recepcionista temporal, Barbara Vang. Era última hora de la tarde y en la sala había mujeres esperando los resultados de una citología, su primer examen pélvico, un aborto, una revisión de su embarazo. La recepcionista abrió el paquete bomba sin demasiado interés, metiendo la uña bajo la cinta adhesiva que atravesaba la superficie en zigzag mientras concertaba una cita por teléfono con un hombre que se había detectado debajo de un pezón un bulto del tamaño de un guisante. ¿Lo atenderían en la clínica, aunque fuera un hombre? Sí, había dicho la recepcionista. Arrancó la cinta, rasgó el papel y el silencio vespertino de la sala de espera se rompió de pronto. Cuando llegaron los terapeutas, Zee estaba entre ellos.

Sus dos supervisores eran Lourdes y Steve, mayores que ella, pero jóvenes, porque era probable que nadie se hiciera mayor trabajando con personas traumatizadas. Los dos, observó Zee mientras montaban para ellos y algunos de los testigos una carpa en la calle detrás de la clínica, mostraban una compostura y una calma impresionantes.

Lourdes y Steve practicaban una forma de escuchar que implicaba mucho más que prestar atención con la cabeza ladeada. Con el tiempo Zee también la aprendería, pero aquel primer día, trabajando en la carpa improvisada con las mujeres llorosas que habían visto a Barbara Vang abrir el paquete que le explotó en la cara, se limitó a escuchar con timidez y respeto, observando a sus supervisores tratar de llevar a aquellas personas traumatizadas a un estado de ánimo en el que pudieran soportar vivir. «Tenemos que proporcionarles el equivalente a un fajero –había dicho Lourdes–. No agravamos nunca su estrés. Les dejamos que nos digan cómo debemos tratarlos.»

Desde entonces había habido muchas carpas, toda una ciudad de campaña repartida por varias zonas de Chicago. Para entonces Zee era una probada experta que dirigía su propio equipo e impartía talleres para voluntarios. Estaba sacándose una titulación adicional de un método para tratar el estrés postraumático que incluía imaginería guiada y ejercicios de respiración. Lo que hacía tolerable su trabajo era que los traumas que llenaban su vida diaria no eran suyos, sino algo ajeno de lo que podía distanciarse un poco.

Pero entonces llamó Greer.

–Dejo mi trabajo –dijo con voz trémula, lo que en sí mismo resultaba sorprendente porque, a ojos de Greer, Faith no tenía defectos. Pero entonces, llorando, añadió–: He acabado fatal con Faith. Ha sido todo una mierda.

–¡Vaya! ¿Qué ha pasado?

–Te lo contaré cuando te vea. Es complicado. –Greer se sonó la nariz–. Durante mucho tiempo creí que estaba trabajando en algo de verdad, algo honrado. Luego la cosa empeoró un poco y había menos cosas que me importaran, pero seguí intentándolo. Entonces Faith me ofreció dar un discurso y fue muy bien, Zee, estaba contentísima; fue uno de esos momentos que te marcan de los que hemos hablado. Pero resulta que era otra cosa. ShraderCapital ha hecho algo mal y Faith ha decidido mirar hacia otro lado; no arriesgarse. Hasta me comí su carne –añadió–. Varias veces.

–¿Qué quieres decir con que te comiste su carne?

–Olvídalo. No es nada.

–¿Y qué vas a hacer ahora? –preguntó Zee.

–No tengo ni idea.

–Ven a Chicago.

Zee no se acordaba en ese momento de cómo tenía el fin de semana; fuera lo que fuera intentaría cambiarlo, pediría a un colega que la sustituyera. Su trabajo requería mucha flexibilidad porque las emergencias personales no tenían un horario fijo.

Después de años haciendo su trabajo, Zee había conseguido reducir su capacidad de reacción casi a cero. A aquellas alturas era capaz de atender una llamada de teléfono en plena noche y parecer alerta. Podía coger el coche y ponerse a conducir recién salida de la ducha, chorreando. En ocasiones la despertaban de madrugada y tenía que coger un tren con el cielo teñido de rosa optimista para presentarse en la escena de un homicidio, un suicidio, un incendio, un momento de desolación o caos inusitado. En otras, conducía en plena noche y cuando terminaba estaba tan hambrienta que buscaba una de esas cafeterías donde se reúnen los policías en sus descansos y se sentaba entre hombres y mujeres uniformados para comerse unos huevos con patatas fritas caseras y una tostada empapada de mantequilla con la esperanza de que eso la reconfortara después de lo que acababa de ver.

Noelle y ella vivían en un apartamento junto a la calle Clark en Andersonville, que tenía una importante población lesbiana. Noelle seguía en el instituto de la red Octágono de Aprendizaje, a pesar de los muchos problemas, y ahora era directora, terrorífica para algunos de los alumnos, esplendorosa para Zee. En Andersonville, un barrio por el que a veces las dos podían pasear de la mano, Zee pensaba en lo furtiva que se sentía casi siempre en otros lugares. Era como si hubiera incorporado la clandestinidad a todo su ser.

Con el tiempo, y por razones prácticas, había empezado a definirse a sí misma como *queer* en lugar de lesbiana. *Queer* le parecía más rotundo, más gay, dejaba más clara la diferencia. En opinión de Zee, con el término «lesbiana» había ocurrido como con los casetes. Siempre se había

declarado activista, pero cuando echaba la vista atrás, lo veía como un pasatiempo; ahora en su carrera profesional era activista de una manera profunda y consistente, pensaba, porque entraba en los hogares de personas con dificultades y veía cómo eran sus vidas. Las ventanas y los tablones de anuncios de los cafés y las tiendas de su barrio estaban llenos de anuncios sobre voluntariado. Zee colaboraba con un grupo dedicado a jóvenes sin hogar. Y en los grupos de apoyo de VIH siempre necesitaban ayuda, lo mismo que en el grupo que trabajaba por justicia racial. Alguien a quien conocía Zee siempre le estaba pidiendo que acudiera a reuniones en el sótano de una iglesia.

Zee no quería pasar su tiempo libre en el sótano de una iglesia. Al principio imaginó techos bajos y mesas alargadas con botellas de zumo de manzana Apple & Eve. Vio sillas plegables e incluso oyó el ruido de las patas arañando el linóleo y el chasquido cuando se abrían más sillas y a alguien que decía: «Haced sitio, haced sitio», y el círculo que se ampliaba. Pero algunas reuniones llegaron a gustarle y empezó a dirigir otras. Algunas veces iba también Noelle. Aunque casi siempre decía que no, llegaba a casa agotada, quería poner los pies en alto, tenía que trabajar un rato más.

En ese momento, cuando Zee terminó de hablar por teléfono con Greer, Noelle estaba en el sofá redactando su circular semanal a padres y tutores.

–Oye –dijo Zee–, mañana viene Greer. Se va a quedar aquí. Supongo que te parece bien, aunque no te haya avisado.

Cuando a primera hora de la tarde del día siguiente Greer llamó al timbre después de haber cogido un Uber en O'Hare, Zee estaba preparada para recibirla del mismo modo que siempre estaba preparada para trabajar. Estaba lista para la situación de emergencia en la que se encontraba su mejor amiga. La hizo sentarse en el sofá, le puso un vaso de agua muy fría en la mano, porque era sorprendente lo mucho que la hidratación ayudaba, le había dicho uno de sus profesores, y el agua era gratis y la había en todas partes. No apagaba ningún fuego, pero sí ayudaba a la víctima a recordar: «Soy parte del mundo real, soy una persona con un vaso en la mano. Todavía soy capaz de hacer eso». A veces, Zee miraba a la persona levantar el vaso y beber y la aliviaba observar el movimiento de la mano, de los tramos de garganta, ver el cuerpo colaborar incluso en momentos como aquellos.

Greer bebió agradecida y, cuando terminó, levantó la vista.

–Gracias por animarme a venir –dijo–. La verdad es que no me esperaba encontrarme sin trabajo de repente.

–Vale –dijo Zee–. Cuéntame.

Así que Greer le contó una historia larga y enrevesada sobre mujeres jóvenes ecuatorianas; sobre el éxito de una operación de rescate y una chapuza de programa posrescate. Pero cuando terminó de hablar no

pareció aliviada. De hecho, Zee la vio retorcerse las manos. Siempre que estaba con pacientes, Zee les miraba las manos. ¿Estaban cerradas en un puño? ¿Juntas como en una plegaria? ¿O retorciéndose de desesperación?

–Y hay otra cosa –dijo Greer.

–Vale.

Greer inspiró temblorosa y se puso en pie delante de Zee como si fuera a hacer una pequeña presentación.

–Esto no pensaba contártelo jamás –dijo–, pero te lo voy a decir. Creo que tengo que decírtelo. –Cerró los ojos, volvió a abrirlos–. Nunca llegué a darle la carta a Faith.

–¿De qué hablas? ¿Qué carta?

Greer miró al suelo y su boca dibujó una mueca extraña, la expresión afligida de alguien a punto de llorar.

–Tu carta –dijo, y se detuvo, como si con eso lo hubiera dicho ya todo.

–¿Qué?

–Tu carta –Greer probó de nuevo, ahora con agitación y un pequeño sollozo. Luego extendió las manos como si eso fuera a aclararlo todo–. La que me diste hace cuatro años para Faith, cuando querías trabajar allí también. Aún la tengo. No la he abierto ni nada. Pero la tengo. No se la di.

Zee se limitó a seguir mirándola. Dejó que el silencio se prolongara mientras trataba de descifrar qué significaba aquello en realidad.

–No lo entiendo –dijo–, porque en su momento me contaste que se la habías dado y que te había dicho que no había ningún puesto libre.

–Lo sé, Zee. Te mentí.

Zee dejó que el momento floreciera en su desagradable esplendor. Cada vez que descubría algo inesperado o decepcionante de alguien que le importaba se llevaba una sorpresa. Pensó en sus pacientes y en cuánto los sorprendían siempre comportamientos de sus seres queridos que, desde fuera, podían no parecer tan sorprendentes. Un marido deprimido se quitaba la vida. Una abuela se desmoronaba. Una hija que había estado agitada tenía un brote psicótico. Estas cosas no solo sorprendían a los pacientes de Zee, los conmocionaban de manera traumática.

Aquel día Greer había llegado a Chicago también en estado de conmoción. Había sido acólita de Faith y la traición de esta la había pillado por sorpresa. Faith y Greer nunca habían tenido una relación de iguales y ahora nunca la tendrían.

Pero quizá tampoco Greer y Zee la habían tenido. Greer lo había impedido, y ahora también ellas necesitaban corregir las cosas. Lo asombroso era que Greer y Zee, a diferencia de Greer y Faith, habían tenido una verdadera amistad. Una amistad real, y, aun así, Greer había traicionado en secreto a Zee.

Zee podía haber tenido la oportunidad de trabajar para Faith años atrás, en los inicios, de ayudar a impulsar la fundación. Era posible que

Faith hubiera dicho que sí después de leer su carta.

–Sé que me porté fatal –estaba diciendo Greer–. A ver, ya sé que no sirve de nada que te diga que ni siquiera te habría gustado trabajar allí, pero es la verdad. Al principio estaba bien, pero luego se volvió impersonal, y dejé de conocer en persona a las mujeres a las que intentábamos ayudar. Era como si nos limitáramos a dar dinero para contratar conferenciantes y ya está. Y en serio que un montón de veces pensé: «Zee odiaría esto». Tú trabajas sobre el terreno. Y nosotros lo hacemos casi siempre de lejos. Me lo digo de vez en cuando, como si con ello pudiera justificar haberte hecho lo que te hice. Pero sé que no lo justifica. Me porté muy mal.

–Pues sí, muy mal –dijo Zee contenida, con un hilo de voz. Tal vez Greer tenía razón y habría odiado trabajar en aquel sitio. Pero ¿qué importaba eso? Lo importante era que Greer se lo había impedido, algo incomprensible y doloroso que deformaba y cambiaba todo lo que había entre las dos–. Pero ¿por qué lo hiciste? –preguntó–. Yo fui la que te hablé de ella. La que prácticamente te metí en ese mundo. Tú casi ni habías oído hablar de Faith Frank.

–Fue… por mis padres, creo –dijo Greer–. Quería que alguien viera algo en mí.

–Yo vi algo en ti, Greer. Y Cory también.

–Lo sé. Pero esto era distinto. –Greer bajó la vista; no conseguía mirar a Zee a los ojos y quizá fuera mejor así. Necesitaban descansar de mirarse la una a la otra con tanta intensidad. Zee se pasaba los días mirando intensamente a personas. Tenía los ojos cansados de tanto mirar, estudiar, empatizar, escudriñar; siempre ayudando, ayudando sin tregua.

Y ahora Greer estaba avergonzada. «Pues que se avergüence», pensó Zee. Greer le había hecho algo feo. Feo de verdad.

Cuatro años antes, Zee había superado su decepción y había empezado una nueva vida que, estaba segura, habría merecido la aprobación de Faith. Trabajaba con personas de manera individual y no en habitaciones llenas de gente. Prestaba un servicio urgente e importante, a menudo tratando cuestiones relativas a las mujeres. Pero, a medida que asimilaba la verdadera dimensión del comportamiento de Greer, Zee sintió que el afecto que sentía por ella desde la universidad se debilitaba y menguaba. Estaba agotada y se arrepentía de haber invitado a Greer a pasar el fin de semana. ¿Iban a estar hablando todo el rato de la carta y de lo que Greer le había hecho?

Greer se sentó más cerca de Zee en el sofá y la cogió de las muñecas igual que un pretendiente desesperado.

–Zee –dijo–. Soy lo peor, ya lo sé. –Zee siguió furiosamente callada–. Al parecer no era consciente de ser una de esas mujeres que odian a las mujeres, como dices tú siempre. A Faith le confesé lo de tu carta en su

momento. ¡Reaccionó como si no tuviera importancia! Pero ayer, cuando me despedí de mi trabajo, estaba dolida y enfadada y sin venir a cuento lo sacó a relucir delante de todo el mundo. Me atacó. Me dijo que era una mala amiga. Una mala feminista. Una mala persona. Y supongo que tiene razón. No quería compartirla con nadie. Te cerré la puerta. Soy una zorra, Zee –dijo Greer con vehemencia–. Eso soy.

Zee seguía conmocionada y algo mareada, pero también se sentía rígida e inconmovible. Era probable que su obligación fuera decir: «No, Greer, no, no eres nada de eso. Cometiste una equivocación estúpida. Las mujeres a veces se portan mal las unas con las otras, lo mismo que los hombres, y lo mismo que los hombres y las mujeres se portan mal los unos con los otros». Pero no estaba segura de creer eso y, en todo caso, no quería tener que consolar a Greer; no quería tener que practicar su formación en trauma psíquico con ella cuando podía haber dedicado el día a ayudar a personas que lo necesitaban de verdad. Se imaginó contándoselo todo a Noelle esa noche en la cama, con Greer acostada en el sofá-cama del salón. «No te vas a creer lo que me ha confesado Greer», le susurraría. Y por supuesto Noelle se pondría furiosa por ella.

–Lo que hiciste fue muy egoísta –le dijo por fin a Greer. Esta asintió vigorosamente con la cabeza, aliviada–. Podías haberme dicho que no te sentías cómoda conmigo trabajando allí. Podrías habérmelo dicho.

–Ya lo sé.

–Y sabes que a lo largo de mi vida me han traicionado varias mujeres –dijo Zee–. Empezando por aquella secretaria del juzgado de mi madre que me sacó del armario. ¿Te acuerdas?

–Sí –dijo Greer en un hilo de voz trémulo.

–Y ahora tú.

El aspecto de Greer era terrible, con la cara brillante, descompuesta y horrorizada. Una buena amiga diría: «Sí, por supuesto, te perdono», y las dos se abrazarían como se abrazan las mujeres. Mujeres que se sentían cómodas juntas. Mujeres que se expresaban físicamente su amor, aunque no fueran amantes ni fueran a serlo nunca. Siempre había habido un acuerdo, tácito pero vinculante, de que se cuidarían la una a la otra. En un *reality* televisivo tonto que a veces veían Zee y Noelle, uno en el que mujeres ricas procedentes de círculos sociales muy cerrados convivían durante un año en un carromato, cada vez que se peleaban y se atacaban las unas a las otras, se decían: «Estoy contigo». Incluso esas mujeres, esas mujeres ridículas hasta las cejas de colágeno y de dinero, se protegían entre sí. Cosa que Greer no había hecho.

Zee se fue al otro extremo del sofá a experimentar su pequeño trauma particular.

–Cuando Faith se interesó más por ti que por mí en aquel baño me dolió –dijo–. Sí, ¡me dolió! Porque yo ya había sido activista desde antes

de la universidad, mientras tú te dedicabas a leer libros y a acostarte con tu novio. Lo que no tiene nada de malo; solo es distinto. Pero yo quería ayudarte. Habías tenido una mala experiencia en aquella fiesta en una fraternidad. Y eras tímida. Pero bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra, ¿no? Para haber sido siempre tan tímida, Greer, tan incapaz de pedir las cosas, resulta que has pedido todo lo que querías. Has conseguido lo que querías y te has dado a conocer. Aquella noche en la capilla de Ryland levantaste la mano. La levantaste más deprisa que yo y contestaron a tu pregunta. Luego llamaste a Faith por teléfono y lograste un trabajo con ella. Hasta le regalaste una sartén. Para eso hace falta desparpajo. Y, por supuesto, no le enseñaste mi carta. No es por nada, pero eso no son comportamientos propios de alguien tímido, Greer. Son otra cosa. Astutos, quizá. –Y añadió con frialdad–: Cuando hay poder en juego, sabes desenvolverte muy bien. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero es verdad. –Se interrumpió y la miró a la cara–. Yo no necesitaba trabajar en tu fundación –dijo–. He encontrado un trabajo que me gusta. Tú te fuiste a trabajar con Faith Frank, el modelo que había que seguir, la feminista, y yo no. Pero ¿sabes qué? Creo que hay dos clases de feministas. Las famosas y las otras. Las segundas son las que se limitan a hacer lo que tienen que hacer, sin que se les reconozca el mérito y sin que nadie les diga todos los días que están haciendo un trabajo maravilloso.

»Yo no tengo una mentora, Greer, nunca la he tenido. Pero he conocido distintas mujeres en mi vida con las que me gusta estar y a las que, al parecer, gusto. No necesito su aprobación. No necesito su permiso. Quizá esas cosas me habrían venido bien; me habrían ayudado. El caso es que no las tuve y vale, de acuerdo, tienes razón, estoy segura de que no me habría gustado trabajar ahí, y dudo de que me hubiera quedado mucho tiempo. Pero me habría gustado tener la oportunidad de averiguarlo por mí misma.

–Lo siento muchísimo –dijo Greer.

–¿Quieres que te diga con qué frecuencia pienso en que no llegué a trabajar con Faith Frank? Casi nunca.

–¿De verdad? –dijo Greer.

–Sí.

–¿Me perdonas? –preguntó Greer.

–Necesito tiempo –dijo Zee.

Once

No estaba segura de por qué decidió llamar a casa aquella noche mientras esperaba para embarcar, en Chicago. Pero se sentía demasiado sola, allí en O'Hare, con la CNN parloteando desde lo alto y una hora por delante hasta que saliera su avión.

–¿Estás bien? –dijo Laurel después de un inexpresivo intercambio de saludos.

–¿Por qué lo preguntas?

–Te noto algo en la voz.

–La verdad es que no estoy bien –dijo Greer–. Te llamo desde el aeropuerto de Chicago. Se suponía que iba a quedarme en casa de Zee, pero no. Me vuelvo esta noche a Nueva York, y luego no sé lo que voy a hacer. –Se le quebró la voz.

–Ven a casa –dijo su madre.

La biblioteca pública de Macopee era silenciosa. Se supone que una biblioteca tiene que ser silenciosa, pero esta tenía ese aire de restaurante a punto de quebrar. El lugar estaba en penumbra en pleno día y detrás del mostrador de préstamos dormitaba una estudiante de instituto, cuyos servicios no eran en realidad necesarios. Pero al fondo estaba la sala infantil Emmanuel Gilland (a saber quién había sido Emmanuel Gilland). Allí era donde Greer había encontrado *Una arruga en el tiempo* siendo niña y lo había leído sentada a una mesa de madera clara, absorta en su mundo perfecto. Repartidos por las proximidades había un par de pufs de vinilo a los que se les salía el relleno sintético. Cuando Greer, perdida y desarraigada, entró en la sala detrás de su madre, que llevaba el disfraz completo de payaso –nariz, peluca, traje de lunares y zapatones–, oyó a los niños y a los padres que esperaban para ver la actuación.

Greer iba en modo respiración contenida; su madre le había pedido que la acompañara porque iba a actuar en la ciudad. Y Greer, que ni siquiera entendía por qué había dicho que sí cuando su madre le sugirió que fuera a pasar unos días a casa –esa casa que casi siempre había sido un pésimo hogar–, también había dicho que sí a ver a Laurel hacer de payaso de biblioteca. Pero se sentía incómoda, le preocupaba que su madre pareciera una fracasada.

Los niños se instalaron en la alfombra y Greer se sentó en un rincón, en uno de los pufs, que la sustentaba de forma precaria. En la luz salpicada de motas de polvo que entraba por los altos ventanales, Laurel se colocó delante de su público y dijo:

–Buenas tardes, señoras y caballitos de mar.

Greer apartó la vista todo lo deprisa que pudo dejando que el chiste malo flotara en el aire como una mota de polvo danzarina más. Pero, cosa increíble, hubo risas.

–Señora payasa, ¡has dicho «caballitos de mar»! –gritó un niño de no más de cuatro años–. ¿No será «caballeros»?

–¡Eso es lo que he dicho! –exclamó Laurel–. ¡Señoras y caballitos de mar!

–¡LO HAS VUELTO A DECIR! –chilló el niño, y otros se unieron, todos gritando a la madre-payasa, que había adoptado expresión inocente y se mostraba a la altura de la ocasión como nunca la había visto Greer.

Pero Laurel no solo actuaba bien. Cuando terminó el espectáculo –una hora bien medida en la que había rociadas con agua, varitas mágicas extensibles, malabarismos deliberadamente torpes e incluso una caída de culo en la alfombra y, por fin, una «lectura» de un cuento solo de dibujos titulado *El granjero y el payaso*–, los niños se quedaron a saludarla. Greer vio cómo su madre se sentaba en el regazo a un niño y a una niña.

–De mayor quiero ser payasa –dijo la niña.

–Yo también –dijo el niño en tono soñador mientras echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos–. Me voy a llamar… El payaso Payasín.

¿Cómo era posible que Greer no hubiera sabido nunca que a los niños les gustaban las actuaciones de su madre? ¿Que miraban a aquella payasa de biblioteca como si fuera alguien importante? Solo fue capaz de sentir remordimientos; le formaron un nudo en la garganta y la desbordaron.

–Mamá, has estado genial –dijo cuando se subieron al coche aparcado en la calle–. No sabía lo bien que actuabas.

–Pues ahora ya lo sabes –dijo su madre con cautela, mientras metía la llave en el contacto y arrancaba el coche–. Sin perjuicio, no hay delito.

–Pero, en serio, me ha parecido excelente –dijo Greer. Quejumbrosa, en la tarde gris, preguntó–: ¿Cómo no lo he sabido antes?

–¿El qué? ¿Que sé hacer malabarismos? ¿Usar un pulverizador?

–No, eso no. –Y, a continuación, sintiendo una lástima inmensa de sí misma, preguntó–: ¿Por qué nunca actuaste para mí cuando era pequeña?

Su madre apagó el motor. La nariz, la peluca y el disfraz de payaso estaban dentro de una bolsa en el asiento trasero; solo conservaba el cuello, parte del cual le asomaba por el abrigo.

–No pensé que te fuera a gustar –dijo–. Eras callada, pero muy seria. –Se interrumpió.

–Sigue –dijo Greer.

–Tu padre y yo siempre tuvimos la impresión de que debíamos hacernos a un lado y dejarte hacer. Sobre todo cuando empezaste a salir con Cory. –Su nombre, pronunciado sin previo aviso, fue una sorpresa–. Siempre decía que erais como cohetes gemelos –dijo Laurel–. ¿Te

acuerdas?

Greer se acordaba. No quería hablar de Cory con su madre, así que dijo:

–¿Por qué no encontrasteis nunca papá y tú algo que os interesara de verdad? ¿Algo a lo que dedicaros en cuerpo y alma?

Laurel se quedó callada y la boca le tembló un poco.

–Algunas personas nunca lo encuentran. –Apartó la vista–. Nunca lo tuvimos fácil. Nos rendimos pronto. Pero sí hicimos algunas cosas. Te tuvimos a ti. Eso es mucho. –Le cambió la expresión y preguntó–: ¿Qué te pasó en Nueva York, cariño?

En el asiento del pasajero, Greer le habló entre hipidos a su madre del falso programa de mentorías en Ecuador, de Loci y de Faith.

–Tenía que marcharme. No podía quedarme. No sé, ¿he sido demasiado puritana? Cuando le dije que me iba se volvió contra mí, mamá. No me lo podía creer. Fue humillante. Me quedé destrozada.

–No te quedaste destrozada. No lo estás. Pero debió de ser muy triste. Se te nota.

–Para ella también. Fue triste para las dos. –Greer negó con la cabeza–. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? –preguntó–. Mamá, he dejado el trabajo.

Su madre la miró:

–¿Necesitas saber ahora mismo lo que vas a hacer?

–Bueno… No.

–¿No tienes algo de dinero ahorrado? –preguntó Laurel, y Greer asintió con la cabeza–. Entonces date algo de tiempo. Tómatelo con calma.

–Pero es que odio eso –dijo Greer.

–¿El qué? ¿Tomártelo con calma? ¿Por qué? ¿Qué prisa tienes?

–No lo sé –dijo Greer–. No estoy hecha para eso.

–¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que si te lo tomas con calma terminarás como tu padre y yo?

–Yo no he dicho eso.

–Ya sé que no lo has dicho. Pero nunca vas a ser como nosotros; eso no va a pasar. Y no siempre tienes que sentirte obligada a fijarte metas porque sí. No vamos a valorarte menos por ello. Se acabaron las notas, Greer. A veces creo que se te olvida. Las notas se han acabado para siempre, así que vas a tener que hacer solo lo que quieras hacer. Olvídate de lo que parece. Concéntrate en lo que es.

Greer volvió a asentir.

–Pero ¿darme un tiempo haciendo qué? No tengo nada.

–A eso me refería –dijo Laurel–. ¿Quién sabe? No necesitas saberlo aún. ¿No puedes esperar a ver qué pasa?

Estuvieron calladas un rato y luego Greer soltó:

–Pero es que no es solo lo que pasó en Nueva York. También es Zee. La

traicioné.

–¿Qué?

–No sé por qué hice lo que hice. Y no sé cómo arreglarlo.

Se echó a llorar. Laurel forcejeó con el cierre atascado de la guantera, consiguió abrirlo y sacó un paquete aplastado de pañuelos de papel.

–Coge uno –dijo. Greer se sonó la nariz repetidas veces hasta que la tuvo casi tan roja como un payaso–. Te esforzarás por arreglarlo –dijo Laurel–. Tú siempre te esfuerzas.

Volvieron a casa en callada convalecencia y cuando llegaron y Laurel se inclinó hacia el asiento trasero para coger su bolsa, Greer vio a Cory a través de la ventana del coche. Salía por la puerta principal de su casa. Sabía que lo vería mientras estuviera en casa de sus padres; la única duda era cuándo.

Verlo siempre la conmocionaba y la descomponía un poco: que estuviera allí, pero desconectado de ella. Que cumplieran años separados, ahora ya mediada la veintena, el momento de esperanza máxima que no duraría demasiado. La apariencia física de Cory había ido cambiando de forma gradual; cuanto más espaciadas eran las visitas de Greer, más saltaba a la vista. Seguía siendo guapo, pero se había hecho mayor, ahora parecía un padre de familia de extrarradio. Flaco como siempre, vestido de forma pulcra y sencilla, con chaleco acolchado y vaqueros. Era sorprendente cómo Cory se había adaptado a la vida que llevaba allí y ya no parecía un impostor.

La madre de Greer bajó del coche, lo saludo y entró en la casa. Greer se acercó a él y se abrazaron solo con la mitad superior del cuerpo, como hacían desde la ruptura. Cory tenía el pelo algo más largo de como lo recordaba Greer. Eso es nuevo, quiso decirle, pero quizá no era nuevo; quizá hacía ya tiempo que llevaba el pelo más largo.

–¿Te apetece que vayamos a tomar algo? –se le ocurrió preguntar, y Cory pareció dudar, pero luego dijo que de acuerdo, pero solo un ratito, tenía un compromiso. Así que fueron andando hasta Pie Land. Kristin Vells ya no trabajaba allí, o al menos no trabajaba ese día. Después de que les sirvieran pizza y refrescos en vasos de plástico, Cory preguntó:

–¿Cómo es que estás aquí? ¿Un viaje de trabajo?

–No.

Cory la miró con más atención y ladeó la cabeza igual que solía hacer por Skype.

–¿Estás bien?

–La verdad es que no. He dejado el trabajo.

–¡Vaya! –dijo Cory–. ¿Quieres hablar de ello?

–No, pero gracias.

Contárselo habría supuesto un gran alivio, la sensación de trasladarle la información, de que la tuviera en el cerebro, de que él también pensara en

ello.

–Cuéntame de ti –dijo Greer.

–Ya estás desviando la conversación. Qué bien se te da.

–Hago lo que puedo.

–Vale –dijo Cory–. Tengo algunas novedades. He estado trabajando en Valley Tek, la tienda de informática de Northampton.

–¿Te gusta?

–Me gusta, sí. Y sigo limpiando casas.

–Ah.

–Fliparías con lo guarra que es la gente. Fliparías de verdad. Mudan de piel, y el suelo de sus casas es poco menos que el suelo de un bosque. Cáscaras, excrementos. Sí, ya sé que suena encantador. Pero es interesante. Y Valley Tek también es interesante. Cada día es en plan ¿a ver con qué problema raro nos va a venir alguien hoy? Después del trabajo algunos nos reunimos y jugamos a videojuegos. –Luego añadió, con timidez–: De hecho, he estado inventándome un juego. Un tío del trabajo me animó, para desarrollarlo luego juntos. Es programador.

–¿En serio? ¿Y de qué va?

Cory se tomó un momento.

–Se llama BuscaAlmas. Un nombre un poco cursi, pero los nombres no son lo mío. Trata de encontrar a una persona que has perdido. Pero no sé describirlo muy bien. Todavía no está listo para el consumo humano. No sé si lo estará alguna vez, pero me gusta pensar que sí.

–Espero que sí. ¿Cómo está tu madre? –preguntó por fin Greer a falta de otro tema de conversación–. ¿Qué tal se encuentra?

–Está bien –dijo Cory–. A ver, se toma la medicación sola, lo que es mucho. Porque durante un tiempo no colaboraba y fue muy difícil. Pero estos días la casa está muy tranquila, la verdad.

–¿Te ves viviendo aquí a largo plazo? –preguntó Greer con naturalidad.

–Si esto no es largo plazo, no sé qué es.

Greer sabía que tenía razón. En la veintena aún te sentías joven, pero estabas sentando ya los cimientos, que se entrecruzaban bajo la superficie. Los sentabas hasta mientras dormías. Lo que hacías, con quién vivías, a quién querías, todas esas cosas eran como tramos de vías tendidas durante la noche por trabajadores furtivos. Hasta pocos días antes, Greer había tenido una vida ajetreada en la que creía y que la decepcionaba. En su veintena, Cory había acudido en ayuda de su trastornada madre y se había quedado con ella.

–Si alguna vez vas a Nueva York –dijo Greer sin darle importancia cuando se levantaron para irse–, puedes quedarte conmigo en Brooklyn. Tengo un sofá-cama.

–Gracias –dijo Cory–. Eres muy amable. Es posible que vaya.

–Muy bien. Pues te veré cuando vengas.

Tuvo ganas de decirle: «Una vez fuimos cohetes gemelos».

Caminaron de vuelta a su calle y se detuvieron en el terreno neutral entre sus respectivas casas.

–¿Cómo está Slowly? –preguntó de repente Greer.

–Ah, está bien. Bueno, en realidad no sé si está bien. No hay manera de saberlo. En cualquier caso, está como siempre.

Unos días después, en su última noche allí, cuando Greer coincidió con sus padres en la cocina para preparar la cena –habían cenado juntos todos los días, pues sus padres parecían entender que Greer esta vez no quería comer sola–, su padre dijo:

–¿Has visto a Cory? ¿Qué hace?

–Trabaja en una tienda de informática en Northampton –dijo Greer– y está inventándose un juego de ordenador o algo así. Pero sobre todo sigue viviendo con su madre. Incluso limpia dos de las casas que limpiaba ella antes. Así que eso hace. Poca cosa.

–Greer –dijo Laurel–, ¿cómo se supone que tenemos que reaccionar a eso? ¿Negando con la cabeza y diciendo que Cory no ha llegado a nada en la vida?

–No. Claro que no –pero aquella llamada de atención le escoció.

–Tal y como yo lo veo –dijo su madre–, y desde luego es algo que se sale de mi esfera de conocimientos puesto que no he estado trabajando en una fundación feminista, estamos hablando de una persona que renunció a sus planes cuando su familia se desmoronó. Vive con su madre y la cuida. Ah, y limpia su casa y las casas que limpiaba su madre. No sé, pero me parece que Cory es todo un feminista, ¿no?

Doce

CUANDO FAITH FRANK LE MANDÓ un correo electrónico a Emmett Shrader para invitarlo a su apartamento, este pensó en contestar con una broma sobre que habían pasado cuarenta años desde la última vez y que ya pensaba que nunca se lo iba a pedir. Pero por el tono conciso, frío incluso, del correo supo que algo iba mal. Faith necesitaba hablar con él y quería hacerlo fuera de la oficina. Y, lo que resultaba aún más curioso, la reunión tenía que organizarse sin ayuda de Connie y Deena, sus centinelas habituales. Aunque Emmett nunca se desplazaba para una reunión, siempre iban a verlo a él, accedió de inmediato.

Y allí estaba, una noche de domingo, en el espacioso salón color mantequilla en Riverside Drive, un lugar algo ajado, observó. Al otro lado de la ventana el río Hudson resplandecía oscuro bajo la luna. Repartidos por la habitación, había jarrones y alguna taza de té olvidada. Faith ni siquiera le ofreció algo de beber. Aquello era serio.

Emmett se sentó en una butaca y Faith lo hizo frente a él y dijo con solemnidad:

–Estoy furiosa contigo.

Emmett la miró.

–¿Quieres contarme por qué?

–No. Quiero que lo deduzcas tú.

Lo intentó. Imaginó varias situaciones posibles como en un bucle y ninguna le pareció pertinente.

–Lupe Izurieta –dijo Faith–. ¿Te suena de algo?

–¿Qué?

–Lupe Izurieta –repitió Faith sin que sirviera de nada.

–¿De qué hablas?

Emmett estaba tan perplejo que pensó que así debía sentirse uno cuando tenía un ictus. «Lu-pei-zu-rie-ta», pensó, dando vueltas a las sílabas una y otra vez, pero no le decían nada.

–De Ecuador.

Entonces las sílabas formaron palabras y entendió lo que había dicho Faith: «Lupe Izurieta». Ah. Sí, claro. La chica que habían llevado a la cumbre de Los Ángeles. Una de las cien chicas que se habían gastado tanto dinero en rescatar.

–Ah –dijo.

–¿Así que el programa de mentorías en realidad no existe?

Emmett esperó, descolocado, queriendo ir con cuidado.

–Se suponía que iba a existir –probó–. Teníamos toda la intención. ¿Eso

no cuenta?

–¿Qué pasó? –dijo Faith–. Cuéntamelo.

–No me vas a creer, Faith. Pero cuando lo hablamos arriba se dijeron muchas cosas. Me avergüenza reconocerlo, pero en aquel momento yo no estaba prestando demasiada atención.

La gente siempre decía de Emmett Shrader que tenía la capacidad de atención de un guisante, de una pulga. «Que digan lo que quieran», pensaba él; le daba igual. Pero lo cierto era que necesitaba mitigar su aburrimiento y en ocasiones podía ser difícil. A veces, durante reuniones con clientes o con la junta directiva, se sorprendía cayendo, como de un precipicio, a las aguas del aburrimiento. Hacía lo que fuera por evitarlo y eso podía incluir jugar a un juego de colocar ladrillos en su teléfono ocultándolo en el regazo, o manosear unas figurillas hechas de cable que había comprado para él su decoradora a un artista de Barcelona, «que trabaja con cables», le había dicho ilusionada.

Emmett no había reparado en las figurillas hasta que se encontró en una reunión sin nada que hacer y allí estaban, esperando a que jugara con ellas. Habría besado a la decoradora por haberle proporcionado algo que hacer con las manos en aquel momento. La recordaba con un perfume que olía a caramelo y un busto espléndido. Le encantaba el hecho de que las mujeres, cuando estaban vestidas, tuvieran busto, una entidad individual, pero desnudas este se dividiera en dos discretas partes, dos pechos, igual que cuando separabas una naranja en gajos hundiendo los dedos en ella.

Cuando Emmett se cansaba de los juegos del móvil y de las figurillas de adorno no sabía en qué entretenerse. A menudo dejaba que los pensamientos lo llevaran lejos; se imaginaba en la cama con su decoradora, o lo que le prepararía para cenar el chef Brian, confiando que no fuera fletán en papillote, porque aquellos días se abusaba del papillote y abrir ese casto paquetito era lo contrario de sentirse como un niño el día de Navidad.

Ahora intentó recordar la secuencia de reuniones sobre Ecuador que terminaron primero en fracaso y después en fraude. Faith había propuesto un proyecto especial relativo al tráfico sexual en aquel país. Se había contratado a una persona en Quito y se había puesto en marcha un plan en dos fases. Primero se procedería al rescate de cien chicas a las que se obligaba a prostituirse en Guayaquil. Para ello se había contratado un equipo de seguridad local e intrépido. A continuación, una vez rescatadas las chicas, se las emparejaría con mujeres mayores que harían de mentoras y les enseñarían un oficio. Mujeres aprendiendo de mujeres, un proyecto admirable.

–Nos dará muy buena imagen –dijo alguien en ShraderCapital–. Deberíamos hacer más cosas de este tipo.

Todo estaba planeado y a punto. Pero durante la segunda o tercera

reunión, dedicada a cerrar algunos detalles importantes, Emmett solo estuvo atento a medias. Fue la reunión en la que Doug Paulson, el director general, dijo que tenía que comentar una cosa.

–Odio proponer esto en el último minuto –dijo–, pero cuando Brit y yo llevamos a los niños a Galápagos conocimos a una mujer, Trina Delgado, que coordina proyectos para oenegés de Sudamérica. Brit cree que es la mejor. Y cuando le hablé de lo que estamos haciendo en Ecuador, sugirió que incorporáramos a Trina.

–¿A qué te refieres con incorporar? –preguntó Monica Vendler, la única mujer en la cúpula de ShraderCapital.

–Bueno, me preguntaba si es demasiado tarde para apartar a la persona que contrató Faith Frank. Para mi mujer significaría mucho poder trabajar con Trina.

–Si crees que lo hará bien –dijo Greg Stupack.

–No sé si es buena idea –dijo Monica.

–A Brit le gusta mucho esta mujer –repitió Doug–. Pensaba que ayudar a otras mujeres era uno de los objetivos principales de Loci.

Así que se cambió a la primera mujer por la segunda y todo siguió adelante. Pero cuando faltaban pocos días para la misión de rescate, se convocó una reunión urgente. Doug Paulson explicó, con cierto sonrojo y frases entrecortadas, que a Trina Delgado, a quien ya habían pagado una suma exorbitante y no reembolsable, no se le estaba dando bien «implementar la segunda fase del plan». El resto de la historia le salió de forma atropellada. «Se comporta como si estuviera haciendo todo lo posible, pero tengo la impresión de que es una estafadora, joder –dijo por fin–. Brit se siente fatal y yo también.» Trina no había llegado a contratar a mentoras y se había quedado con el dinero de ShraderCapital. No se había hecho nada. De nada.

–¿Por qué será que no me sorprende? –preguntó Monica, ácida–. Entonces, si no tenemos mentoras, ¿vamos a seguir adelante con el rescate?

–Es un buen equipo –dijo Greg–. Muy bien valorado. Además, ya está pagado.

–¿Y qué se supone que iban a enseñarles a esas chicas? –preguntó Kim Russo, la bonita, rubia y musculosa asistente del director general.

–Muchas cosas –dijo otra de las asistentes–. Inglés, informática. Y un oficio. A tejer, a hilar.

Este último comentario propició una conversación al margen en la que se pronunció una palabra aún peor. «Telares.» ¡Dios mío, «telares»! Para Emmett Shrader no había nada más aburrido que los tejidos y las telas. La idea de entrar en una tienda de telas o de artesanía le ponía los pelos de punta.

–Podríamos mantener la primera parte de la misión y olvidarnos de la

segunda. Del seguimiento –dijo Greg.

–¿Y qué pasa con las donaciones que hemos estado recibiendo para el programa de mentorías? –preguntó Monica–. Hemos mandado un montón de folletos y la gente de Faith los repartió durante la última cumbre. Está llegando una cantidad sorprendente de donaciones y tenemos el dinero ahí. Es demasiado tarde para devolverlo. Pareceríamos incompetentes.

–Bueno, pero no podemos usarlo para nada más, ¿verdad? –preguntó su asistente–. Son fondos restringidos.

–Podríamos usarlo para una buena causa parecida –dijo Doug–. La próxima vez que Faith quiera hacer uno de sus proyectos especiales, destinaremos esos fondos. No es lo mismo que gastarlos en beneficio propio. Vamos a ver, no estamos sacando un centavo de todo esto. El programa entero, el apoyo a Loci, es sin ánimo de lucro.

–Sí claro, somos unos santos –dijo Monica.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que también nos beneficia –dijo Monica–. Lo sabes perfectamente. Lava nuestra imagen. Nos limpia.

Greg se cruzó de brazos y dijo:

–Tengo que pedir que todo lo que se diga aquí hoy sea como una mosca.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Monica, irritada.

–Que no salga de esta habitación.

Hubo risas mansas, tímidas y a continuación una votación rápida en la que se decidió seguir adelante con el plan, aunque no hubiera mentoras. Llevar a cabo el rescate. Más tarde, invitar a una de las chicas ecuatorianas a Los Ángeles, según lo previsto. Seguir aceptando las donaciones que llegaran, reservarlas para el próximo proyecto y luego cerrar con discreción el fondo y decir que el programa había sido un éxito pero que se terminaba porque había logrado su objetivo.

–¿Y qué pasa con Faith y con los de abajo? –preguntó Kim–. ¿Qué les vais a decir?

Shrader estaba jugando con las esculturas de cable cuando se dio cuenta de que todos lo miraban, esperando. De muy mala gana, soltó los objetos hechos de cable/plata/imanes en la mesa, provocando una pequeña cascada de piezas chocando entre sí.

–Eso lo dejo en vuestras manos –dijo.

Así que la misión de rescate se había llevado a cabo bajo el manto de la oscuridad y había sido un éxito. El resto, la parte de las mentorías, seguía «sin ponerse en marcha», pero en cualquier caso las chicas eran libres, y eso era lo más importante. Claro que nadie en ShraderCapital sabía lo que había sido de ellas desde entonces. Emmett Shrader, con su capacidad de atención de guisante, de pulga, no hizo seguimiento alguno después de la reunión ni tampoco puso a Faith al corriente. Y era cierto que esta no

estaba al tanto, porque ni siquiera le habían dicho que su contacto había sido sustituido con el contacto de la mujer de Paulson.

Para entonces habían transcurrido meses desde la misión y esta casi se había olvidado. Seguían llegando donaciones, pero por suerte no demasiadas. Al cabo de un tiempo todos se relajaron mucho al respecto y, en los días previos al acto de Los Ángeles, se encargó a alguien que invitara a una de las chicas rescatadas. La agencia de viajes lo organizó todo y Greer Kadetsky presentó a la chica en la cumbre, le escribió un discurso y ella dio otro discurso excelente, con lo cual todo había salido bien y sin incidencias hasta que un par de días después, según Faith, al parecer alguien anónimo le había contado a Greer que el programa de mentorías no existía.

–Dime quién fue –dijo Emmett, pero Faith se negó.

Emmett pensó en los primeros tiempos de la fundación, en toda aquella vitalidad. Había sido como volver a ser joven. Como volver a acostarse con Faith, pero sin el sexo. Como un polvo de cuerpo entero, de mente entera. Así eran las cosas cuando te entregabas con todo tu ser. Cuando prestabas atención.

Cuando Faith accedió a trabajar con él, Emmett había mandado a Connie Peshel al espacio diáfano que tenían en la planta veintiséis para que buscara algo apropiado.

–Faith Frank tiene que tener ventanas por todas partes –le había dicho.

–No puedo taladrar las paredes, señor Shrader –se había quejado ella.

Menuda amargada. Llevaba con él desde que fundó la compañía, en la década de los setenta. A su mujer, Madeline, le gustaba, y todos decían que era porque Connie Peshel era indudablemente fea; tenía un cuello grueso del que podían haber salido tornillos a lo Frankenstein, y la cara picada por lo que un millón de años antes había sido acné juvenil y sobre la que, por alguna razón, extendía una capa de maquillaje color cacahuete garrapiñado.

Pero a Madeline no la había tranquilizado demasiado que Connie fuera poco agraciada. Ni siquiera le importaba que Emmett quisiera o no follar con su secretaria. Sabía que se había acostado con varias mujeres estando casados. Era su manera de ser y formaba parte de su acuerdo tácito. Pero dicho acuerdo también llevaba implícito que podía follar con ellas solo si no las respetaba y admiraba, y nunca si ese era el caso. La ecuación era sencilla. De esta manera jamás habría una amenaza real para el matrimonio, porque, aunque a Emmett le gustaba el sexo con toda clase de mujeres, no era de esos hombres dispuestos a tirar su vida por la borda por alguien que no le interesara desde el punto de vista intelectual.

Madeline había tenido desde el principio la sartén por el mango porque era rica y Emmett, pobre. El dinero para fundar ShraderCapital había salido de su familia. Casarte con una heredera de la fortuna Tratt de Nueva

York cuando eras el hijo de un lechero de Chicago no había estado exento de graves tensiones. En las reuniones familiares de los Tratt, ignoraban a Emmett. Nadie le dirigía la palabra ni lo miraba. Nada más casarse, y en un intento de demostrar su supuesta indiferencia por su dinero, Emmett aceptó un empleo aburrido en Nabisco y Madeline se dedicó a colaborar como voluntaria en organizaciones benéficas. Eran una pareja joven y aburrida que, de vez en cuando, viajaba por Europa e iba a Las Vegas a apostar. Hasta más tarde, cuando nació Abby, no hubo en aquella casa una llama de vida. Madeline había sido una buena madre, intuitiva y alegre, pero puesto que había crecido con niñeras, no dudó en contratar una para Abby, de manera que seguía sin tener en qué ocupar sus días.

Y Emmett le era infiel a menudo. Esto no tenía nada de especial, muchos de los hombres que conocía tenían devaneos con frecuencia; recargaban las pilas, nada más. Pero cuando Emmett volvió a casa una noche cálida de 1973 después de un único y maravilloso encuentro sexual con Faith Frank, una joven de las llamadas feministas que trabajaba en esa nueva publicación de mujeres que intentaba vender publicidad a Nabisco, supo que se trataba de algo distinto. Estaba tan excitado y alterado por lo vivido que se había quedado un rato sentado a oscuras en el salón de su casa de Bronxville hablando en silencio consigo mismo, tratando de decidir qué hacer a continuación. El sexo con Faith había sido inesperadamente dinámico, revelador. Había estado deseándolo durante toda la cena en el Cookery y durante el trayecto en taxi al pequeño apartamento de ella; y después, en la cama, el deseo se había colmado con furia, la punta de su pene tocando el interior de ella, un momento que le resultó tan trascendental como cuando se encuentran las yemas de los dedos en *La creación de Adán* del techo de la Capilla Sixtina. No había sido sexo a secas, sino conexión. Estar unido por todas las terminaciones nerviosas a una persona tan completa, tan comprensiva. Faith era independiente y eso le hacía querer depender de ella.

Pero entonces le había dicho aquello: «Estás casado», atajando de golpe la posibilidad de volver a verla. Así que aquella noche se fue a su casa y se sentó en una silla en el salón oscuro a pensar en Faith y en su maravilloso cuerpo, en su físico, su tacto, su sabor y su olor. Le había dicho que su perfume se llamaba Cherchez, pero había algo más. La fragancia se mezclaba con un sabor salado que a su vez estaba mezclado con algo inefablemente específico de Faith. Imaginó su cerebro llenando por completo su bonita cabeza, volviéndola inquisitiva y aguda y exquisitamente atractiva.

Le había dicho que la llamaría al día siguiente para hablar de la publicidad, pero también tenía pensado rogarle que volvieran a verse. «Tienes que verme», le diría cuando la llamara. Le suplicaría, le diría que su mujer y él llevaban vidas separadas y que a su mujer en realidad le

daba igual, aunque en aquello no había una palabra de verdad.

Madeline le había oído entrar y fue en silencio al salón con su bata de satén y lo miró sentado allí en aquel estado tenso, estimulado, maltrecho y lo supo. ¿Cómo pudo saberlo? El caso es que así fue.

–¿Quién es ella? –preguntó Madeline.

–Ah –fue todo lo que dijo él, esquivo.

–Por el amor de Dios, Emmett, dímelo. Es mejor que lo sepa.

Porque a Emmett no se le daba bien mentir y porque seguía dentro del círculo de intensos sentimientos que había creado Faith, dijo:

–Una mujer que he conocido en el trabajo.

–Dime cómo se llama.

–Faith Frank.

–¿Trabaja en Nabisco?

–No. Ha venido a vendernos publicidad para su revista.

–¿Me estás diciendo que es editora?

–Sí.

–¿De *Redbook? ¿McCall? ¿Ladies' Home Journal?*

–De *Bloomer*.

–No la conozco.

–Del movimiento de liberación de la mujer –dijo Emmett poco convencido–. Ya sabes.

Su mujer guardó silencio sin dejar de mirarlo.

–Supongo que es más guapa que yo –empezó a decir–. Pero ¿también es más interesante? ¿Y más inteligente?

–Madeline, por favor.

–Contéstame, Emmett.

Este se miró las manos entrelazadas.

–Sí.

–¿Sí qué? ¿Más interesante o más inteligente?

–Las dos cosas.

Su mujer asimiló aquellas palabras. Había preguntado y ahora tenía que asumir la respuesta, aunque no había sido intención de Emmett ser tan cruel.

–¿Es alguien que llegará lejos? –quiso saber.

–Es la impresión que me da, sí.

–Entiendo.

Cuando Emmett conoció a Madeline, le había parecido sexi, ingeniosa e inteligente, pero a los pocos meses de casados se había dado cuenta de que tenía un repertorio limitado de cosas que decir y de que, observadas con atención, no eran tan ingeniosas. No tenía pasiones y su intelecto era limitado. Se aburría con ella y ella lo sabía y era una situación tensa e incómoda para ambos.

–Lo siento mucho –dijo Emmett–. No sé qué me pasa. La deseaba.

Deseaba algo que me estimulara… el cuerpo y la mente. Ya sé que está muy mal. Pero, Madeline, es que la vida que llevo me oprime. En esa puta empresa de galletas no tengo con quién hablar, con quién debatir.

–Así que eso es lo que hiciste con ella, ¿debatir?

–En cierto sentido de la palabra, sí.

–No creo que el diccionario Webster recoja esa acepción.

A continuación, Madeline calló, concentrada, tratando de encontrar la solución justa que salvara su matrimonio. Por fin dijo:

–Vale, esto es lo que he decidido. No quiero que vuelvas a verla.

–Pues estás de suerte, porque ella quiere lo mismo.

–Pero tenías intención de convencerla de lo contrario, ¿a que sí? De obligarla a verte. Y eres muy convincente. Te aburres, Emmett. Y que te aburras es peligroso para mí y para nosotros. Dime, ¿qué necesitas para desaburrirte? ¿Trabajo?

–Ya trabajo. Trabajo con Oreos, Lorna Doones y Chicken in a Biskit.

–Me refiero a trabajo que te guste –dijo Madeline–. Qué entrañe riesgo.

–Ni me lo imagino.

–Un trabajo que te ilusione y te motive tanto como lo hace una mujer sexi e interesante, y en el que haya personas con las que debatir. En el que puedas hacer negocios. Negocios grandes, a vida o muerte. ¿Es eso lo bastante estimulante para ti?

Emmett miró a su mujer con amabilidad, esquivo.

–¿Qué me quieres decir?

Durante la semana siguiente Madeline transfirió una enorme suma de dinero de la familia Tratt a una cuenta a nombre de Emmett, un gesto que iba en contra del acuerdo que habían suscrito antes de casarse por insistencia de los estirados padres de ella. Con ese dinero fundó ShraderCapital en 1974. Ni se planteó no usar su nombre; necesitaba que Shrader fuera visible y bien visible. Era la manera de demostrar de qué era capaz a los padres de Madeline, a ella y a todo el mundo. Muchos años después, firmas de capital riesgo y fondos de cobertura empezaron a adoptar nombres muy caballerescos, muy de guardián del castillo. Mansard Fund, Bastion Equity, Split Oak Trust. El objetivo era que la firma o el fondo dieran idea de una fortaleza capaz de repeler cualquier ejército invasor. Con el tiempo, esta clase de compañías proliferaron hasta tal punto que ya no quedaban palabras evocadoras. Era como lo ocurrido con los escritores: habían saqueado todas las frases buenas de las obras de Shakespeare para titular sus novelas y las que quedaban no significaban nada. Emmett opinaba que de un momento a otro la gente escribiría novelas tituladas *Entra un centinela.*

Desde el principio Emmett, un alumno rápido, impaciente, con una memoria asombrosa, se rodeó de sabios hombres de finanzas para que lo aconsejaran. Pronto ShraderCapital empezó a ir extremadamente bien y,

con el tiempo, Emmett amasó una fortuna mucho mayor que la de la familia de Madeline. «Podría comerme a los Tratt para desayunar, almorzar y cenar», le decía a menudo a su mujer, a quien siempre estaría agradecido. Esta estaba contenta, al haberse dado cuenta de que ella también odiaba en cierta manera a sus padres. Eran unos pretenciosos. Su padre a veces llevaba monóculo.

Pero antes de aquello ocurrió otra cosa. La mañana siguiente a la noche de la verdad en el salón a oscuras, cuando Madeline accedió a dar a Emmett dinero suficiente para montar su propia compañía, también le dijo:

–Me gustaría que la llamaras por teléfono ahora. A esa Faith Frank.

–¿Cómo?

Estaban sentados a la mesa en pleno desayuno cuando Madeline sacó el tema. El ama de llaves les servía mitades de pomelo y Abby les estaba diciendo a sus padres:

–¿Por qué se llama pomelo si es una naranja gigante?

–Quiero hablar con ella –dijo Madeline.

Así que Emmett tuvo que ir al cuarto de estar y marcar el número de Faith y poner a su mujer al teléfono y escuchar, humillado, a Madeline decirle a Faith algo sobre que no podía quitarle a su marido. «Está casado conmigo», susurró Madeline furiosa, y Emmett empezó a pensar en la boda y en lo incómodo que se había encontrado aquel día embutido en un traje de corte recto. Por suerte, Faith enseguida le colgó el teléfono a Madeline, pero para ella también debía de haber sido humillante. Durante mucho tiempo Emmett se sentiría culpable por haber permitido a Madeline hacerle aquello a Faith. Había sido un momento extraño, perverso, en el que una mujer había querido demostrar su superioridad sobre otra delante de él, y él lo había permitido. Su debilidad lo avergonzaba.

Después de la llamada, Madeline subió directa a su habitación y no volvió a la mesa, pero Emmett sí. Abby estaba sola picoteando la comida. De pronto, Emmett se acordó de algo y fue a coger su chaqueta, que había dejado la noche anterior en una silla junto a la puerta. Palpó los bolsillos y le dio la sombrillita de papel a su hija diciendo:

–Para ti.

–Ay, ¡me encanta, papá! Es muy pequeñita. Y a mi muñeca Veronica Rose también le encantará.

En ocasiones, aunque no demasiadas, podía hacer feliz a una chica.

Emmett Shrader no volvió a tener una conversación con Faith Frank durante casi cuarenta años. Él se convirtió en una figura importante del mundo de los negocios que salía en la portada de *Fortune* y ella en una heroína cercana, comprensiva para las mujeres. Más o menos cada diez años, coincidían en la misma sala enorme de techos altos donde se celebraba una gala de alguna clase. Pero él siempre estaba con Madeline,

que con el tiempo adquirió el aspecto físico de un mascarón de proa, el pelo en rodetes como tallado en madera, vestidos regios que ocultaba el ya para entonces grueso cuerpo que en otro tiempo Emmett había deseado, cuando era mucho menos grueso.

Emmett se acostaba con bastante frecuencia con mujeres que no eran la suya, pero a medida que cumplía años se trataba más de un ejercicio físico que de otra cosa, como si su polla necesitara entrenamiento aeróbico, lo mismo que su corazón, ay, su corazón. Pero las mujeres con las que se acostaba nunca le resultaban demasiado interesantes; era la condición que le había puesto Madeline y siempre la respetaría. Ninguna se parecía a Faith ni de lejos.

Lo irónico fue que, a medida que cumplían años, se distanciaban, Madeline se volvió más interesante, y desde luego, más compasiva. Esa compasión la volvía interesante, y donaba grandes sumas de dinero a causas progresistas, a menudo relacionadas con los derechos de la mujer. Estaba en patronatos de museos, pero también de clínicas ginecológicas en el Bronx y en Oklahoma. Incluso sin la compañía de Emmett, coincidía con Faith aquí y allí y, en una ocasión y para su incomodidad, las dos terminaron sentadas a solo tres sillas de distancia en una cena dedicada a la atención materno-infantil en África. No se dirigieron la palabra. Las imágenes proyectadas en la pantalla, de chicas con cara de dolor, chicas que sufrían la indignidad de una fístula –qué palabra tan horrible–, eclipsaron cualquier imagen pasada de una Faith Frank joven y de cómo Emmett se había acostado con ella y había empezado a quererla esa misma noche.

Pero entonces, en 2010, Madeline Tratt Shrader, la activa y regordeta filántropa de setenta años, pidió a Connie, la asistente de Emmett, que le organizara una cena con su marido en el Gilded Quail, un restaurante de Chelsea decorado como un vagón de tren privado del siglo XIX. Un camarero les sirvió platos salpicados de muestras de gastronomía molecular: «aire» de rábano, trucha a baja temperatura con «infusión de raíces», un vaso de chupito lleno de tres capas de sopas de sabores intensos que pasaban de muy frías y calientes a medida que echabas atrás la cabeza y bebías. Luego el camarero se retiró con tal solemnidad que se diría que había visto un fantasma, quizá la codorniz bañada en oro que daba nombre al restaurante en forma de holograma, sus ojos brillando dorados.

En el comedor oscuro y estrecho, Emmett miró a su mujer a través de un paisaje de mil años, asombrado por la vida que habían tenido, por su hija, Abby, adulta ya y trabajando en el mundo de las finanzas en la costa oeste y madre de dos hijos surferos que usaban mucho la expresión «tío». El matrimonio Shrader era ahora una concha fría con un interior de un color rosa casi inalcanzable.

Madeline levantó un tenedor con lechuga cuidadosa y deliberadamente

marchita, lo masticó con meticulosidad y dijo:

–Emmett, tengo que decirte una cosa.

–Muy bien.

–Me he enamorado.

El primer instinto de Emmett fue sonreír como si se tratara de un chiste, pero por supuesto no lo era y entonces sí experimentó la inseguridad que requería la velada, el hecho de que su mujer hubiera concertado una cita formal para verlo a solas. Hacía meses que no cenaban los dos mano a mano y una década que no compartían dormitorio.

–¿De quién? –preguntó incrédulo, en voz demasiado alta.

Uno de los camareros pensó que lo habían llamado y se acercó, luego se dio cuenta de su error y se retiró enseguida.

–De Marty Santangelo.

–¿Quién?

–Nuestro contratista. Y queremos estar juntos.

Emmett se recostó en el cojín del mueble antiguo que hacía las veces de silla. Se sentía agraviado. Se sentía herido de una manera que no conseguía definir, a pesar de la gelatina fría que era su matrimonio. Quizá era porque Madeline lo había hecho todo posible para él al principio. Quizá era porque llevaban así tanto tiempo que cualquier anuncio de cambio, aunque fuera potencialmente positivo, resultaba por fuerza perturbador.

A Emmett Shrader no le gustaban los cambios a no ser que los promoviera él, y a menudo los promovía, aunque en pequeñas dosis. Sabía que decían de él que tenía trastorno de déficit de atención y una vez, cuando se cerraban las puertas de un ascensor, oyó a alguien decir: «¡Que alguien le dé Adderall a ese hombre!», y a continuación risas colectivas. Quizá el diagnóstico era acertado, pero lo asombraba la idea de que Madeline quisiera un cambio, así que aquella noche, en el Gilded Quail, asistiendo al final de su matrimonio y después de haber comido solo dos de los ocho platos –¡tendría que comerse otros seis con su futura exmujer!–, quiso llorar contra su puño cerrado.

Después de aquella noche Madeline no tardó en mudarse. En los primeros días de su inesperada y madura soltería, Emmett se sintió más solo que nunca en su vida y se dedicó a tomar Viagra y a follar con mujeres de toda la ciudad, en las casas y apartamentos de ellas, y en el suyo, donde las paredes eran de cristal y las vistas, tan ostentosas que las mujeres siempre decían: «¡Oh!», y tenía que esperar impaciente a que salieran de su asombro. También en una suite del hotel Carlyle, y luego en un *ryokan* de Kioto y, en una ocasión, en un compartimento privado de un vuelo de Emirates a Qatar.

Una guapa y joven bloguera sobre temas de finanzas le contagió una infección por clamidia, pero se le fue enseguida con azitromicina. A

menudo encargaba a Connie que comprara pañuelos de Hermès para mujeres con las que había estado y en ocasiones incluso esos bolsos Birkin que las mujeres ansiaban con una intensidad tan incomprensible que más parecía un impulso darwiniano.

Y entonces, una mañana de aquel año extraño y agotadoramente activo, Emmett vio una nota en el *New York Times* diciendo que «La revista *Bloomer*, de cierta relevancia en los años de la liberación de la mujer sin llegar nunca a calar en el mercado y que aun así había seguido publicándose con valentía», cerraba. Se incluían citas de las dos editoras fundadoras y una de ellas era Faith Frank. A Emmett le pareció que su nombre estaba impreso en negrita.

«Hemos podido hacer mucho», decía la cita. Shrader notó opresión en el pecho y en la garganta al recordar a Faith Frank y su única noche juntos. Pero no recordó solo el sexo. También lo mucho que había deseado tenerla en su vida. Hay personas que tienen tanto efecto en uno, aunque se haya pasado muy poco tiempo con ellas, que es como si se nos grabaran dentro y cualquier indicio de ellas, cualquier mención, nos agita de forma inesperada.

Puesto que Madeline había donado mucho dinero a causas feministas, con el tiempo Shrader se había ganado una reputación de simpatizante, de defensor de las mujeres. En ocasiones se sentía culpable porque así fuera, cuando en realidad no tenía convicciones profundas al respecto. Pero entonces pensó que a aquellas alturas sí las tenía; se habían hecho realidad. Fuera como fuera, no se le había permitido pasar más tiempo con aquella verdadera, inequívoca defensora de las mujeres, Faith.

Ahora la prohibición de verla había sido por fin levantada, igual que el maleficio de un cuento infantil. Madeline tenía una nueva vida con el contratista. Una noche, Emmett encendió la luz de la mesilla y le pidió al mayordomo que llamara a su asistente en su casa, en Flushing. Connie Peshel contestó al teléfono con voz alarmada.

–Señor Shrader, ¿está usted bien?

–Estoy bien, Connie. Quiero que mañana llames a Faith Frank.

–¿A quién? ¿La feminista? ¿Esa?

–Sí, esa. Consigue su información de contacto y conciértame una cita con ella en la oficina. Dile que quiero hacerle una propuesta de trabajo.

Faith había acudido a la cita sin pedir detalles. Se había sentado frente a él en su despacho y seguía siendo elegante e impecable y superinteligente de cerca y Emmett deseó a aquella versión mucho mayor de ella, pero con un sentimiento nuevo, agitado, que le recordaba que ya no era aquel joven ejecutivo de Nabisco de pelo oscuro y chaqueta de cuello mao y que ella también había cambiado. Cuando se acostaron en 1973 se había paseado por su cuerpo y, hasta cierto punto, dentro de su cuerpo y por las secciones de su cara con una urgencia en la que debía de

haber subyacido la certeza de que aquello no volvería a ocurrir. La había devorado como si fuera su última cena. Se habían pegado el uno al otro; él oliendo a Cherchez, ella a lima. Terminaron doloridos y emocionalmente confusos. Él, al menos, se había quedado prendado.

Después de aquella noche lejana Faith había seguido con su vida y había tenido una gran carrera profesional, lo mismo que él. Los dos habían avanzado, cavado posiciones, influido en muchas otras vidas. Ahora, después de todas esas décadas de cavar volvían a estar juntos. La vida, con todos sus finales inesperados, era asombrosa. Claro que aquello no era un final. Tal vez era el principio. Emmett no sabía cómo funcionaría, qué pasaría. Solo sabía que quería tener a Faith cerca todos los días.

–¿Qué hago aquí, Emmett? –le preguntó Faith la tarde en que fue a verlo a la oficina–. ¿Es esta nuestra segunda cita?

Emmett se rió, encantado.

–Sí –dijo–. Si tú quieres.

–Bueno, lo normal es que un hombre no tarde cuarenta años en llamar a la mujer, o viceversa. Creo que se nos ha hecho ya un poco tarde.

–¿Estás segura? Puedo traerte un brazalete de flores y una caja de bombones surtidos Whitman. ¿Te acuerdas de ellos? Cada uno tenía un nombre: «bocado de melaza», «licor de cereza», «corazón de anacardo». Estás estupenda, Faith, me encanta tu estilo. Tienes un aire elegante, a primera ministra europea.

–No sé si eso es un cumplido viniendo de ti.

–Lo es.

–Pues entonces gracias, Emmett; tú también estás estupendo. –Faith cruzó y descruzó sus largas piernas enfundadas en botas–. Y ahora vamos a olvidarnos de que una vez tú y yo tuvimos nuestro momento.

–Un momento de mucha emoción. Que terminó en tristeza verdadera. En desdicha, ¿no te parece?

Faith sonrió.

–Me parece. Y ahora igual puedes explicarme qué hago aquí.

Emmett le explicó la idea y mandó llamar a dos jóvenes asociados para que le expusieran la propuesta de fundación de mujeres que quería que Faith dirigiera.

–Sobre todo funcionará como plataforma para las mejores conferenciantes sobre problemas de las mujeres.

Faith enseguida tuvo dudas.

–No te ofendas, pero no sé si me interesa colaborar con una compañía de altos vuelos como la tuya. ¿Qué imagen daría? –preguntó.

–Imagen de valiente –dijo Emmett–. Todos te envidiarán por no tener que estar rascando financiación continuamente, como cuando dirigías esa pequeña revista. Los de Cormer Publishing eran unos tacaños. He estado mirando sus números y a ninguna de sus revistas les va bien. Aunque con

esos títulos: *Coleccionismo de figuritas, Nido vacío*. ¿Quién va a comprar revistas así? ¡Por favor!

Faith había dicho que no, pero luego le hizo una nueva propuesta a Emmett que incluía la financiación de proyectos especiales, y llegaron a un acuerdo. Durante un tiempo, la labor de Loci había sido la planeada, pero en los últimos años otras personas de ShraderCapital habían presionado a Faith para que cambiara la imagen de la fundación, para que la hiciera sexi, tal y como lo expresó alguien. De ese modo podrían cobrar más y aumentar su presencia en los medios de comunicación. Esa cantante, Opus, que ahora era también estrella de cine, estaba invitada al siguiente festejo. Emmett sabía que Faith odiaba recurrir a famosos, a las manicuras y a la vidente que habían contratado, pero ¿qué podía hacer?

En una cumbre reciente, la pitonisa, la señora Andrómeda, había anunciado que veía una mujer presidenta en el futuro del país. El público se había revolucionado. Pero entonces la vidente estudió sus cartas, o su mapa astral o su bola de cristal o lo que fuera que usara, y al parecer dijo:

–Veo… Indiana.

–Mierda –dijo alguien.

Todos callaron, sombríos, imaginando un futuro en el que la senadora Anne McCauley, que tenía aspecto de abuela amable y educada, hubiera ganado las elecciones presidenciales y las mujeres tuvieran que abortar de nuevo de forma clandestina y se metiera a médicos en la cárcel y cientos de adolescentes trajeran contra su voluntad a niños a este mundo nuevo y cruel.

Emmett anunció su detallado plan de respaldar una fundación para mujeres, los costes habían horrorizado al director financiero. Pero vaya si había funcionado. Beneficiaba a mujeres privadas de derechos al sacar a la luz su situación y llegaban donaciones a mansalva. Beneficiaba a ShraderCapital y a su imagen, que siempre necesitaba recomponerse, y también beneficiaba personalmente a Emmett, que veía a Faith todos los días laborables después de tanto tiempo de no verla y de echarla de menos con una melancolía extraña y persistente.

Hubo días, en esos cuatro años, en que Faith subía a su despacho alrededor de las cinco de la tarde –o él iba al de ella– y disfrutaba de tenerla allí delante. Se quitaba las botas y se masajeaba los pies y hablaba con serenidad, irradiando inteligencia. Le hablaba del día que había tenido y él le hablaba del suyo. Se bebían una botella de Malbec bueno y se sumían en silencios prolongados, felices. De vez en cuando hablaban de sus hijos respectivos, Lincoln y Abby: uno serio y consecuente y excepcional a ojos de su madre porque era suyo; la otra tempestuosa y triunfadora. Emmett seguía pensando en Abby como su niña pequeña y conservaba intacto el recuerdo del amor inquebrantable, electral: una niñita en el regazo de su padre, toda almidón y pañal recalentado.

A veces, cuando estaba con Faith, Emmett hablaba de alguna mujer con la que se había acostado hacía poco y de cómo le proporcionaba un desahogo físico que valoraba mucho, ahora que entraba en el yermo aterrador de la vejez y la Viagra era tan importante como la protección solar. Faith sabía escuchar sin juzgar, y en ocasiones le daba algún fragmento de su vida, pero en general era reservada. Hablaban de los conocidos comunes de los viejos tiempos. Emmett daba rienda suelta a su rabia y a su decepción.

Y siempre se reían mucho. Faith tenía una risa maravillosa. Y una garganta también. Lo tenía todo, pensaba Emmett. Pero ahora, sentado en su cuarto de estar, después de perder su respeto y de despertar su ira y su desprecio por el estúpido programa fallido de mentorías en Ecuador, le resultaba un tormento.

–Me cuesta creer que nos dejaras seguir mintiendo así solo porque no prestaste atención durante una reunión –dijo Faith–. Sabes que hay más razones. Lo de la falta de atención es una cortina de humo. Eres capaz de estar atento, lo he visto. Conmigo lo estás.

–Debería haber puesto más atención en esa reunión y no debería haber dejado que sustituyeran a la mujer que te gustaba, y debería haber cerrado el fondo y hacerlo todo público. Castígame, Faith, pero no me des la espalda.

Faith tensó los labios y durante un instante brevísimo se pareció a todas las mujeres del mundo cuando se enfadan con un hombre.

–Voy a explicarte lo que he decidido hacer –dijo Faith– y no quiero que digas nada. Solo que escuches.

Emmett asintió con la cabeza y dobló las manos en el regazo en un gesto exagerado. Más que escuchar aquello era superescuchar, algo que hacían seres superiores y que él trató de imitar.

–No voy a montar un escándalo –dijo Faith–. Eso pondría en peligro la fundación y nos impediría volver a hacer nada. Y, aunque detesto el vacío moral que al parecer existe en ShraderCapital, no puedo dejar mi trabajo sin más porque ¿adónde iría? Así que seguiré aceptando tu dinero, Emmett, pero sin que me parezca bien. Lo aceptaré y lo usaré y lo vigilaré de cerca, porque no tengo demasiada elección.

»A todos nos pusieron en este mundo para remar en el barco que nos estaba destinado –siguió diciendo–. Yo trabajo para las mujeres. Es lo que hago. Y voy a seguir haciéndolo. No tengo ni idea de si lo de Ecuador terminará filtrándose. De ser así, será un bochorno y puede que nos obligue a cerrar. Pero la conclusión es que no me voy.

–Bien. –El alivio casi le brotaba de la frente–. No sé qué habría sido de mí si me hubieras dicho que te ibas.

–No te habría pasado nada. Eres el uno por ciento del uno por ciento.

–Hasta que llegaste tú me aburría mucho, Faith –dijo Emmett–. Alguien

me llamó «narcisista con privilegios» en un editorial del *Wall Street Journal.* Supongo que a veces es cierto.

Pensó, aunque no lo dijo, que las personas como él necesitaban que alguien les recordara que no eran narcisistas con privilegios. Alguien como Faith.

Llevado por un impulso, le cogió la mano y, durante unos instantes, esta no la retiró. Luego cambió de postura y las manos se soltaron.

–Bueno –dijo Faith–. Se hace tarde.

Se puso de pie y, por tanto, Emmett también.

–¿Greer Kadetsky es la única que sabe esto? –preguntó–. ¿Y quién se lo contó?

–No estoy segura. –Callaron un momento.

–Pero Greer, no dirá nada, ¿verdad? –preguntó Emmett.

Faith negó con la cabeza.

–Lo dudo mucho. Pero ya se ha despedido. Fue un momento desagradable. Es una persona que me gusta y a la que metí yo en el proyecto.

–Sí, como haces tú esas cosas. Interesándote por la persona.

–Interesarme solo es una parte de ello –dijo Faith–. También las tomo bajo mi protección, si es lo que parecen necesitar. Y luego está la otra parte, que es dejarlas marchar llegado el momento. ¡Echarlas! La echo de mi lado. Porque de otro modo no se creerían capaces de salir adelante solas. A veces las echo de forma demasiado brusca. Hay que tener cuidado. –Se interrumpió–. En cualquier caso, tú también deberías tratar de interesarte. Por las personas que trabajan contigo en el piso de arriba.

–Lo haré –dijo Emmett lleno de sentimientos; de pronto pensó en dos jóvenes, un chico y una chica recién salidos de la universidad a los que habían contratado a la vez en ShraderCapital. Tenían una inteligencia y un entusiasmo chispeantes, cada uno con un talento distinto, propio. Pero los dos eran prometedores.

–Tampoco supone demasiado esfuerzo –dijo Faith– y luego lo lo agradecen mucho. Intentan demostrarte su gratitud. Ahí tienes la prueba –dijo señalando con la cabeza hacia algo en su línea de visión.

Emmett se volvió a mirar. En el suelo, a los pies del sofá, había una gran caja abierta que contenía varios artículos, algunos medio envueltos todavía en papel festivo, otros sin el papel y abiertos.

–¿Qué es todo eso? –preguntó.

–Regalos de agradecimiento, objetos de valor sentimental y bromas privadas. Conexiones personales.

–¿De quién?

–Pues de mucha gente. De personas que he ido conociendo a lo largo de los años. Incluso que solo he visto una vez. A veces llegan por correo y otras me los dan en mano en cumbres y conferencias. Siempre es alguien

que dice que le he ayudado de alguna manera y, si viene por correo, trae una nota y a veces no tengo ni idea de quién lo manda, el nombre de la nota ni siquiera me suena o me suena muy vagamente, aunque la nota da la impresión de que tuvimos un encuentro importante. Y debe de ser así, porque para ellos significó mucho. Estas cosas llevan demasiado tiempo aquí, cogiendo polvo. Y es solo una caja de muchas. La punta del iceberg. Esta semana, Deena me va a ayudar a revisarlas. Ahora que tengo setenta y un años, los objetos tienen un significado distinto para mí. Ya no puedo seguir coleccionando cosas. Ha llegado el momento de cribar.

Emmett se inclinó y acercó la caja y escudriñó su interior, buscando, mirando. Encima de todo había uno de esos cojines pequeños con encajes que gustaba a las mujeres, un saquito. Se lo llevó a la nariz, pero ya no olía a nada.

Había un llavero con una botita, que era probable que simbolizara las famosas y sensuales botas de ante que siempre llevaba Faith.

También tres frascos distintos: uno vacío; otro con una mermelada negra vetusta y, quizá, esporas de botulismo; y otro con gominolas. El de las gominolas llevaba una nota que decía:

> Faith:
>
> Seguro que recibes muchos frascos después de decir aquello en televisión, ¿a que sí? Estoy segura de que eres capaz de abrir ESTE. De hecho, te creo capaz de cualquier cosa.
>
> xxx
>
> WENDY SADLER

Y había una camiseta con el dibujo de una langosta y un ejemplar de un libro infantil de aspecto estúpido titulado *La sorpresa veraniega de los gemelos Bradford*. En la cubierta, un niño y una niña mal dibujados volaban una cometa. Lo abrió y leyó la dedicatoria.

> Querida Faith:
>
> Este libro era mi preferido de niña y quería que lo tuvieras.
>
> Con cariño.
>
> DENISE MANGUSO (¡de aquella cena en Chicago!)

–¿Qué tal fue aquella cena en Chicago? –preguntó.

–¿De qué hablas?

–De la dedicatoria. ¿Quién es Denise Manguso?

–No tengo ni idea.

Emmett siguió hurgando en la caja. Había una pulsera hecha de cáñamo y cuentas. Había una nave espacial de juguete hecha de plástico con NASA escrito en un lateral y una nota que decía:

Querida Faith:

Trabajo en la NASA de directora adjunta de ingeniería, y si vienes alguna vez a Washington, me encantaría enseñarte este sitio. No estaría aquí de no ser por ti.

Con afecto.

OLIVE (MITCHELL)

Había una caja de caramelo casero. Emmett la abrió y vio que ahora tenía una superficie de azúcar y nueces pétrea, ígnea, horneada hacía mucho tiempo y calcificada.

–¿De qué año es esto, Faith?

–¿Cómo quieres que lo sepa?

–¿De qué década entonces?

Había una pluma de pavo real atada con un lazo y una bonita pluma estilográfica con la extraña inscripción: LA PLUMA ES MÁS PODEROSA QUE EL PENE.

Igual de extraña era una sartén sin usar que conservaba la etiqueta. ¿Qué representaba? Otra broma privada, supuso, que Faith recordaría o no, aunque quien se la regaló hubiera sentido el impulso de ir a comprarla y de dársela, porque era un gesto de cariño. Todas aquellas mujeres habían necesitado tener un vínculo con Faith. Para ellas, Faith era plasma. Quizá fuera algo maternal, pensó, pero quizá también fuera: «Quiero ser tú». Había tantas mujeres así, tantas… Pero solo había una Faith.

–Debe de ser una carga. Ser tan importante para personas que no son importantes para ti –dijo.

–No sé si estoy de acuerdo con esa interpretación. Recuerda que ellas también me dan mucho.

–¿Qué te dan? –preguntó Emmett–. Tengo curiosidad.

–Pues me mantienen en el mundo –dijo Faith, y no quiso añadir nada más.

Emmett se preguntó a quién haría confidencias Faith. Tenía a sus amigas, esas mujeres mayores de los viejos tiempos, incluidas Bonnie, la lesbiana de pelo crespo, y Evelyn, la dama de sociedad con trajes de chaqueta de los colores de los caramelos Pez. Sabía que eran íntimas de Faith; tenía fotografías juntas de una época muy distinta. Emmett se acordó de pronto de una fotografía de Faith y las otras repartidas por un despacho. El lugar tenía un aire caótico, desordenado, ajetreado. Pero lo que más recordaba era lo feliz que parecía Faith en compañía de aquellas mujeres, lo relajada y satisfecha.

De pronto se preguntó por qué no había encontrado Faith un hombre en todos aquellos años, después de quedarse viuda tan joven. ¿Por qué necesitaba una mujer fuerte ser su propio escudo? Quizá es que Faith lo prefería así, porque los hombres eran una distracción o exigían atención constante. O quizá tener un hombre en su vida era algo que le sobraba.

Faith y él podían haberse querido, pensó ahora, cuando ya era muy muy tarde.

–¿He hecho algo malo? –dijo, incapaz de contenerse.

–¿Qué? –Faith pareció alarmada por aquel arrebato.

–Podía haberte querido –dijo–. Podía haberlo hecho, Faith. Podíamos habernos complementado el uno al otro. Los dos llevamos unas vidas desmesuradas, casi ridículas. El sexo habría sido una liberación, una revelación. Y todas las conversaciones de después. Te habría hecho huevos revueltos en plena noche. Se me da bien hacer huevos revueltos en plena noche, ¿a que no lo sabías? Pero la jodí y ahora tienes muy mala opinión de mí.

Faith lo miró, era evidente que seguía sorprendida, pero empezaba a recobrarse. Durante un momento se masajeó el cuello con una mano. Al final, lo único que dijo fue:

–No la tengo.

Se hacía tarde y pronto Emmett tendría que irse a casa; lo esperaban su coche y el chófer. Horas después Faith y él se acostarían en sus respectivas camas, en las que había sitio de sobra para una persona si así lo decidían, algo que aquella noche no harían. Eran mayores y tenían que dosificar con cuidado sus momentos de intimidad. Emmett puso la tapa a la caja, aquella caja con los regalos que le habían hecho a Faith personas que había conocido o tratado y en las que había influido, personas que en ocasiones apenas recordaba, pero daba igual, porque albergaba sentimientos de cariño hacia ellas y ellas lo sabían.

Emmett intentó imaginarse el regalo que podría hacerle a Faith para demostrarle lo que sentía. No se le ocurría qué podía darle que tuviera significado y relevancia. Hasta que cayó en la cuenta de que sí lo sabía, porque ya se lo había dado. Le había dado una fundación.

Trece

A Cory Pinto se le ocurrió la idea del videojuego no de golpe, sino a lo largo de varios años. Durante todo ese tiempo ni siquiera fue consciente de estar imaginando un videojuego, solo se consideraba una persona que jugaba mucho y a intervalos pensaba, de manera intensa y obsesiva, en el hecho de haber perdido a su hermano. Pero la combinación de juego y obsesión terminó por hacerle ver lo que había estado en su interior. Así que el argumento del juego, cuando por fin se reveló, lo tenía ya casi desarrollado.

Se había acostumbrado a reflexionar de forma habitual sobre el hecho de que cuando moría alguien a quien querías podías dedicar el resto de tu vida a recorrer el mundo en su busca y sin embargo nunca lo encontrarías, por muchos lugares oscuros que visitaras, por muchas cuevas que exploraras, o cortinas que descorrieras, o casas en las que entraras. La persona muerta ya no existía, y este hecho, que para la ciencia parecía tan sencillo, era inexplicablemente difícil de aceptar cuando la persona era un ser querido.

Pero el caso era que, cuando moría un ser querido, aquellos a los que todavía podías ver, es decir, los vivos, en ocasiones te lo recordaban. Podía haber una similitud inesperada, atisbabas una forma de la cabeza o una carcajada que te resultaban familiares y te girabas, para descubrir enseguida que esa persona no era en absoluto quien buscabas. Y no podías evitar preguntarte: ¿por qué ese niño que tenías delante, ese extraño de risa tan poco sutil, de aspecto tan vulgar, estaba vivo y tu hermano pequeño no?

Y sin embargo tal vez, si buscabas lo bastante y lo bastante lejos, era posible que terminaras por encontrar a la persona. Tal vez, solo tal vez, cuando habían pasado más de tres años desde su muerte, Alby seguía en alguna parte del mundo. Quizá la verdad secreta sobre la muerte era que los muertos son arrancados de sus vidas y obligados a vivir en otra parte, muy lejos. Un proceso similar a la reencarnación, pero que no ocurría en el futuro, sino en el presente. Una suerte de programa de protección de testigos basado en la mortalidad. Y, si los encontrabas, tendrían el aspecto de siempre. El problema era dónde encontrarlos. El problema era dónde buscar.

Aquella era la premisa del juego de Cory. Él mismo percibía su incapacidad para aceptar la muerte de Alby como algo infantil. Por supuesto la aceptaba en lo fundamental, porque no era mentalmente frágil, como su madre; y era capaz de socializar y tomar una copa y mantener

una conversación sobre temas que no fueran la muerte, y lo cierto es que se relacionaba bien con los clientes y los otros empleados de Valley Tek en la alternativa Northampton, a veinticinco minutos de Macopee. La tienda era un lugar de apariencia apacible, pero exigente. El apego de los clientes a sus ordenadores era primario y urgente. Entraban corriendo con sus portátiles como quien entra en el veterinario con su animal herido o enfermo en brazos.

–¿Cuál es el problema? –preguntaba Cory con amabilidad.

–¡Se me ha estropeado! Justo cuando estaba con un trabajo importantísimo y urgente.

–¿Tiene copias de seguridad de todo?

–Recientes no. –Y a continuación, en tono defensivo–: No podía saber que se me iba a estropear.

–Vamos a ver.

Cory iba al taller de la parte trasera con aquella máquina dócil y colaboradora que no tenía ni voz ni voto. Su enfermedad consistía en eso, ser una máquina. Podías resucitarla unas cuantas veces, muchas incluso, pero sabías que con el tiempo el cliente tendría que abandonarla y reemplazarla y que tú lo ayudarías en la tarea.

A través de la tienda, Cory se familiarizó con la comunidad de juegos en línea, que, por supuesto, no era una única comunidad, sino un colectivo asombrosamente grande y amorfo de personas con husos horarios distintos y repartidas por todo el mundo que jugaban en sus casas de día y de noche. En ocasiones algunos compañeros de trabajo jugaban en equipo a Dota 2 desde sus respectivas casas. Y una vez a la semana, después del trabajo, los empleados de la tienda se reunían en el apartamento cercano de Logan Berryman, de treinta años de edad, quien, además de ser el jefe técnico de Valley Tek y programador, formaba parte de la nada insignificante comunidad de aficionados a la contradanza surgida alrededor de Pioneer Valley.

Logan y su novia vivían en el piso superior de una casa en la calle Fruit con sus violines, su gato y sus tarros de polen de abejas alineados con su brillo granuloso en la encimera de la cocina. El equipo de Valley Tek –Logan, Halley Beatty, Peter Wong y ahora Cory– se relajaba allí, bebía cerveza, se metía en la boca habas de soja sacadas directamente de las vainas peludas y jugaba a Counter-Strike durante un par de horas felices.

El mundo real, físico de Logan y de Jen, el mundo progresista de Northampton, Massachusetts, sede del Smith College, estaba compuesto de profesores universitarios, psiquiatras y varias parejas lesbianas, así como cafés y perros mestizos con bandanas y niños con aspecto de vagabundo, aunque la mitad de ellos eran hijos de profesores y psiquiatras: adolescentes desorientados que solo volvían a sus casas llenas de libros cuando era hora de irse a la cama. Era un mundo sexualmente ilustrado y

supuestamente igualitario. En el apartamento de Logan y de Jen, cuando se ponía el sol, las mujeres y los hombres jugaban con lujuria y libertad. Era como un sueño de igualdad de oportunidades, cuando Cory sabía que el mundo de los juegos en línea estaba repleto de odio extremo. Era un mundo en el que las mujeres eran objeto de insultos y amenazas constantes, una versión en miniatura del real. Cory había visto el tipo de diatribas analfabetas escritas por los *troles*: «QUIERO CORTARTE LA CABEZA Y ERES UNA PUTA». Como le había dicho Greer a Cory mucho tiempo atrás, después de conocer a Faith Frank y de empezar a interesarse por el feminismo: «Me repito a mí misma que las expresiones sobre cortar partes del cuerpo son otra manera de decir: "No sé qué hacer con esta rabia que siento"».

Cory se imaginó en aquel apartamento con Greer a su lado; vivirían esa excitación que produce saber que aquellas personas los consideraban una pareja. Tuvo el repentino pensamiento salido de ninguna parte de que, si Greer tenía pareja en Nueva York, alguien con quien salía o se acostaba de forma habitual o como se lo describiera ella a sí misma, quizá el tipo la había cortejado con historias sobre cómo combatía la misoginia. Sería una buena manera de acercarse a Greer. La idea parpadeó unos instantes en el interior de Cory y luego se apagó. A aquellas alturas no tenía modo de acercarse a ella, ni ella de acercarse a él. Cuanto más tiempo pasabas sin una persona, más divergían vuestros caminos. Cory apenas entendía cómo personas que no se habían conocido pronto en la vida podían ser pareja. Cuanto mayor te hacías, más peculiaridades específicas desarrollabas. Él necesitaría una mujer dispuesta a asimilar sus circunstancias. Después de todo, era un hombre adulto que vivía con su madre.

Cuando alguien le preguntaba a Cory dónde vivía, no decía: «Vivo con mi madre», una frase que podía sonar un poco a Norman Bates. Decía: «Vivo en casa». En el año 2014, con la economía casi recuperada, vivir en casa no significaba por fuerza vivir con tus padres.

Por las noches tenía que volver pronto para hacerle la cena a su madre y ayudarla a prepararse para irse a la cama, aunque por supuesto eso no se lo contaba a nadie. Los demás tal vez pensaran que tenía que ir a otro sitio, que había quedado con una mujer. Cory era un hombre guapo; eso lo sabía. Pero había pasado tiempo desde su última relación con una mujer. Que había sido nada menos que Kristin Vells. Kristin había sido durante tantos años una conocida que vivía en Woburn Road y en la que Cory había dejado de pensar como una mujer de carne y hueso. No era más que alguien respecto a quien Greer y él siempre se habían sentido superiores. Más o menos le habían adjudicado el papel de chica-tonta-que-vive-en-nuestra-misma-calle. Pero cuando Greer salió de su vida y Kristin seguía en casa de sus padres y trabajando en Pie Land, Cory empezó a pasarse por allí algunas tardes a última hora, cuando el día se hundía en una tristeza

violeta grisácea.

Entraba, se sentaba, se tomaba una porción de pizza y, si estaba Kristin, mantenían una conversación monosilábica que podía o no florecer y convertirse en polisilábica. Así estuvieron un tiempo. Un día Cory se quedó hasta la hora de cierre y después salieron juntos y caminaron por la calle con los cuerpos juntos, algo interesante por lo novedoso. Kristin Vells tenía un cuerpo bien formado que despedía una fragancia a masa igual que una brisa fresca que se escapa por una ventana abierta.

–¿Quieres venir a mi casa? –preguntó Cory a bocajarro a aquella mujer que había estado tres niveles de lectura por debajo de él. ¡La belleza de ser adulto es que los niveles de lectura dejaban de importar! O al menos no te protegían de nada. Podías estar en el grupo de lectura más alto del mundo, ser el puma alfa entre los pumas y eso no te protegía de que tu hermano muriera, de que tu padre se marchara de casa o de que la persona a la que querías dejara de estar en tu vida.

Aquella fue la primera vez que Kristin entró en casa de Cory, a pesar de haber vivido tanto tiempo en la misma manzana. Cory recordó el primer día que había ido Greer, casi dos décadas atrás. Entrar en casa de una persona era como entrar en su cuerpo. Veías de qué estaba hecha y lo que se había estado cociendo en ella todo aquel tiempo.

Cuando llegó con Kristin, su madre estaba delante del televisor.

–Mamá, ¿necesitas algo? –le preguntó, y ella levantó la vista desde la butaca reclinable en la que a menudo se sentaba durante el día.

–Nada, Cory –dijo, pero miró a Kristin incómoda, con los ojos cerrados–. ¿Quién es esa chica?

–Soy Kristin, vivo en esta calle –saludó Kristin–. Los Vells.

–¿La casa con gnomos en el jardín?

–Esa. Pero ya no los tenemos. Alguien los robó hace mucho.

Cory subió a Kristin a su cuarto y cerró la puerta. Estar allí con ella lo obligó a compararla con Greer. Era una mujer de sustitución, un modelo mucho menos interesante, pero una mujer al fin y al cabo, fragante y femenina, alguien que sabía cómo era la vida en Macopee y que no cuestionaría la elección de Cory de «vivir de esa manera». Además, tenía una boca sensual, con el labio inferior partido en dos pequeñas almohadillas. Se fumaron un porro, la única manera de gestionar aquella situación. La hierba se había convertido en un condimento de la vida de Cory poco después de sus breves incursiones en la heroína con su primo Sab. Fumar un porro le mitigaba el dolor, mientras que la heroína se lo arrancaba de cuajo, y por tanto era algo que debía evitar para siempre.

Así que Cory y Kristin fumaron juntos y, a continuación, este levantó la vista y la vio inclinada sobre él como una grúa de construcción. Subió despacio a su encuentro y sus caras chocaron. Cuando Kristin abrió la boca, olía a humo y a óxido, como si sangrara por alguna parte. Mientras

besaba a Kristin Vells, Cory cayó en la cuenta de que el deseo sexual tenía distintas intensidades, concentraciones más o menos altas, pero, más allá de eso, el cuerpo no juzgaba a quién se estaba besando. Hacía demasiado tiempo que no besaba a nadie.

–Menudo repollo eras de pequeño, joder –dijo Kristin cuando terminaron de besarse y se separaron para mirarse–. Siempre hecho un pincel. ¿Te planchaba tu mamá las camisas? Siempre tan pulcro, tan limpio. El niñito de su mamá.

–Pues sí. Y ahora le plancho yo la ropa a ella. *Quid pro quo*.

–¿Cómo?

–Nada.

A Cory no se le ocurría ningún otro tema de conversación, así que, en lugar de hablar, se colocó encima de ella haciendo uso de toda la fuerza y el interés de que consiguió hacer acopio.

Estuvieron enrollados un mes entero, del cual pasaron una asombrosa cantidad de horas fumando hierba y tumbados en la cama. Un día en que estaban así, de pronto la habitación se inundó de luz y se oyó un *¡cataplún!* y cuando Cory levantó la vista vio la figura chata de su madre en el umbral.

–Estoy estreñida –anunció Benedita.

–Joder, no me lo puedo creer –murmuró Kristin.

–Cory, ¿me buscas el Dulcolax? No lo encuentro por ninguna parte.

–Sí, mamá, espera un momento –dijo Cory.

Su madre se retiró arrastrando los pies. Con los años había empezado a arrastrar los pies; a aquellas alturas Cory se había acostumbrado de tal modo al sonido de sus zapatillas violeta en los suelos de la casa que casi lo reconfortaba, como un fuego crepitando en la chimenea. Pero Kristin miró a Cory con furia territorial y Cory la absorbió y se puso furioso a su vez porque él no era propiedad de Kristin y ¿cómo podía esta siquiera pensar que era así?

–Me parece asqueroso que tu madre te cuente esas intimidades –dijo.

–Bueno, no tiene a nadie más a quien contárselas.

–Yo también vivo con mi madre, pero no me cuenta una mierda. Como debe ser.

Cory se encogió de hombros y deseó que se marchara. Cuidar de su madre se había convertido en parte de su trabajo, de su manera de ser. Le organizaba la vida de manera que no fuera más dolorosa de lo necesario. No quería que Kristin se entrometiera en esa parte de él; se suponía que tenía que ignorarla, no hacer comentarios sobre ella. Y sin embargo allí estaba, quejándose, señalándola, brindando su opinión, y ahora lo poco que había tenido Kristin Vells de erótico –el tatuaje diminuto de una caseta de perro en el tobillo, el pelo cuidado y la boca dispuesta– le inspiró repulsión. A Cory había dejado de interesarle todo lo relacionado con ella

porque se había extralimitado y había insultado a su madre. O, peor aún, los había insultado a su madre y a él. Lo que eran el uno para el otro. No, lo había insultado solo a él.

–Kristin, voy a levantarme, que tengo lío –dijo.

Cuando estaba con Kristin se sorprendía hablando como una persona que no era: «Tener lío. Pirarse».

–¿Qué pasa, Cory? ¿Te has cabreado porque me ha dado asco lo de tu madre y el estreñimiento?

–Más o menos.

–Que te den, Pinto.

–Pues muy bien, te agradezco tus muestras de cariño.

Se levantó y encontró sus pantalones, luego la camisa y nunca se había alegrado tanto de estar vestido. En cambio, Kristin no se movió. Siguió tumbada en la cama, tomándose su tiempo. Se fumó un pitillo, cogió el mando para ver qué ponían en la televisión y se decidió por un capítulo viejo de *Chico conoce el mundo*, el programa al que Cory debía su nombre. Siendo niño había visto muchas veces aquel episodio, en el que Cory se niega a actuar en la función escolar de *Hamlet* al enterarse de que tiene que llevar mallas, y había disfrutado absorbiendo su naturaleza tan americana. Ahora en cambio deseó poder cambiar el nombre de Cory por el de Duarte; estaba dispuesto a llamarse así excepto por el hecho de que Duarte era también su padre y eso le despertaba unos sentimientos muy distintos. Kristin cogió el mando a distancia y subió el volumen. Cory supo que tenía la intención de ver el capítulo entero.

«Tú no tengas prisa, Kristin», pensó, y se fue a buscar el Dulcolax. Estaba justo donde lo había visualizado: en el estante del baño, medio escondido por un frasco añejo y empañado de algo llamado Tónico Gran Naté para después del baño. Cogió el Dulcolax y se lo llevó a su madre.

Después de que Kristin se marchara ese día, se convirtieron en enemigos tácitos. Cuando se cruzaba con ella por la calle de camino a Pie Land, Cory la saludaba con la mano de mala gana, pero ella se limitaba a emitir un sonido gutural que venía a decir algo tipo: «¿De qué vas?», y a seguir su camino. Pronto Cory dejó de saludar. Ahora no solo se había quedado sin Greer, también sin Kristin.

A medida que se esfumaba el tiempo, además de cuidar de su madre y de limpiar dos de las casas que antes limpiaba ella, empezó a estudiar por su cuenta todo lo que encontró sobre reparación de ordenadores y diseño de videojuegos. Cory era un buen estudiante y en Valley Tek de Northampton lo habían contratado y formado y pronto se hizo experto, con un talento natural para encontrar los puntos débiles de las distintas máquinas. Se sentía a gusto en aquel reducido espacio, seguro y minimalista y rodeado de sus compañeros de trabajo. De noche volvía a casa, limpiaba y hacía la cena y luego jugaba a videojuegos sentado con las

piernas cruzadas en la cama de Alby, con Slowly cerca. Al cabo de pocos meses Cory empezó a relacionarse con los jugadores de la tienda. En concreto, Logan estaba pendiente de él y parecía querer protegerlo. A menudo lo animaba a proponer ideas para juegos, que él podría diseñar. Cory lo había intentado.

Después de una velada en casa de Logan y de Jen, el primero salió a despedir a Cory y, en el porche, le dijo:

–¿Tienes algo?

–Más o menos.

–Vale, me lo tomaré como un sí. Yo también estoy trabajando en un juego –dijo Logan–. Me encanta construir sistemas y la mecánica de los juegos. Aunque tú de eso no tendrías que preocuparte, porque lo haría yo. La cosa es que he encontrado un posible inversor a través de unos amigos. Vive en Newton y el miércoles por la noche viene a hablar de ello.

–¿A qué se dedica?

–Es un cirujano maxilofacial con mucho dinero. Jugador, pero dice que no tiene ninguna imaginación y que quiere participar en esto. Le gusta pensar en juegos *indie* como si fueran piezas de arte. Considera que recuperar su inversión ya sería un éxito. He quedado con él en Hops, el bar de cervezas artesanas en Masonic. Si quieres, puedes venir y presentarle también tu idea.

–Huy, para eso no estoy preparado aún –dijo Cory.

–Tienes hasta el miércoles. Me da que para entonces sí lo estarás.

Así que después del trabajo Cory se sentó a la mesa del cuarto de estar, con su madre enfrente, sentada también y tranquila. Empezó a escribir en uno de los cuadernos de Alby notas legibles para el juego que había estado formulando los últimos días, aunque en realidad lo llevaba formulando mucho tiempo. Llegado el miércoles, cruzó el umbral del atestado local de paredes de madera lacada Hops, en el centro de Northampton. Siempre le ponía nervioso ir a establecimientos de moda porque le recordaban lo que había tenido, aunque fuera por poco tiempo: la riqueza que lo había rodeado en Princeton y después en Manila, antes de que renunciara a todo.

El doctor William Cronish era un cirujano oral y maxilofacial de treinta y cinco años y mentón torcido deseoso de pasar por un aristócrata.

–De niño fui más o menos gótico y me obsesionaban los juegos no convencionales. Pero mi padre y mi abuelo eran dentistas y, cuando llegó el momento de decidir lo que iba a ser en la vida, me empujaron en su misma dirección, porque nada de lo que me interesaba me servía para ganar un sueldo. Así que ahora tengo una consulta que va estupendamente, pero sigo pensando en mi otra faceta. Me encantaría estar en la fase preliminar de un juego chulo. No busco hacerme rico; en ese aspecto ya me va muy bien. Pero tengo muchas ganas de oír lo que tenéis que contarme.

Logan fue el primero en hacer su presentación:

–CazaDeBrujas –dijo despacio dejando que cada palabra hiciera efecto–: es un juego de rol. El avatar es una chica de Salem en 1692. Una chica normal y corriente. Una adolescente con una toca.

–¿Tiene que ser una chica? –preguntó Cronish–. ¿No podría ser un aldeano?

–En las aldeas también vivían chicas –señaló Cory.

–Cierto –dijo Logan–. Déjame que te explique cómo se generarían los entornos.

Cronish levantó una mano.

–¿Sabes? –dijo–. Vamos a dejarlo aquí. Ya de entrada me resulta un poco convencional. Y además ya ha habido varios juegos relacionados con Salem. Y, como te he dicho, lo que busco sobre todo es arte. –La mirada del cirujano maxilofacial se fijó en Cory y preguntó, con poco entusiasmo–: ¿Crees que tu idea se ajusta algo más a lo que busco?

Cory no quería parecer mejor que Logan, que había sido tan amable con él, aunque fuera una amabilidad fruto de la lástima. («¿No podrías echarle una mano a ese chico tan majo, Cory Pinto?», se imaginaba a Jen diciéndole a Logan con tono quejumbroso en la cocina, delante de una cena locávora.)

–Logan y yo trabajamos juntos –dijo–. La idea fue mía y la he escrito yo, pero él es el diseñador y el programador. Yo de esas cosas no entiendo nada.

Logan dijo:

–Le puedo explicar lo que tengo pensado para el juego. Cuando oiga lo que le va a contar Cory es posible que piense: «¿Cómo se puede hacer eso dada la cantidad de entornos que habría que crear», pero…

–Espera –dijo Cronish–. A eso ya llegaremos. Puede. –A Cory le dijo–: Pero primero explícame cómo lo ves tú.

Así que Cory empezó a explicar su «idea», no de la manera que había imaginado que los desarrolladores de juegos presentan sus ideas, solo tal y como la veía él.

–¿Y si estuvieras buscando a un ser querido, que ha muerto? –dijo Cory en voz baja a los dos hombres–. Y aunque supieras que ese ser querido está muerto y que, por tanto, tu búsqueda es inútil, necesitas hacerla, quiero decir que crees en ella desde el punto de vista intelectual, pero en el fondo de tu corazón no. Sin ni siquiera ser consciente de ello, estás siempre buscando a tu ser querido, en tus sueños, en otras personas, en un ciclo interminable de nostalgia, quizá incluso mediante drogas, quizá también mediante breves e interesantes encuentros sexuales con personas con las que nunca se te habría ocurrido tener relaciones sexuales. Por los medios que sea.

»Pero no funciona. Nunca lo hace. ¿Cómo va a funcionar? Tu ser

querido está muerto. Su cuerpo ha dejado de funcionar, su corazón ha dejado de latir, a su cerebro ya no llega sangre. No hay manera de que pueda existir. Pero en la versión del juego, en nuestra versión, que por el momento he llamado BuscaAlmas, hay una posibilidad real de encontrarlo…

Hizo una pausa, pero ninguno de los dos hombres lo interrumpió ni le hizo preguntas. Tampoco asintieron con la cabeza ni reaccionaron de manera alguna, por lo que a Cory le resultaba imposible saber si aquello estaba siendo un desastre o un éxito. Siguió hablando porque no podía hacer otra cosa.

–Claro que conseguirlo será muy, muy difícil –dijo–. Casi ningún jugador podrá. Ese será parte del atractivo. La mayoría de las personas que compren el juego no llegarán a experimentar lo que esperan experimentar. Pero, de vez en cuando, unos pocos sí lo harán.

»La gente querrá saber "¿cómo lo has conseguido?", "¿cómo encontraste a tu ser querido?". Pero no habrá respuesta fácil. Tiene que ser un juego con un funcionamiento muy… emocional e intuitivo. Pero también ilógico. Quienes logren encontrar a sus muertos se harán famosos en el mundillo de los juegos porque demostrarán que, de alguna manera, se puede conseguir. Pero hace falta esforzarse mucho y durante mucho tiempo para encontrar a la persona que perdiste, y llegará un momento en que quizá puedas transformar esa nostalgia en habilidad. Por supuesto, el *software* de casi ningún modo individual tendrá la opción de localizar a la persona muerta. Pero alguno sí lo tendrá y, si resulta que es el tuyo, será como tener uno de los boletos dorados de Willy Wonka. No lo sabrás hasta que lleves meses y meses jugando. E incluso si te ha tocado, tendrás que conseguir llegar al final del juego para encontrar a tu ser querido.

–¿De dónde sacaste la idea? –preguntó Cronish con una voz que no dejaba traslucir nada.

Cory no había planeado hablar de ello, pero dijo con rigidez:

–Mi hermano pequeño murió. Lo atropelló un coche y fue lo peor que le ha pasado nunca a mi familia. Algo que no me quito de la cabeza –dijo Cory, hablando deprisa y sin hacer una pausa que permitiera a su interlocutor decir, como es costumbre, «Lo siento mucho»– es que cualquier cosa puede pasar en cualquier momento. Y esa no es una mala filosofía si quieres diseñar videojuegos. La clave de muchos de ellos, al menos a los que jugamos Logan y yo, es el elemento sorpresa, ¿no? La roca que se desprende. El rayo. La emboscada. Te preparan para las rocas desprendidas, los rayos y las emboscadas que son… las florituras que adornan el hecho de estar vivo.

¿De dónde salían aquellas palabras? Cory lo supo enseguida. Salían de la elocuencia de Armitage & Rist, de su breve etapa allí. Pero luego había habido un cambio de rumbo. Un cambio de rumbo drástico y cruel del que

había salido transformado en una persona distinta. Ya no sería consultor. Ya no llegaría nunca a socio de una compañía de microfinanzas.

–Cuando se nos muere alguien cercano, decimos que lo hemos perdido –dijo Cory–. Mi familia perdió a Alby. Es como lo siento yo; como si tuviera que estar en alguna parte. No puede no estar en alguna parte; es absurdo.

Cory buscó en su mochila, sacó con cuidado el cuaderno de Alby y lo dejó encima de la mesa, algo preocupado porque la superficie de esta estaba húmeda.

–He tomado muchas notas –dijo–. Si quiere, puede echarle un vistazo aquí, pero no puedo dejárselo porque era de mi hermano.

Cronish empezó a pasar las páginas como si estudiara la radiografía de la mandíbula de un paciente. Estuvo mucho tiempo callado. Tanto que Logan se levantó, fue al rincón donde estaban los dardos y se puso a jugar.

Cory se unió a él y le susurró:

–CazaDeBrujas me ha gustado mucho. Es un juego al que me encantaría jugar.

–No te preocupes, tío –dijo Logan, un hombre de gran estatura que tenía ahora toda su concentración y su energía puestas en formar una pinza con los dedos.

Al cabo de un rato, Cronish se reunió con ellos, llevaba el cuaderno de Alby en la mano.

–Te entiendo –le dijo a Cory–. Mi abuelo murió de un ictus cuando yo tenía diecinueve años y me rompió el corazón. Haría lo que fuera por encontrarlo, por enseñarle en lo que me he convertido.

Le brillaban los ojos de la emoción.

Volvieron al reservado y hablaron un rato más, entrando en algunos detalles del juego. Cada jugador podría personalizar un «alma perdida». Habría muchas opciones para ello, no solo de género, raza y edad, también rasgos especiales de personalidad y aficiones. Y habría una escena, la primera vez que se jugaba, en la que el jugador interactúa con ese ser querido que, a esas alturas del juego, aún no ha muerto.

–Así que el juego más o menos se divide en «antes» y «después» de la muerte –dijo Cronish–. ¿Es eso?

Cory asintió con la cabeza.

–La escena de la muerte no se enseña, porque entonces el juego iría de eso y no queremos. Además, resultaría convencional, por no decir demasiado explícito. El jugador se sumerge en recuerdos a los que puede volver en cualquier momento con la función Álbum de recortes, pero lo fundamental del juego es la búsqueda de esa alma perdida. La búsqueda te lleva por todo el mundo, si es donde uno elige buscar. O se puede centrar en una única región geográfica siguiendo una corazonada. O incluso, no sé, en un ático.

–Es un concepto muy extraño –dijo Cronish–, pero también ambicioso.

Hacía mucho que nadie usaba la palabra «ambicioso» para describir algo que hacía Cory, cuando antes la oía todo el tiempo, referida a Greer y a él: y ellos también la habían usado a menudo para hablar de sí mismos.

–La pregunta es, claro –dijo Cronish–, y aquí es donde entras tú, Logan: ¿se puede hacer?

Logan dejó su vaso de cerveza en la mesa y dijo:

–Lo voy a explicar en términos sencillos. Llamaríamos a un diseñador de entornos, quizá a dos. Estoy bastante seguro de que podremos hacer una buena cantidad de entornos con relativamente pocas manzanas de edificios. Lo que me interesa es generar sistemas que enseñen al ordenador a hacer cosas chulas. Creo que así podría funcionar. Cory escribiría un metatexto que pudiera adaptarse para jugadores distintos. Incluiría mensajes gnómicos que se interpretarían de manera diferente en función de quién los leyera.

–Me da la impresión de que va a tener un punto de teatro inmersivo –dijo Cronish–, lo que me interesa mucho. De hecho, ¿os gustaría venir a Nueva York algún día para ver algún montaje de teatro inmersivo? En Roosevelt Island está ahora en cartel *La montaña mágica* y he oído que la producción es excelente.

Cory pensó enseguida en la reciente invitación de Greer. «Puedes quedarte en mi casa», había dicho, y Cory había vibrado de placer. Claro que igual le resultaba demasiado triste estar en casa de Greer en Brooklyn, donde se suponía que tenía que vivir él también y que no conocía, a pesar de los años transcurridos.

Aunque al parecer tenía un inversor, eso no significaba que Cory fuera a tener «éxito», una palabra cuyo significado variaba en gran medida según el contexto. ¿Era tener éxito encontrar un inversor para un videojuego o hacía falta que jugara a él mucha gente? ¿Te considerarían exitoso las personas que opinaban que los videojuegos eran una manera tonta de perder el tiempo y en parte culpables de la muerte de la lectura y del fracaso de la civilización?

A Cory no le importaba demasiado tener o no éxito. Pero cuando el diseño del juego empezó a ocupar gran parte de su vida, llegaron otros cambios. Una noche que estaba en casa de Logan y de Jen, su compañera de trabajo Halley Beatty lo miró y le sonrió de manera distinta.

–¿Quieres venir luego a mi casa? –susurró.

Halley era inusualmente pálida y pecosa; tenía pecas hasta en los párpados, reparó Cory una vez en la cama con ella en el chalé que tenía alquilado en Greenfield.

Aquí no había hostilidad, como la había habido con Kristin Vells. Ni sensación de estar perdiendo el tiempo, el tictac de un reloj cada vez más audible en la habitación. Después de morir Alby, Cory se había dado un

atracón de pornografía, algo que no hacía desde tiempo atrás. La pornografía, que siempre tenía algo de identificable, tan satisfactorio y accesible y asqueroso como un paquete caliente de comida para llevar de la ventanilla de pedidos de Wendy's.

Mientras se hacía una paja en secreto en su habitación, con su madre cerca, como si volviera a ser adolescente, miraba una imagen en su portátil sin dejar de pensar: «A esta mujer no le gusto. A esta actriz porno no le intereso, es posible que hasta me desprecie un poco». Claro que eso no lo disuadía. A lo largo de su vida había tenido unos cuantos rollos. Los primeros –Clove Wilberson, luego Kristin– le habían hecho sentirse mal consigo mismo; el último, con Halley, le hacía sentirse más ágil, más despierto, le recordaba que esa colección de partes que transportaba de un lado a otro aún formaba, puestas juntas, el cuerpo de un hombre joven.

Una mañana de jueves en que Cory tenía que ir a la casa de la profesora Elaine Newman, su madre se reunió con él en la cocina, vestida para salir.

–¿Puedo ir contigo? –dijo.

–¿Cómo dices?

–Que si puedo ir a casa de la profesora. Hace mucho que no voy, igual puedo echarte una mano.

Cory no quiso que se le notara la sorpresa. Aunque su madre había dejado de pellizcarse los brazos y de decir que veía a Alby, hacía años de la última vez que había querido ir a algún sitio o hacer alguna cosa, y había perdido la esperanza de que la situación cambiara.

–Claro –dijo–. Las cosas de limpieza las tengo allí.

Hicieron el viaje en coche en silencio y, cuando Cory abrió la puerta de la casa de los Newman, su madre miró a su alrededor e inspeccionó las habitaciones. Pasó un dedo por la superficie del banco del recibidor y, cuando salió limpio, miró a Cory con aprobación.

–Muy bien –dijo–. ¿Usas Pledge y no la marca barata? –Cory asintió–. Haces bien. Limpia mejor.

Después de que su madre volviera a ver las habitaciones que limpiaba en su vida anterior, Cory sacó el cubo con las cosas de limpieza del armario de la entrada, le dio a su madre unos guantes de goma y se pusieron a trabajar.

Hacía mucho tiempo que no veía a Benedita interesarse o tomar decisiones o distraerse de su dolor; hacía mucho tiempo también que no la veía hacer nada físico. Y sin embargo allí estaba, a cuatro patas en la cocina de la profesora Newman, fregando los azulejos que antes fregaba cada semana. Uno podía decir que limpiar la casa de otra persona era un trabajo de mierda. Que era asqueroso verse envuelto en los usos y costumbres de otros, encontrar trozos de uñas de las manos y de los pies, y pequeños nidos de pelo y tubos a medio empezar de pomada de cortisona

o incluso de lubricante, pruebas de una vida en la que en realidad no querías pensar.

Pero también podías decir que era trabajo. Y que trabajar era admirable, aunque fuera en algo duro y poco atractivo o mal visto, o escandalosamente mal pagado casi siempre, en especial si eras mujer, tal y como solía recordarle Greer. Pero a su madre aquel trabajo no la degradaba. Era posible que en otro tiempo no le gustara, pero ahora la consolaba y revivía. Aquella mañana le enseñó varios trucos a Cory: a usar vinagre de manzana de muchas maneras inteligentes. A doblar una sábana ajustable de manera que no se arrugara al guardarla en el armario. Abrieron las ventanas de guillotina de la casa y dejaron que circulara el aire.

–Se te da muy bien esto –comentó Benedita.

Aquel fue el día que su madre empezó a mejorar. Cory lo supo entonces y más adelante, al echar la vista atrás, estuvo seguro. Trabajar estimulaba a cualquiera, pero para su madre era como una bebida vitaminada. Por lo menos, y puesto que había dejado de hacerlo después de la muerte de Alby, el trabajo era ahora una medida de su recuperación. Si podías volver a trabajar, con independencia de en qué, es que estabas mejor.

La vez siguiente quiso acompañarlo, y la siguiente también. Mientras trabajaban en silencio codo con codo, quitando el polvo de los libros de historia de Elaine Newman y fregándole los suelos con limpiador para madera Bona, envueltos en aromas artificiales, Cory observó a su madre salir del pozo. No quería meterle prisa; ni siquiera le preguntaba si quería acompañarlo cada semana. Pero pronto se limitó a esperarla cuando llegaba el momento de irse, vestida con las ropas que usaba para ir a limpiar casas: una camisa vieja, pantalón de chándal y zapatillas deportivas.

Cory llegó a disfrutar de aquellas a salidas con su madre: el tranquilo viaje en coche y luego las horas en compañía en la casa victoriana, donde encendían el estéreo y escuchaban lo que hubiera por allí. A los Newman les gustaba Sondheim. Cuando oyó los versos: «¿No es genial? / Somos tal para cual», Cory pensó que sí, que eran tal para cual, Cory y Benedita Pinto. Se suponía que el hijo de inmigrantes tenía que hacerse mayor y llegar más lejos que sus padres, pero él estaba en el mismo nivel del escalafón que su madre. Tal para cual, sin duda.

Benedita siguió mejorando y empezó a tomar escrupulosamente su medicación. Un día que Cory la esperaba en el coche a que saliera de su visita a la trabajadora social, esta salió a la calle y le hizo un gesto para que entrara. Cory, sorprendido, fue y se sentó en el diminuto despacho de Lisa Henry, la persona corpulenta y paciente que había estado ocupándose de Benedita todos aquellos años.

–Tu madre y yo hemos pensado que hoy es un buen día para

comentarte algo –dijo Lisa–. Llevamos un tiempo hablando de la posibilidad de que tu madre sea más independiente.

La madre de Cory levantó la vista nerviosa, asintió con la cabeza y no dijo nada. Cory se dio cuenta de que le correspondía hablar a él.

–Vale –dijo–, me parece bien. La independencia siempre es buena. ¿De qué clase de independencia estamos hablando?

–Igual… –dijo su madre– podría irme a vivir con los tíos Maria y Joe.

–¿En Fall River?

–Tienen sitio, ahora que Sab no está.

En lo que constituía un pequeño milagro, el primo Sab había enderezado su vida con la ayuda de Narcóticos Anónimos y trabajaba de segundo chef en el Embers de Deerfield. Las manos que habían cortado y picado heroína y cocaína con pericia ahora acometían tareas tan serias como una *chiffonade* de albahaca o una *brunoise* de zanahoria, apio y cebolla. La mera idea de que Sab conociera esas palabras francesas era sorprendente. Sab se llevaba al trabajo su propio juego de cuchillos, un excelente Wüsthof y un preciado Shun que al llegar a casa guardaba en un armario, como si fueran armas de fuego. Unos meses antes se había casado con la repostera de Embers, una mujer mayor que él, divorciada, con dos hijas. La época de las incursiones en la heroína y venta de sustancias varias había terminado con los últimos vestigios de la adolescencia. Había sido afeitada, igual que un fino bozo juvenil, y Sab había empezado de cero.

–Tu tía lleva un tiempo hablando de ello con tu madre –dijo la trabajadora social–. Sabía que tu madre había empezado a ayudarte a limpiar en la casa de su antigua empleadora. Y que tiene la cabeza más clara, que le sienta bien la medicación y que está empezando a cuidarse sola. Todo parece ir a mejor.

–La verdad es que sí –dijo Cory, algo atónito–. Entonces, si se va –preguntó–, ¿qué pasa con la casa?

–Podríamos venderla –dijo Benedita–. Con un buen precio de salida.

Cory enseguida la miró:

–¿Quién te ha enseñado esa expresión?

–Tu madre llamó a Century 21 –explicó la trabajadora social.

–Y además –añadió Benedita con timidez– los jueves a las diez de la noche veo *¿Busca casa?*

Alrededor de Cory, y también bajo sus pies, no dejaban de pasar cosas. Aquello parecían arenas movedizas; Cory recordó cómo se había sentido la primera vez que esnifó heroína con su primo. El suelo se había reblandecido y hundido, lo mismo que ahora.

–¿Y qué pasa conmigo? –preguntó.

Lisa Henry le había leído el pensamiento.

–Cory –dijo–. ¿Te gustaría volver otro día para hablar de cómo os vais a organizar?

Cory miró a su madre.

–No quiero molestar –dijo.

Pero la trabajadora le hizo un gesto con la mano quitándole importancia. Así que la mañana siguiente volvió solo al despacho de Lisa Henry, titulada en trabajo social, pero no a hablar de organización, sino de su vida. La voz de Lisa Henry era tan amable que solo oírla casi le dieron ganas de llorar.

–Cory –le dijo–, ¿quieres contarme cómo llevas la noticia de los planes de tu madre?

De pronto y sin esperárselo, se enfadó con ella por su dulzura y su amabilidad, que le hacían sentirse repentinamente tembloroso y sensible. No sabía si aquella mujer era madre, si tenía hijos pequeños o si al ser terapeuta se había acostumbrado a hablar así a todo el mundo, a tratar a sus pacientes como los niños que habían sido una vez. Con su gigantesca estatura, a sus veintiséis años y sentado en una silla demasiado pequeña, Cory se sintió casi superado por sus sentimientos.

–Imagino que estás desbordado. Pusiste tu vida patas arriba después del accidente y ahora es posible que tengas que volver a hacerlo.

No fue tanto lo que decía la trabajadora lo que le puso un nudo en la garganta, sino el hecho de que se tomara el tiempo y el interés en decírselo, con la cabeza ladeada en señal de preocupación. Llamándole Cory. Oyó su voz como desde una gran distancia. «Cory –repetía–, ¿Cory?» Era como si alguien lo llamara desde un jardín trasero a tres casas de la suya. De pronto añoró su infancia, que ocupaba su propio jardín trasero en lo profundo de su ser. Pero entonces se dio cuenta, mientras la terapeuta seguía hablándole, de que lo que añoraba no era la infancia, ni ser un niño, sino estar cerca de una mujer. Eso era lo que le faltaba.

Recordó la primera vez que había pasado los dedos entre el pelo de Greer cuando los dos tenían diecisiete años. Su suavidad lo había asombrado. Era como tocar una sustancia etérea, herbácea. El pelo de las chicas debía de pesar menos que el de los chicos; tenía que haber una distinción científica. También los pechos de Greer eran de una suavidad sobrenatural. Por no hablar de su piel ni de su boca. Pero su suavidad no era solo tangible: también estaba en su voz. Por muy alto que hablara, la voz de Cory siempre era más fuerte. Si echaban un pulso, siempre ganaba él, pero Greer no era débil. Las chicas no eran débiles. En ocasiones tenían algo de blandura, pero no siempre. Y fuera lo que fuera, complementaba lo que tenía Cory.

Pero cuando Cory rompió con Greer fue como si ella se convirtiera en un trozo de alambre retorcido. ¿Dónde estaban los atributos que tanto le habían gustado de ella? Algunos los había asimilado él. Porque todo el mundo era blando y duro, por supuesto. Huesos y carne. Pero las mujeres reclamaban para sí la provincia de la blandura, lo que dejaba fuera a los

hombres. Quizá era más fácil decir que te gustaba esa cualidad de las mujeres. Cuando en realidad era posible que desearas tenerla tú.

Cory sacó un klínex detrás de otro de un portapañuelos metálico pintado color oro. Qué objeto tan triste, diseñado para disfrazar pañuelos de papel, algo que los clientes de Lisa Henry necesitaban con frecuencia. Seguro que en cuanto se sentaban frente a ella se convertían en un desecho emocional, se ablandaban y eso les hacía llorar. Cory se sonó con más fuerza la nariz en un intento por recuperar el control. El graznido resultante fue cualquier cosa menos suave.

–Me parece que no estás acostumbrado a hablar de ti –dijo la trabajadora.

–No, no lo estoy. He perdido la costumbre.

–¿Y eso por qué?

Cory se encogió de hombros.

–Una ruptura. Pero fue hace mucho tiempo.

La trabajadora cerró los ojos y los abrió; Cory enseguida pensó en Slowly, que hacía a menudo ese gesto. ¿Estaría Slowly muy concentrado en algo en esos momentos, o solo a la deriva en el espacio-tiempo reptil?

–No sé si el paso del tiempo trae siempre consigo la aceptación –dijo Lisa–. ¿Sigues pensando en esa persona?

–Sí. Se llama Greer.

–Greer era alguien con quien hablabas de ti, es decir, de tus sentimientos. Y ahora has perdido eso.

–Sí. Eso y todo lo demás.

La palabra «perdido» le hizo pensar en BuscaAlmas. Pero no encontraría a Alby. Jamás. A Greer la había perdido de una manera más corriente: una ruptura. La gente rara vez se refería a una ruptura como algo trágico; las rupturas formaban parte de la vida. Pero cuando rompías con una persona podías buscarla en todas partes y era posible que la encontraras físicamente, claro que, aunque fuera la misma persona, ya no era para ti, no era tuya. La desaparición del amor era una clase de muerte. Estaba claro que Lisa Henry lo entendía. Lo miraba con una expresión compasiva, como si pensara que lo habían atravesado con mil flechas.

Se había terminado el tiempo. Lisa Henry se puso de pie, ambos se saludaron con una inclinación de cabeza y a continuación ella abrió la puerta. Aquella única sesión había bastado, supo Cory. Había sido útil, pero suficiente. Cory salió a la calle, donde la tarde empezaba a marcharse, aunque daba la impresión de que alguien le había sacado brillo mientras él estaba bajo techo. *«Chico conoce el mundo»,* pensó, y se dirigió a su coche.

Catorce

El día, si no tenías trabajo, no era algo que apurar, sino que disfrutar. Greer, desempleada, encontró rincones soleados y pequeños remolinos de viento y también un café en Brooklyn con una buena combinación de cháchara y tranquilidad. En todos esos lugares se sentaba a leer como cuando era niña y no tenía otra cosa que hacer, ningún sitio al que ir y nadie que la estuviera buscando. Leía con «abandono», podría quizá decirse, aunque cuando leías un libro no abandonabas nada, más bien lo hacías tuyo. Leyó a Jane Austen y también *Jane Eyre*, las dos Jane que una vez Zee había confundido. Leyó una novela francesa contemporánea cuyos personajes eran seres desesperados y que no tenía guiones de diálogo, solo unas rayitas que la hicieron sentirse desconcertada, pero también muy francesa.

Pasaba horas en el café, sin prisa, y pensaba en cómo siempre se había preguntado quiénes serían esas personas que estaban en los cafés en pleno día. Ahora ya lo sabía; algunas eran como ella, personas sin trabajo, perdidas. Se sentía muy rara. Tenía dinero suficiente para vivir un par de meses, así que no necesitaba trabajar de inmediato. Había dejado atrás Loci y, sobre todo, a Faith Frank. A Zee solo la había dejado atrás a medias; en los últimos días se habían intercambiado algunos correos electrónicos en los que Greer había intentado postrarse una vez más, al principio en serio, luego con humor, y Zee le había devuelto unas pocas líneas, divertida, así que parecía que empezaba el deshielo.

Una tarde en que estaba en casa, dormitando en el sofá, llamó Cory.

–Greer –dijo–. Soy Cory Pinto.

–¿Y qué otro Cory ibas a ser?

–Igual conoces a otro –dijo Cory–. Es posible. ¿Te acuerdas de que me dijiste que podía quedarme contigo si alguna vez iba a Nueva York?

–Claro.

–Puedes echarte atrás, si quieres. Pero voy a ir a ver una obra. Teatro inmersivo. Nuestro inversor quiere que la vea y me ha sacado una entrada. Había pensado en quedarme dos noches, si te viene bien.

Cory condujo desde Macopee y llegó el jueves por la noche con una mochila. Se dieron un abrazo incómodo en la puerta. Greer pidió enseguida comida del restaurante tailandés, consciente de que cenar los sacaría un rato de la extrañeza. Comieron en la mesita del salón. En la media luz, rodeados de envases para llevar, Cory le dio detalles del proceso lento y doloroso de creación del videojuego, de su colaboración con su amigo de Valley Tek, de los artistas que habían contratado para

diseñar los entornos y del inversor que lo pagaba todo.

–Puede que al final no salga –dijo Cory–. No es un juego nada convencional y además el mercado está sobresaturado. Pero no sé. ¿Te parezco odioso si digo que tengo cierta esperanza?

–No. Me parece genial –dijo Greer.

–Y en cuanto a mi madre, no pensé que mejoraría después de tanto tiempo, pero así ha sido. Creo que ya no me necesita tanto.

–Es estupendo. ¿Y cómo te cambia eso la vida?

–Eso mismo me pregunto yo –dijo Cory–. Pero voy a estar bien, Greer. No tienes que preocuparte.

–No me preocupo –dijo Greer, pero se acordó de que después de la muerte de Alby no había hecho otra cosa. Le había preocupado muchísimo que Cory se perdiera y también perderlo. Pero no se había perdido. Siempre sería de esas personas que se quedan y ayudan. Greer no había sido capaz de verlo entonces.

–Siento cómo me porté –dijo–. Contigo.

–Bueno, yo también. Quiero decir que siento cómo fui. –Cory sonrió–. Creo que no se puede tener una conversación más imprecisa y genérica que esta.

–Es muy raro –dijo Greer–. A veces estás dentro de tu vida, pero otras la recuerdas como si fueras un espectador. Es como ir atrás y adelante, atrás y adelante.

–Y luego te mueres.

Greer se rió un poco.

–Sí. Y luego te mueres.

–Oye, vi tu discurso –dijo Cory de pronto.

–¿De verdad?

Greer se sorprendió, se puso nerviosa; el discurso circulaba por ahí, podía encontrarse.

–Estuviste muy bien –dijo Cory–. Me encanta saber que hablas en público.

–Con mi voz exterior, no interior –se apresuró a decir Greer. Y añadió–: En cualquier caso, eso se ha terminado. Lo de Loci.

Lo que Greer sentía al hablar de Loci, por encima y más allá de angustia y de ira, era un dolor extraño y reprimido. No podía compararse con el dolor de Cory, al lado de él era insignificante, pero aun así contaba. La pena que sentía Greer no era por el trabajo en sí; uno se recuperaba de haber perdido un trabajo. Quizá incluso daría otros discursos algún día, donde terminara trabajando, discursos pequeños tal vez, en una sala de juntas y delante de doce personas. Y era probable que hubiera más trabajos con el ingrediente añadido de hacerle sentir bien, y olor a sopa o a *mu shu* a mediodía, y compañeros que tenían días buenos y días bordes. Personas a las que le olía el aliento a café y hábitos que terminabas conociendo,

como si fuerais amantes y no solo personas que trabajan en el mismo sitio.

El dolor que salía a flote ahora, lo que ocurría a menudo cuando Greer pensaba en que había dejado su trabajo, era por Faith. Faith, que ni siquiera era para ella una persona en el pleno sentido de la palabra. Sacó fuerzas y se dijo: «Allá voy».

–¿Sabes el problema con Faith Frank? –le dijo a Cory–. ¿Lo que no me quito de la cabeza? Que no era exactamente mi amiga. Desde luego era mi jefa, pero eso no termina de describirla. ¿Qué era? Me encantaba lo que representaba. Yo también quería representar esas cosas. Y al final todo se fue al traste y se volvió en mi contra. Quizá tenía derecho a portarse así. Quizá, a pesar de ser Faith Frank, tiene derecho a tener un momento malo y a decirle algo feo a alguien. Pero no me gustó ser ese alguien. Yo le hice algo feo a Zee. –Cory la miró, sorprendido–. Sí –continuó Greer–, ya sé que no te esperabas algo así. Es como si no pudiéramos evitar hacer cosas a los demás. Estoy intentando arreglarlo con Zee, poco a poco. Algo he avanzado. Pero Faith… Cuando pienso en Faith algo horrible me oprime el pecho y tengo la impresión de que nunca me voy a recuperar.

–Lo harás –dijo Cory–. Y lo digo porque sé de lo que hablo.

Entonces se le escapó un bostezo y, avergonzado, trató de disimularlo.

–Estás cansado –dijo Greer.

–No, estoy bien. Podemos seguir charlando.

Greer fue al armario y le sacó una toalla.

–Toma –le dijo–. Te voy a hacer la cama en el sofá.

Cory se llevó su pequeño neceser al baño mientras Greer ponía sábanas al colchón del pequeño sofá-cama plegable. Era la época en que la mayoría de los sofás-cama se plegaban y desplegaban; una época en que las personas aún flotaban, sin terminar de aterrizar, y de vez en cuando todavía necesitaban un lugar donde pasar la noche. Salían adelante como podían, alojándose en casas de otros, improvisando. Muy pronto, sin embargo, el ritmo se aceleraría, la materia sólida de la vida haría su aparición. Muy pronto, los sofás-cama se quedarían plegados.

Cory salió del baño cuando Greer estaba extendiendo el edredón encima de las sábanas. Llevaba una camiseta que no le conocía, una camiseta para dormir, y olía a una crema de cuerpo o un jabón nuevos; había cambiado su rutina, pensó Greer con cierta tristeza, como si hubiera tenido que avisarla de los cambios. Pero por supuesto hacía ya mucho desde que uno veía los productos que usaba el otro. Lo privado y lo prosaico que, unidos, constituían la intimidad. Cory fue al sofá abierto y se tumbó, tenía que doblar su excesivamente largo cuerpo para caber; Greer oyó la protesta cansada de los muelles y apagó la luz y fue a tumbarse en su cama, al otro lado de la habitación.

Con las persianas bajadas, el apartamento estaba oscuro como boca de lobo y ninguno de los dos tenía ninguna reflexión más que hacer sobre sus

objetivos en la vida. Estaban ambos muy pendientes de sí mismos y el más mínimo ruido procedente de algún lugar de la habitación resultaba excesivo, podía sobresaltarlos. Ninguno quería asustar al otro, o cometer una equivocación, así que permanecieron en respetuoso silencio, como si fuera de noche y ellos, pacientes en el pabellón de un hospital.

–¿Estás bien? –preguntó Greer.

–Muy bien –dijo Cory–. Gracias por dejarme dormir aquí, cadete espacial.

Estaba tan oscuro que al principio Greer no lograba ver a Cory, solo oírlo cambiar de postura y volver a bostezar, la articulación de la mandíbula que se abría y se quedaba así, de forma involuntaria, para después cerrarse. Estaba allí, en alguna parte; era todo lo que Greer que sabía. Durante un rato no consiguió verlo, pero luego se le acostumbraron los ojos a la oscuridad y sí lo hizo.

Quince

Era una de esas fiestas en las que uno nunca encuentra su abrigo, lo que quizá no era tan malo, porque nadie quería salir al mundo, que había cambiado de manera pasmosa. Había transcurrido ya más de un año, pero nadie se acostumbraba, y las conversaciones de las fiestas giraban alrededor de cómo nadie lo había visto venir. No podían creerse lo que le había pasado al país. «El gran espanto», dijo una mujer alta, flaca e intensa, directora del departamento de marketing en línea de la editorial que daba la fiesta. Estaba recostada contra la pared en el pasillo, debajo de una colección de fotografías de Diane Airbus, rodeada de admiradores.

–Lo que más me escandaliza –dijo– es que es un hombre de la peor clase que existe, alguien con quien nunca querrías estar a solas porque sabes que es un peligro, y ahora lo han dejado a solas con todos nosotros.

Las mujeres y los dos hombres que formaban el corro rieron sombríos, dieron un trago a sus bebidas y callaron un instante. Se habían sucedido indignidades, ataques constantes contra todo lo que les importaba y se habían manifestado, organizado y protestado, pero también, como defensa, a menudo necesitaban entrar en modo de autoconsuelo. Para entonces llevaban años haciéndolo. Beber formaba parte del rito. Celebrar también era algo esencial y, en ocasiones, hasta justificado. Una vez más, la desesperanza dejaba claro lo valiosa que había sido siempre la lucha.

–Siempre he dado por hecho que habría algo de progreso seguido de un pequeño retroceso. Y luego progreso otra vez. Pero lo que han hecho es arrebatarnos la idea de progreso por completo y ¿quién lo habría imaginado? –vociferó la mujer.

Aquella noche celebraban que el libro de Greer Kadetsky *Voces exteriores* cumplía un año en las listas de los más vendidos. Un año que era como un dedo en el ojo del gran espanto. El libro, por supuesto, no el primero de su categoría, era un manifiesto enérgico y optimista que animaba a las mujeres a no tener miedo de hablar, aunque el título también jugaba con la idea de la otredad femenina.

Greer, ya con treinta y un años, había promocionado *Voces exteriores* en charlas por todo el país. Había visitado cárceles femeninas, corporaciones, universidades y bibliotecas, y escuelas públicas con gimnasios atestados de niñas pequeñas a las que había dicho: «¡Sacad vuestra voz exterior!». Las niñas habían mirado nerviosas a sus profesores, de pie, cerca de las paredes. «No pasa nada», les habían dicho los profesores moviendo los labios, y las niñas habían gritado y chillado, con timidez al principio, pero luego a pleno pulmón.

Voces exteriores recibía muchas críticas, claro está. No representaba a todas las mujeres, le decían a Greer. Muchas, la mayoría, tenían muchos menos privilegios y oportunidades que Greer Kadetsky en aquel momento. Pero también había mujeres y chicas de todo el país que le enviaban mensajes espontáneos, tiernos, emocionados a su página web y al foro de *Voces exteriores* diciéndole lo que había significado el libro para ellas. Se hablaba de crear una fundación, la Fundación Voces Exteriores, aunque no había nada concreto. El libro había animado a las mujeres a seguir resistiendo y alzando la voz. Y resistir y alzar la voz eran cosas urgentes.

Unos años antes, cuando empezó el gran espanto, antes de vivir con Cory y de que naciera Emilia, ya liberada de Loci, Greer había ido a la Marcha de las Mujeres en Washington. Se había manifestado con un grupo que llegaba al medio millón y se había sentido vigorosa, arrebolada, eufórica. Las endorfinas le habían subido por el flujo sanguíneo como globos de colores por el cielo abierto. La euforia, parte liberación de endorfinas, parte desesperación, le duró las cuatro horas y media de viaje de vuelta en un autobús recalentado y varias semanas más. Se había visto con Cory cada fin de semana en Brooklyn o en Macopee, donde este seguía viviendo mientras ayudaba a su madre a vender la casa y mudarse. Mientras tanto Greer había trabajado en un café, inhalando vapor, espuma y canela –«Tengo pulmones en rama», le había dicho a Zee–, y por las noches, en su tiempo libre, trabajaba en su libro.

Ahora había momentos en que Greer, abatida por el cansancio o el hastío ante el panorama de tener que repetir una y otra vez los mantras de su libro, se preguntaba si este, a pesar del éxito, no sería un poco ridículo. Porque una podía usar su voz exterior y gritar a voz en cuello, pero en ocasiones daba la impresión de no haber nadie escuchando.

Aquella noche, húmeda, brillante y fría, la editora Karen Nordquist daba una fiesta en su espectacular casa, que tenía un salón con techos de doble altura y una pared de libros con una escalera de mano. En algún momento Karen se había subido a la escalera para dedicar un brindis a Greer. Todos la miraron nerviosos mientras subía hasta arriba con un martini en la mano, pero era intrépida. Y cuando estuvo arriba los miró a todos y dijo, algo borracha:

–Anda. Le veo la raya del pelo a todo el mundo. Impecables. –Hubo risas–. Veo que a todos os importa mucho vuestro aspecto. Pero también veo algo mejor, que a todos os importa este libro increíble. Este fenómeno. Igual que a mí. ¡Greer, te queremos!

Desde abajo, Greer dijo, ufana:

–Yo también os quiero.

Pero entonces miró a su alrededor y se sintió desbordada. No de amor, aunque era cierto que quería a varias de las personas que estaban allí: a Cory, que tenía a Emilia en brazos, y a algunos buenos amigos, pero esto

era otra cosa. La abrumó la manera en que todos la miraban expectantes. Todos esperaban algo de los demás. Esperaban que alguien dijera algo que luego pudieran asumir y transformar en otra cosa. Una palabra podía ser recibida de cierta manera; a veces ni siquiera tenía que ser una palabra. Bastaba un gesto o el acto de escuchar. El libro de Greer era una plataforma más. Era alentadora y estimulante, pero, ella lo sabía, ni original ni brillante; una plataforma sin duda imperfecta. Y Greer no era una instigadora. No lo sería nunca.

–Voy a ser breve –dijo, y vio que algunos de los presentes ponían cara de alivio. Nadie quería que un escritor diera un discurso en la fiesta de celebración de su propio libro–. Vivimos un momento extraño. Un momento extraño que dura demasiado. Cada novedad que nos conmociona es eso, una conmoción. Pero no una sorpresa. El éxito de este libro cuando corren estos tiempos –dijo Greer– ha sido desconcertante. Pero también una alegría. Claro que mis tímpanos están sufriendo. Esta mañana he estado en un colegio con niñas de tercer curso y menudos pulmones tienen. –Hubo risas–. Yo nunca he sido de gritar –dijo Greer–. Eso ya lo sabéis. La verdad es que ya lo sabéis todo de mí. –A continuación, dijo–: Voy a leerlos un fragmento muy pequeño del libro. Un aperitivo.

Cogió el libro con su sobrecubierta brillante de una imagen ya famosa de una boca abierta y leyó durante un minuto y cuarenta segundos justos, y con eso terminó. Todos aplaudieron y regresaron a sus conversaciones preocupadas y a sus bebidas. Greer tenía la cara caliente, encendida como siempre que hablaba en público, incluso a aquellas alturas.

Cory se acercó, Emilia, abrazada a su cuello, tenía los ojos algo desorbitados. A sus quince meses no debía estar levantada tan tarde, pero ¿por qué no?; su madre llevaba un año entero en la lista de libros más vendidos. Emilia se había pasado la velada corriendo en círculos, casi desquiciada. Un rato antes había conseguido subir dos peldaños de la escalera de mano antes de que la canguro la cogiera del cuello y tirara de ella. Ahora la canguro, Kay Chung, una chica de dieciséis años que iba al instituto y vivía con su familia en Sheepshead Bay, estaba al otro lado de Cory con una mano en la cabeza de Emilia. Kay era menuda y compacta como una boca de incendios, vestía un grueso jersey nórdico y una faldita. Greer la había contratado por recomendación de una amiga, pero Kay había resultado maravillosa no solo con la niña, sino en un sentido más general. Era, tal y como se describía a sí misma sin ironía ni humor, radical en la mayoría de sus opiniones, pero sin que eso implicara que se ajustaran a ninguna ortodoxia.

–¿Qué quieres decir, exactamente? –le había preguntado Greer una noche de sábado. Cory y ella acababan de volver de una cena. Estaban en el vestíbulo de entrada de la casa de piedra rojiza en la que ahora vivían, esperando al coche que llevaría a la canguro a su casa.

–Supongo que soy una escéptica –dijo Kay. Ante la insistencia de Greer, intentó explicarse–. Quiero que sepas que me pareces genial, Greer, de verdad. Mis amigas y yo hemos leído tu libro y flipan con que sea tu canguro –dijo benevolente–. Sin duda deberíamos afirmarnos más en el mundo, eso está claro. Pero luego pienso en todo lo que han hecho y dicho las mujeres en la historia reciente y en que todavía seguimos en las cavernas. Y nuestras reacciones no bastan, porque el sistema es el mismo, ¿no?

No le estaba haciendo una pregunta a Greer, solo daba su opinión. Kay siempre estaba organizando algo en su instituto, participando en asambleas, minimanifestaciones y lo que ella llamaba «incendios por Twitter», en los que usaba un tono de tierra quemada por el que jamás pedía disculpas. Ni a ella ni a sus amigas les interesaba ser cabezas visibles, decía con desdén, líderes de una causa, como en el pasado. Estas figuras ya no eran necesarias, ni siquiera reales.

–No necesitamos poner a nadie en un pedestal –decía–. Todos pueden dirigir. Todos pueden unirse.

Brindaba estas opiniones como si fueran algo por completo nuevo; el placer y la ilusión en su voz eran estimulantes. Greer podría haberle dicho: «Sí, todo eso ya lo sé. Faith se lo decía a las mujeres en los años setenta». Pero no habría sido amable por su parte.

No debería haber jerarquía, explicó Kay, porque siempre terminaba alguien oprimido y eso ya había ocurrido demasiadas veces a lo largo de la historia y era innecesario, porque además la jerarquía daba por hecho que la perspectiva blanca, cisgénero y binaria de las cosas era la correcta, la única, cuando en realidad no era así. «Eso se ha terminado para siempre», decía. Y, en cualquier caso, proseguía Kay con animado tono de total seguridad en sí misma, lo que importaba no eran tanto las personas como las ideas.

Greer no sabía cómo contestar al soliloquio de la canguro, excepto repitiendo algunas de las cosas que ya había dicho en su libro, adoptando un tono de aliento y de rabia. «Rabia alentadora», lo llamaba. Desde que Kay hacía de canguro de Emilia los fines de semana Greer le había regalado todo lo relacionado con *Voces exteriores:* la edición en cartoné, el cuaderno de trabajo, el calendario de mesa y, según Cory, hasta la chocolatina. Kay también decía a menudo: «Si tuvierais algo para leer…», y Greer y Cory le daban libros, muchos, novelas y colecciones de ensayos e incluso textos de sus años de universidad, llenos de subrayados, además del libro que le había prestado a Greer el profesor Malick y que se le había olvidado devolver. Greer nunca había entendido aquel libro, pero Kay dijo que era muy interesante e incluso divertido leer sobre esa manera de pensar tan anticuada.

–Nuestra canguro es más inteligente que nosotros –le gustaba decir a

Greer a la gente–. Mucho más. Va a llegar lejos, estoy segura.

Pero el problema era que a la canguro no se la podía tratar como a una niña, no se la podía arropar ni reconfortar con *Voces exteriores*. El pequeño triunfo que suponía tener un grito de protesta feminista bienintencionado en las listas de libros superventas no parecía ayudar a aquella chica, que sabía que tenía un futuro real pero también temía que todo acabara hecho añicos.

Era el momento de marcharse de la fiesta en honor de Greer, aunque la celebración seguiría sin ella. Las personas de más edad se fueron y las jóvenes se quedaron. Greer y Cory se ofrecieron a llevar a Kay a su casa, pero dijo que no, gracias, ¿les importaba que se quedara un rato más? Había conocido a un par de becarios. Le dio un beso rápido a Emilia en la coronilla, le dijo: «Adiós, ratoncita», y volvió al corro de becarios, que enseguida le hicieron sitio.

–Estoy harta de la expresión «voces exteriores» –le dijo Greer a Cory en el coche camino a casa.

–Pues tú eres la que la lanzó al mundo.

Greer se recostó contra él, iban apretados porque la silla infantil ocupaba mucho espacio. Emilia ya había cerrado los ojos y tenía la cabeza sudorosa torcida en un ángulo incómodo. El coche recorrió traqueteando las calles vacías y se dirigió al puente. Casi nada más cruzar a Brooklyn empezaban las obras. Siempre había obras. Su casa de piedra rojiza estaba en Carroll Gardens; vivían allí desde que Greer firmó el contrato del libro, al que siguieron casi enseguida contratos de traducción a otras lenguas. De pronto Cory y Greer tenían dinero, algo que los sorprendía e incomodaba. Habían estado a punto de reformar la casa cuando a Cory se le ocurrió la idea de no hacerlo; estaba habitable y quizá debían destinar el dinero a sendas asignaciones mensuales a su madre y a los padres de Greer, que las necesitaban. Y una vez hecho eso les resultó fácil y natural dar más dinero a personas con las que no tenían relación. Ninguno de los dos sabía cuánto duraría el dinero; no se reabastecería solo; Greer había tenido un superventas, no gestionaba un fondo de inversión, y era posible que no volviera a escribir otro, pero al menos habían hecho lo que estaba en su mano.

BuscaAlmas, cuando por fin salió al mercado, no había sido un bombazo económico, pero seguía ocupando un puesto pequeño y respetado dentro del mundo de los videojuegos *indie*, un éxito inesperado. Los que habían jugado a él eran verdaderos entusiastas. Estaba en marcha el segundo juego de Cory, que contaba con el mismo inversor. Con muchos años de retraso, eso sí, Cory había pensado en dedicarse por fin a las microfinanzas, pero el proceso había cambiado y él no estaba al día y lo del dinero era siempre complicado y le preocupaba meter la pata. No estaba «afianzado» desde el punto de vista profesional y quién sabía si lo

estaría alguna vez, pero no era algo urgente. Cory trabajaba en algo que le interesaba y también hacía muchas cosas en casa, preparaba palitos de pescado caseros para Emilia y platos vegetarianos para Greer y estaba a cargo de la agenda familiar. Tenía intención de enseñar portugués a Emilia. Incluso le había comprado un deuvedé de canciones infantiles portuguesas. Y aunque el deuvedé le recordaba a su madre, a la que le iba muy bien en Fall River, también le recordaba a su padre, en Lisboa; o quizá es que había empezado pensando en su padre y por eso había comprado el deuvedé por Internet. Cory había dicho que en algún momento quería que fueran a Portugal a ver a su padre, a pesar de lo que había hecho. A verlo y luego a hacer turismo, aunque el viaje tendría que esperar a que Emilia fuera lo bastante mayor para aprovecharlo.

Al llegar a casa dejaron a Emilia en su cuna y no se movió. Aquella noche no harían falta cuentos ni agua ni esa lámpara con motor que proyectaba formas danzantes en el techo, ni más cuentos, ni más agua. Greer vio en el teléfono que Zee le había enviado un mensaje desde Chicago. «Te he mandado un vínculo –decía Zee–. Llámame. Quiero ver tu reacción en tiempo real.»

Así que Greer fue al salón y llamó a Zee; las dos estaban sentadas delante de sus respectivos portátiles y Greer pinchó en un enlace que llevaba a un vídeo rodado con un móvil y pulso tembloroso. El entorno era vagamente tropical. Un hombre con poco pelo y más bien grueso abría la puerta de un apartamento con jardín. En cuanto se abría la puerta le arrojaban a la cara un cubo con desechos húmedos y la cámara se desplazaba para enseñar a quien tiraba la basura, una mujer joven que gritaba: «Eres una basura y te mereces algo mucho peor». El hombre, cubierto de porquería en el umbral de su propia puerta, primero parecía aturdido y decía: «Joder, pero ¿qué coño…?», pero a los pocos segundos reía eufórico. «Claro que sí –le decía a la mujer mientras se limpiaba basura de uno de los lados de la cara–. Sigue tirándome cosas. Esto es asalto. Dale.»

Greer pausó el vídeo y la imagen se congeló.

–Espera. ¿Por qué me mandas esto? –preguntó.

–Ponlo en pantalla completa –dijo Zee.

Así que Greer dejó que la imagen llenara la pantalla de su portátil y se acercó a ella hasta que su cara casi tocó la del hombre puesta en pausa. Estudió la insipidez, la sonrisa perezosa, los ojos muy separados, todo lo cual le resultaba familiar, pero solo un poco. Si te parabas a pensarlo, todo en la vida te resultaba familiar. Todas las historias tenían sus antecedentes y todas las personas también. El hombre que reía cubierto de basura y la mujer furiosa, captados juntos en la calle residencial de alguna parte donde hacía buen tiempo. Al principio resultaban familiares por su familiaridad misma, porque conocías historias así: la mujer furiosa y el

hombre que se encoge de hombros, indiferente. Las historias como esas venían de antiguo. A Greer se las habían contado en Loci y durante la gira de *Voces exteriores,* pero ya las conocía de antes. De leer obras de teatro griegas, de crecer siendo mujer. Era información crítica que regresaba desde una gran y agotadora distancia. Greer dejó que fuera hacia a su encuentro; esperó paciente su llegada mientras observaba el rostro congelado. Entonces se acordó.

–¿Es Tinzler? –dijo, casi sin voz por el asombro.

–Sí.

–¿Darren Tinzler? No puede ser. ¿De dónde has sacado esto? ¿Qué es?

–Alguien se lo mandó a Chloe Shanahan y ella me lo reenvió –dijo Zee–. Darren Tinzler tiene un sitio web de pornovenganza llamado Telomereceszorra.com. Publica vídeos y fotografías de mujeres con un vínculo a sus perfiles de Facebook y las obliga a pagar una pasta por quitarlas. El dinero va a un despacho de abogados en Chicago que en realidad no existe. Y esta mujer intentó demandarlo, pero no pudo porque su identidad no figura. Vamos, que las leyes siguen siendo un asco. Así que lo localizó, fue a su casa y le tiró basura a la cara mientras una amiga lo grababa todo. La idea era colgarlo en Internet para humillarlo, arruinarle la vida. Pero no te lo pierdas: Darren Tinzler lo retuiteó. No pudieron ni humillarlo ni arruinarle la vida porque le pareció divertidísimo.

Las dos callaron de pronto, pensativas. Trece años antes Greer y Zee habían llevado la cara de Daniel Tinzler en sus camisetas, habían mirado su cara de ojos muy separados. Físicamente seguía casi igual, aunque la cara era más ancha y el pelo había casi desaparecido, lo mismo que la gorra de béisbol. Su campaña de camisetas no había conseguido nada y en el baño de señoras aquella noche Faith les había advertido de que, si perseguían a Darren, la gente empezaría a ponerse de su lado, pero quizá se había equivocado. Quizá, de haber insistido, pensó Greer, habrían terminado por expulsarlo de la universidad y tendría unos antecedentes penales que lo habrían perseguido durante años. Quizá habría estado vigilado y supervisado en lugar de en libertad y haciendo lo que le venía en gana.

–Es como si siguiéramos empeñadas en usar las mismas reglas –dijo Greer– y esta gente no dejara de decirnos: «Pero ¿es que no lo entiendes? Yo no vivo según esas reglas». –Suspiró–. Siempre son ellos los que establecen las reglas. Vienen, las ponen y punto. No me apetece pasarme el resto de mi vida repitiendo eso. No quiero tener que vivir en los edificios que construyen. Ni dentro de los círculos que dibujan. Ya sé que estoy siendo demasiado descriptiva, pero tú me entiendes.

–Podrías titular tu próximo libro *Los círculos que dibujan.*

–Y no lo digo solo por decir. No quiero que sean palabras ingeniosas, sin más. No sé si alguna vez conseguiremos hacer la Fundación Voces

Exteriores, ni cómo será. Desde luego no puede ser solo un proyecto que nos haga sentir bien incluso en la adversidad.

–Pues no sé. ¿Son las fundaciones la respuesta? Piensa en Loci.

–No, no sería como Loci –dijo Greer–. Con eso que pasó con el dinero. Ahora el clima es distinto. Y tú me ayudarías a encontrar la manera.

–Claro. Yo soluciono todos los problemas.

–Tienes experiencia con movimientos de base en Chicago –dijo Greer–. Así que se te da bien. Noelle podría encontrar un instituto aquí, ¿no? Ya sé que todo esto suena un poco a «Vamos a montar un espectáculo», pero mi idea no es esa. Lo que te estoy diciendo es que, si esto llega a concretarse, quiero que estés tú. Además, te debo un trabajo –añadió con naturalidad.

–No me debes nada –dijo Zee–. De verdad que no. –Hizo una pausa–. Y además me encanta lo que hago, Greer.

–Eso ya lo sé.

Las dos se callaron pensando en Darren Tinzler. Un hombre que degradaba y amenazaba a las mujeres te hacía querer hacer todo lo que estuviera en tu mano. Aullar y gritar; manifestarte; dar un discurso; convocar al Congreso; enamorarte de una buena persona; demostrarle a una mujer joven que no todo está perdido, a pesar de que las pruebas indiquen lo contrario; cambiar lo que siente una mujer cuando camina por la calle de noche en cualquier parte del mundo, o una niña que sale de una tienda KwikStop en Macopee, Massachusetts, en pleno día, con un helado en la mano. Que no tuviera que preocuparse de sus pechos, de si le crecerían algún día o de si le crecerían lo bastante. No tendría que pensar en nada físico ni sexual respecto a sí misma a no ser que quisiera. Podría vestirse como quisiera. Podría sentirse apta y, segura y libre, que era lo que siempre había querido Faith Frank para las mujeres.

Faith aparecía en momentos así, irrumpía de pronto en una conversación. Cuando caminaba por la ciudad, a veces Greer veía a una mujer mayor elegante, quizá acompañada de otras mujeres, y corría hacia ella. Pero entonces la mujer se giraba, mostraba su perfil y no solo no era Faith, es que era ridículo haberla confundido con Faith. Era una mujer de treinta años. O negra. En una ocasión, incluso, la mujer resultó ser un hombre. Pero lo más corriente es que la mujer fuera alguien que se parecía un poco a Faith y que podría haber sido su doble: guapa y con aspecto de tener múltiples talentos. Durante la Marcha de las Mujeres, con todos alentados por la sensación de llevar la razón, Greer había estado segura de que Faith andaba por alguna parte –no figuraba en la lista de las oradoras– y era posible que la viera. Aunque su relación había terminado de la peor manera posible, allí y en ese momento se rompería el hielo y todo lo ocurrido entre las dos dejaría de importar. A veces tenías que renunciar a tus convicciones, o al menos alejarte de ellas más de lo que te habrías creído capaz. La llamaría: «¿Faith?», y en aquella muchedumbre de

mujeres rugiendo, Faith giraría la cabeza y la vería. Terminaría el largo período de separación. Le sería devuelta a Greer igual que un ser querido que se ha perdido en BuscaAlmas. Aunque, tal y como señaló Zee en una ocasión, en BuscaAlmas primero tenías que salir a buscar a la persona que has perdido.

Faith estaba ya más cerca de los ochenta que de los setenta. Seguía trabajando en la fundación, aunque tres años antes Emmett Shrader había muerto de un ataque agudo al corazón. Su muerte en sí misma había sido una noticia importante, objeto de amplia cobertura en la prensa, con semblanzas y encomios; pero también habían circulado por Internet rumores sobre la causa de la muerte. Había muerto en la cama con una mujer joven, se decía, después de tomar una pastilla para la disfunción eréctil. No es que le hubieran recomendado que no tomara ese medicamento; al parecer le habían recomendado que no mantuviera relaciones sexuales, ya no, o al menos no de la clase que al parecer le gustaba a Shrader, es decir, activas, atléticas, de cuerpo entero, sísmicas para el corazón.

La fundación debía continuar, había dejado escrito en su testamento, aunque sin especificar a qué escala, y los del piso de arriba habían ido reduciendo poco a poco el presupuesto de Loci hasta convertirla en una agencia de conferenciantes modestos y de escaso nivel. Ocupaba un lugar en el mundo similar al que había ocupado *Bloomer* al final de su larga vida.

Pero seguía adelante y Faith Frank continuaba al frente, con una plantilla muy reducida y un despacho mucho más pequeño en la planta baja del edificio Strode. Del programa de mentorías no había salido nada a la luz. Ben, que continuaba en Loci, le contó a Greer que Faith solía quedarse trabajando hasta tarde y que, puesto que su nuevo despacho era más pequeño, había sido necesario recortar unos centímetros por ambos extremos la puerta de sufragista que usaba de mesa. Greer imaginó a Faith sentada con expresión sombría mientras alguien entraba con una sierra y serraba la puerta.

Loci ya no organizaba cumbres, solo pequeñas reuniones de veinte o treinta personas, del mismo tamaño que las comidas de prensa que solían hacer a modo de calentamiento para las cumbres. Muy de vez en cuando, Faith escribía editoriales para el *New York Times* y el *Washington Post*, pero casi nunca daba ya conferencias. Greer vio alguna foto suya, o más bien habría que decir que buscó fotos suyas en Internet. Era Faith, a pesar de lo profundo ya de las arrugas que le surcaban la cara y le daban aspecto de pescadora en una xilografía. Era Faith con su sonrisa, su inteligencia y, por supuesto, sus características y sexis botas. Pero era Faith en un espacio reducido, con un presupuesto menor y en tiempos disparatados, inciertos. Faith seguía trabajando. La misoginia atacaba al mundo en una embestida

indiscriminada y sin cuartel.

El escaño de senadora de Anne McCauley, que se había jubilado y cuyo pasatiempo en la vejez consistía en hacer conservas de ciruela, lo ocupaba ahora su hija, Lucy McCauley-Gevins, cuyas opiniones sobre derechos reproductivos eran incluso más extremas que las de su madre y que había recaudado apoyos y dinero en cantidad. Loci era pequeña; la senadora Lucy McCauley-Gevins tenía cada vez más poder; *Fem Fatale* había perdido su popularidad en los últimos dos años, pero había otros sitios web para ocupar su lugar, sitios nuevos y distintos que ofrecían editoriales incisivos, humor y un receptáculo para la rabia; *Periodicidad mensual,* aquella encantadora obrita de teatro, seguía representándose de vez en cuando en teatros e institutos de todo el país; y *Voces exteriores* no daba señales de ir a salir de la lista de libros más vendidos.

Además, el viejo éxito de Opus, «Las fuertes», se había convertido en la canción de un anuncio televisivo muy famoso en el que acompañaba la imagen de dos manos de mujer tirando de un trozo de papel higiénico que ni se rompía ni se deshacía. Hubo personas que defendieron la decisión de Opus, que dijeron que mercantilizar el arte era bueno porque así al menos podías verter tu mensaje en las aguas de la cultura común. Todos sabían que no había descanso, que había que estar en continua alerta y que, si bien ya no siempre bastaba con seguir trabajando, dejar de hacerlo no era un lujo que te pudieras permitir. Por las noches Faith trabajaba hasta tarde en su mesa, a la luz de una lámpara, rodeada de papeles.

Durante mucho tiempo Greer pensó que, si alguna vez se ponía en contacto con Faith, le daría los titulares de su vida. Le escribiría y le diría:

> Para tu información, Faith, terminé casándome con mi novio del instituto, ese por el que lloré una vez en tu despacho. Al principio dudé si casarme; no estaba segura de mis sentimientos respecto al matrimonio. Pero sabíamos que queríamos tener hijos, así que era lo más lógico desde el punto de vista económico. Sabía que estaba enamorada de él, pero no creo que todas las relaciones amorosas tengan que culminar en matrimonio. Al principio tenía sentimientos encontrados, pero luego me decidí.
>
> Nos casamos en una colina cerca de donde los dos crecimos. En el banquete, mi madre se disfrazó de payasa y actuó para los niños. Mi padre se dedicó a mirar el valle con ojos entrecerrados y pareció alegrarse de verdad por mí, aunque quizá es que estaba un poco borracho. Mi amiga Zee también se casó con su pareja de muchos años. Que ella no tuviera ningún sentimiento encontrado respecto al matrimonio fue motivo de alguna que otra broma. Estaba loca por casarse, la idea la hacía muy feliz. No solo que Noelle y ella pudieran casarse (que fuera algo legal y normal y que se hubiera avanzado tanto en ese sentido), sino el hecho en sí. Le encantó participar en todos los aspectos de la organización de la boda. La despedida de soltera. La distribución de asientos. La canción para el primer baile. Le encantó. Sus padres, los jueces, oficiaron la ceremonia. Todo el mundo lloró.

Y Cory y yo tenemos una hija, Emilia, llamada así por la abuela de Cory. Mi parto duró veintitrés horas y cuando nació solo se parecía a Cory, como si yo no hubiera tenido nada que ver. Solo ahora, cuando ha pasado ya tiempo, empiezan a asomar mis rasgos.

Lo principal sobre mí es que casi siempre estoy cansada. Pero estoy cansada en parte porque mi libro me tiene haciendo promoción ininterrumpida. El día que lo vendí, el día que me llamaron para decirme que lo publicaban fue muy emocionante. A veces pienso en lo mucho que se alegra uno cuando a otra persona le pasa algo grande. En lo que decías tú siempre sobre que era una satisfacción ver cada vez a más mujeres haciendo lo que les gustaba. Creo que te alegrarías por mí. He decidido que así sea. Pero sé que tienes otras cosas en qué pensar, otras personas a las que dedicar tiempo, algo que es probable que tengas que distribuir con cuidado, con mucho cuidado, para reservarte. Porque reservarse es tan importante como ser generoso. (De esto hablo un poco en mi libro.) Porque si uno no se reserva, si no se guarda algo para sí mismo, entonces no tiene nada que dar.

¿Has visto que te menciono en primer lugar en los agradecimientos? Me he preguntado si lo verías y he pensado que quizá me llamarías o me enviarías una nota diciendo: «¡Lo has clavado!». La verdad es que sin ti jamás lo habría escrito y espero que lo sepas. A pesar de lo que ocurrió entre nosotras. (A veces pienso que quizá te arrepientes de lo que me dijiste al final, en tu despacho. Prefiero pensar que te arrepientes. Un poco.)

Pero en los últimos tiempos Greer había estado deseando poder decirle una cosa distinta a Faith:

En la universidad me abriste los ojos de par en par –le diría–. Luego estuve años viéndote coger todo lo que tenías (tu fuerza, tus opiniones, tu generosidad, tu influencia; y, por supuesto, tu indignación ante la injusticia) y dárselo a otras personas, por lo general mujeres. A esas mujeres nunca les dijiste: «Vale, ahora te toca a ti pasarlo a otras». Sin embargo es lo que a menudo ocurría: una cadena larga y hermosa de mujeres pasándose unas a otras lo que tenían. Un acto reflejo; o, en ocasiones, una obligación; pero siempre una necesidad.

Al final de la carta, Greer diría:

La última vez que estuve en tu despacho, cuando estabas tan enfadada conmigo y me reprochaste mi comportamiento, incluso ese momento tan feo tuvo un efecto en mí. Me obligaste a pedir perdón a mi mejor amiga, a contarle la verdad; no entiendo cómo no fui capaz de ver que era mi obligación. Porque estuve años sin verlo.

Pero aunque Greer se imaginaba diciendo todo aquello a Faith, seguía sin saber si algún día lo haría. Quizá fuera demasiada información. Quizá no fuera bien recibida. Quizá la relación entre Faith y ella había sido un

camino largo y pausado hacia el fracaso y este por fin había ocurrido. Cuando en un primer momento, la persona de más edad anima a la de menos, es posible que ya sepa que eso puede ocurrir. Ella lo sabe, mientras que la más joven permanece ignorante e ilusionada. «Una persona sustituye a otra –pensó Greer–. Así es como son las cosas; es lo que hacemos, una y otra vez.»

«¿Quién me sustituirá a mí?», pensó. De entrada, la idea la conmocionó, luego la encontró hasta divertida y la aceptó. Imaginó a varias mujeres paseándose por su casa, ocupándola igual que las fuerzas de la ley con una orden de registro, poniéndose cómodas, cambiando de sitio lo que les parecía. Su imaginación se detuvo en Kay Chung revolviendo sus pertenencias. Kay que deambulaba curiosa, impaciente, hojeando distintos libros de las estanterías, descubriendo los que Greer no le había prestado, pero tenían buena pinta, luego comiéndose sus reservas de anacardos, sacando un par de barritas multivitamínicas de un gran frasco ámbar sobre la encimera de la cocina como si fueran a darle la energía, el poder y la estatura que iba a necesitar para seguir avanzando. Kay que iba al cuarto de estar y miraba la butaca con la lámpara de lectura al lado.

«Siéntate en la butaca, Kay –pensó Greer–. Recuéstate y cierra los ojos. Imagina que eres yo. No es tan maravilloso, pero imagínalo de todas maneras.»

En Loci todos habían hablado ampulosamente del poder, organizado cumbres sobre él como si fuera una cosa cuantificable que pudiera durar para siempre. Pero no era así, y eso no lo sabías cuando empezabas. Greer pensó en Cory sentado en el cuarto de su hermano, apartado de todo lo que tuviera que ver con el poder, sacando a Slowly de la caja y dejándola en la alfombra azul. Slowly que parpadeaba, movía un tentáculo, alargaba la cabeza hacia delante. El poder terminaba por escabullirse, pensó Greer. Las personas hacían lo que podían, con todo el poder de que disponían, hasta que tenían que dejar de hacerlo. No había mucho tiempo. Al final, pensó, era posible que la tortuga los sobreviviera a todos.

Agradecimientos

ESTOY INFINITAMENTE AGRADECIDA por su ayuda, su apoyo, sus opiniones y consejos a mi magnífica editora, Sarah McGrath, así como a mi incansable publicista, Jynne Martin y a mi editor de toda la vida, Geoffrey Kloske. También le debo mucho a Suzanne Gluck, que es la agente perfecta.

Las personas que menciono a continuación me ayudaron de maneras pequeñas y grandes y por ello tienen mi agradecimiento y mi admiración: Jennifer Baumgardner; Elly Brinkley; Jenn Daly; Jen Doll; Delia Ephron; Alison Fairbrother, que es lo más generoso del mundo y lo sabe todo de todas las cosas; Sheree Fitch; Lisa Fliegel; Jennifer Gilmore; Adam Gopnik; Jesse Green; Jane Hamilton; Katie Hartman; Lydia Hirt; Sarah Jefferies; Danya Kukafka; Julie Klam; Emma Kress; Laura Krum; Sandra Leong; Sara Lytle; Laura Marmor; Joanna McClintick; Claire McGinnis; Lindsay Means; Susan Scarf Merrell, cuyo olfato y amabilidad no tienen parangón; Ann Packer; Martha Parker; Glory Anne Plata; Katha Pollitt, la brillante escritora feminista cuyo apoyo y cuyas reflexiones sobre este libro han sido muy importantes para mí; Suzzy Roche; Ruth Rosen; Cathleen Schine, por prestarme su valioso ojo de novelista; Janny Scott; Clio Seraphim; Courtney Sheinmel, por nuestras sesiones de lluvia de ideas a altas horas de la noche y por su amistad; Marisa Silver; Peter Smith, gran observador, gran lector de novela y amigo; Julie Strauss-Gabel; Courtney Sullivan, siempre llena de excelentes y sabios consejos, de conocimientos y de humor; Rebecca Traister, por sus palabras fundamentales, en el papel y en persona; Karla Zimonja.

Y por último y como siempre, mi agradecimiento y mi cariño a mis padres y a Nancy y a Cathy, y a Richard, a Gabriel, a Devon y a Charlie.

Notas

* En español en el original. *[Esta nota, como la siguiente, es de la traductora.]*
** En español en el original.
*** En español en el original.

Créditos

ALBA **Contemporánea**
Título original: *The Female Persuasion*
© Meg Wolitzer, 2018
Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducción total o parcial bajo cualquier formato. Publicado por acuerdo con Riverhead Books, sello editorial de Penguin Publishing Group, del grupo Penguin Random House LLC
© de la traducción: Laura Vidal
© de esta edición: **alba editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es
diseño: Pepe & James
Primera edición: febrero de 2019
Conversión a formato digital: Alba Editorial
ISBN: 978-84-9065-544-3
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las san- ciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo XX), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños grandes gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es